DAVID JOY

MONTAÑAS EN LLAMAS

Cuando Raymond Mathis recibe la llamada de un camello amenazando la vida de su hijo drogadicto, decide que ha llegado el momento de tomar decisiones drásticas y ayudarlo por última vez.

El desafortunado Denny Rattler se ha convertido en un discreto ladrón de poca monta con el único objetivo de no llamar la atención y poder pagarse la próxima dosis.

Por su lado, el agente Ron Holland, obsesionado con su trabajo, está dispuesto a seguir la pista más débil para reducir el narcotráfico en la zona de Carolina del Norte.

En una región hermosa pero degradada, arrasada por los constantes incendios, los destinos de estos tres hombres se verán indisolublemente unidos a causa de la droga.

David Joy

Montañas en llamas

Título original: *When These Mountains Burn*
David Joy, 2020
Traducción: Efrén del Valle, 2022

-

Revisión: 1.0

04/05/2023

PARA RON RASH, MI MENTOR Y AMIGO.
Y PARA LOS QUE SE HAN IDO Y SE IRÁN.

Amaba a la gente indefensa a la que amaba.

MAURICE MANNING

1

La lluvia chorreaba por el parabrisas polvoriento. Raymond Mathis agarró el volante con fuerza e intentó recordar si había algo que mereciera la pena robar. La puerta de su casa estaba abierta y desde el camino supo quién había entrado. Lo cierto era que todo lo que no estuviera clavado habría desaparecido. Empezó con lo que resultara fácil de empeñar, pero ahora el chico robaba cualquier cosa que considerara de valor.

Al otro lado del patio, el último perro de Ray aulló desde la caseta. Hubo una época en la que criaba a los mejores cazadores de ardillas y mapaches salidos del condado de Jackson, una estirpe de terriers de montaña negros y marrones que obligaban a cualquier cosa que trepara a encaramarse a los árboles. Había criado beagles para hacer pasar conejos por las zarzas antes de que los forasteros llenaran la tierra de carteles de prohibido el paso, y este era el último de ellos, un esbelto ejemplar llamado Tommy Two-Ton que tenía el pelo de la cara de color gris y que estaba balanceándose con las patas traseras sobre una alambrada medio caída.

Al cruzar el patio, Ray agradeció que esta vez el muchacho al menos hubiera encerrado a la perra. Era vieja y ciega, pero no había perdido el olfato. Aquel verano, el chico entró en la casa, dejó la puerta abierta de par en par y Tommy pasó casi una semana desaparecida hasta que Ray la encontró dos caletas más allá, jadeando y renqueando hambrienta por la carretera después de haber perseguido sabía Dios qué toda la noche. Cuando un perro olisquea algo, no hay marcha atrás y, en ese sentido, perros y hombres no son tan distintos. Ray entendía a Tommy igual que entendía al chico. Ambos buscaban algo que no tenían por qué buscar, pero sabía que un pensamiento podía penetrar en la mente

de un hombre y consumirlo por completo.

—¿Lista para cenar? —dijo Ray, deslizando el pestillo de la puerta.

Los tablones de la caseta para cinco perros se habían vuelto grises, pero eran tan robustos como el día que los colocó. La lluvia se deslizaba por la parte trasera del tejado de zinc y se filtraba en el suelo en cuanto caía. La perra aullaba melancólica y solitaria como si no hubiera visto un alma desde hacía años. Cuando se abrió la puerta, cruzó el patio a galope, entró en la casa y, al sacudirse el agua, las orejas le golpearon los carrillos.

Eran las primeras lluvias que regaban las montañas en varios meses. El suelo estaba tan seco que, al detenerse en el patio, Raymond casi pudo oír la tierra lamiendo lo que caía, intentando mojarse lo suficiente para no morir de sed. Las crestas de las montañas estaban ardiendo, el aire olía a humo y las previsiones meteorológicas no anunciaban ningún frente. Ray imaginaba que aquella racha era tan solo una broma macabra. Aun así, se quedó allí mirando el cielo y dejó que las gotas le golpearan los párpados mientras rezaba para que el chaparrón durara.

Llevaba un sombrero de ala estrecha calado hasta las cejas, un mono Key con manchas oscuras a la altura de las rodillas y un abrigo de lona con un rudimentario parche cosido en el hombro derecho. Con su metro noventa y cinco y sus más de ciento treinta y cinco kilos, era un gigante cuyos gruesos antebrazos parecían postes de madera. Sus manos, como las de su padre, engullían todo lo que sostuvieran. Recordaba que de niño fue a una subasta de ganado y un hombre le dijo a su padre que con unas manos como aquellas podría estrecharle la mano a Dios. Durante toda su vida, Ray imaginó que era cierto.

La granja, hecha de listones de madera, parecía casi plateada bajo la lluvia y las tejas de cedro estaban cubiertas de musgo. Una ligera brisa empujó la puerta principal contra la pared interior. Las luces del salón estaban encendidas. El chico ni siquiera había necesitado utilizar la llave, porque Ray no había cerrado. En aquella región apartada no había más amenazas. Podría haber cambiado las cerraduras y sus hábitos, pero entonces el muchacho habría roto las ventanas o echado la puerta abajo y Ray habría tenido otra cosa más que arreglar. Quizá por eso no se molestaba, o quizá una

esperanza enterrada en lo más hondo de su corazón le decía: «Algún día no volverá para robar. Algún día volverá para quedarse».

A veces se culpaba a sí mismo por los errores del chico. Cuando su mujer, Doris, contrajo un cáncer, Rayni siquiera parpadeó cuando los analgésicos dejaron de hacer efecto. Estaba demasiado ocupado viéndola marchitarse por completo. A veces se preguntaba si la ausencia de su hijo había tenido la culpa, pero lo cierto era que antes de las pastillas fue el cristal, y antes del cristal fueron las pastillas, y antes fueron el alcohol, la hierba y cualquier cosa que pudiera conseguir. Semanas antes, la policía había encontrado al chico apoyado en el muro de ladrillo delante de la casa de Rose con una aguja en el brazo, pálido y con la boca abierta como si estuviera muerto, y nada de aquello fue culpa de nadie excepto de él mismo.

Ray aún lo veía así, como un chico, y en muchos sentidos era un niño atrapado en el cuerpo de un adulto. Ricky tenía cuarenta y un años y un pie en la tumba. En ocasiones, Ray se preguntaba si alguna gente nacía en desgracia, y la idea le dolía especialmente, porque esa no era forma de pensar en su propia sangre, porque esa no era forma de pensar en su hijo.

Tommy Two-Ton se encontraba al lado de su cuenco de comida a la entrada de la cocina, y Ray se agachó a rascarle detrás de las orejas. La perra apoyó todo su peso en la palma de la mano de Ray. Una neblina lechosa le enturbiaba los ojos, y olfateó cuando Ray fue a la despensa a buscar un saco de comida.

El cajón de los cubiertos estaba abierto, y en él no quedaba más que el recubrimiento de flores descascarillado. Ray cerró los ojos y se pellizcó el tabique nasal. Habían desaparecido unos cubiertos de acero inoxidable desparejos.

—Tenía muchos más cubiertos que cucharas y muchas más cucharas que cuchillos planos. ¿No es así? —dijo Ray a la perra mientras sostenía el saco de veinte kilos encima del cuenco y vertía el pienso por una esquina rota. Tommy comió un poco y, mientras masticaba, miró hacia arriba con sus ojos lechosos. No tenía la menor idea de lo que le decía el anciano, pero aun así estaba satisfecha.

En el dormitorio, Ray se desabrochó los tirantes y tiró el mono a los pies de la cama. Llevaba mono todos los días de su vida y traje

los domingos, igual que su padre y su abuelo, que habían sido enterrados con los suyos puestos. En el centro de la cómoda había un joyero de castaño que le había comprado a su mujer el Día del Patrimonio Montañés; seguía en el mismo lugar en el que ella lo había dejado. Ray se miró en el espejo del tocador. Justo bajo los ojos le nacía una espesa barba entrecana que le llegaba hasta el pecho. Un duro vello facial cubría sus labios y siempre parecía que sus palabras salieran de la nada, que su estado de ánimo permaneciera oculto. Se quitó el sombrero agarrándolo por la corona, se pasó los dedos por el pelo que le quedaba y soltó un gran suspiro. Luego levantó el pequeño cierre de latón del joyero y estuvo un buen rato tocando el borde de la tapa con el dedo hasta que encontró valor para abrir la caja.

El pequeño medallón de plata y la alianza de la madre de Doris se hallaban en el fondo de terciopelo negro. El anillo de plata formaba un óvalo retorcido y prácticamente se había desgastado hasta partirse en dos debido al trabajo de su madre en los campos de repollo. El anillo de oro y la alianza de un cuarto de quilate que había comprado en Hollifield's para pedirle la mano a Doris estaban atados con un delgado hilo verde, ya que a ella nunca le había gustado mucho llevar joyas. Aparte de eso, solo había un penique deslustrado que una niña le había regalado a Doris junto a la charcutería de Harold, una de esas cosas inesperadas que acaban en tu mano y guardas el resto de tu vida por ningún motivo en particular.

Ray bajó la tapa y cerró el joyero. Luego apoyó los nudillos encima de la cómoda y se acercó al espejo. Tenía los ojos inyectados en sangre y amarillentos, y su color azul claro se había vuelto casi gris. Agradeció que algunas cosas aún fueran sagradas, si no para siempre, al menos momentáneamente.

Cerrando los ojos, inhaló hasta que su pecho no pudo contener más aire e intentó imaginar dónde podía estar el chico. El repiqueteo de la lluvia sobre el tejado cesó, y el silencio le dejó la mente vacía. Apenas había llovido lo suficiente como para limpiar el polvo del mundo. No recordaba la última vez que una oración había obtenido respuesta.

2

Un incendio provocado por una chispa en Moses Creek iluminaba las crestas de las montañas, pero el viento no hacía temer que las llamas alcanzaran Wayehutta. Como cada noche, Raymond estaba sentado en el porche escuchando la radio de la policía mientras fumaba un Backwoods y volteaba un Redbreast con hielo en un tarro de mermelada.

La gente necesitaba una constante, algo que nunca cambiara, algo en lo que pudiera apoyarse cuando el mundo se fuera a pique. Tarde o temprano, las cartas siempre caían así, y la diferencia entre los que hundían la cara entre las manos y los que mantenían la barbilla por encima del agua se convertía en una cuestión de alivio temporal. Con todo lo bueno, y con todo lo malo, Ray empezaba la jornada con una cafetera y un libro y la acababa con cuatro dedos de buen *whisky* y un puro comprado en la gasolinera.

Según escuchó por la radio, el incendio se había declarado cerca de un *camping* en el que el bosque se convertía en un coto de caza. Los bomberos voluntarios hicieron cortafuegos y lograron contener el incendio, pero últimamente la palabra «contener» era relativa. Toda la región estaba completamente seca. En cuanto se extinguía un incendio, unas ascuas arrastradas por el viento iniciaban otro y lo devoraban todo a su paso. Sinceramente, era increíble que no hubiera ocurrido antes. Ray lo sabía porque había sido guarda forestal durante treinta años. Décadas de mala gestión habían dejado los bosques llenos de combustible. Cualquiera con una pizca de sentido común lo habría visto venir.

Ray dio unas caladas rápidas al puro, se quitó unos restos de tabaco de la punta de la lengua y los pegó al talón de la bota. En el regazo tenía un libro que había comprado aquel verano en la

librería City *Lights*, la historia de cómo se habían diseminado los coyotes por el paisaje estadounidense. Desde la muerte de Doris estaba obsesionado con ellos. Al principio no entendía por qué. Quizá fueron las noches en vela y oírlos en los bosques que se extendían más allá de la casa. Pero, cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que tal vez era porque había presenciado la práctica desaparición de la gente y la cultura de las montañas, mientras que los coyotes habían sido perseguidos durante un siglo y habían prosperado. Creía que era admiración, puede que incluso envidia.

La primera vez que Raymond vio un coyote en el condado de Jackson fue a finales de los años ochenta en un tramo boscoso de Whiteside Cove. Ahora había más, y no era raro verlos en las cunetas de las autopistas atropellados por semirremolques al amanecer y al anochecer. A veces, cuando estaba tumbado en la cama a altas horas de la noche, pasaba un coche patrulla o una ambulancia con la sirena puesta y el sonido hacía cantar a los perros, una voz desencadenando otra hasta que un coro inundaba la oscuridad a su alrededor. Según los investigadores, los coyotes estaban elaborando un censo. Pero, para Ray, la razón era menos importante que la sensación. Lo único que sabía era que, cuando oía aquel sonido, era lo más parecido a la felicidad que podía sentir. Con solo imaginarlo, se recostó en la silla y sonrió.

Casi había apurado el vaso cuando sonó el teléfono. En la esquina del salón había una mecedora con respaldo de mimbre en la que solía sentarse su mujer a charlar con su hermana, sus amigas, los vendedores telefónicos o cualquiera que estuviese dispuesto a hablar, porque lo cierto era que le encantaba hablar. Ella y Ray se complementaban en ese sentido; él no abría la boca y ella hablaba por los dos.

—Dime —gruñó Ray al auricular. Tenía una voz profunda y áspera, como si las palabras nunca llegaran a salir del fondo de su garganta. Le colgaba la colilla del puro de la comisura de los labios, y la cogió con dos dedos para poder hablar. Al otro lado oyó una respiración trabajosa, pero nadie dijo nada—. Hola.

—Papá —gimoteó una voz—. Papá… —No podía respirar—. Me van a matar.

Raymond se pasó la mano por la cara y entrecerró los ojos,

tratando de recuperar la calma. Iba a colgar, pero vaciló. Estaba agarrando el teléfono con tanta fuerza que oyó el plástico quebrándose.

La voz del muchacho era la misma que aquella vez que llamó desde casa de Gary Green cuando tenía diez años. Había incendiado el establo con un G.I. Joe, una lupa y un vaso de cartón lleno de queroseno. Era la misma voz de cuando le arrestaron la primera vez, y la segunda y la tercera; las mismas gilipolleces, los mismos «estoy aterrado», los mismos «estoy hasta el cuello» que Ray había oído tantas veces en su vida que ya no podía soportarlo más. Casi se había inmunizado. Pero en aquel instante, como siempre ocurría, se sintió incapaz de colgar.

A Ricky le temblaba la voz como si estuviera a punto de llorar y volvió a decir lo mismo:

—Me van a matar.

—¿De qué demonios estás hablando, Ricky? Nadie intenta matarte.

—Tiene que escuchar a su hijo, señor Mathis —dijo otra voz.

Ray podía oír a Ricky suplicando de fondo.

—¿Quién es? ¿Con quién hablo?

—Eso no importa —repuso el hombre—, pero tiene que escucharme. Tengo algo que decirle.

—¿De qué habla?

—Su hijo es un yonqui, señor Mathis.

—No sé quién es usted ni por qué me llama, pero no me está contando nada que no sepa. Sé qué es mi hijo. Llevo veinte años respondiendo llamadas como esta.

—Creo que no me está escuchando, señor Mathis. Ahora mismo, su hijo me debe un montón de dinero y pienso cobrar de una manera o de otra.

—No sé lo que le debe mi hijo, pero eso es entre usted y él. No sé por qué me mete en todo esto. Sus deudas no tienen nada que ver conmigo.

—Yo diría que, si conoce un poco a su hijo, sabrá que no tiene un centavo en el bolsillo.

—Efectivamente —dijo Ray.

—Pues ese es el motivo por el que lo meto en esto. Por eso estamos manteniendo esta conversación. Como le decía, me debe un

montón de dinero y esa deuda se saldará de un modo u otro.

El hombre rezumaba una extraña calma al hablar, una indiferencia que distinguía aquella llamada de su hijo de cualquiera que Ray hubiera atendido en el pasado. No era Ricky llorando porque necesitaba unos dólares para recuperarse. No era uno de sus amigos drogadictos diciéndole que Ricky estaba encerrado y necesitaba dinero para la fianza, unas palabras pronunciadas tan rápida o tan lentamente y con tanta incoherencia que Raymond no sabía qué carajo le estaban diciendo. Esto era distinto. Esto era real. Lo sabía en el fondo de su estómago.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

—Diez mil dólares.

—¿Diez mil dólares? —Ray resopló. No podía creerse aquella cifra—. Pues no sé qué decirle.

—Es bastante menos de lo que cuesta un entierro, ¿no le parece? —No se percibió ninguna inflexión o cambio en su tono de voz—. Además —añadió—, eso es lo que me debe.

—No sé por qué cojones cree que un hombre puede sacarse una cantidad así del culo, pero ya le digo de antemano que…

—Perdone que le interrumpa, señor Mathis, pero su hijo no parece opinar lo mismo. Por lo que me ha contado, recientemente recibió usted un poco de dinero.

Ray cerró los ojos y apretó la mandíbula. De inmediato supo lo que le había explicado Ricky, y lo cierto era que no habría podido ocultárselo aunque quisiera. El Sylva Herald había publicado artículos sobre el tema. Su rostro había aparecido durante semanas en la portada del periódico por su disputa con el estado por unas tierras.

Al jubilarse después de treinta años en el Servicio Forestal, Ray volvió a casa y no tardó en darse cuenta de que un hombre como él no estaba hecho para la ociosidad. Seis meses después, compró un pequeño terreno junto a la 107 y construyó un puesto de productos agrícolas. Productos Mathis estaba a punto de cumplir diez años cuando el estado lo obligó a vender por derecho de expropiación para que pudieran ensanchar la carretera. Anduvieron a la greña durante más de un año en los periódicos y los telediarios, pero recientemente llegó el cheque y todo acabó.

Oyó a Ricky gritando de fondo, y tuvo la repentina sensación de

que no le quedaba una sola gota de sangre en la cara. Por fuerte que fuera un hombre, había momentos en la vida que lo dejaban vacío, cosas que podían ahuecarle el corazón en apenas un instante. Para una madre o un padre, era tan sencillo como el sonido de su hijo llorando. No conoció esa vulnerabilidad hasta que tuvo a ese muchacho en brazos.

—Supongamos que dispongo de ese dinero. ¿Qué le impediría matarnos a los dos en cuanto se lo entregue?

—Si usted cumple su parte, yo cumpliré la mía.

—¿Se supone que he de confiar en alguien que intenta extorsionarme por…?

—Esto no es extorsión —interrumpió el hombre—. Más bien es misericordia.

Ambos guardaron silencio un momento y el hombre prosiguió.

—Esto es una llamada de cortesía, señor Mathis. Puede usted ir a la derecha o a la izquierda y, sinceramente, a mí me da igual. Págueme lo que me debe o entierre a su hijo. Esas son sus opciones.

Ray llevaba demasiado tiempo mirando al mismo sitio. Ya no entendía el mundo. Era como contemplar un puzle con las piezas en la mano, ver los huecos y no entender cómo encajaban. Se preguntaba cuántas veces tendría que salvar a su hijo, y la respuesta le destrozó el corazón, porque lo único que deseaba era colgar el teléfono. Lo único que deseaba era irse y acabar con aquello.

Su mirada retrocedió hasta posarse en una fotografía que había colgado al lado de la puerta con una chincheta. Era una imagen en blanco y negro de su difunta esposa cuando tenía unos veinticinco años. En ella aparecía junto al fregadero, y la luz del sol se filtraba a través de las cortinas. Su rostro y su pecho estaban quemados por la baja velocidad del obturador. Tras ella, en la encimera había una cafetera de acero, y Doris llevaba unos pendientes de perlas que le había regalado Ray.

—¿Señor Mathis?

—Estoy aquí —dijo Ray.

—¿Qué piensa hacer?

Ray estudió la fotografía de su mujer e inhaló por la nariz hasta que sus pulmones no tuvieron más capacidad. Luego contuvo la respiración hasta que empezó a marearse.

—¿Dónde quiere que nos veamos?

Cuando terminó la llamada, fue al dormitorio. No se sentía las piernas. Una vez allí, se arrodilló junto a una caja fuerte que había en el armario. En su interior había un montón de partidas de nacimiento y unas tarjetas de la Seguridad Social debajo de una licencia matrimonial amarillenta y el certificado de defunción de su mujer. Al lado de un pequeño revólver de cañón corto había un fajo de billetes de cien dólares atados con una goma. Era todo lo que le quedaba de la indemnización estatal.

Ray sostuvo el fajo en la palma de la mano como si quisiera tantear su peso. No podía apartar la mirada del revólver, pero su mente estaba en otro sitio.

—Es la última vez que haces esto —se dijo.

Ese pensamiento se aferró a él como si fueran unas manos agarrándolo de los hombros, cerró los ojos y dejó que aquella sensación se hiciera aún más intensa. Después cerró la caja fuerte y se metió el dinero en el bolsillo. Al llegar a la puerta, se detuvo delante de la fotografía de su mujer y siguió el contorno de su figura con el dedo.

3

Ray iba camino de la Frontera Qualla con diez de los grandes en el asiento del acompañante y una Snake Charmer en el regazo. El cañón doble de la escopeta del calibre 410 medía treinta y cinco centímetros. Le había serrado la culata y la había lijado como si fuera la empuñadura de un viejo bastón. Siempre guardaba el arma debajo del asiento para protegerse de las serpientes cabeza de cobre y las cascabeles de los bosques, pero los cartuchos que puso antes de salir dejarían seco a un hombre.

En cuanto cruzara la línea no habría marcha atrás. En muchos aspectos, la reserva era otro mundo, un lugar con su propia ley y orden. Si en el gobierno de Estados Unidos creían que mantener veinte mil hectáreas en fideicomiso y permitir un par de casinos había saldado la deuda, estaban locos. Había cheroquis que se negaban a llevar billetes de veinte dólares porque no querían verle la cara a Andrew Jackson. El Sendero de Lágrimas no era un hecho aislado en la historia. Era un continuo. El gobierno nunca había dejado de putear a los nativos. No había un momento en la historia lo bastante prolongado como para generar confianza. Por lo tanto, existían lugares en los que el hombre blanco no era bienvenido, lugares a los que sabías que no debías ir de noche si te habías criado aquí, y Raymond lo entendía. Si hubiera sido a la inversa, habría opinado lo mismo.

Entró en Big Cove con las ventanillas bajadas. El frío nocturno lo mantenía alerta. En algún lugar a barlovento ardían trescientas hectáreas, y el humo había formado un banco de niebla sobre la carretera. Los faros del coche a duras penas lo atravesaba y estuvo a punto de pasarse de largo el indicador, una calavera de ciervo descolorida encajada en el tronco de un árbol.

Un camino de grava con la anchura justa para un coche se desviaba hacia el bosque. El angosto sendero estaba atestado de laurel y pequeñas hojas puntiagudas rozaron las puertas del International Scout cuando Raymond se adentró más en la oscuridad. Unas vigas oxidadas con listones de álamo atados formaban un puente desvencijado sobre un riachuelo lleno de piedras, y al otro lado había una puerta roja para ganado que daba a la carretera. Por todas partes había carteles de prohibido el paso clavados en los árboles, pero el que puso nervioso a Ray fue el de videovigilancia.

La carretera sin asfaltar estaba bordeada de viejos matorrales, y una arboleda formaba un dosel que impedía a las estrellas iluminar el camino de Ray. A la derecha, los árboles estaban más separados y se divisaba una pendiente salpicada de caravanas ruinosas por cuyas ventanas se colaba un resplandor amarillo en medio de la neblina. Entre las caravanas vio siluetas cuyos rostros solo iluminaba el brillo de los cigarrillos. Pudo sentir su mirada y agarró con fuerza la culata de la escopeta y siguió con el dedo el arco del gatillo para calmar los nervios. El terreno descendía hasta una llanura de pinos, y entre los troncos desnudos pudo ver las ventanas de una casa con un gran establo a la derecha que captaba la poca luz que llegaba desde la vivienda. Al aproximarse, un hombre fue directo hacia los faros y, cuando estuvo cerca de Ray, levantó la mano para indicarle que se detuviera.

El hombre llevaba unas Danner sin atar, de modo que los vaqueros le quedaban por dentro de las botas, y una camiseta negra ceñida con las palabras encanto sureño en la parte superior izquierda. No era muy alto y tenía unos brazos larguiruchos y surcados de venas. Se había tapado la cara con un pañuelo y solo se le veían los ojos. Llevaba el pelo hacia atrás y, cuando rodeó el Scout, Ray vio una coleta recogida con varias gomas que le llegaba hasta la parte baja de la espalda.

—Póngala en punto muerto, señor Mathis.

Pronunciaba las vocales con un tono grueso y gutural, un acento que probablemente le convertía en cheroqui, más concretamente en oriundo de Big Cove. Tenía una forma de hablar extraña, enunciando claramente cada palabra.

—¿Dónde está el chico?

—Como le he dicho, señor Mathis, ponga punto muerto.

El hombre se agachó y cruzó los brazos sobre el marco de la ventanilla, y Ray le apuntó a los ojos con la Snake Charmer.

—O me trae a mi hijo o le abro la mollera como una calabaza de Halloween —dijo Ray—. Una cosa o la otra. A mí me da igual.

—Creo que será mejor que baje el arma. —El hombre hablaba pausadamente y sin un solo atisbo de miedo en la voz—. No hay razón para que empecemos a dispararnos unos a otros. —Levantó la mirada y asintió—. Esto solo son negocios, señor Mathis. Me deben mucho dinero y quiero recuperarlo, nada más.

Ray apartó el arma deslizándosela sobre la barriga para que el hombre no pudiera arrebatársela si se daba la vuelta. Miró hacia el lado del acompañante, donde un hombre corpulento con pinta de bruto lo observaba con unos ojos como platos empuñando un rifle de asalto. Llevaba el pelo rapado y también se había cubierto la cara con un pañuelo. Tenía la piel clara y su cabeza despedía un brillo azul, como un huevo de petirrojo bajo el crepúsculo.

—Como le decía, yo solo quiero mi dinero —insistió el hombre —. De modo que suelte esa arma, ponga la camioneta en punto muerto y solucionemos esto de una vez.

Raymond volvió a poner el seguro de la escopeta con el dedo pulgar y siguió apuntando.

—El dinero está encima del asiento —repuso—. Dígale a ese tío que lo coja, tráiganme a mi hijo y me iré.

El hombre situado junto a la ventanilla no medió palabra. Se quedó mirando la boca del cañón y luego a Ray, escrutó el interior de la camioneta y asintió.

Ray oyó al hombre corpulento coger el dinero y segundos después lo iluminaron los faros. Debía de pesar ciento ochenta kilos, llevaba una camiseta de tirantes sucia y su barriga cubría la cintura de unos pantalones cortos de baloncesto. Tenía los brazos llenos de tatuajes. Dejó el fajo de billetes sobre el capó, fue hacia el parachoques delantero con el rifle de asalto apoyado en el hombro y apuntó a través del parabrisas.

—¿Hará falta que lo cuente?

—¿Cree que sabrá contar hasta cien?

El hombre situado al lado de la ventanilla se puso a reír y negó con la cabeza. Luego se agarró con fuerza a la puerta del Scout y se

echó hacia atrás como si estuviera a punto de balancearse en un trapecio.

—¿Sabe? Tiene razón, señor Mathis. —Dio una palmada a la puerta y se apartó de la camioneta—. Me cae usted bien —añadió.

El hombre fue hacia la parte delantera de la camioneta y cogió el dinero del capó. Pasando los billetes con el pulgar, miró a Ray a través del parabrisas y se guardó el fajo en el bolsillo trasero.

—Ve a por él —dijo.

El tipo corpulento bajó el rifle con una expresión que denotaba inquietud por dejar solo a su compañero.

—¿Estás seguro?

—Te he dicho que vayas a por él.

Ray puso la camioneta en punto muerto y bajó sin apagar el motor. El hombre sacó una cajetilla de tabaco del bolsillo. Luego apoyó verticalmente el cigarrillo sobre la capota de la camioneta de Ray, deslizó los dedos por los laterales y empezó a voltearlo como si estuviera jugando a la escalera de Jacob.

—Me sabe muy mal que las cosas tengan que ser así, señor Mathis, pero esto son solo negocios. No es fácil tratar con yonquis. Yo no tengo nada contra usted. Las cosas son así.

—Solo negocios, ¿eh?

Raymond llevaba la escopeta a un lado y estaba observando la casa a la espera de que le trajeran a su hijo.

El hombre echó su peso hacia atrás y apoyó los codos en la capota.

—Si no fueran negocios, usted habría muerto antes de entrar en el camino y no importaría, porque yo tendría el dinero de todos modos. Así que, sí, son solo negocios.

—A partir de esta noche, no hará más negocios con ese chico.

—No sé si le entiendo.

—Pues yo creo que es bastante sencillo. Me da igual que venga aquí arrastrándose y suplicando. Usted no tiene nada para él —dijo Ray—. Mándelo por donde ha venido.

—Eso no puedo garantizárselo. —Se llevó el cigarrillo a la boca a través del pañuelo y una abertura en la tela marcó sus labios. Luego se acercó un mechero a la cara, lo encendió y exhaló el humo entre él y Raymond—. Si viene alguien con dinero en la mano, ¿qué derecho tengo a rechazarlo?

—Si vuelve a venderle algo a mi hijo, yo mismo le llevaré hasta las puertas del infierno.

—Está culpando a quien no debe, señor Mathis. Es como esas pegatinas para el coche. ¿Qué dicen? —Miró hacia los árboles y dio una larga calada—. «Las armas no son las que matan a la gente. Es la gente la que mata a la gente». ¿No es algo así?

—Volveré a repetírselo —gruñó Ray—. Si vuelve a venderle algo a ese chico, le reviento la puta cabeza.

—Entendido —dijo el hombre con un toque de sarcasmo, y después apoyó un codo en el Scout ladeando el cuerpo en dirección a Ray.

La luz y el humo formaban una neblina amarilla en el patio y todo parecía verse a través de un filtro. Por un lateral de la casa aparecieron dos figuras y, cuando las iluminaron los faros de la camioneta, Ray vio que el hombre corpulento llevaba a Ricky cargado al hombro. A su lado iba un muchacho delgado que no aparentaba más de quince años. Le cubrían las orejas unos cabellos pelirrojos y desgreñados y los pantalones le iban grandes, así que tenía que caminar como un pato para que no se le cayeran. Llevaba una caja de cartón y la cara tapada con un pañuelo igual que los otros dos.

El hombre corpulento tiró a Ricky al suelo como quien suelta un saco de arena y su cabeza golpeó la arcilla compactada. Raymond fue hacia allí y se arrodilló junto a su hijo, que llevaba la ropa hecha jirones y el pelo manchado de sangre. Tenía los ojos hinchados y la piel oscura como una ciruela. En los orificios nasales se apreciaba sangre seca. Tenía cortes en la comisura de los labios y sobre la oreja. Le habían dado tal paliza que, al mirarlo, Ray no sabía si estaba vivo o muerto.

Presionó en el cuello de su hijo con los dedos para buscarle el pulso. Los latidos de Ricky eran débiles pero constantes. Ray oyó que le salía aire por la nariz, unas respiraciones poco profundas que no eran más que un susurro. Le cogió las manos. Ricky tenía los nudillos rotos, y ese pequeño detalle significaba algo para Ray, ya que denotaba que el muchacho no se había rendido ni siquiera en los peores momentos.

Ray le pasó los brazos por debajo, lo levantó como a un niño y lo llevó a la camioneta con la cabeza colgando hacia atrás. Después

abrió la puerta, dejó a su hijo en el asiento del acompañante y le puso el cinturón de seguridad. Tenía la barbilla apoyada en el pecho como si estuviera durmiendo.

Ray cerró la puerta y bordeó la camioneta por detrás. Justo cuando estaba a punto de sentarse al volante, el hombre habló.

—Imagino que esta cubertería de plata es suya.

Ray se volvió hacia el hombre, iluminado por los faros a solo unos metros del parachoques. El hombre dio una patada a la caja de cartón que había en el suelo y se oyó un repiqueteo metálico. Ray cogió la Snake Charmer del asiento y fue a la parte delantera de la camioneta. Cuando llevaba la caja a la cabina, miró dentro: cubiertos de plata desparejos y varios marcos de fotos baratos que Ricky debió de considerar valiosos. Ray tiró la caja en el asiento trasero, volvió hacia la parte delantera de la camioneta y apuntó con la escopeta a la nariz del hombre. El hombre corpulento de piel clara, que estaba situado a un lado, avanzó y le hundió el rifle de asalto en la oreja.

—Quiero que le eche un vistazo a ese chico que está en la camioneta. Quiero que recuerde su cara —dijo Ray—. No hará más negocios con él, ¿entendido?

El hombre le aguantó la mirada, extendió el brazo izquierdo y bajó el cañón del rifle de asalto.

—Si ese es el caso, señor Mathis, yo diría que tiene que buscarle ayuda a su hijo.

4

Denny Rattler no era un gilipollas de los que entran a patadas y afanan lo que sea. Un allanamiento era más un truco de magia, un juego de manos que, ejecutado con la finura adecuada, impedía que el propietario de la casa llegara a enterarse nunca de que le habían robado.

La mayoría de las necrológicas proporcionaban una lista de gente que no estaría en casa a la hora del entierro. Él consultaba el *Cherokee One Feather*, «tal o cual se ha reunido con el Señor», y se centraba en los supervivientes. En las montañas, las familias estaban muy unidas, y con frecuencia había cuatro o cinco casas pegadas, así que podía saltar por una ventana y entrar en la siguiente, yendo de casa en casa, de caravana en caravana, y marcharse antes de que taparan siquiera la tumba.

Según el periódico, Bobby Bigmeat murió de un infarto a los veintiséis años. Le sobrevivían Wolfes, Cucumbers, Locusts, Hornbuckles y media docena de Bigmeats. El funeral empezaba a mediodía. Denny apartó el ventilador de la ventana de Gig Wolfe y entró en el dormitorio de la parte trasera.

La alfombra era de un estridente rojo oscuro que parecía casi bíblico. Rodeado de tantos colores, notó que perdía el equilibrio mientras buscaba algo prometedor en la habitación. Sobre una cama impoluta había dos vestidos negros, unas prendas tan cuadradas que parecían mantas. Por lo visto, la mujer de Gig era igual de ancha que de alta. El cabecero de la cama estaba cubierto con toallas para que los pesados barrotes de latón no golpearan la pared. En la pared sobre la cama había un paisaje florido pintado al óleo. Al otro lado había una lámpara encendida sobre una mesita de noche y se acercó a ver qué encontraba en el cajón. Al lado de la

lámpara había unas gafas de lectura baratas situadas en diagonal sobre un libro de oraciones y, al abrir el cajón, vio una pequeña pistola con empuñadura rosa junto a una caja de pañuelos. Aquel era el error que cometían la mayoría de los ladrones.

Echar la puerta abajo y desvalijar una casa estaba bien si pensabas irte de la ciudad y empeñarlo todo por el camino. Pero uno no caga donde come. Si un propietario no sabía que había sufrido un robo, no llamaba a la policía, y si no llamaba a la policía, un hombre no tenía motivos para esconderse. Las normas de Denny eran bastante simples: nunca te lleves más de cinco cosas y nunca robes lo que esté a la vista. Si solo robas un par de cosas y desaparecen de lugares poco habituales, la mayoría ni siquiera se percata o duda que lo guardara allí en su momento. En cualquier caso, estabas fuera de peligro.

Denny cerró el cajón y se fijó en un joyero que había sobre una cómoda situada a su izquierda. Había pulseras y anillos insertados en unas hendiduras en el terciopelo gris y unos pendientes metidos en un espacio cuadrado a la derecha. No cogió nada. En lugar de eso, levantó la bandeja para ver qué había al fondo del joyero, porque casi todas las mujeres eran iguales. Debajo siempre había cadenas retorcidas y pendientes sueltos que nadie recordaba, y nada de eso importaba cuando se llevaba a fundir. Miró los cierres de tres collares y encontró uno que decía «.925», lo cual significaba que era plata de ley. Fue eso lo que se llevó: un largo collar en espiguilla de unos tres milímetros de grosor que podía valer veinticinco dólares si estaba de suerte.

Cuando encontró el salón, fue directo a un mueble situado detrás de la puerta principal. Estaba llena de armas largas, escopetas y rifles bien ordenados en soportes afelpados. La puerta estaba cerrada, pero esas cerraduras eran inútiles. Si Gig Wolfe era tan tonto como la mayoría, probablemente escondía la llave encima de la vitrina, pero Denny sacó una navaja del bolsillo, pasó la hoja por la junta y abrió la cerradura haciendo palanca.

En el espejo situado al fondo de la vitrina vio su reflejo y se sorprendió. Las drogas le habían consumido el rostro hasta reducirlo a huesos y sombras. Llevaba un bigote poblado que no se unía en el centro y una barba rala y desaliñada. El pelo, andrajoso, era corto por arriba y largo por detrás, y le caía por encima de los

hombros. Llevaba una camiseta de una carrera del NASCAR en Bristol con el cuello desbocado. Con una piel como la tierra en barbecho y el pelo tan negro como la noche, eran sus ojos los que le parecían distintos, presos de un vacío que no estaba allí meses antes. Al mirarse sintió vergüenza y volvió a concentrarse en los rifles para no soportar aquella sensación más tiempo del necesario.

En la parte delantera se alzaba orgulloso un Weatherby del calibre 270 con una culata Montecarlo de nogal tan suave como el vidrio. Probablemente podía sacar quinientos dólares solo por el rifle, pero Gig se percataría de su ausencia en cuanto se sentara a cenar en su harapienta butaca reclinable. Denny se decantó por un viejo Iver Johnson del calibre doce situado al fondo, algo que a Gig seguramente le habían regalado de niño y ya no utilizaba pero conservaba por sentimentalismo. Probablemente no se daría cuenta de que el arma había desaparecido hasta que vaciara la vitrina para lubricar los cañones. A Denny ni se le pasó por la cabeza que perder algo así sería diez veces más duro.

El cajón de los trastos que había en la cocina fue el último lugar donde miró, y encontró lo que se esperaba. La gente siempre metía los teléfonos móviles viejos en un cajón en lugar de tirarlos. Había destornilladores y un martillo, un tupperware lleno de tuercas y tomillos, llaves viejas, un cuchillo oxidado y un rollo de cinta adhesiva con estampado de camuflaje. La pantalla del iPhone 5 ni siquiera estaba rota. Probablemente habían cambiado el 5 por el 6, y ahora el 6 por el 7, porque todo estadounidense debía tener lo último y lo mejor, porque todo estadounidense era tonto de remate.

Denny hizo cálculos mentales como si fuera un ábaco drogado. Veinticinco dólares por el collar, ciento veinticinco por el arma y hasta cien dólares por el iPhone.

Los lotes costaban ciento veinticinco. A diez bolsas por lote salían veinte. Veinte bolsas le durarían una semana si mantenía el mismo ritmo, semana y media si tenía la suerte de bajarlo, aunque lo cierto era que nadie bajaba nunca el ritmo.

«Semana y media», pensó, y aquello fue lo más satisfactorio que se le había pasado por la cabeza en toda la mañana. No se atrevía a mirar a más largo plazo. La vida ya era poco más que poner un pie delante del otro, aunque, si tenía que ser totalmente honesto, nunca había sido nada más. Porque, a lo largo de su vida, el futuro había

consistido siempre en su siguiente comida, y ahora las cosas no eran distintas.

Con el collar alrededor del cuello y el teléfono en el bolsillo, deambuló por la casa sosteniendo la escopeta en los brazos. Todo estaba tal y como lo había encontrado. Cuando salió, colocó de nuevo el ventilador en la ventana y se dirigió al lateral. Dos cuervos graznaron desde las ramas peladas de una desmejorada cicuta, pero no había nadie allí para hacer caso de su advertencia. Sobre él ardía un sol intenso. Todavía tenía tiempo de sobra para entrar en otra casa.

5

Los yonquis conocían el aparcamiento de caravanas como el Almacén de Oportunidades. Buscaras lo que buscaras, allí lo encontrabas.

El caballo lo vendían en la caravana con el techo del porche de plástico verde y el cristal en la que tenía la bandera de Trump colgada en la ventana como si fuera una cortina. A veces traían chicas mexicanas que trabajaban por cien dólares cada una en el Charger de los setenta con tapicería naranja. Pero, según había visto Denny, hacía tiempo que las chicas no iban por allí, y visitaba el lugar lo bastante a menudo como para saberlo.

En cuanto Denny abrió la puerta, Jonah Rathbone metió la mano entre los cojines del sofá y sacó un 357 Magnum, que se apoyó en la rodilla como si fuera un bebé. Jonah llevaba unos vaqueros cortados y una camiseta blanca sin mangas con las palabras MYRTLE BEACH pintadas con aerógrafo fluorescente en la parte delantera. Estaba tan apoltronado en el sofá que le sobresalía el culo del cojín. Al otro lado había una chica blanca larguirucha con las piernas pegadas al pecho y metidas por dentro de una camiseta negra. Tenía los ojos entrecerrados y rodeados de sombras, y se mecía adelante y atrás mirando al suelo, ajena a que la Tierra seguía girando.

—Joder, Denny, ¿es que nunca se te ocurre llamar a la puerta?

Jonah tragó saliva con dificultad y se pasó los dedos por el pelo. El revólver seguía en su rodilla y Denny no podía apartar los ojos del armazón con grabados. Jonah cogió la pesada Ruger por el guardamonte y empezó a voltearla con el dedo.

—¿Qué bazofia traes hoy?

Denny entró en la habitación y depositó su oferta sobre una

robusta mesita de hierro situada delante del sofá. Primero colocó la escopeta y luego el collar de plata de ley formando una línea paralela con el cañón.

—Ah, y también tengo esto —dijo, buscando el teléfono móvil en el bolsillo de los vaqueros.

—¿Cuándo empezarás a robar algo que merezca la pena?

—Esa escopeta vale ciento veinticinco dólares fijo —respondió Denny—. Por eso, el collar y el teléfono yo diría que tienes que darme al menos doscientos cincuenta.

Jonah puso el revólver entre él y la chica. Luego examinó la escopeta del calibre doce, se la apoyó en el hombro y apuntó al ombligo de Denny. Después de leer la placa del cañón, volvió a dejarla donde la había encontrado.

—¡Una Iver Johnson, Denny! ¿Qué cojones quieres que haga con eso? ¿Cuándo piensas traerme algo que pueda vender? Una Benelli, hostia. Una Mossberg o algo así.

—El arma y el teléfono son dinero fácil —dijo Denny—. Valen al menos doscientos cincuenta.

Cada vez era el mismo juego: Denny intentaba defender sus argumentos y Jonah intentaba negociar a la baja. El caso era que Jonah tenía todo el poder. Sabía que Denny no iría a una casa de empeños, y también sabía que no se iría de allí sin la droga. Jonah cogió el collar y observó el cierre. Después negó con la cabeza, enrolló el delgado collar en espiguilla como si fuera una cuerda y se lo arrojó a la chica sentada en la otra punta del sofá.

—¿Qué hay ahí? ¿Un gramo de plata de ley? —dijo Jonah riéndose—. ¿Qué Coño quieres que haga con eso?

—Aceptaré doscientos, pero no puedo bajar más.

—Esto no es *La casa de empeños*, joder —repuso Jonah—. Si quieres doscientos dólares, lárgate a Las Vegas y habla con Chumlee. Te doy cien en efectivo o un lote por ciento veinticinco, ni un centavo más. Lo tomas o lo dejas.

De repente, la chica del sofá estaba meciéndose muy rápido y mordiéndose el labio inferior, y Denny no pudo evitar mirarla.

—¿Quieres echarle un polvo? —preguntó Jonah—. Te ofrezco eso y dos bolsas.

Denny se volvió hacia Jonah, cuya sonrisa maliciosa le surcó unas mejillas mal afeitadas.

—No tiene buena pinta —dijo Denny.

—Por su aspecto no lo parece, pero si te la llevas a la habitación, cambia la cosa. Esa chica arrancaría a lametones los cromados del enganche de una caravana por una raya de caballo.

Jonah extendió el brazo para tocarle el culo, y ella jadeó y volvió de dondequiera que la hubiese llevado su mente. En un instante, agarró el revólver que había entre ambos y se lo puso a Jonah a escasos milímetros de los ojos. Aun en aquel estado de nerviosismo se movía con torpeza, y Jonah la agarró de la muñeca y empujó la pistola contra la pared sin mucho esfuerzo. Después se situó delante de ella y le dio una bofetada en la cara. Cada vez que la pegaba, ella se ahogaba y se le humedecían los ojos, que tenía inyectados en sangre.

Denny no se movió. Habría deseado ayudarla, pero no se movió. La necesidad de una dosis siempre se anteponía a los principios.

Cuando Jonah tuvo la pistola, le hundió la mira en la frente y ella soltó un grito y se desplomó. Llevaba las piernas desnudas y unas bragas holgadas bajo la camiseta y, mientras gateaba por el suelo, Jonah le dio una patada en el trasero y cayó boca abajo. Arrastrándose por una alfombra llena de manchas, fue hacia la puerta y desapareció. Cuando se cerró la puerta, en la diminuta caravana solo quedaban Jonah y Denny. Durante un segundo o dos, el único sonido fue el del televisor que había en una esquina, un episodio de *Swamp People* en el canal Historia en el que un cajún mascullaba: «¡Dishparales! ¡Dishparales!».

Jonah se pasó la mano izquierda por su incipiente entrada. Tenía los ojos muy abiertos y la cabeza ladeada, y empuñaba la pistola con la mano derecha.

—Como decía, te ofrezco cien en efectivo, o puedes llevarte un lote.

Denny tenía las manos sudadas y no paraba de cerrar los puños y clavarse las uñas en las palmas a causa de los nervios. Se secó el sudor en la parte delantera de los pantalones y asintió.

Jonah se metió la mano en el bolsillo, depositó varias bolsas encima de la mesa y se dejó caer en el sofá.

—La semana que viene supuestamente llegará material desde el oeste. Estoy hablando de alquitrán negro, colega. Mercancía de California.

Inclinándose hacia delante, Denny cogió la droga de la mesa, un montón de bolsitas de plástico del tamaño de un sello atadas con una goma y llenas de un polvo marrón claro. Denny se las acercó a la cara y pasó el dedo por la esquina de cada bolsa hasta que hubo contado diez.

—Si robas algo de valor, te conseguiré un poco de fentanilo.

—Vale, de acuerdo —dijo Danny escuchando a medias, pues su mente ya estaba en otra parte.

En el porche, la chica estaba sentada al final de la escalera fumando un cigarrillo largo con las piernas dobladas debajo del cuerpo. Denny se quedó allí un minuto, con las polillas revoloteando alrededor de la lámpara que tenía detrás. La chica empezó a balancearse rítmicamente rodeándose las piernas con un brazo y llevándose el cigarrillo a los labios con la otra mano.

Por delante de la caravana pasaron a toda prisa un par de temporeros y, en el bosque, unos faros iluminaron una casa en la que el hombre que dirigía el negocio estaba contando dinero sin que nadie lo importunara.

Denny siempre se sentía mal allí y juraba que aquella sería la última vez.

Metiendo la mano en el bolsillo, agarró las bolsas con fuerza. Había venido a por veinte y se iba con diez, diez días que en un santiamén se habrían convertido en cinco. Para él, toda su vida pesaba tanto como lo que tenía en la mano.

No hacía falta ser muy listo para saber que diez dosis no eran gran cosa.

6

Cuando Denny llegó al lugar donde pasaba las noches, empezaba a tener el mono. El asfalto se convertía en un camino de gravilla que serpenteaba durante varios kilómetros hasta llegar a la autovía de Blue Ridge. A mitad de la cuesta, en la parte exterior de una curva lenta, un sembrado ascendía por la montaña hasta disolverse en una extensión de laureles, y era allí donde había aparcado cada noche durante el último mes. De momento, nadie lo había echado.

Para Denny, la sensación siempre comenzaba en las manos. Empezaban a sudarle y le dolían las articulaciones, y sostenía sus dedos temblorosos delante de los ojos con una tristeza hipnotizada, aterrado al saber lo que ocurriría si no pillaba. Luego aparecían las rampas en las piernas, la inquietud y las náuseas. Normalmente, si llegaba a ese punto estaba perdido, así que el truco era no ir tan lejos. Cuando lo hacía, se tumbaba en el suelo, quemándose vivo y congelándose hasta la muerte mientras un sudor frío le cubría la frente y el síndrome de abstinencia lo doblegaba como la gripe. En el momento álgido, unos tres días después, tenía la sensación de haberse marchitado por dentro, como si su cuerpo fuera una cáscara de la que no podía desprenderse, y pensaba: «Ya está. Esto es el final. Así voy a morir».

Estar así de enfermo bastaba para que un hombre suplicara clemencia a Dios y jurara que no volvería a hacerlo nunca más si conseguía llegar al otro lado. Pero entonces lo superaba y el dolor empezaba a remitir, y tras siete días limpio prácticamente se había recuperado del todo. Entonces le entraba un apetito insaciable y deseaba comerse todo lo que viera, así que iba a Ingles y se paseaba por la tienda zampándose una bandeja entera de magdalenas y lamiéndose el glaseado rosa y azul de sus dedos mugrientos.

Cuando finalmente tenía la barriga llena, se decía a sí mismo que metería el pie en el agua sin zambullirse del todo, y no se daba cuenta de que había llegado al fondo hasta que estaba mirando hacia arriba, justo donde había empezado.

Denny retorció el puño alrededor del volante y contempló el bosque por el parabrisas hasta que la noche se tiñó de un negro profundo. El aire despedía un olor acre a causa del humo que traía el viento desde el noreste de Tellico. Después extendió el brazo hacia el asiento del acompañante y sacó un Gatorade rojo de una bolsa de plástico, desenroscó el tapón y dio dos tragos largos.

La sensación se volvió más intensa y, aunque la mercancía estaba en la parte trasera del coche, Denny no se movió. Siempre había un momento pasajero de duda, una fracción de segundo en la que se decía: «No tienes por qué ir más allá». No había razón para estar allí. Para él, su historia no era peor que la de cualquier otro.

Sí, lo había criado una madre soltera que padeció un cáncer; nunca había tenido seguro médico y no duró ni un año. Y sí, tuvo que irse a vivir con su tío, que trabajaba de bailarín indio para los turistas y en invierno los llevaba de gira a cantar canciones de góspel. Pero tenía una hermana gemela y ella no había acabado así. Carla trabajaba en el casino y estaba pensando en volver a la escuela. Quería ser profesora y ayudar a revivir la lengua cheroqui.

Denny no entendía por qué era el único que había acabado de aquella manera. No entendía qué había hecho para merecerlo. Un día se ganaba bien la vida instalando tejados y cortando árboles gracias a licitaciones estatales, y al siguiente yacía destrozado en un hospital. Una cosa llevó a la otra y ahora allí estaba. Recordar cómo había llegado a aquella situación le avergonzaba, y esa vergüenza se convertía en tristeza, la tristeza en ira y, a veces, era esa ira la que lo empujaba a seguir, aunque en aquel momento, no se trataba de eso. En aquel momento simplemente no quería encontrarse mal.

En el maletero del LeBaron amarillo claro llevaba una pequeña caja de aparejos de pesca de la marca Plano, como las que regalaban a los niños. Denny quitó el pestillo, abrió la tapa y, al retirar las bandejas, vio las agujas, una lata de Altoids que utilizaba para preparar la dosis, un trozo de tubo de goma y medio frasco de Klonopin que guardaba para cuando las cosas se ponían feas. Le sudaban las palmas de las manos y se frotó los ojos con la base de la

muñeca.

Después de vaciar una bolsa en la lata, añadió un tapón de agua y, utilizando el émbolo de una aguja limpia, removió la mezcla hasta obtener una solución turbia. Sostuvo la jeringuilla entre los dientes como si estuviera mordiendo una paja. El sabor era amargo, la heroína probablemente no era pura y la habían cortado con leche en polvo. Todo lo que compraba estaba siempre adulterado. Tenía callos en las yemas de los dedos de quemar droga, así que no notó cómo se calentaba la lata al pasar el encendedor por debajo. Empezó a salir humo y, justo antes de que hirviera, paró y empezó a remover, y luego dejó la lata encima del parachoques para que se enfriara.

Cerrando el puño, vio cómo se le marcaban las venas del antebrazo. Siempre había tenido buenas venas. Se ató la goma a la altura del codo y esperó a que pareciera que todo estaba a punto de estallar. Luego, removió la solución una vez más y vació la lata con la jeringuilla.

Después de clavarse la aguja, la sacó un poco y vio cómo se llenaba el tubo de sangre. Respirando hondo y aguantando el aire en el pecho, se inclinó hacia delante y se quitó la goma del brazo. Todo cedió al unísono como un dique abriéndose a la luz, el calor y el sonido, y empezó a desplomarse con las piernas dobladas y los párpados caídos. Luego se pegó al parachoques trasero del LeBaron y se deslizó hasta caer sobre la hierba amarillenta con la cabeza apoyada en el frío acero y mirando al cielo.

El brillo nocturno se redujo a la luz de las estrellas, que parecían cristales rotos, y levantó las manos como si quisiera hundir los dedos en el firmamento e impregnarlos de aquel destello plateado. El mundo se cernió sobre él como niebla en una montaña, y aquel momento fue lo más parecido al amor que había sentido en mucho tiempo.

7

Drogadictos que vivieran en la calle y estuvieran dispuestos a dar un chivatazo para salir de la cárcel los había a montones. Cuando el cristal invadió las montañas, los adictos a la metanfetamina llegaban tan colocados y paranoicos que podías retorcer una historia de tal manera que acabaran creyendo en dragones. Era mejor abordarlos antes de que el efecto de las drogas se desvaneciera. Si coges a alguien que lleva una semana seguida sin dormir, te contará todo lo que quieras saber.

Pero los yonquis eran otra especie. Si iban drogados, era como hablar con una pared. A diferencia de los adictos al cristal, era mejor dejarlos un par de días en una celda hasta que el síndrome de abstinencia los sobrepasara. Si esperabas a que apareciera la ansiedad y el sudor les cubriera el rostro, hablaban tanto que tenías que suplicarles que se callaran.

El agente Ron Holland conocía el juego. También sabía que solo una cuarta parte de lo que contaba un adicto serviría de algo. Además, aunque la información te llevara hasta un camello de tres al cuarto, dar con los peces gordos era más difícil. A veces podías trepar hasta un traficante de nivel medio que tal vez conocía al proveedor, pero pocos llegaban hasta allí sin saber que una temporada en la cárcel era mejor que un ataúd. Holland llevaba tiempo suficiente en la policía para saber que el juego del gato y el ratón eran siempre dos pasos adelante y diez atrás.

En parte, por eso le sorprendió oír que uno de los traficantes a los que habían estado vigilando el año pasado se había sentado a la mesa dispuesto a jugar, pero lo cierto era que el tipo nunca había encajado en el perfil. Era un chaval *hippy* de barrio rico que estaba hasta el cuello. El privilegio y el dinero pueden conseguirte un

abogado. Un abogado puede conseguirte un acuerdo.

Resultó que el chaval tenía el tono de piel adecuado y nunca se había metido en líos. Cuando registraron la casa, aquel mierdecilla estaba cortando con leche en polvo una remesa de heroína por valor de ochenta de los grandes. Iba en calzoncillos y tenía puesta *La chaqueta metálica* a todo volumen. Lo que a cualquiera le habría supuesto un mínimo de diez años veinte si podían relacionarlo con una sola sobredosis, para él probablemente significaría un manotazo en la muñeca y cinco años de condicional por el mero hecho de que tenía dinero y era blanco.

A Holland eso le daba igual. Estados Unidos era así, y la idea de la justicia era un chiste. Si alguien de su gremio se veía atrapado en los avatares de la justicia criminal, ya podía meterse la pistola reglamentaria en la boca y acabar con todo. Lo único que podías hacer era trabajar en el caso y ahorrarte dolores de cabeza dejándole a otro las gilipolleces. A algunos les resultaba difícil pero a él, compartimentar el trabajo se le daba mejor que a la mayoría.

El abogado había aceptado una oferta de la Fiscalía de Estados Unidos y, si la información parecía legítima, el chaval conseguiría un acuerdo. Holland había conducido cuatro horas desde Atlanta hasta una oficina de la Agencia Estatal de Investigación de Asheville para interrogarle. Lo último que quería en este mundo era aguantar a un abogado engreído con un traje de mil dólares pero, por lo visto, eso era lo que le esperaba. Entró con una cafetera en la sala de interrogatorios y no ofreció ni una gota al abogado ni al chico. Llenó una taza vacía de Hardee's que había comprado por el camino y puso en marcha la grabadora. En una esquina había una cámara de vídeo grabándolo todo, pero su rutina era una cuestión de hábito y consistencia. Él era de la vieja escuela.

El chico llevaba una camisa blanca de manga corta y corbata negra, como si estuviera a punto de llamar a tu puerta y entregarte un panfleto sobre Jesús. En el respaldo de la silla tenía colgado un abrigo azul marino. Desde que le hicieron la foto para la ficha policial se había cortado el pelo y se había afeitado una barba rala. De la noche a la mañana, había pasado de ser un *hippy* empapado en pachuli a convertirse en el hijo de un predicador. En el instituto, Holland había molido a palos a chicos como él, y lo habría hecho allí mismo si el abogado no estuviera presente y la cámara no

estuviera en marcha, o al menos hubiera querido hacerlo.

—Soy el agente Ronald Holland, de la División de Campo de la Administración de Control de Drogas de Estados Unidos. —Miró su reloj—. Estamos llevando a cabo este interrogatorio en las oficinas de la Agencia Estatal de Investigación de Asheville, Carolina del Norte. El interrogado es Russell Parker, veintitrés años, de Asheville, Carolina del Norte. Lo acompaña su abogado…

—David King. King, Kraft y…

—Su abogado es David King. La conversación está siendo grabada. Si alguno de los dos desea dar por terminada la conversación en algún momento, tienen derecho a hacerlo. ¿Entendido?

El chico miró al abogado, que hizo un gesto afirmativo.

—Sí —murmuró.

—Señor Parker, ¿cuánto hace que se dedica al tráfico de drogas en Carolina del Norte occidental? ¿Cuántos años más o menos?

—No está aquí para hablar del papel que tuvo en su investigación.

Aquella afirmación cogió a Holland desprevenido.

—Entonces, ¿por qué está aquí?

—Está aquí para tratar los aspectos concretos que figuran en nuestra carta.

—De acuerdo, señor Parker, durante su participación, ¿cuál fue su principal fuente de narcóticos y, más concretamente, de heroína?

—Repito, agente Holbroooo… ¿Es Holbrook?

—Holland.

—Mis disculpas, agente Holland. Como le decía, mi cliente está aquí para contestar a las preguntas especificadas en nuestra carta a la ayudante del fiscal.

El abogado abrió una gruesa carpeta de cuero negro y tendió un haz de papeles a Holland, que los rechazó.

—Hablando del ayudante del fiscal, ¿dónde está?

—La ayudante del fiscal —precisó el abogado.

—Bien. ¿Dónde está?

—Según tengo entendido, se vio obligada a cancelar la cita en el último momento por una urgencia familiar, pero dijo que podíamos seguir adelante con la reunión siempre y cuando yo no tuviese reparos en que ella no acudiera. Ya que ha venido en coche desde

Atlanta, me habría sabido muy mal que tuviera que dar media vuelta.

—Entonces, si su cliente no quiere hablar de su participación y tampoco quiere dar nombres, ¿de qué quiere hablar exactamente? He conducido cuatro horas para escucharlo, así que, créame, soy todo oídos.

Holland bebió un buen sorbo de café y se recostó en la silla con las manos detrás de la cabeza. Estiró las piernas y cruzó un pie sobre el otro.

—La oferta era que mi cliente aportaría la ubicación del proveedor, que se declararía culpable de un delito federal por tráfico de un narcótico de categoría uno y que, al hacerlo, la cantidad se reduciría a novecientos noventa y nueve gramos. Por tanto, la condena de no menos de cinco años normalmente asociada a ese delito no se aplicaría. Así que no estamos aquí para hablar de quién, sino de dónde.

—Sabe tan bien como yo que su cliente puede declarar lo que quiera y que nada podrá ser utilizado en su contra. Así funciona esto, ¿no? Usted pasea a su cliente por la oficina, nosotros le hacemos unas preguntas, él noes condenado por ninguno de los delitos de los que hable y, suponiendo que todo encaje, obtendrá un acuerdo.

—Funcione como funcione esto, también sabemos que es un tema de concreción.

—De acuerdo. Entonces, ¿dónde conseguía exactamente la heroína, señor Parker?

El chico miró a su abogado y este asintió para indicarle que respondiera.

—Cherokee.

—Cherokee. —Holland se echó a reír y negó con la cabeza—. ¿Algún lugar concreto de Cherokee?

—No.

—¿Solo Cherokee?

—Solo Cherokee.

La silla en la que estaba sentado Holland se deslizó por el suelo emitiendo un sonido estridente.

—Bueno, me gustaría darles las gracias por haber venido. Desde luego, ha merecido la pena invertir mi tiempo viniendo hasta aquí.

—Al levantarse, guardó la grabadora en el bolsillo y cogió la taza con una mano y la cafetera con la otra—. ¿Alguno de ustedes podría abrirme esa puerta?

El abogado se levantó a abrir. El chico volvió la cabeza con una mano delante de la boca para esconder su sonrisa de suficiencia. Holland deseaba ardientemente estamparle la cafetera en la cabeza y ver cómo se le derretía la piel de la cara.

Cuando había recorrido medio pasillo, un agente llamado Rodríguez salió de un despacho y se quitó unos auriculares. Había estado escuchando la grabación de vídeo. Era el infiltrado que se había encargado del caso del chico y organizado la detención a manos del departamento de la policía local.

—¿Para qué cojones me habéis traído hasta aquí? Cherokee. Ha dicho Cherokee. Podríais habérmelo dicho por teléfono, joder.

—Lo lamento, señor. Creía que pensaba colaborar.

—¿Y dónde coño está la ayudante del fiscal? ¿Cancela y me mandáis aquí a ciegas?

—No lo he sabido hasta que ha llegado el abogado, señor.

—¿No leíste la carta?

—Creía que era plena cooperación.

—Y yo. Insisto: ¿no leíste la carta?

—No, señor.

—Exacto. Si esa era toda la información que tenía, la ayudante del fiscal debería haberle dicho a ese abogado que le metiera la carta por el culo a su cliente. Cherokee. Ha dicho Cherokee. Y supuestamente eso le proporcionará un puto acuerdo cuando lo cazamos con heroína por valor de ochenta de los grandes.

Parecía que acabaran de descubrir a Rodríguez meándose en los pantalones. En realidad, era un fanático que se había precipitado. Había cometido un error de principiante y, obviamente, se sentía como una mierda por ello. Holland sabía que era el mejor agente de su equipo y que, cuando tuviera unos años más de experiencia, probablemente se labraría una buena carrera. Pero Holland no pensaba mimarlo ni, desde luego, tenderle una mano para que se levantara.

—Que lo pongan bajo custodia otra vez.

—¿Y el acuerdo?

—No habrá ningún puto acuerdo.

No había nada más que decir, ninguna razón para seguir allí. Si Holland no encontraba tráfico, estaría de vuelta en la oficina a las siete, pero aquello era Atlanta, y allí siempre había tráfico.

Su hijo Garrett tenía un partido de baloncesto aquella noche y, al consultar el reloj, Holland supo que no había la más mínima posibilidad de que llegara a tiempo. Eran estupideces como aquellas las que acababan con un matrimonio y, desde hacía meses, el suyo pendía de la yema de su dedo como una gota de agua. Después de quince años en su puesto y a medio camino de la jubilación, no era más que un tópico con placa.

8

Raymond estaba sentado con la cabeza gacha y la barba le brillaba sobre el pecho como el cepillo de una escoba. Se pasó la hoja de una vieja navaja por la cutícula del dedo índice derecho. El filo de la navaja le rompió una uña y le cayó un trozo de piel sobre el mono.

Él y la perra oyeron que se acercaba un coche por el camino. Tommy Two-Ton se encontraba a los pies de Ray y fue cojeando hacia el borde del toldo que cubría el porche. Unos faros iluminaron los árboles que se elevaban detrás de la casa y descendieron hasta la entrada del patio. El sonido de la gravilla bajo los neumáticos llenó el aire de electricidad estática. Ray se tapó los ojos con la mano y Tommy aulló a quienquiera que se acercaba.

Cuando los ojos de Ray se habituaron de nuevo a la oscuridad, vio que un coche patrulla había aparcado al lado de su camioneta. Fuera no había luz, tan solo el tenue destello amarillo del comedor que se colaba por las delgadas cortinas de lino. La agente llevaba el pelo recogido en un moño y el chaleco antibalas ocultaba su figura bajo el uniforme.

Leah Green caminaba como su padre, dando grandes zancadas como si estuviera saltando de piedra en piedra en un río. Dos veranos atrás, su padre, Odell, volcó el tractor y se ahogó en un estanque para el ganado situado al final de su propiedad. Ray lo conocía de toda la vida y, si fuera la clase de persona que dice esas cosas, habría reconocido que Odell era el mejor amigo que había tenido nunca. Al ver a Leah caminando, un recuerdo le impregnó la mente como una gota de tinta en el agua. Tenía ocho años y había bajado al arroyo mientras su padre llenaba el depósito del camión. El padre de Odell era el propietario de la gasolinera situada en la

conjunción entre Caney Fork y el río.

Ray lo conoció cuando Odell subía la orilla con un montón de truchas atravesadas por una lanza hecha de caña afilada, unos cuerpos irisados con la cabeza irregular. El chico llevaba un rifle Browning del calibre 22 colgado a la espalda y, cuando Ray le preguntó qué había estado haciendo, Odell le dijo que disparando a los peces. El chico le explicó que, la noche antes, las farolas situadas junto a los surtidores estaban llenas de huevos de efímera y que aquella mañana había cogido unos cuantos para utilizarlos como cebo. Al amanecer ya estaba en el río y hundió unos cuantos bichos en el agua y echó a correr para disparar a las truchas cuando salieran a la superficie a comer.

Volver al pasado fue una huida agradable. Ray se rio y negó con la cabeza cuando Leah apareció en una isla de luz vaporosa proveniente de la casa. Tommy Two-Ton meneó la cola mientras olisqueaba los tobillos de la agente.

Afortunadamente, Leah se parecía a su madre, con unos rizos naturales del color de la miel de álamo y una cara ovalada con pómulos altos. Sonreía más con los labios que con los dientes; era más estoica que tímida. Unos ojos verdes y afables compensaban el hecho de que tuviera unas piernas tan gruesas que podrían derribar los muros de un establo.

—¿Cómo estamos esta noche, Ray?

—Aquí, disfrutando de la cena.

—A ver si lo adivino: un tarro de mermelada lleno de *whisky* y un puro que huele a pies.

—Yo no te definiría como una visionaria, precisamente. —Ray ladeó la cabeza y la miró por el rabillo del ojo—. Imagino que has olido este excelente puro en cuanto te has bajado del coche.

—Podía olerlo antes de que el asfalto se convirtiera en gravilla —respondió—. Y no hace falta ver el futuro para saber que deberías tomarte un día libre de vez en cuando para que ese hígado tuyo no se te escabeche.

—Si sacas un pie de cerdo del escabeche, la carne se agria —dijo Ray, que dio un largo trago de *whisky* seguido de una calada al puro. Luego exhaló una densa nube de humo por la comisura de los labios para que no alcanzara a Leah.

—Nunca lo había oído expresado así.

Leah metió los pulgares por dentro del cinturón y negó con la cabeza mirando al suelo. Cuando levantó la cabeza y miró a Ray a los ojos, estaba sonriendo.

—Puede que tengas razón, viejo.

Había una mecedora vacía al lado de la de Raymond, pero Leah se sentó en un pequeño taburete de mimbre como si estuviera a punto de abrillantarle los zapatos.

—¿Por qué narices te sientas ahí? Ven, ya te quito esto. —Ray cogió el libro sobre coyotes que había estado leyendo y lo tiró al suelo—. Siéntate en esta silla y ponte cómoda.

—Me da miedo ponerme demasiado cómoda y no querer levantarme —respondió ella—. En todo caso, no puedo quedarme mucho rato.

Ray no se andaba con rodeos. Sabía por qué había venido Leah y, en lugar de esperar mientras ella rozaba la superficie con los dedos, sabía que solo había una manera de zambullirse en el agua.

—Mira, te diré lo mismo que le dije al agente que fue al hospital. Cómo encontré a Ricky y dónde lo encontré no tiene nada que ver con vosotros. Tenía una deuda y ha quedado saldada.

Leah se rascó detrás de la oreja y ladeó la cabeza con una sonrisa irónica.

—Pensaba que al menos me ofrecerías una copa primero.

—Has dicho que no podías quedarte.

—Y no puedo.

—Entonces, ¿para qué iba a hacerte perder el tiempo?

—Entendido. —Apoyó los codos en las rodillas y estiró el cuello —. El tema es que el *sheriff* me ha enviado aquí creyendo que podría hacerte entrar en razón. Sabe que tú y yo somos amigos desde hace mucho tiempo. Sabe que somos como familia.

—Lo somos. Somos familia —dijo Ray. Después se miró el pecho, se desempolvó la parte delantera del mono, cerró la navaja y ladeó el cuerpo para metérsela en el bolsillo—. Pero podemos guardarnos los sentimentalismos para reuniones de antiguos alumnos y funerales. Y no quiero parecer brusco, chica, pero la verdad es que, cuando te pones esa placa por la mañana, para mí no eres distinta del tipo que entró en el vestíbulo del hospital con su traje y su corbata. La poli es la poli, y hay algunas cosas que sabéis y otras que no.

—No he venido a preguntarte por los viejos tiempos, por las apuestas que hacíais tú y mi padre con los gallos de pelea en Del Rio, ni a averiguar si Coon Coward vuelve a hacer licores. A tu hijo le han pateado la cara. Has tenido que arrastrarlo al hospital medio muerto y drogado hasta las cejas. En mi opinión, es algo que tenemos derecho a saber.

—Como te decía, había una deuda y ha quedado saldada.

—Sí, con cinco costillas rotas, una de las cuales estuvo a punto de perforarle un pulmón a tu hijo. Le dieron una patada en la cabeza que casi le destroza el hueso orbital. Eso es lo que nos dijo el médico. Nos explicó que, si la bota le hubiera alcanzado un centímetro más a la izquierda, tal vez habría perdido el ojo.

Raymond permaneció impasible y ni se planteó detallar cómo había pagado la deuda ni contarle que había cogido prácticamente el último dólar que le quedaba para salvarle la vida a su hijo una vez más, una vida que el chico sin duda desperdiciaría. Empujó la mecedora haciendo fuerza con los talones y se apoyó el tarro de *whisky* en la barriga.

—Yo creo que si a la policía le interesara salvarle la vida a mi hijo, no lo soltaríais cada vez que lo encerráis. La última vez que lo atiborrasteis a naloxona, cuando llegué al hospital estaba en el aparcamiento atándose una goma al brazo en el coche de un chaval. Lo vi con mis propios ojos. —Ray dio varias caladas rápidas al puro para que no se apagara y luego se quitó una pizca de tabaco de la punta de la lengua y la pegó al reposabrazos—. No hace mucho, alguien me dijo que inyectabais a los muchachos naloxona hasta cuatro veces diarias. Parece un poco anticuado, ¿no?

—No puedo…

—Pues tendrás que perdonarme por no creer que al *sheriff* le preocupe que esté medio muerto, como tú dices. —Ray continuó para evitar un sermón—. Ese chico lleva casi veinte años medio muerto. No es nada nuevo. Y lo sabes igual que yo.

La radio que utilizaba Ray para escuchar las conversaciones de los servicios de emergencia crepitó en el suelo al lado de la mecedora. Estaba captando la electricidad estática de la radio que llevaba Leah prendida al cinturón, y Ray se agachó a girar el dial para apagarla. Ahora se oía claramente la llamada a través del altavoz de Leah y ambos escucharon un aviso de agresión doméstica

en Monteith Gap. «Deben ser las diez», pensó Ray.

Era una llamada que llegaba puntualmente cada lunes por la noche cuando Lonnie Luker volvía a casa como una cuba. Su mujer empezaba a ondear una sartén de hierro y a gritar cosas sobre Jesús y, al rato, Lonnie cogía un cuchillo y amenazaba con rebanarle el pescuezo. Aunque llevaban cuarenta y dos años peleándose sin derramar una sola gota de sangre, la policía respondía cada semana solo para complacer a los vecinos.

—Parece que el viejo Lonnie ha vuelto a casa del centro de veteranos de guerra —comentó Raymond.

—Eso parece, sí.

Leah se dio una palmada en las rodillas y se puso de pie. Ray sabía que entendía que no le facilitara información, y también sabía que ella estaba obligada a preguntar. Leah pulsó un botón del transmisor que llevaba prendido al bolsillo izquierdo de la camisa.

—Charlie Dos, condado. Voy de camino.

—Diles a Lonnie y a su señora que los veré el domingo en la iglesia.

—Lo haré.

Leah se arrodilló y acarició a Tommy Two-Ton detrás de las orejas, y el beagle levantó el morro para que los dedos de Leah llegaran debajo de la barbilla. Cuando se incorporó de nuevo, le puso una mano en el hombro a Ray y con la otra le quitó el sombrero. Luego se agachó, le dio un beso en la cabeza y volvió a ponerle el sombrero.

—Buenas noches, tío Raymond.

Ray cogió el sombrero por la corona y se lo recolocó. Leah ya había llegado al coche patrulla.

—Vete con cuidado, chica —dijo, y dio una larga calada al puro.

Leah asintió y se sentó al volante. Ray sabía que volvería en un par de días.

9

Aquella primera semana de noviembre hubo días en que las montañas eran invisibles a causa del humo y el sol se paseaba por el cielo como una canica pálida. Ricky no tenía seguro, así que el hospital le hizo un par de radiografías, le cosió un corte o dos y le dio el alta al cabo de un día y medio. En su segunda mañana en casa, Ray estaba convencido de que el chico moriría. El dolor físico parecía verse superado por algo más grande, algo que parecía estar haciendo que el muchacho se retrajera; y allí, tumbado bajo las delgadas sábanas de algodón de su cama de infancia, parecía poco más que un esqueleto.

Hubo un pensamiento que caló en Ray mientras observaba al chico desde el umbral: cuando un animal está débil, el granjero acaba con su sufrimiento de manera piadosa. Ese pensamiento le dejó un vacío en su interior, ya que no se trataba de un caballo que se había roto una pata en la madriguera de una marmota o una gallina que se hallaba al borde de la muerte después de poner huevos. Ser el padre de un adicto siempre entrañaba esa ambivalencia, porque habías visto lo mismo una y otra vez durante años y años y en el fondo sabías que no podías hacer absolutamente nada para impedirlo. Pero, al final, el chico acurrucado en la cama era tu hijo, y esa siempre era la parte que se imponía. A la hora del almuerzo, Ray llamó a Herschel Stillwell porque no podía soportar la idea de no hacer nada al respecto.

Herschel era un médico de familia retirado que había trabajado durante décadas en el condado de Jackson. Por su manera de ser, siempre respondía a las llamadas de los vecinos a los que nunca les habían gustado mucho los médicos y solo confiaban en él. El dormitorio estaba a oscuras, salvo por el tímido brillo de una

lámpara de vidrio opalino situada sobre una cómoda a los pies de la cama. Herschel se arrodilló al lado de un cubo grande que Ray había puesto allí para que el chico vomitara. El médico llevaba una camisa a cuadros oscura con tirantes negros prendidos a unos pantalones de lana. Había tenido el cabello gris, y lo había perdido casi todo, excepto una curva baja que empezaba detrás de las orejas y le dibujaba una sonrisa en la parte trasera de la cabeza.

Llevaba la camisa remangada hasta los codos y cerró los ojos mientras presionaba el diafragma del estetoscopio contra el pecho de Ricky para escuchar su ritmo cardiaco y su respiración. Herschel movió el instrumento unos centímetros y repitió el proceso, cerrando los ojos mientras escuchaba con expresión tensa, como si intentara recordar el título de una canción. Cuando hubo terminado, se sacó el estetoscopio de los oídos y se lo dejó colgando del cuello.

—¿Puedes incorporarte? —preguntó Herschel, pero el chico no se movió—. Necesito que te incorpores para tomar esta pastilla. No quiero que te ahogues.

Ricky gimió y se levantó apoyándose en un codo. Luego abrió la boca y el médico le dio una pastilla blanca y le puso una taza en los labios para que bebiera. Le caía agua por la barbilla y mojó las sábanas. Durante un segundo o dos le costó respirar, y volvió a la misma postura que había adoptado toda la noche.

—¿Qué tal las costillas? —El médico apartó la sábana y observó el moratón que tenía en el costado—. ¿Te duelen al respirar?

Ricky murmuró algo ininteligible.

—Si te incorporas del todo o te tumbas, notarás menos presión en las costillas y te será un poco más fácil respirar —dijo el médico al levantarse, y dio una palmada a Ricky en la parte baja de la pierna—. Ánimo —añadió, pero el chico no hizo ningún movimiento.

Cuando Herschel y Raymond estaban en la cocina, el médico se sentó a la mesa, un tablón de roble blanco teñido de color nogal oscuro. Raymond le ofreció algo para beber y Herschel aceptó una taza de café. Ya había una cafetera llena y Ray no se molestó en preparar más. Cogió una taza de estaño esmaltada de un pequeño gancho situado bajo un armario y la llenó hasta arriba. Luego le tendió el café y sacó un pañuelo del bolsillo trasero para sonarse la

nariz.

—Este otoño, las alergias han sido muy malas —dijo Herschel—. Seguramente es tan culpable el humo como las hojas.

—Podría ser.

Ray volvió a guardarse el pañuelo en el mono.

—Hace unos días fui a Franklin y había tanto humo que en la carretera no veías a más de cinco metros. El cielo estaba amarillo. Parecía un eclipse.

—Me lo creo —dijo Ray—. Probablemente llegó desde Tellico.

—Probablemente —respondió Herschel, que sostuvo la taza delante de la cara con ambas manos como si quisiera calentárselas.

El libro de Ray estaba encima de la mesa y el médico lo giró con el pulgar para ver bien la portada. Sobre un fondo gris claro aparecía impresa la cara de un coyote.

—Esos bichos han sido un auténtico infierno para mis gallinas —comentó Herschel—. Pero, por lo visto, a los conejillos de indias no pueden cazarlos. A lo mejor es porque se meten en los árboles, o a lo mejor a los coyotes no les gusta su sabor. No lo sé.

—La otra noche había un montón detrás de casa —dijo Ray.

—¿Conejillos?

—Coyotes.

—Suena inquietante. —Herschel negó con la cabeza—. ¿Recuerda aquella vez que persiguieron a esa chica de los Brinkley, la hija de Frank y Gertie, en Tuckasegee?

—Lo recuerdo.

—Ver a su hija siendo devorada de aquella manera destrozó a ese hombre. Se llamaba Pearl, si mal no recuerdo. Hace mucho de eso. No puedo imaginarme lo que es presenciar algo así. —Herschel bebió un sorbo de café y dejó la taza encima de la mesa—. Poco después de lo ocurrido estuve buscando y no encontré un solo ejemplo de algo parecido en todo el país. Los coyotes persiguiendo a una niña de esa manera…

—A lo mejor fueron las circunstancias.

—Sí, no lo sé. Es posible. —El médico se metió la mano en el bolsillo y dejó un pequeño frasco naranja sobre la mesa—. Quiero que le administre a Ricky una de estas por la mañana y una por la noche durante cuatro días. Después, pártalas por la mitad y dele media por la mañana, media por la tarde y media por la noche.

Hágalo durante otros cuatro días. Los últimos cuatro, quiero que reduzca la dosis a media por la mañana y media por la noche. Hay dieciocho pastillas. —Agitó el frasco—. ¿Cree que podrá recordarlo?

—Imagino que sí.

—De lo contrario, llámeme. Y lo digo en serio, Ray. Sé cómo es usted. Así que, si tiene cualquier duda, llámeme. No es molestia.

—Se lo agradezco —respondió Raymond, que estaba recostado en la silla con las manos por dentro de la pechera y los pulgares asomando por fuera—. ¿Qué le ha dado exactamente?

—Hidrodocona —dijo Herschel—. Es un opiáceo bastante suave. Sé que esos médicos del hospital no querían darle nada, pero, en mi opinión, estamos tratando dos cosas distintas. Por un lado está el dolor por la paliza que le dieron y por otro el síndrome de abstinencia. Por eso vomita tanto. Al parecer, el dolor no le molesta tanto como lo otro, pero esto debería ayudarlo con ambas cosas. ¿Cuántos días hace? ¿Lo sabe?

—Tres días más o menos.

—¿Cree que iba colocado cuando lo encontró?

—Imagino que sí.

—Me figuro —dijo Herschel—. Cuando estás con el mono, el segundo y el tercer día son como tener un pie en la tumba. Es el peor momento. ¿Sabe cuánto consumía diariamente?

—No tengo ni idea.

Por su expresión, Herschel indicó que no era un dato tan importante.

—Bueno, esto no es suficiente para mantener el colocón, pero aliviará el síndrome de abstinencia. Es como combatir el fuego con fuego, pero creo que funcionará más rápido. Es difícil que se cure cuando ni siquiera puede darle de comer. Si superamos un obstáculo, a lo mejor conseguimos que se cure.

—¿Y luego qué?

—Supongo que hay dos opciones. Si tiene dinero, conozco buenos centros en el sur, un par de sitios de los que hablan maravillas en Florida. Si lo llevamos allí y lo alejamos de su entorno habitual, quizá logremos que se desintoxique.

—¿Cuánto cuesta algo así?

—Ahora mismo no lo sé, pero no es barato.

—No me queda dinero para pagar las facturas del hospital.

—Entonces, la otra opción es esta —dijo Herschel, que cogió el frasco de pastillas y empezó a voltearlo—. Lo desintoxicamos con esto lo mejor que podamos y lo ingresamos en la clínica de Waynesville. Lo meterán en un programa y cruzaremos los dedos para que funcione.

—¿Qué clase de programa?

—Metadona. Buprenorfina. Suboxone. Se reúnen con él y deciden qué creen que funcionará mejor —dijo Herschel—. Luego lo vigilarán de cerca y tendrá que…

—Ya lo ha intentado. —Ray negó con la cabeza y se mesó la barba un par de veces—. Lo hizo y no funcionó.

—¿A qué se refiere?

—Hace más o menos un año estuvo en el condado de Haywood. Hazelwood, Frog Level o algo así. Lo metieron en uno de esos programas para evitar que fuera a la cárcel. Acabó dando positivo en un test de drogas o tomando más de lo que le administraban, no lo sé. Lo único que sé es que intentaron que no fuera a la cárcel y acabó haciendo lo mismo.

—No sé qué decirle, Ray.

—¿Qué clase de respuesta es esa? —Raymond observó el rostro inexpresivo de Herschel, como si sus palabras lo hubieran abofeteado. Sabía que, al ser tan corpulento, intimidaba a casi todo el mundo. Toda su vida los había visto ponerse colorados cuando mostraba el menor atisbo de ira, así que estaba acostumbrado a aliviar la tensión para que supieran que su tono de voz era engañoso—. Hersch, lo que intento decir es: ¿Qué hago? ¿Qué hago para que se desenganche?

—Esa es la cuestión, Raymond, y no es fácil decirlo, pero no sé si usted puede hacer algo. —Herschel abrió más los ojos y miró el café como si intentara leer el futuro en el poso que había quedado al fondo de la taza de estaño—. Si ese chico aún no ha tocado fondo, puede que no sepa lo que es eso. Y, si lo ha tocado, no hay nada en este mundo que usted o yo podamos hacer para salvarlo.

—¿A qué se refiere?

—A que es un cambio que un hombre tiene que desear por sí mismo. Si no lo desea, podemos hablar hasta quedarnos sin resuello, pero no nos escuchará. Le entrará por un oído y le saldrá por el otro. El Señor caminó sobre las aguas, pero no podría

cambiar algo así, Raymond. Llevo cincuenta años en esto y, si algo sé, es que la gente solo cambia cuando quiere.

Aquella noche, las pastillas que Herschel le había dado al chico calmaron lo suficiente el mono para que pudiera beberse un vaso de agua entero. Cuando Raymond entró en la habitación, Ricky estaba tumbado boca arriba mirando al techo como si estuviera viendo estrellas fugaces. Ray quitó una chincheta de la pared y dejó que la sábana que tapaba la ventana cayera hacia un lado. Cuando la columna de luz llegó a la cama, el chico entrecerró el ojo derecho. El otro lo tenía hinchado y púrpura como el corazón de un cedro.

—¿Crees que si te traigo algo de comer podrás incorporarte?

—Creo que sí —gruñó Ricky.

Eran las primeras palabras que le decía a su padre desde aquella noche en la camioneta.

—¿Necesitas ayuda?

—Creo que no.

El chico puso cara de dolor mientras se incorporaba lentamente y apoyaba la espalda en el cabecero de la cama.

En la cocina, Ray levantó la tapa de una gran olla de acero, removió el caldo de carne y lo dejó reposar. Unos círculos de aceite brillaban en la superficie como ojos de araña. Probó una cucharada. El caldo era de un color rojo oscuro y tan sabroso que tuvo que verter agua de un tarro para que fuera menos suculento.

Había empezado a prepararlo aquella tarde con una bolsa llena de huesos de pollo que guardaba en el congelador. Ray los cubrió con agua y añadió unas ramitas de romero y tomillo seco. Lo puso todo a hervir hasta que la tapa empezó a repiquetear y lo dejó a fuego lento hasta la mañana siguiente. Los huesos salieron limpios y los sustituyó por cebollas y zanahorias enteras, un manojo de apio y ocho cabezas de ajo, y dejó que las verduras se hicieran durante casi un día. Las coló en el último minuto, redujo el caldo a la mitad y añadió sal al gusto y un poco de vinagre de manzana para que la grasa no se quedara pegada a la lengua.

Así preparaba el caldo la madre de Ray. Toda su vida había cocinado a granel cuando enfermaba alguien en casa o un familiar que viviera río arriba. «La vida está en las raíces y los huesos»,

decía, y Ray también lo creía. Normalmente sazonaba la olla con zanahoria, cebolla y apio troceados, un poco de pollo desmenuzado, una pizca de pimiento rojo y a veces una taza de arroz para darle sustancia. Pero para el chico solo llenó un viejo cuenco de Pyrex con un caldo de color caramelo y lo llevó al dormitorio como había hecho un centenar de veces durante la vida de Ricky.

El chico llevaba las sábanas enrolladas a la cintura y se había incorporado. La luz que entraba por la ventana convertía sus costillas en listones, y Raymond pudo contarlas desde el otro lado de la habitación. Las sombras le llegaban al pecho, a la izquierda del cual llevaba tatuadas unas manos rezando, descoloridas y azules como si fueran un moratón más. Ray pensó en lo fácil que había sido cargar con él en brazos aquella noche. Probablemente solo pesaba sesenta kilos cuando debería rondar los noventa. Quedaba poco de él. La droga había dejado a Ricky en los huesos, e incluso estos parecían estar a punto de doblegarse.

Ray le tendió el cuenco y Ricky lo sostuvo delante de la cara con ambas manos como si fuera un vagabundo. Al lado de la ventana había una pequeña silla con respaldo de listones y Ray se acomodó en el asiento tratando de no dejar caer todo su peso. No había otro lugar donde sentarse.

Raymond quería decir algo, pero no encontraba las palabras y no sabía por dónde empezar. Se mesó la barba y observó por la ventana a un cardenal que se había posado en la rama de un cornejo situado en un lateral de la casa.

—¿Dónde estabas viviendo?

Ray no se dio la vuelta, como si estuviera haciéndole la pregunta al pájaro.

—Por ahí —respondió Ricky.

—¿En algún lugar en particular?

—Un par de ellos.

Ray se presionó la sien izquierda con las yemas delos dedos y cerró los ojos. Acababan de empezar y las mentiras ya estaban provocándole dolor de cabeza.

—Pensaba que vivías en Haywood. Es lo último que oí. No supe que habías vuelto a Balsam hasta que me llamaron para decirme que te habían encontrado cerca de la casa de Rose hace unas semanas.

El chico no abrió la boca.

—Explícame una cosa —añadió Ray—. ¿Cómo es posible que un hombre se inyecte diez mil dólares con una jeringuilla?

Entonces se dio la vuelta y observó a su hijo, pero no había nada allí, ningún vínculo entre ambos, tan solo un vacío con abundante espacio para las mentiras.

—No me chuté diez mil dólares —contestó Ricky casi como si estuviera orgulloso de sí mismo—. Ni de lejos. Fue un dinero que perdí con una camioneta.

—¿Una camioneta?

—Sí, lo perdí con una camioneta. Supuestamente tenía que llevársela a un tío en Georgia y no llegué.

—¿Ibas a comprarla?

—No, no iba a comprarla. La conducía. Era el conductor. Supuestamente debía llevársela a un tipo a Georgia y él tenía que pagarme.

—¿Y qué le pasó a la camioneta?

—Esa es la cuestión —dijo Ricky—. Al llegar a Clayton me encontré con la policía escondida en una vieja viña. Cuando tomé la curva estaban allí. No pude hacer nada para esquivarlos. Pusieron las sirenas y empezaron a seguirme. Entonces me di cuenta de que aquel trasto era robado o iba cargado de droga o algo parecido, así que pisé el acelerador a fondo. Perdí el control en una curva unos ochocientos metros más adelante. Había un perro en la carretera y di un volantazo para esquivarlo y ahí se acabó todo. Después todo era tierra, cielo, tierra, cielo…

—¿Y te cogieron?

—No, no me cogieron. Salté por la ventana y me fui corriendo. Avancé un poco y al bajar por la colina tropecé. Debí de golpearme la cabeza con una piedra o algo así y me quedé inconsciente. Desperté de noche y no había un alma por allí.

—Eso no tiene ningún sentido.

Raymond negó con la cabeza, sabiendo que el chico mentía como siempre.

—Ya sé que no tiene sentido. Yo no he dicho que lo tuviera. Tú me has preguntado y yo te cuento lo que pasó —dijo Ricky—. Solo se me ocurre que pasaron por allí y no me vieron. El bosque era muy denso y yo estaba tumbado entre la hierba. No lo sé. Lo único

que sé es que cuando desperté estaba oscuro y allí no había nadie más que yo y el perro lamiéndome la cara. Así desperté, con el perro lamiéndome.

Ricky levantó la mano derecha como si estuviera ofreciendo testimonio formal. Raymond tenía ganas de decirle que era un mentiroso, pero sabía eso que no les llevaría a ninguna parte. Por otro lado, quizá estaba diciendo la verdad por una vez en la vida. A lo mejor todo había sucedido tal como él decía y, aun siendo así, no cambiaría nada. Si se había gastado el dinero en droga o todo aquello había sucedido realmente, el resultado final era el mismo.

—Aún no me has contado cómo llegaste a deber diez mil dólares.

—Supongo que calculó que eso era lo que costaba el destrozo de la camioneta. —Ricky hizo una pausa—. Bueno, además de lo que ya debía.

—Para que quede claro, era lo último que quedaba.

—¿Lo último de qué?

—Del poco dinero que tenía guardado.

Raymond abrió la cremallera del peto y sacó un paquete arrugado de puros Backwoods. Golpeó varias veces la cajetilla contra la pierna mientras sopesaba sus palabras.

—Adonde yo quería llegar es que se acabó. No te salvaré más. No me queda nada más que darte. —Ricky no dijo nada—. Te he echado cables hasta se me han agotado los brazos, y ya no me quedan más cables que echar.

Lo que decía Ray era cierto, pero saber que era cierto no hacía más fácil decirlo. Entonces le invadió la melancolía, o más bien una combinación de sentimientos abrumadores. Había culpabilidad, ira y tristeza, y también amor, orgullo y odio, todo a la vez, así que Raymond se vio totalmente sobrepasado y no podía soportar la idea de permanecer allí sentado un segundo más. Le temblaban las manos, el corazón le latía a toda velocidad y había tanta fricción en su interior que tuvo la sensación de que iba a arder en cualquier momento.

Se levantó y fue hacia la puerta sin tan siquiera mirar a su hijo. Ya casi había llegado al umbral cuando Ricky habló. El sonido de su voz le llegó antes de que pudiera dilucidar sus palabras. En el fondo, Ray ya sabía lo que iba a decir. Iba a disculparse, porque era

lo que siempre hacía, un montón de «lo sientos» lastimeros que nunca significaban nada.

—¿A qué hora quería el médico que me tomara esa otra pastilla?

A Raymond se le tensó hasta el último músculo de su cuerpo. Lo único que oyó fue una pregunta egoísta igual que todas las que Ricky había formulado casi toda su vida. En el corazón del chico no había un deseo de perdón. En su mente no había espacio para el cambio.

10

A veces, Raymond Mathis se despertaba y Doris seguía viva. Cuando estaba de suerte, aquello podía durar unos minutos; pero casi nunca era así, y solo tardaba unos momentos en recordar. Aquella mañana supo que su mujer estaba muerta en cuanto abrió los ojos.

Lo primero que vio fue un colibrí de cristal de colores en la ventana del dormitorio. Aquel adorno siempre estuvo colgado sobre el fregadero de la cocina, pero un día, hacia el final, Doris se lo pidió repentinamente y Ray se lo llevó. Clavó un clavo en el marco de la ventana y allí estuvo proyectando luz hasta que los ojos de Doris se nublaron un martes y se fue.

Doris siempre tenía flores y comederos de pájaros. Un verano llovió tanto que ató varios paraguas a las estacas de las tomateras para que sus dalias no se ahogaran. Cuando Ray llegó a casa del trabajo, le pareció que habían instalado un circo delante de casa, todos aquellos paraguas abiertos como setas, todo aquel color salpicando el césped.

Cuando estaba demasiado enferma para caminar, Ray la sacaba al porche para que pudiera ver paros carboneros peleándose por las semillas del comedero. Cerraba los ojos cuando los cardenales se ponían a cantar o cuando un colibrí atravesaba el porche. También cerraba los ojos cuando Ray cortaba unas azucenas y se las acercaba a la nariz. Al final estaba demasiado débil. Para ella era demasiado esfuerzo que Ray la cogiera en brazos y la llevara fuera, y tal vez por eso le pidió que colocara aquella colorida pieza de cristal en el dormitorio, algo hermoso que podía contemplar sin necesidad de moverse.

Habían pasado tres años y la idea de llevar de nuevo aquel

colibrí a la cocina ni se le había pasado por la cabeza. Era como el joyero que seguía en el centro de la cómoda, la ropa de Doris en los armarios o sus botas de agua con barro pegado a las suelas junto a las mecedoras del porche. En la iglesia, algunos le decían que tenía que empezar a sacar algunas cosas de casa. Decían que eso le ayudaría y Ray asentía educadamente, porque sabía que lo hacían con buena intención. Pero, en el fondo, necesitaba toda su fuerza de voluntad para no agarrarlos del pescuezo y gritar: «¡No me digas cómo llorar su muerte!».

Para él, tres años eran como un día. Cuando un hombre pierde a una mujer como ella, el tiempo se rinde al antes y al después. Lo que fue ya no es y no podrá ser. Así funciona el tiempo. Un hombre se queda atrapado en el después. La vida que tenía con ella existía y entonces dejó de existir. Llega un momento en la vida en que lo único que queda es el recuerdo. Una vida no es más que la suma de sus ayeres. Esa era la única verdad que conocía Raymond Mathis.

Apartó las sábanas, se sentó al borde del colchón y se frotó las comisuras de los ojos con las palmas de las manos. La camiseta que llevaba el día anterior estaba colgada en el poste de la cama y la olió antes de ponérsela otra vez. El mono estaba en el suelo, se lo puso y se pasó los tirantes por encima de los hombros. Como un reloj, el collar de Tommy Two-Ton tintineó en la otra habitación y Ray oyó las zarpas rasguñando el suelo de la cocina.

Ray salió descalzo del dormitorio y enfiló el pasillo para dar de comer a la perra y preparar café. Se sentó a la mesa mientras hervía. Lo hacía sin que le pasara un solo pensamiento por la cabeza, pues aquello era un ritual. Era uno de aquellos momentos del día que le permitían mantener el norte.

En el centro de la mesa de roble blanco había un cuenco de madera tallado a mano y, debajo de él, un trozo de papel para que no se perdiera. Antes de irse, Herschel había anotado el régimen para desintoxicar al chico porque sabía que Ray se olvidaría, igual que sabía que el orgullo no le permitiría llamarlo. La cursiva del médico era estilizada y pulcra, una caligrafía que parecía más adecuada para un museo que para el mundo actual. La cafetera empezó a filtrar y Ray fue a coger las pastillas que había dejado en el cuenco, pero ya no estaban.

Lo primero que sintió no fue enojo, sino contrición. ¿Cómo pudo

ser tan tonto de dejarlas a la vista? No era precisamente novato. No era la primera vez que lo engañaba. Ricky había robado toda clase de pastillas que los médicos le recetaban a Doris, hasta que esta finalmente le pidió a Ray que dejara de ir a buscar las recetas.

Dijo que prefería aguantarse que alimentar la adicción del chico, que un dolor era más fácil que otro.

Ray apretó los puños y luego extendió los dedos sobre la mesa, cerró los ojos e intentó concentrarse en la frialdad de la madera contra las palmas de las manos. Ricky apenas podía moverse, ni siquiera podía ir al cuarto de baño él solo, así que la idea de que fuera capaz de levantarse e ir a la cocina no se le había pasado por la cabeza. «Ten paciencia», pensó.

Ray fue a la habitación del chico dando unos pisotones que retumbaban en la silenciosa casa. Cuando llegó a medio pasillo, se detuvo delante del lavabo. La luz formaba un rectángulo alrededor de la puerta. El pomo no funcionaba desde hacía años y, al empujar la puerta con el pie, vio que estaba cerrada por dentro con la cadena.

Ray sacó la navaja Case del bolsillo, abrió la puerta todo lo que pudo e introdujo la hoja en la abertura hasta que notó que el gancho se soltaba.

La estancia era pequeña, medio cuarto de baño con el lavamanos a la derecha, el inodoro justo al lado y la bañera ocupando toda la parte izquierda. Unas baldosas blancas cubrían el suelo y media pared, y la otra mitad era de pladur pintado. La bañera, el retrete y el lavamanos eran del mismo color, una porcelana color amarillo calabacín que no se vendía desde los años setenta.

Ricky estaba sentado en el suelo entre el retrete y la bañera y su cuerpo se curvaba como un interrogante. Las piernas formaban un ángulo recto y la columna un arco poco natural. Solo llevaba unos calzoncillos de cuadros con las perneras subidas hasta la cintura. En el centro de la pantorrilla izquierda, una larga cicatriz rosa se ensanchaba hasta formar una depresión más oscura, como unos fuegos artificiales estallando. Era el lugar donde los médicos habían realizado una primera punción y más tarde extirpado un absceso que casi le llegaba al hueso. Ricky había empezado pinchándose en la pierna, aunque ahora lo hacía en cualquier lugar donde aún pudiera encontrar una vena. En sus brazos todo había quedado

destruido, como si su propio cuerpo se hubiera vuelto contra él. Ahora, sus únicas opciones eran la ingle o el cuello.

La tapa del retrete estaba bajada y Ricky la había utilizado para triturar las pastillas. Con la parte inferior del mechero había presionado la hidrocodona debajo de su carné de conducir y luego lo había usado para recoger el polvo y verterlo en la cuchara, que se encontraba al lado del frasco de pastillas. Dentro del retrete había una bola de algodón teñida de gris. Ray miró de nuevo al chico.

La mano que había utilizado para pincharse estaba extendida hacia arriba, como si esperara a que alguien le entregara unas llaves o el cambio. Tenía la cabeza vuelta. La aguja seguía clavada en el cuello formando un ángulo extraño que le retorcía la piel. Desde donde se encontraba, Raymond no podía distinguir el rostro del chico, y se alegraba de ello. Buscó movimiento en el pecho de Ricky, aunque en el fondo sabía que no lo había. Tenía el costado de color púrpura y los bordes del morarán empezaban a ponerse amarillentos.

Durante años, Ray había imaginado aquel preciso instante. Lo había reproducido mentalmente en innumerables ocasiones. A veces soñaba con una imagen. Otras veces le venía de súbito, mientras cenaba, mientras ataba unas tomateras o, un día, mientras recogía cabellos de Doris del suelo cuando ella dormía. Lo había imaginado tantas veces que ver al chico en aquel momento ni siquiera le sorprendió.

Doris siempre había preferido las noches que Ricky volvía a casa, las noches que el *sheriff* llamaba para informar de que estaba en la cárcel y las noches que pasaba sentada a su lado en el hospital, porque esas noches no tenía que imaginar dónde estaba. Pero a Raymond siempre le había ocurrido lo contrario. Conocer su paradero significaba que el juego no había acabado y, si el juego no había acabado, tendría que ver a Ricky romperle el corazón a su madre una vez más. Con la muerte al menos había un fin. El cuerpo tenía instinto de lucha, pero la mente poseía sus medios de supervivencia. Por triste que fuera, Ray siempre había imaginado que su hijo estaba muerto, que por fin se había acabado. Siempre había sido su manera de lidiar con ello.

Ray entró en el cuarto de baño, se agachó delante de su hijo y le apartó un mechón de pelo que le caía por la cara. Después le tocó la

mejilla amoratada con el dorso de la mano y su suave tacto a punto estuvo de romperle el corazón en pedazos. Miró las pastillas trituradas y la cuchara sobre la tapa del retrete y se volvió hacia la aguja que llevaba clavada en el cuello, el cilindro alineado con la clavícula. Pese a que Raymond no podía ocultar lo que era su hijo ni el hecho de que lo supieran todas las personas cuya opinión era importante, no podía soportar la idea de que la policía entrara en su casa y lo encontrara todo así.

Ray extendió la mano y sacó la aguja del cuello de su hijo, que soltó un gemido grave. A Ray casi se le para el corazón. Dio una palmada a Ricky en la mejilla y el chico hizo una mueca y se llevó las manos al pecho. Toda la sangre que Ray tenía en su cuerpo le subió a la cara. Ray agarró al chico de las mejillas hasta que, medio aturdido, Ricky frunció los labios y giró la cabeza mientras abría el ojo derecho. Ray se levantó y cogió en el puño un gran mechón de pelo de su hijo como si estuviera a punto de arrancarle la cabellera.

Ricky intentó respirar mientras su padre lo ponía en pie y lo sacaba del lavabo. Avanzaban por el pasillo más rápido de lo que le permitían las piernas. Sus pies resbalaban como si estuviera caminando sobre aceite y al momento franqueó la puerta, salió al porche de tierra y flotó por el aire durante un segundo fugaz, aleteando los brazos hasta que cayó de bruces sobre la arcilla compacta. El golpe le cortó la respiración, pero no había tiempo para recobrar el aliento. Ray ya estaba encima de él. Puso un pie a cada lado de Ricky, le hundió la cara en la quebradiza hierba amarilla y acercó los labios a la oreja de su hijo.

—Puedes levantarte y caminar o puedes quedarte en el suelo y largarte de aquí arrastrándote, pero vete ahora o te juro que acabaré contigo yo mismo. ¿Me entiendes?

El chico jadeó e intentó respirar, pero no podía hablar.

Raymond lo agarró con fuerza del cuello y lo sacudió.

—Necesito que me digas que lo entiendes.

—Me… —farfulló Ricky—. Me duele.

—Tú no sabes lo que es el dolor —le espetó Ray—. Ahora dilo. Di que entiendes lo que acabo de decir.

—Lo entiendo.

—¿Qué es lo que entiendes?

Era un momento que exigía claridad.

—Que no puedo volver.

—Jamás —dijo Ray.

—Jamás —repitió su hijo.

Ray se apoyó en los hombros de Ricky para levantarse y, frunciendo el ceño, miró el cuerpo del chico desparramado sobre la hierba como esos contornos de tiza que aparecen en las películas, sus brazos y piernas retorcidos como si hubiera quedado congelado a media zancada. Ray permaneció allí un minuto, respirando fuerte y cerrando los puños con tanta intensidad que se quedaron sin sangre.

—Al menos déjame coger la ropa —dijo finalmente el chico, poniéndose de costado.

Tenía hierba muerta pegada a la cara y el pecho y los ojos llenos de lágrimas.

—No volverás a poner un pie en esa casa —dijo Ray.

—Pero…

—Desnudo saliste del útero de tu madre y desnudo te irás. ¿No es lo que dicen?

—Mis zapatos —suplicó Ricky.

—Tienes que irte —repuso Ray—. Sal de aquí antes de que pierda los estribos.

Tommy Two-Ton estaba en el umbral con la cola entre las piernas. Tenía la cabeza ladeada y las orejas enhiestas como hacen los perros cuando intentan comprender el mundo.

Ray le habló al pasar.

—Entra, Tommy.

La perra miró por última vez el jardín e hizo lo que le ordenaban.

11

Durante meses, Rodríguez había sido incapaz de conseguir que alguien le diera un chivatazo al oeste de Asheville. Cuanto más te adentrabas en las montañas, más discreta se volvía la gente. Puede que el chaval de Asheville que mencionó Cherokee no impresionara mucho a Holland, pero al menos era un paso en la dirección correcta. Algo en todo aquello tenía sentido.

Si la droga provenía de Atlanta, la Frontera Qualla sería un buen centro de distribución. Si entraban en la 441, cruzaban la frontera en línea recta desde Clayton. Si circulaban por la 74, también podían utilizar las tierras tribales de Murphy. Entre el tráfico de los casinos y los tecnicismos jurisdiccionales necesarios para controlar una nación soberana, lo cierto era que Cherokee ofrecía buen cobijo. Desde algún lugar llegaba un montón de droga a Carolina del Norte occidental, y las líneas no parecían discurrir de este a oeste. La única manera de avanzar era infiltrarse.

Los delincuentes con pocas luces siempre preguntaban a los agentes de incógnito si eran policías, ya que creían a pie juntillas que la respuesta a esa pregunta los haría caer en la trampa. A todo agente blanco que hubiera trabajado en la calle le hacían esa pregunta, pero, después de tres años, Rodríguez no la había oído una sola vez.

Entre la tontería de la construcción del muro y el hecho de que el hombre del pelo naranja que lideraba aquellos cánticos le había dicho al mundo que los hombres como Rodríguez eran traficantes y violadores, nadie se inmutaba. Era imposible que fuera policía. En aquel trabajo, ser de origen latino te facilitaba las cosas. Rodríguez ni siquiera tenía que inventarse una tapadera. Era de piel marrón, así que le bastaba con pronunciar fuerte las erres.

El primer movimiento en un nuevo territorio siempre era igual: te detenían por un asunto de drogas, pasabas por el engorroso proceso de la ficha policial, hacías amigos en la celda y esperabas a que tu comisaría pagara la fianza. En un departamento local no sabías en quién podías confiar, así que era mejor jugar desde dentro, no desvelar nunca que no eras quien decías ser.

Rodríguez se clavó una jeringuilla vacía en el brazo y fingió haberse quedado inconsciente en el lavabo de una gasolinera de Whittier. Dejó la puerta entreabierta para que lo viera la empleada. El problema era que la gasolinera estaba conectada a una tienda de material de caza y pesca llamada Outpost y, cuando lo vio, fue corriendo a buscar a un gorila que sacó una Glock que llevaba en una funda de tobillo y retuvo a Rodríguez hasta que llegaron los agentes. Fue todo muy caótico, pero al final funcionó.

Compartía celda con un hombre blanco con cara de caballo y el pelo de punta que tenía entre treinta y cinco y cuarenta años, pero intentaba parecer mucho más joven. Tenía los ojos demasiado juntos y la boca abierta como si estuviera colocado o fuera tonto de remate. En cuanto los agentes cerraron la puerta, se acercó a Rodríguez y lo inspeccionó de arriba abajo.

—¿Eres cheroqui?

—No, no soy cheroqui.

—Entonces debes ser mexicano.

—Mis padres son venezolanos.

—Eso he dicho.

—México y Venezuela son dos países distintos.

—¿Te gustan los tacos?

—Sí, me gustan los tacos.

—Perfecto, entonces. —Rodríguez se echó a reír—. Mi nombre es Chevis, pero nadie me llama así.

—¿Y cómo te llaman?

—Todo el mundo me llama Rudolph.

—¿Es tu apellido?

—No.

—Entonces, ¿por qué te llaman así?

—Porque soy de Murphy.

—No lo pillo.

—Como Eric Rudolph. —Rodríguez negó con la cabeza—. ¿No

sabes quién es Eric Rudolph? Hizo saltar por los aires varias clínicas abortistas o algo así. No lo sé. Total, que pasó años escondido en el bosque y un día lo descubrieron rebuscando en una papelera detrás del Save A Lot.

—De acuerdo.

—El Save A Lot estaba en Murphy. Por cojones tienes que haber oído hablar de Eric Rudolph.

—No.

—¿Cómo te llamas?

—Rodríguez.

—Ahora lo entiendo.

—¿Entender qué?

—Que eres mexicano, no indio.

—No soy mexicano.

—Entonces, ¿qué eres?

—Estadounidense. Nací en Estados Unidos.

—Ya, y yo soy Eric Rudolph.

El hombre se sentó en un banco de cemento que ocupaba toda una pared y apoyó los codos en las rodillas. Llevaba unos vaqueros sucios con los bajos descosidos, que le cubrían las zapatillas deportivas. Había perdido pelo y tenía una frente amplia y reluciente como de mármol pulido. Cuando agachó la cabeza, el pelo le sobresalía como un puercoespín.

—¿Por qué te detuvieron?

Rodríguez intentó que siguiera hablando.

—Por robar en una tienda.

—¿Qué robaste?

—Una cola de coyote.

Rodríguez se puso a reír, pero el hombre conservó aquella mirada estúpida como si hubiera dicho la cosa más seria del mundo.

—Te lo juro por Dios. Estaba en el mercadillo de Uncle Bill y una mujer vendía calaveras de comadreja y ciervo, un poco de todo. Incluso tenía un pellejo de mapache. Parecía que lo hubiera recogido de una cuneta con una pala. Pero tenía una lata pequeña de café llena de colas de coyote.

—¿Y por qué cojones robaste eso?

—No lo sé. Supongo que quería una.

—Una cola de coyote.

—Sí —respondió Rudolph—. ¿Y tú?

—Me quedé dormido en una gasolinera.

—Eso no es delito.

—Iba hasta el culo.

—¿Borracho?

—No, llevaba una bolsa encima.

—Entonces, ¿te detuvieron por posesión?

—Sí, por posesión.

—¿Cuánto?

—Solo una papelina. O lo que quedaba de ella. En realidad no había nada.

—¿Eres de por aquí?

—No —dijo Rodríguez.

—¿De dónde eres?

—Estoy viviendo en Asheville.

—¿Y cómo cojones acabaste aquí?

—Encontré trabajo en la construcción.

—Es lo único que hacéis.

—¿Quiénes?

—Los mexicanos —dijo Rudolph—. Por lo visto, todos trabajáis en la construcción.

—Es posible.

—A mí nunca me ha gustado el caballo. Soy más de anfetas. Una vez salí con una chica que se llamaba Chrystie; nos metimos una bolsa de cristal y nos pasamos una semana entera follando. Ni siquiera comíamos. Pensaba que me desgastaría el rabo. Lo tuve en carne viva un mes. No entiendo por qué Coño quiere la gente quedarse por ahí tirada. Yo prefiero estar en la luna que inconsciente en una gasolinera.

—Creo que nunca me ha importado una cosa o la otra.

—Pues, colega, tengo el sitio perfecto para ti.

—¿Dónde?

—En Cherokee. Puedes encontrar todo lo que quieras. Parece un almacén de oportunidades. Así lo llaman. Un colega mío vende caballo allí.

—Si me consigues caballo te pillo cristal. ¿Qué te parece?

—¿Quieres comprar?

—Eso he dicho.

—Parece que tenemos un trato, amigo. —Rudolph entrelazó los dedos, volteó las manos y estiró los brazos. Luego bostezó y apoyó la cabeza en la pared de bloques de hormigón—. ¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Rodríguez.

—Hot Rod —dijo Rudolph—. ¿Cuándo crees que saldrás de aquí?

—No lo sé, pero imagino que me retendrán más tiempo que a ti.

—¿Sabes dónde está la fábrica de papel?

—No.

—Bueno, solo tienes que mirar por encima de los árboles y verás el humo. Yo vivo en la colina de detrás.

Entre las casas de un campo de kudzu hay un par de caravanas.

—¿Cómo sabré cuál es la tuya?

—Es la de la canasta de baloncesto. Si te pasas por allí, te llevaré a casa de ese amigo mío.

—¿Y tiene mercancía?

—Amigo, tiene todo lo que andes buscando.

Rodríguez fue hacia un retrete de acero adosado a la pared del fondo y se bajó la bragueta para orinar. Delante había un espejo combado que le deformaba la cara y se miró en él como si estuviera en un parque de atracciones. El hombre que tenía detrás estaba tarareando la melodía de *A Country Boy Can Survive*, y Rodríguez sonrió.

La adrenalina le recorrió todo el cuerpo y lo dejó mareado y temblando. Estaban las preguntas sin responder y las posibilidades. Y estaba el placer de vivir una mentira. Ese tipo de cosas eran difíciles de explicar a alguien que no las hubiera sentido. Aunque pareciera una locura, esa era la parte del trabajo por la que vivía.

12

Un martes, Denny se despertó temblando en el asiento del acompañante de su LeBaron. No se veía nada por el parabrisas. La nieve había cubierto el cristal y estaba aterido de frío. Por un segundo dudó si se había pasado el final del otoño durmiendo, o tal vez no era capaz de recordar los últimos días. Se le bloqueó el cuello cuando intentó volver la cabeza e hizo una mueca de dolor al extender el brazo para poner el coche en marcha. Con la llave en la posición de encendido, giró el extremo de la palanca del intermitente y se activaron los limpiaparabrisas. Fuera, las montañas estaban como las había dejado.

El aire estaba cargado de humo y caía ceniza del cielo, que cubría el coche y la tierra que lo rodeaba. Había algo extraño en el hecho de saber que todo estaba ardiendo pero que no podía ver las llamas. Había visto la noticia en una pantalla de la gasolinera mientras echaba cinco dólares al depósito. Los fuegos incontrolados se propagaban por los montes Apalaches desde Alabama hasta Kentucky, decenas de miles de hectáreas ardiendo en Carolina del Norte occidental y sin una gota de lluvia a la vista. El cielo se había teñido de amarillo a causa del humo y Denny Rattler lo interpretó como una señal de Dios. En el fondo, creía que probablemente era el fin del mundo.

Estaba pensando en el Apocalipsis mientras engullía una hamburguesa picante delante del McDonald's. El restaurante estaba conectado a una gasolinera Shell. El tráfico que pasaba por allí había tomado un desvío en la 441 para ir al casino. De la comisura de los labios le caía mermelada de uva. Tenía una expresión estupefacta porque estaba atontado a causa de la droga —lo cual se parecía mucho a soñar despierto—, pero en ocasiones se prolongaba

durante horas. Se había chutado la última bolsa antes de que el sol asomara aquella mañana por detrás de las montañas y un azul pálido empezara a devorar la noche.

No le quedaba dinero y no sabía cómo conseguir suficiente para seguir colocándose. Los cheques del casino no llegarían hasta diciembre y la última serie de robos había aparecido en la portada del *One Feather*. Tendría que actuar con discreción una temporada, resistir hasta que se calmaran las cosas. El tráfico siguió avanzando hasta Casino Trail y pensó que, si su situación empeoraba, forzaría unos cuantos coches delante de Harrah's. Si se limitaba a matrículas de fuera del estado, la policía tribal no movería un dedo.

De repente, alguien golpeó la ventanilla con los nudillos y Denny se sobresaltó como si le hubiera atacado un gato salvaje. Un hijo de puta blanco y desgarbado estaba desternillándose y Denny tardó uno o dos segundos en reconocerlo. Años atrás, cuando Denny aún se dedicaba a construir casas e instalar tejados, habían hecho un par de trabajos juntos, pero no lo había visto desde entonces. No habría recordado su nombre aunque le fuera la vida en ello.

Bajó la ventanilla y dejó caer el brazo por la puerta.

—¿Qué cojones haces?

—Eres Denny, ¿verdad?

Hablaba a una velocidad normal, pero sus movimientos eran tan lentos como los de esos perezosos de tres dedos que aparecían en los documentales de animales.

—Sí.

—Te he asustado pero bien, tío. —El hombre empezó a reírse otra vez, dio un manotazo en el techo del coche y se apoyó en la ventanilla—. No te acuerdas de mí, ¿verdad?

Denny vio en sus antebrazos unas marcas alineadas que parecían picaduras de ácaro rojo. Tenía una cara larga y estrecha consumida hasta el hueso y en sus ojos, de un marrón sin brillo, las pupilas parecían puntas de aguja.

—Sí, me acuerdo —dijo Denny—. Hicimos varios trabajos juntos. ¿No fue en una casa de Barkers Creek?

—Eso es —respondió el hombre. Tenía una sonrisa muy amplia, y la droga le había adelgazado tanto la cara que los dientes parecían demasiado grandes y no dejaba de pasarse la lengua por ellos—. Últimamente no paran de construir casas, ¿eh? ¿Sigues

trabajando para Josh Ward?

—No —dijo Denny—. Desde el accidente, no.

—¿Qué pasó?

—Estábamos trabajando en unos árboles y un chaval joven instaló las cuerdas; no pensé en comprobarlas antes de trepar. Al momento me había caído de espaldas y no podía mover los dedos de las manos y de los pies.

—¿Y ahora estás de baja, cabronazo? Mientras vayan mandando cheques, yo seguiría cobrándolos.

Lo que no sabía aquel hombre era que a Denny le habían denegado la discapacidad y no cobraba un centavo.

—¿Cómo dices que te llamas?

—Breedlove —respondió—. Todo el mundo me llama Breedlove.

—Soy muy malo con los nombres.

—No te preocupes. Oye… —Breedlove se apartó del coche y observó el aparcamiento como si quisiera asegurarse de que no había nadie cerca. Llevaba una camiseta blanca con las mangas cortadas y una bandera estadounidense y un bólido estampados en la parte delantera—. ¿Tú sabrías dónde puedo encontrar caballo?

—Pues no —dijo Denny—. Estoy tieso.

—Tenemos dinero. —Breedlove señaló con la cabeza en dirección a un peculiar coche aparcado unas plazas más allá, una camioneta ensamblada con recambios soldados entre sí. Los paneles laterales, la capota y las puertas eran de distintos colores y la carrocería parecía una colcha de retales. En la plataforma había una caja de herramientas plateada—. Solo necesitamos a alguien que pueda pillar. Como te decía, tenemos dinero. El tío al que le pillamos no coge el teléfono y a mi colega ya no le venden donde solía comprar. No sé. Pero, si nos ayudas, sabremos agradecértelo. Te doy mi palabra.

Denny pensó que la palabra de aquel hombre no valía ni un tarro lleno de tripas de rana. Se volvió hacia el coche. Dentro había dos personas, pero desde allí solo distinguía al hombre sentado junto a la ventanilla del acompañante. Estaba mirándolo fijamente y alrededor del ojo izquierdo tenía un moratón oscuro que parecía una marca de nacimiento. Tenía el labio hinchado. Al parecer, le habían dado una buena paliza. Cuando vio a Denny observándolo, se dio la vuelta, apoyó el codo en la puerta y se tapó la cara con la

mano.

Había una razón por la que Denny Rattler prefería hacer las cosas solo: los robos en las casas, la droga, la vida en general. Cuando un hombre va colocado, es tan fiable como una víbora. Puedes envolverte el cuello con una serpiente cabeza de cobre como si fuera una bufanda y hablar de Jesucristo todo lo que quieras, pero tarde o temprano llegará un domingo en que estarás arrancándote los colmillos de la garganta. Cuando se trataba de yonquis, la suspicacia era más la norma que la excepción.

—Seguramente podré encontrar algo —dijo Denny. Se le hizo la boca agua. En su interior ya sentía hambre, y esa hambre se apoderó de su lengua antes de que la razón tuviera una oportunidad —. ¿Cuánto queréis pillar?

—¿Por cuánto consigues las papelinas?

—Entre quince y veinte. Depende de lo que tenga.

Normalmente vendía un lote por ciento cincuenta, a veces por ciento veinticinco.

Denny añadió un poco al precio de venta porque creía que lo conseguiría más barato.

—Y si pillamos dos lotes, ¿crees que nos los dará por doscientos cincuenta?

—No lo sé. Es posible. En el peor de los casos, trescientos.

—Haremos eso, entonces.

—De acuerdo —dijo Denny. La idea de tanta droga lo excitaba. Se pinchaba tres veces al día y dos lotes le durarían una semana—. Si me dais el dinero, estaré aquí en una hora más o menos.

—¿Cómo? —dijo Breedlove. Apartándose un paso del coche, levantó las manos a la altura del pecho como si Denny acabara de apuntarle con una pistola—. ¿No te he visto en dos putos años y pretendes que te dé trescientos dólares y te deje ir? No digo que no me fíe de ti, Denny, pero no me fío de ti.

Denny se lo quedó mirando sin decir nada. Breedlove no tenía ni idea de lo estúpido que parecía.

—¿Qué te parece si me monto en el coche y voy contigo? —Breedlove dio una palmada al techo del LeBaron—. Te ofrecería el mío pero, ya vamos como sardinas, colega.

—Si me acompañas, vendrás tú solo —dijo Denny—. A esos no los conozco de nada y no irán conmigo a ninguna parte.

—¿Qué quieres que les diga?

—Diles lo que quieras —respondió Denny—. Por mí, como si les dices que entren en esa gasolinera Shell a comer galletas, pero si vamos, iremos tú y yo solos.

Breedlove miró la camioneta y se rascó la coronilla. Después dio media vuelta y asintió rápidamente como si acabara de sopesar una decisión complicada.

—Sí —dijo—. Haremos eso. Dame un minuto.

En cuanto las palabras salieron de sus labios, Breedlove echó a andar. Bordeó la parte trasera de su camioneta y abrió la puerta del acompañante. Luego dijo algo y los dos chicos que había dentro miraron a Denny con un semblante de confusión y asco a partes iguales. El que tenía la cara hinchada abrió la guantera y le tendió algo a Breedlove, y Denny vio cómo lo guardaba en la parte trasera de los pantalones bombachos, pero le daba igual. En el coche no había nada que mereciera la pena llevarse, a excepción de un poco de Klonopin en el maletero. Además, él solo podía pensar en el futuro.

Minutos antes, Denny no sabía de dónde saldría la próxima dosis, y ahora le había caído una del cielo. Dio el último bocado a la hamburguesa, sacó las manos por la ventanilla para limpiarse las migas de los dedos, se restregó la grasa en las perneras del pantalón y puso el coche en marcha. No había manera de saber qué ocurriría mañana. Pero, si el mundo se acababa, al menos no sería aquella noche.

13

Camino del Almacén de Oportunidades, Breedlove le explicó de dónde habían sacado el dinero. Dijo que una persona había anunciado en Facebook Marketplace que si alguien tenía una motocicleta, escúter o ciclomotor antiguos, estaría interesada y pagaría al contado. Lo que lo convenció fue la parte del dinero al contado. Citaron al hombre en un viejo establo en medio de la nada y Breedlove le apuntó a la nariz con una pistola. Llevaba quinientos dólares en el bolsillo. Según dijo, fue el palo más fácil que había dado en su vida, y ese era el motivo por el que Denny no trabajaba con gente como él.

El plan era comprar la droga, llevar a Breedlove a su camioneta y largarse de Dodge, pero las cosas no fueron así. Dos papelinas se convirtieron en tres si Denny los llevaba a un *camping* llamado el Fuerte.

A Breedlove lo habían echado dos veces de allí, una por embestir la tienda del *camping* pensando que había puesto primera cuando en realidad había puesto marcha atrás, y otra por destripar en el baño público un ciervo al que habían atropellado y dejarle el desaguisado a la mujer de la limpieza.

—Parecía la escena de un crimen —dijo, sonriendo como si tuviera la boca llena de zarzas. Ahora, los propietarios llamaban a la policía en cuanto veían su camioneta.

El chico que acompañaba a Breedlove reservó una habitación a su nombre. Denny no conocía su nombre real, pero dijo que lo llamara Turkle, un apodo que Breedlove pronunciaba *turkle*. El chaval pelirrojo era bajito, tenía cara de niño y se le formaban hoyuelos cada vez que movía la boca.

Si Turkle le daba al caballo, no hacía mucho tiempo. Tenía un

cuerpo esbelto y atlético. Una talla mediana le habría ido bien, pero la camiseta que llevaba probablemente era una S de mujer y las mangas dejaban al aire sus brazos pecosos. No paraba de estirar un brazo por delante del cuerpo para flexionar el pecho. Lo primero que dijo era que nunca se había pinchado en una vena, solo en algún pliegue de la piel y, en cuanto Denny lo oyó, no quiso saber nada del tema. Aunque se sentía mal, no decidió irse. No era muy distinto de la noche que permitió que Jonah Rathbone pateara a aquella chica en la caravana. Los dilemas morales nunca tenían nada que hacer ante una dosis.

El otro chico no hablaba mucho; solo dijo que se llamaba Ricky. Al acercarse, Denny vio que alguien le había dado una paliza de muerte haría cosa de una semana. Los moratones habían empezado a cobrar ese tono amarillo oscuro en los bordes.

Debajo de los moratones, algo le resultaba familiar, como si lo hubiera visto antes, pero no lo ubicaba. Mientras que el chaval llevaba la ropa pequeña, la de Ricky parecía dos tallas más grande: camiseta negra de Pantera con una serpiente de cascabel en la parte delantera y unos vaqueros oscuros con la cintura holgada. Iba descalzo y se intuía que tenía las plantas de los pies negras de caminar.

La cabaña que alquilaron era lo que la mayoría de la gente utilizaría como cobertizo: un revestimiento de madera pintado de rojo óxido y tejado a dos aguas con tablillas de color gris asfalto. Un aparato de aire acondicionado instalado en la ventana estaba conectado a la pared y no se apagaba en ningún momento. Funcionaba a toda potencia y en el interior hacía tanto frío que se podría almacenar carne allí. La habitación olía a ropa vieja. Había una cama *queen size*, un televisor, una mininevera, un fregadero con agua fría y un retrete. El *camping* ofrecía cabañas de lujo con unos acabados un poco mejores por cien dólares la noche, pero las normales costaban solo sesenta y nueve y podías conseguir una por cincuenta si pedías la de la cisterna del váter estropeada.

El lugar era demasiado pequeño para cuatro hombres, y la falta de espacio ponía tan nervioso a Denny como estar en una celda, así que se quedó junto a la puerta hasta que todos encontraron su lugar. Ricky encendió el televisor nada más entrar y se escabulló al fondo de la habitación. Turkle se sentó al borde de la cama y los

muelles chirriaron bajo su peso. A la izquierda de Denny había una pequeña encimera y Breedlove estaba de espaldas a él preparando la droga junto al fregadero.

—¿Habéis visto uno de estos alguna vez? —preguntó Turkle, sosteniendo en alto algo que tenía forma de cajetilla de tabaco, con una etiqueta púrpura y amarilla y una flecha blanca señalando hacia arriba.

—No —dijo Ricky—. ¿Qué es?

—Naloxona, tío. Un autoinyector. Esto es lo que lleva la poli para las sobredosis. Escucha.

Turkle quitó una funda exterior del dispositivo y se oyó una voz electrónica. Denny no discernió la primera parte, algo sobre agujas o drogas. El aparato reprodujo varios tonos y entonces la voz dijo: «Si está listo para utilizarlo, retire el protector de seguridad rojo». Había una lengüeta roja en la parte interior. «Si no está listo para utilizarlo, coloque de nuevo la funda exterior». Turkle hizo esto último.

—Si quitas esa lengüeta, te dice todo lo que tienes que hacer. Solo hay que clavársela en la pierna a la persona y, colega, ¡vuelve a la vida como Frankenstein!

—¿De dónde lo has sacado?

—Mi viejo es policía —dijo Turkle—. Saqué esta mierda del maletero de su furgoneta una noche mientras dormía. Aquí están tus impuestos, amigo.

—Vale, Turkle, esto ya está.

Turkle miró la aguja que sostenía Breedlove y Denny lo vio tragar saliva con esfuerzo. Esbozó una sonrisa nerviosa y observó con curiosidad. Denny reconoció lo que entrañaba aquella expresión, el deseo, el miedo, todo. También sabía cuál sería la sensación que vendría después, que aquel primer chute sería lo mejor que el muchacho había experimentado nunca. Sería como encontrar a Jesús. Sería como llegar borracho al paraíso.

Sabía que, durante el resto de su vida, el chico perseguiría aquella sensación y no volvería a encontrarla jamás, porque nunca podías volver a ese lugar. Había un antes y un después.

En el fondo, Denny quería impedírselo, pero no hizo nada. No dijo nada. Se quedó allí quieto mientras el chico se ataba la goma al brazo y tensaba el nudo con los dientes. Breedlove le dio

instrucciones y el chaval hizo lo que le indicaba.

Denny se mordió el labio, y por un segundo tuvo la extraña sensación de que iba a romper a llorar. Notó un inmenso sentimiento de culpa y tristeza, y no tenía ni idea de por qué coño se sentía así, pero no podía soportarlo, así que se volvió hacia el televisor. Estaban dando *Judge Judy*, y una chica con ojos de loca y pintalabios rojo chillón había denunciado a un exnovio por embargar ilegalmente un coche que la había ayudado a comprar, y él también la había denunciado a ella por un montón de multas de aparcamiento impagadas.

Cuando Denny se dio la vuelta, Breedlove estaba volteando el trozo de tubo quirúrgico que había utilizado para atarle el brazo a Turkle. El chico tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la pared. Al cabo de un par de segundos, Turkle parpadeó perezosamente. Movía las piernas como si estuviera subiendo una escalera y la colcha turquesa que cubría la cama se arremolinó alrededor de su cuerpo. Estaba mirando a Dios a la cara.

—Tu turno —dijo Breedlove, cuyas palabras sacaron a Denny de su trance. Tardó un par de segundos en descifrar lo que le decía.

—Tú primero —respondió Denny—. Esperaré un minuto.

—No —dijo Breedlove—. Lo haré el último.

Denny sabía que era una táctica. Breedlove no quería chutarse una bolsa y perder la cabeza. Si alguien cometía ese error, podía despertar del sueño y descubrir que todo había desaparecido. Podías chutarte nadando en dinero y despertar ahogándote en la nada. Esas cosas sucedían en un abrir y cerrar de ojos. Denny lo sabía por experiencia.

—Voy yo —dijo Ricky.

Denny casi había olvidado que Ricky estaba allí hasta que habló. El chico se levantó del retrete y cruzó la habitación.

Los tres estaban apiñados junto a la puerta porque era la única repisa de la cabaña y Breedlove había preparado la droga allí. Denny fue al otro lado de la habitación y se apoyó en la pared para poder respirar. Breedlove se sentó en la cama y se frotó la cara como si intentara mantenerse despierto o empezara a notar los efectos de la droga, o quién demonios sabía qué.

Denny observó a Ricky mientras vaciaba tres papelinas en la repisa. Cada yonqui tenía su manera de hacer las cosas. Ricky

trituró la heroína con un carné de conducir como si estuviera preparándose una raya de coca, la vertió en la cuchara y lamió el polvo pegado en la esquina del carné. Cualquiera que llevara tiempo enganchado sabía con qué habían cortado la heroína por su sabor, y a veces por las manchas de color: leche en polvo, almidón, quinina… Añadió agua, mezcló la solución con la yema del dedo y situó el encendedor bajo la cuchara. Entonces empezó a salir humo y, cuando se enfrió la cuchara, llenó la aguja.

Aquel chute contenía la dosis que Denny necesitaba para pasar un día entero. Era bastante droga, pero no pensó en ello. Su adicción no era tan atroz. Una vez conoció a un tipo que necesitaba un gramo y medio cada veinticuatro horas para pasar el mono. A veces pensaba que, si las cosas se ponían así de feas, se prepararía un gran chute y saltaría desde la presa de Fontana para quitarse aquel peso de encima.

Ricky se acercó a un espejo roto que había sobre el fregadero, ladeó la cabeza y se miró de reojo como si estuviera a punto de sacar una cuchilla del bolsillo para afeitarse la parte inferior de la mandíbula. Con la barbilla levantada, las venas del cuello se le pegaban a la piel, y Denny no podía creer lo que estaba viendo, no podía dejar de pensar: «Ese puto loco está a punto de chutarse en la garganta».

Era como ver a un niño jugando con uno de esos muñecos que presionas por debajo y el cuerpo se desmonta. Ricky se clavó la aguja en el cuello y, en cuanto apretó el émbolo, sus piernas cedieron y sonó como si hubiera caído al suelo un saco de patatas.

Breedlove se inclinó hacia delante en la cama y miró a Ricky. Turkle tenía la cabeza ladeada, la boca abierta y una mirada de extrañeza, como si supiera que acababa de ocurrir algo terrible, pero era demasiado estúpido o iba demasiado drogado para saber qué. Durante un par de segundos nadie se movió. Solo se oía el motor del aire acondicionado traqueteando en la ventana, el agua goteando en su interior y a la jueza Judy abroncando a la mujer de los labios rojos en el televisor.

Turkle pronunció tres palabras que sonaron como un párrafo entero.

—¿Qué ha pasado? —Chasqueó los labios y farfulló de nuevo—. ¿Qué está pasando?

Nadie respondió. Nadie dijo una mierda.

Por unos segundos, todo estuvo congelado. Y luego dejó de estarlo. El tiempo empezó a acelerarse y Denny no podía seguir el ritmo. Se dio cuenta de lo que estaba pasando, de lo que acababa de presenciar, y sabía que no podían perder ni un segundo. La naloxona que les había enseñado Turkle se había caído de la cama y se encontraba en el suelo de linóleo. Denny cogió la caja, y estaba al otro lado de la cama antes de que Turkle pudiera formular su siguiente pregunta. Quitó la funda y la voz electrónica empezó a darle instrucciones.

Ricky yacía boca abajo con el cuerpo rígido como una tabla, y era curioso ver cómo sus codos y rodillas no formaban curvatura alguna, cómo un hombre podía mantener aquella postura en tan poco espacio. Denny se agachó y le dio la vuelta a Ricky, que quedó tendido como un cadáver. Tenía los ojos abiertos y era como si estuviera atravesando el techo con la mirada hacia un lugar en el que convergía todo. Denny quitó la lengüeta roja situada debajo del dispositivo y la voz electrónica continuó.

—Para practicar la inyección, sitúe el extremo en la parte exterior del muslo, presione con firmeza y mantenga cinco segundos.

Denny se preguntaba si el aparato funcionaría a través de unos vaqueros holgados, pero no tenía tiempo para pensar ni nadie a quien preguntar. Bajó el dispositivo con ambas manos y oyó un sonoro clic.

—Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno.

Se oyeron varios pitidos y entonces la voz dijo:

—Inyección completa.

Y no ocurrió nada. Nada en absoluto.

Ricky no se levantó como Frankenstein. No volvió a la vida como Jesús. Estaba boca arriba, muerto, sin aire suficiente en los pulmones para levantar una hoja.

Entonces, Denny perdió los estribos.

—¿Ese chaval tiene otro de estos? —gritó.

Miró a Breedlove, que estaba sentado al borde de la cama viéndolo todo.

—No —respondió, negando con la cabeza—. No, creo que no. Creo que solo tenía ese, tío.

Su tono de voz era tan impasible como si Denny le hubiera pedido un cigarrillo.

—¿Qué está pasando? —farfulló Turkle.

Denny se lo quedó mirando y vio que estaba pálido como un fantasma. Notaba un zumbido en los oídos, y en aquel momento nada parecía real. Todo parecía un sueño.

Era uno de esos momentos en la vida del que recordaría cada detalle con una claridad surrealista: cómo se colaba la grisácea luz del sol por las persianas, el olor a moho de la habitación, cómo se le pegaba el suelo a las palmas de las manos, el aire tan frío que le erizaba hasta el último vello del cuerpo, su lengua reseca contra los dientes… Había algo inexplicable en el modo en que el cerebro devoraba toda aquella información. Era como si la mente pudiera calibrar la relevancia de las cosas, como si el inconsciente pudiera tomar las riendas en cualquier momento y decir: «Esto es importante. Presta atención».

Denny cerró el puño y le restregó la nariz a Ricky con los nudillos. La cabeza osciló bajo la mano de Denny, pero sus ojos estaban inertes. Situándose sobre la barriga de Ricky, le colocó las manos en medio del pecho y empezó a hacer compresiones. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, salvo por lo que había visto en las películas, pero sabía que tenía que actuar. Presionó aprovechando todo su peso y notó que a Ricky se le rompía el esternón. Sonó como cuando alguien se crujía los nudillos. Con cada envite se rompía alguna costilla, hasta que notó que todo estaba blando, y la sensación fue tan inesperada y estremecedora que se detuvo. Creía que estaba haciendo más mal que bien.

—Pásame tu teléfono —dijo.

Le faltaba la respiración, tenía los ojos muy abiertos y se pasó los dedos por el pelo a la altura de las sienes.

Breedlove parecía confuso. Aún estaba sentado al borde de la cama observándolo todo.

—¿Pero qué dices?

—Tenemos que llamar a alguien. Tenemos que ayudarlo. Si no conseguimos ayuda, este chaval morirá.

Breedlove se apoyó la mano a la altura del bolsillo.

—¡Dame el puto teléfono! —gritó Denny, que se puso de pie e intentó agarrarle la mano.

Breedlove se levantó de la cama y empujó a Denny contra la puerta. Tenía que haber un teléfono en la oficina del *camping*, y no había tiempo para discusiones. Denny intentó abrir la puerta, pero el cuerpo de Ricky se lo impidió.

—Si abres esa puerta, te pego un tiro en la cabeza en cuanto salgas.

Denny se dio la vuelta y vio a Breedlove apuntándole a la nariz una pistola enorme, una de esas Hi-Point con una corredera que parecía un ladrillo. Cerró la puerta y se volvió lentamente hasta que estuvieron frente a frente. Los separaban tan solo unos metros, el ancho de un cuerpo entre ambos.

La gente siempre decía que te pasaba la vida por delante en momentos como aquel, cuando estás mirando el cañón de una pistola, pero en el caso de Denny Rattler no fue así. No pensó en nada cuando bajó la cabeza y embistió a aquel hijo de puta desgarbado hasta la otra punta de la habitación.

Chocaron contra la pared del fondo y Denny siguió rodeando la cintura de Breedlove con los brazos. Podía oler su calor, una mezcla de sudor, desodorante rancio y ropa vieja. Breedlove tenía las piernas abiertas y Denny estaba intentando tirarlo al suelo cuando el primer fogonazo de luz blanca le llegó al fondo de los ojos.

Denny puso las manos detrás de las rodillas de Breedlove y empujó hacia delante para derribarlo. Notó las piernas de Breedlove cerrándose alrededor de su cuerpo y los muslos hundiéndose en sus costillas. Antes de que pudiera pensar con claridad, la pistola le golpeó en la nuca. Vio un gran destello y su mente se estremeció. Notaba un sabor ácido y metálico en la garganta, como si hubiera lamido una pila. Veía borroso y parpadeó con fuerza para intentar mantener la compostura, pero aquello no era una cuestión de lucha o de echarle ganas. Breedlove le golpeó en la parte posterior del cráneo una y otra vez. Era inevitable que la luz sucumbiera a la oscuridad.

14

A Denny Rattler lo despertaron unos niños gritando y riéndose y el chirrido de las zapatillas deportivas contra el asfalto. Le ardía la nuca. Estaba tumbado en el suelo y notaba la mugre del linóleo en la mejilla. Desde donde se encontraba tenía una panorámica despejada. Vio pelusas debajo de la cama, el cuerpo de Ricky al otro lado y un rectángulo de luz que perfilaba su torso. La puerta estaba abierta y vio una sombra pasando por fuera. Tardó un par de segundos en aclarar la mente, y algo más en comprender qué sucedía.

Denny se puso de rodillas y se pasó suavemente las yemas de los dedos por la nuca. Al mirar vio sangre, y se la limpió en la parte delantera de la camisa, donde quedaron las manchas de tres franjas delgadas. Había sangre en el suelo, un pequeño charco del tamaño de un plato. Las heridas en la cabeza siempre eran escandalosas. Si te haces un corte en el dedo, cae una gota de sangre; si te haces un corte en la cabeza, salen cuatro litros a chorro. No tenía sentido, pero él no era médico.

Cuando se levantó, lo hizo demasiado rápido. Le flaqueaban las piernas y estaba atontado. La habitación dio medio giro como si estuviera en una noria y el vértigo que sintió en el estómago estuvo a punto de hacerle vomitar. Denny se pasó la mano por la cara y respiró hondo unas cuantas veces. Poco a poco, la cabaña se detuvo.

Fuera, tres niños con un cabello rubio como la paja estaban persiguiéndose unos a otros. El polvo flotaba en el aire y la luz mostraba cómo el día avanzaba hacia el anochecer. La puerta estaba abierta y en la entrada había un muerto desparramado como un felpudo. Denny cruzó la habitación y observó el pequeño patio y el hoyo para hacer fuego. El asfalto quebrado discurría entre las

desvencijadas cabañas.

Su LeBaron había desaparecido. Breedlove y Turkle le habían robado las llaves y habían huido. Denny estaba nervioso, pero, por extraño que pareciera, aquella sensación poco tenía que ver con su coche, con el muerto o con la policía. Lo peor era que se habían llevado la droga y solo le quedaban unas monedas en el bolsillo. Ni siquiera tenía el kit que guardaba en el maletero. En unas horas empezarían a sudarle las manos y aquella sensación se extendería por todo su cuerpo hasta consumirlo por completo; y esta vez no habría manera de evitarlo.

Apartó la pierna de Ricky con el tacón de la bota para poder cerrar la puerta. El televisor estaba apagado y no había ninguna luz encendida en la cabaña. Todo estaba demasiado tranquilo. El aire acondicionado hacía mucho ruido, pero en la habitación reinaba una calma inquietante, y esa ausencia de sonido lo puso aún más nervioso. Pasó sobre el cuerpo de Ricky y se metió la mano por debajo de la camisa para poder encender el televisor sin dejar huellas.

Los presentadores del informativo estaban hablando de los incendios. Nunca habían visto nada igual. En Tellico habían ardido cuatro mil hectáreas. En Chestnut Knob, dos mil seiscientas. Otras trescientas en Cherokee. El mundo estaba ardiendo a su alrededor y pensó que tenía que ser una señal.

Empezó a retroceder de puntillas con un pie a cada lado del cuerpo. Ricky tenía las plantas de los pies negras y llenas de cortes y rasguños de caminar descalzo desde sabía Dios dónde. Llevaba un largo cinturón de cuero al que había hecho agujeros con una navaja o un picador de hielo para que los vaqueros se le aguantaran en la cintura. Tenía la camiseta levantada, y la serpiente estampada en la parte delantera se curvaba por encima del pecho con los colmillos apuntándole a la garganta. Aún llevaba la aguja clavada en el cuello. En la parte izquierda de la cara tenía un moratón oscuro que empezaba a amarillear por los bordes, y el párpado era del color de una uva muscadinia. Tenía los ojos abiertos. A Denny le costaba mirarlo.

Denny Rattler no lo conocía, pero eso no cambiaba nada. Para él, un hombre no era tan distinto de otro. La vida era como era y la muerte era la muerte. No era fácil. Tarde o temprano sería él quien

acabaría tumbado en el suelo en algún lugar y esperaba que, cuando eso ocurriera, quien lo encontrara lo tratara con decencia, se la mereciera o no. Dio un paso al frente y se arrodilló como si fuera a sentarse encima de la barriga de Ricky. Luego extendió el brazo y le cerró los ojos.

El autoinyector estaba en el suelo junto a la mano de Ricky, y al verlo, Denny recordó todo lo que debía limpiar. Cogió el dispositivo y frotó la superficie con la camiseta. Tenía que eliminar sus huellas de todo lo que había tocado, limpiar la sangre del suelo y salir pitando de Dodge. Cuanto más tiempo permaneciera allí, más probable sería que alguien lo encontrara.

En la cama había dos almohadas planas y quitó las fundas para utilizarlas como trapos. Tuvo que pasar por encima del cuerpo para llegar al fregadero y procuró no tocar las manetas del grifo con los dedos al abrir el agua fría. Al otro lado de la habitación, se arrodilló frente al charco de sangre y la absorbió casi toda con la funda de almohada seca. Luego limpió el resto con la mojada. Recorrió la habitación limpiando todo lo que había tocado y, cuando estuvo seguro de que no quedaba nada que pudiera ubicarlo allí, se preparó para esfumarse.

Cuando llegó a la puerta, sintió la necesidad de decir algo, como si al menos le debiera eso a aquel hombre. Lo miró y dijo:

—En cuanto encuentre un teléfono, llamaré a alguien para decirle que estás aquí.

Cuando hubo pronunciado aquellas palabras, se persignó como si estuviera rezando. No era católico. No había hecho algo así en su vida, y ni siquiera sabía con certeza en qué creía, pero lo dijo con una sinceridad absoluta, y aquel símbolo parecía una especie de testamento.

Cuando abrió la puerta, no sabía adonde iría. A tres kilómetros de allí había una gasolinera y un Dollar General. Supuso que si atajaba por la montaña podría recorrer esa distancia en menos de una hora. Al salir de la cabaña, miró a su alrededor para cerciorarse de que nadie lo veía y fue corriendo hacia el bosque. No se detuvo ni miró atrás en un buen rato.

Cuando estuvo seguro de que se encontraba lo bastante lejos del *camping*, metió los trapos ensangrentados en el agujero de un árbol quemado y los tapó con hojas. Tuvo que parar un segundo para

recobrar el aliento. Había caminado menos de un kilómetro pero, por alguna razón, el viaje le pareció mucho más largo. Empezaba a sentir náuseas. No había manera de detener lo que se avecinaba.

15

Rudolph se había fumado un paquete y medio de tabaco en un par de horas. Fumaba tres o cuatro cigarrillos dentro de casa, pero entonces recordaba que su mujer lo había regañado por el depósito de cien dólares que le habían pagado al propietario, y los dos siguientes se los fumaba caminando por el porche. No podía estar quieto, y ese era uno de los motivos por los que Rodríguez siempre había preferido los yonquis a los adictos al cristal.

Rod estaba sentado en el sofá con los ojos cerrados, en parte para fingir que estaba cabeceando en el sofá, pero sobre todo porque había tanto humo en la habitación que le ardían como si alguien estuviera cortando cebolla. Había convencido a Rudolph de que le dejara pasar la noche allí con la esperanza de que, tarde o temprano, pudiera buscar números en su teléfono cuando no estuviera mirando. El problema era que Rudolph siempre estaba mirando. Siempre estaba mascando, rascándose, caminando y hablando de todo, desde retretes atascados hasta teorías de la conspiración en las profundidades del estado.

Se había quitado la camisa y mostraba los pezones atravesados por unas barras de acero inoxidable. Una línea de vello le subía hasta el ombligo y no dejaba de retorcérsela hasta formar un pequeño capitel. Rod lo oyó murmurar que había que cortar el césped, y al momento salió por la puerta. Un par de minutos después lo oyó poner en marcha un Weed Eater. Aquel hijo de puta con los pelos de punta estaba arrancando un motor a las dos de la madrugada, con unos ojos como platos y sudando por los poros una montaña de metanfetamina.

El interior de la caravana estaba impecable. En cuanto entraron, Rudolph le hizo quitarse los zapatos. Luego se puso a limpiar la

mesita y las estanterías con papel de cocina y Windex. Aquel lugar olía como el armario de un conserje, pero no había ni una mota de polvo ni una huella en los cristales. Rodríguez estudió la habitación e intentó entender cómo un hombre que era incapaz de aferrarse a un pensamiento durante más de quince segundos tenía una casa tan impoluta que podría practicarse una operación a corazón abierto en ella.

De repente, el Weed Eater se detuvo y Rod oyó a Rudolph gritando a uno de sus vecinos. Las delgadas paredes amortiguaban el sonido, pero Rod podía oírlo todo directamente de boca de Rudolph. «Que te folien. Yo corto la hierba a la hora que me da la gana». «Vete a la mierda, colega. Esto es América». «Como pongas un pie en este jardín te doy en la cabeza con el cortacésped». «Llama a la poli, viejo soplapollas. ¿Qué te lo impide? Estoy en mi propiedad. ¡Llámalos!».

Rod no entendía cómo coño había acabado en un lugar como aquel. Era un inmigrante de primera generación. Su madre y su padre habían sobrevivido a las revueltas del Caracazo y emigrado desde Venezuela a principios de los años noventa tras dos golpes de Estado que amenazaban con poner el país patas arriba. El padre de Rod se encargaba de la carretilla elevadora en un almacén y su madre limpiaba habitaciones de hotel. Presionaban mucho a su único hijo y, cuando Rod acabó el instituto, decidió alistarse en los Marines. Tras una breve estancia en Afganistán, utilizó su licencia militar para costearse la universidad, donde se licenció en Justicia criminal. Ahora estaba en una caravana donde Cristo perdió el gorro buscando en el móvil de un adicto un número que probablemente no conduciría a ningún sitio. Estaba viviendo el sueño americano.

El Weed Eater volvió a arrancar y Rod oyó a Rudolph cortando el césped en paralelo a la caravana. Había ido a pillar la droga hacia las ocho de la tarde. A las siete y cuarenta y cinco había tres llamadas al mismo número. Rodríguez sacó la cartera del bolsillo y buscó un trozo de papel. De repente se abrió la puerta, y el zumbido del motor del Weed Eater era tan fuerte que le castañeaban los dientes. Rudolph estaba en el umbral cuando pulsó el botón de apagado.

—¿Qué cojones haces con mi teléfono?

—Necesitaba hacer una llamada.

—A mí no me engañes.

Rudolph dejó el Weed Eater en el porche y entró en la habitación. Luego sacó una navaja de acero inoxidable del bolsillo y abrió la hoja con el pulgar. Empuñando la navaja, fue hacia el sofá en el que estaba sentado Rodríguez. Tenía la mandíbula apretada y se le marcaban los nervios del pecho.

—Querías robarme el puto teléfono. Eso es lo que estabas haciendo.

—No —dijo Rodríguez, que dejó el teléfono encima de la mesa y levantó las manos. No podía tragar saliva—. Intentaba hacer una llamada.

—¿Y a quién tenías que llamar a estas horas de la noche?

—A mi novia.

—¿A tu novia?

—Sí, intentaba llamar a mi novia.

—¿Dónde está?

—En Asheville.

Rod intentó recordar las mentiras que ya le había contado sobre sus orígenes y cómo había acabado en el condado de Jackson.

—¿Cómo es?

—¿A qué te refieres?

—¿Es mexicana como tú?

—No, es blanca. Rubia.

—Menudo cabronazo. —Rudolph sonrió y, al hacerlo, abrió tanto los ojos que parecía que fueran a salírsele de las cuencas. Cerró la hoja de la navaja presionándola contra la pierna y se la guardó de nuevo en el bolsillo—. Eso no me lo habías contado. ¿Crees que estaría dispuesta a hacer un trío?

—No lo sé.

—Pues llámala, amigo. Solo hay una manera de averiguarlo.

Rodríguez cogió el teléfono de la mesa y marcó un número al azar cruzando los dedos para que no respondiera nadie. Después de que sonara media docena de veces, colgó, se encogió de hombros y dijo que probablemente estaba durmiendo.

—Qué lástima —dijo Rudolph—. Yo estoy muy despierto.

Fuera, un par de faros se acercaban por la carretera. Rudolph fue hacia la puerta y observó la noche como un búho enjaulado.

—No se habrán atrevido a llamar a la poli por cortar el césped… —dijo—. En serio, amigo, un hombre no puede tener nada.

Mientras Rudolph bajaba las escaleras, Rodríguez se tapó la cara con las manos y respiró hondo, intentando recobrar la compostura mientras el corazón le latía como un tambor. Había una razón por la que la DEA había descartado infiltrar a agentes en solitario, y en la mayoría de los casos tenían razón. El problema era que aquello no era una gran ciudad en la que podías dirigir dos o tres equipos para que todos tuvieran las espaldas cubiertas. En lugares como aquel, solo había un sitio vacío en la mesa. O estabas dentro o estabas fuera.

16

Ray se había pasado la mañana limpiando el huerto, algo que debería haber hecho un mes antes si quería plantar semillas. Siempre trabajaba en una parcela grande en verano, removía la tierra y volvía para cultivar cuando hacía frío, normalmente zanahorias, cebollas y repollos. Los últimos años había hecho tanto calor que la verdura sobrevivía al invierno. Ya no nevaba como antes.

Ray estaba arrancando tomateras muertas cuando el coche patrulla entró en el patio. Imaginaba que Leah tardaría un día o dos en volver a buscar información. Acabó pasando casi una semana, pero allí estaba, y Ray lo entendía.

La puerta del coche se cerró y Ray estaba de espaldas a Leah, llevando las tomateras secas apoyadas en el pecho hasta el borde del bosque. Cuando se dio la vuelta, su mirada lo detuvo en seco. El sol iluminaba el cabello de Leah por detrás y la luz formaba un halo dorado alrededor de su rostro. La miró a los ojos y ella apartó la vista, y en ese preciso instante lo supo sin necesidad de que dijera una sola palabra.

Raymond metió las manos en el peto con los pulgares asomando por fuera. Luego echó a andar mirando el suelo y no levantó la cabeza hasta que estuvo a un metro de ella. Leah tenía la cabeza vuelta, los ojos entornados y la mandíbula prieta. Estaba colorada. Cuando se giró, aquellos ojos verdes brillantes estaban humedecidos y tenía una mirada de dolor, como si estuviera haciendo todo lo posible por contener las lágrimas.

—Quiero que me lleves —dijo Raymond.

Leah se frotó los párpados con las palmas de la mano y tosió para aclararse la garganta.

—Está en la oficina del forense.

—No —dijo Raymond—, allí no. Quiero que me lleves donde lo encontrasteis.

Había imaginado durante tanto tiempo cómo sería ese lugar que tenía que verlo por sí mismo. Cuando Ricky vivía en el condado de Haywood, la policía siempre encontraba gente muerta en los arroyos. Los yonquis se resguardaban debajo de los puentes para pincharse y caían rodando al agua con la aguja clavada en el brazo. Una noche, Raymond soñó que Ricky estaba tumbado boca arriba en un río. Así lo había imaginado siempre.

Ni Raymond ni Leah mediaron palabra en el trayecto de cuarenta minutos entre Wayehutta y Whittier. Eran solo treinta kilómetros, pero dos carriles serpenteando por un terreno escarpado convertían un mero viaje a la tienda en un suplicio.

Durante toda la semana, el cielo había estado nublado, un cielo de un gris amarillento que no era fruto de las nubes. El humo cubría las montañas y Ray no veía mucho más allá de lo que había cerca de la carretera: mesas abarrotadas en los mercadillos, tiendas con ropa del ejército desperdigadas como un carnaval de color verde militar, *campings* de caravanas y recuerdos a los muertos en la cuneta. Las puertas del edificio de los bomberos de Qualla estaban abiertas y el aparcamiento estaba a rebosar de camiones verde oscuro del Servicio Forestal y algunos coches y camionetas que pertenecían a bomberos voluntarios. Dos hombres estaban sentados en el parachoques delantero de un camión E-One con los pies colgando. Llevaban tirantes rojos, camisetas azul marino y pantalones de color mostaza manchados de hollín y ceniza. Debido a los incendios, los departamentos de Carolina del Norte occidental no daban abasto. El Servicio Forestal estaba trayendo bomberos del oeste.

Fueron por la 441 hacia Cherokee y tomaron un desvío a la izquierda durante unos dos kilómetros hasta llegar a un *camping* desde el que se oía la autopista. En esa época del año, las montañas normalmente estaban llenas de turistas. La autovía de Blue Ridge estaría abarrotada de coches llegados de fuera del estado que paraban en medio de la carretera y sacaban el móvil para hacer fotos cada vez que divisaban un paisaje entre los árboles. Venía gente de todo el país a disfrutar de los colores otoñales, pero los

incendios habían echado por tierra los planes de los observadores de hojas. El *camping* era una ciudad fantasma.

Dejando atrás un cercado con contenedores de basura, Leah giró a la izquierda y pasó al lado de quince caravanas vacías. A través de los árboles, Ray vio un parque infantil, una cancha de baloncesto y lo que parecía una piscina, pero no había nadie. En una callejuela había varias minicaravanas y, por lo visto, los propietarios se habían instalado allí permanentemente. Molinetes de plástico, un bebedero de cemento para pájaros, un par de flamencos rosas y un gallo de hojalata decoraban el césped amarillento que rodeaba una vieja caravana Lark. Había un chihuahua diminuto encadenado al bebedero, y el perro había dejado un círculo sin hierba en el jardín.

Más adelante, Ray pudo ver la cinta perimetral de la policía. Habían precintado una pequeña cabaña y una ligera brisa retorcía la cinta amarilla. Leah detuvo el coche cerca de allí, dejó el motor en marcha y esperó a que Ray hiciera el primer movimiento. Este abrió la puerta del acompañante, bordeó el coche y saltó la barrera. Al cabo de un segundo, notó la mano de Leah en la parte baja de la espalda.

En todo ese tiempo, nunca imaginó que aquella sería la parte más difícil. Pero, ahora que estaba allí, le temblaban las piernas. Era incapaz de moverse.

—Vamos dentro —dijo Leah.

La habitación era pequeña, de unos cuatro metros por seis, así que Raymond podía observarlo todo desde el umbral. Unas grandes baldosas cuadradas de linóleo cubrían el suelo y se deformaban al llegar a las paredes. Habían instalado chapuceramente un pladur adosándolo solo hasta las vigas del techo, que formaban un doble ángulo en la unión del tejado. A la izquierda había una pequeña encimera con un fregadero y un televisor y, encima, una estantería con un microondas. Una cama *queen size* con una colcha púrpura arrugada y dos almohadas llenas de manchas era el único mueble de la estancia.

En la pared del fondo había un retrete, y Ray se acercó y levantó la tapa. En la taza había un círculo rollo chillón y espuma en el agua. Bajó la tapa y, sin darse la vuelta, dijo:

—¿Dónde estaba?

—Aquí, junto a la puerta. —Ray cruzó la habitación y se situó a

los pies de la cama—. Estaba ahí tumbado cuando llegaron los agentes.

Leah trazó una línea con el dedo.

Raymond observó el estrecho espacio que había entre la cama y la puerta e intentó imaginar el cuerpo de su hijo sobre las sucias baldosas. No podía creerse que Ricky hubiera acabado allí.

—He pensado muchas veces en este día —dijo Ray, que tragó saliva con dificultad. Tenía la boca seca. Se había sentado al borde de la cama, con los antebrazos apoyados en las rodillas y las manos colgando entre las piernas. Se le quebró la voz y dejó de hablar hasta que estuviera seguro de que podía decir lo que necesitaba decir sin venirse abajo—. He pensado muchas veces en este día, ¿sabes? Me lo he imaginado. Soñaba cómo sería. Y no sé… —Negó con la cabeza y se presionó fuertemente la sien derecha con las yemas de los dedos. Estaba observándolo todo, sus ojos grises oscurecidos por la ausencia de luz—. Nunca pensé que sería en un lugar como este. No sé qué pensaba, la verdad. Supongo que siempre imaginé que, llegado el momento, me tratarían con cierta compasión.

De repente, en aquel lugar diminuto faltaba aire para seguir hablando. No había espacio para pronunciar una sola sílaba más. En un buen rato, nadie se movió ni soltó más que alguna exhalación. Pasaron los minutos y Ray seguía allí sentado mirando al suelo. Leah estaba en el umbral de espaldas al sol. Tenía las manos apoyadas en el cinturón, una costumbre que adoptaban muchos policías para que el arma reglamentaria y las herramientas no se les clavaran en las caderas. Finalmente, la habitación pareció abrirse lo suficiente.

—¿Tienes idea de con quién podía estar Ricky? —preguntó Leah.

—Pensaba que lo habíais encontrado solo.

—Y así fue —dijo ella—. Cuando llegamos no había nadie más, pero no estaba solo. Cuando ocurrió había al menos otra persona.

—¿Cómo lo sabes?

—Para empezar, recibimos una llamada desde una cabina del Quality Plus que hay en la carretera. Fue así como lo encontramos. Alguien nos avisó. Delante de la gasolinera tienen cámaras de vigilancia, pero la cabina estaba bastante lejos y ninguna apunta en

esa dirección. Había otra cosa rara, para ser sincera.

—¿Qué?

—A su lado encontraron un inyector Evzio. Alguien le había pinchado naloxona.

—No sé qué es eso —dijo Ray.

—Ahora, algunos agentes llevan esos inyectores por si se encuentran con una sobredosis. Se lo clavas a la persona en la pierna e inyecta un fármaco que contrarresta la heroína, igual que el Narcan. No sé cómo funciona exactamente, pero adonde quiero llegar es que tenía que haber alguien más en la habitación, porque intentaron salvarle la vida.

—¿Y de dónde sacas algo así? ¿Puedes comprarlo en la farmacia?

—No —repuso Leah, negando con la cabeza—. Al menos aquí. Aparte de la policía, y quizá algún médico, no te encuentras con uno de esos cada día. Son caros. Creo que cuestan unos ochocientos dólares cada uno. Nosotros solo pudimos conseguirlo gracias a una subvención.

—Entonces, ¿de dónde crees que salió?

—Esa es la cuestión —dijo Leah—. Estamos bastante convencidos de que conocemos al menos a una de las personas que acompañaban a Ricky, un chaval llamado Terrance Lovedahl. Para su familia es Terry, pero él se hace llamar Turkle.

—No me suena.

—La habitación estaba reservada a su nombre —añadió Leah—. Su padre es policía. En el departamento, todo el mundo sabía que el chaval tenía problemas, pero no se ha metido en muchos líos. En un par de ocasiones lo pillaron en sitios donde no debía estar con gente poco recomendable. Cosas así. Nunca le encontramos droga encima. Pero, hará unas dos semanas, su padre fue a ayudar al departamento de policía de Sylva. Alguien había sufrido una sobredosis en el lavabo de Enmark y, al bajarse del coche para coger el inyector Evzio, no lo encontró. Estamos bastante seguros de que esa es la razón por la que lo encontramos aquí. Es muy probable que su hijo se hiciera con él de alguna manera.

La cabaña se encontraba a menos de veinte kilómetros de la entrada de Big Cove, donde Ray le había salvado la vida a su hijo aquella noche. Estaba totalmente convencido de que la droga que

había en aquella habitación provenía de allí. Ray pensó en la poca información que tenía. No sabía si algo podría ser de utilidad. Lo que sí sabía era que cualquier código que hubiera hecho que un hombre se quedara callado ya no importaba demasiado.

El estilo de vida con el que se había criado, en el que un hombre pagaba sus deudas y cumplía su palabra, había desaparecido. Apenas reconocía nada en aquel lugar. Las cosas habían cambiado y seguían cambiando. Primero fueron las pastillas, después el cristal y ahora la heroína, y más tarde sería otra cosa. El mundo estaba implosionando y no había marcha atrás.

Una parte de él quería hacer exactamente lo que había prometido aquella noche. Quería volver a aquellas caravanas y a aquella casa y prenderles fuego. Pero otra parte insistía en que aquello era más grande que él, que Ricky o que cualquier justicia rural que se pudiera impartir. La próxima vez sería el hijo de ese policía, o el hijo de otro, o una niña despatarrada en una habitación de hotel o debajo de un puente, porque todo adicto venía de algún lugar. Tenían familias, y algunos de esos familiares eran adictos, pero muchos no lo eran. Muchos adictos venían de lugares que no tenían ningún sentido. Ray no quería que sufriera nadie más.

Decidió contarle a Leah todo lo sucedido aquella noche: la llamada, el dinero, dónde había ido, lo que vio y la paliza de muerte que le habían dado a Ricky. Sabía que en cuanto se cerrara un lugar aparecería otro y que, al final, lo que estaba explicando no serviría de mucho, pero no importaba. Lo correcto era lo correcto. Así era cómo se había desmoronado aquel lugar, la buena gente viendo cómo se inundaba el barco y negándose a tapar los agujeros con las manos. Demasiada gente había callado y no había hecho nada. Se habían sentado a ver cómo el mundo se iba a la mierda. Raymond Mathis estaba harto de ver cómo se hundía.

17

Cuando la funeraria llamó a Ray para informarlo de que podía pasar a recoger los restos, fue a la oficina y le entregaron una bolsa de plástico llena de cenizas que parecían cemento pulverizado. En su momento habían intentado venderle una urna, pero dijo que no la quería. No le veía ningún sentido si pensaba esparcir las cenizas en cuanto las recibiera. Pero, al ver aquella bolsa en el asiento del acompañante, le asaltaron las dudas.

Ricky Mathis era la primera persona de su familia a la que incineraban, una decisión que Ray tomó porque un entierro conllevaba la expectativa de las visitas. Había familiares de sangre, familia política, amigos íntimos y gente que no conocía realmente a Ray pero había oído hablar de él y lo respetaba, así que se vería obligada a asistir. Esa gente tenía hijos y nietos, y la idea de tener que ver tantas caras y estrechar tantas manos le resultaba agobiante. Él solo quería que se acabara.

Un desvío de arcilla roja formaba una media lima en el arcén de la autopista 281, unos dos kilómetros para llegar a Wolf Lake. Quien no hubiera nacido y crecido en Little Canada ni siquiera se habría percatado de que había algo allí. Una pequeña línea en un matorral de cocolmeca marcaba el punto de partida, pero el camino no se abría realmente hasta unos veinte metros más adelante. Desde la carretera, aquella línea no parecía más que una parte del bosque, un lugar en el que cualquiera podía pararse a mear y coger ácaros rojos si no se andaba con cuidado.

Ray agarró las vides con los dedos para evitar las espinas y se adentró lentamente en los arbustos. Cuando el sendero se ensanchaba, un terreno rocoso ascendía entre densos matorrales de zumaque y hierba carmín, y los tocones de sasafrás perfumaban el

aire con un aroma a zarzaparrilla. A la entrada del cementerio había dos cornejos retorcidos. Los árboles estaban plantados a ambos lados de la puerta y las ramas se unían formando una pérgola natural. El cementerio estaba rodeado de maleza alta y una valla metálica, más un elemento disuasorio para osos y ciervos que para ahuyentar.

Antaño, Lester, el primo segundo de Ray, arrancaba las malas hierbas para que los ancianos pudieran ir los sábados por la tarde cuando hacía buen tiempo y poner flores en las tumbas, pero, por lo visto, no había visitado el lugar en mucho tiempo. La mayoría de los ancianos ya no estaban. Lo cierto era que Lester también estaba a punto de cumplir setenta años y a Ray no le faltaba mucho. Cuando deslizó el pasador y abrió la puerta, pensó que tal vez se había producido un cambio de guardia por jubilación, y esa idea pasajera le dolió mucho, porque no había siguiente generación. Lester no tenía hijos y la familia que le quedaba a Ray estaba allí mismo, en sus manos. Como mucho habría que cavar dos tumbas más. Tarde o temprano llegaría un día en que los árboles crecerían, los nombres se borrarían de las lápidas y los huesos enterrados se convertirían en otra parte olvidada de aquel lugar.

En la esquina trasera del cementerio había una falsa acacia ladeada en dirección a las lápidas, y allí era donde estaba enterrada Doris. La madre de Ray había muerto joven, cuando tenía unos cincuenta años, poco después de que Ray se casara; fue en el funeral cuando Doris eligió ese lugar para ella. Todos los demás habían vuelto a la iglesia, pero Ray necesitaba estar un rato a solas. Estaban cogidos de la mano junto a la tumba recién sellada cuando llegaron al claro una cierva y su cría. La madre estiró el cuello para coger unas vainas de las ramas más bajas del árbol y Doris le susurró al oído que, llegado el momento, quería yacer allí.

Por supuesto, la acacia era raquítica por aquel entonces, con unos cuatro metros de altura y unas ramas que se extendían como vides. Cuarenta años la habían enderezado un poco, pero, más que crecer a lo alto, se había ensanchado, y ahora proyectaba una amplia sombra ovalada. En una rama situada sobre la lápida, Ray había colgado unas viejas campanillas que a Doris le encantaban, pero no había brisa ni sonido, tan solo un calor impropio para la época y el olor a humo que llegaba desde algún lugar no muy

lejano. El incendio de Tellico había arrasado nueve mil cuatrocientas hectáreas más durante el fin de semana. No se adivinaba el final.

Ray abrió la bolsa, hundió el dedo en los restos de su hijo y se restregó las cenizas entre el índice y el pulgar.

Mientras estudiaba el color gris tostado y el tacto casi oleoso de las cenizas entre sus dedos, la memoria lo retrotrajo al sonido de la risa de su hijo, un recuerdo tan vivo y sensorial que miró a su alrededor, pues no estaba seguro de si solo estaba en su mente.

Cuando Ricky era niño, se reía tanto que se le ponía la cara morada. Se olvidaba de respirar. Se carcajeaba de tal manera que, a menudo, Ray tenía miedo de llevar las cosas más lejos por miedo a que el niño se ahogara. Recordó una vez que pidió prestada a Odell Green una vieja barca con fugas y tapó los agujeros con silicona de fontanero para evitar que se hundiera. Llevó a Ricky al lago Cedar Cliff para pescar lucios en la base de una cascada. El niño no debía de tener más de diez años y al parecer consideraba a su padre un regalo de Dios. Comieron galletas saladas Lance, que Ray llamaba «mordiscos», y de postre metieron cacahuetes en unas botellas de cristal de RC Cola. Entre la mantequilla de cacahuete de las galletas y los cacahuetes del refresco, Ray tenía unos gases terribles, y cada vez que se tiraba un pedo, parecía que el niño fuera a morirse. Ricky se reía tanto que no podía estar quieto y Ray le puso un chaleco salvavidas, ya que creía sinceramente que iban a volcar la barca y ahogarse.

Ray cerró los ojos y esperó a que se disiparan los recuerdos. Hubo muchos momentos buenos. Sin embargo, los momentos buenos dolían demasiado; estaban tan lejos que podían hacer que te preguntaras qué sentido tenía.

Después de bordear lentamente el tronco de un árbol, esparció los restos de la bolsa como si estuviera echando fertilizante. Cuando estuvo vacía, la cerró y dobló el plástico hasta formar un pequeño cuadrado que guardó en un compartimento de la cartera. Ray miró la lápida de su mujer, una sencilla placa de granito con su nombre y las fechas que enmarcaban su vida. Sobre la piedra había hojas y se arrodilló para quitarlas. Cuando levantó la cabeza, vio un coyote observándole con curiosidad a unos diez metros de distancia.

Ray no podía moverse. Contuvo la respiración hasta que, de

repente, se notó toda la sangre en la cara y los latidos en las sienes. Se oía el pulso e imaginó que el animal también podía oírlo, y deseó que se le parara el corazón para no romper el hechizo.

El coyote lo miraba sin parpadear con sus ojos amarillos y las orejas erguidas. Ray vio que olisqueaba para intentar comprender qué era aquel ser, pero por un breve instante solo hubo algo invisible y frágil entre ellos, como un trozo de hilo. Notó que el aire le rozaba primero la nuca y, luego, las campanillas entonaron su lenta y apagada canción. El coyote alzó levemente la cabeza con el hocico inclinado hacia la brisa y, con un movimiento silencioso, dio media vuelta y desapareció.

18

La carretera de Shook Cove seguía la bifurcación este del Tuckasegee hasta el lago Cedar Cliff y luego hacia Bear. Poco después de que el asfalto se convirtiera en gravilla, la pendiente se hizo más pronunciada y vio una vieja granja que se extendía desde la carretera hasta el río. Unas llamas levantaron la cabeza de la hierba y observaron con sus extrañas caras de alienígena cómo Ray saltaba la valla de alambre de espino. Leah Green vivía en una vieja casa de Sears, Roebuck & Co que había comprado por casi nada.

Su padre pensó que estaba como una cabra por quedarse aquella casa. Incluso el agente inmobiliario estaba riéndose cuando le entregó las llaves y le deseó buena suerte. Pese a todo, Ray admiraba sus agallas. En aquel momento, el porche delantero se había derrumbado, un tercio del revestimiento de ciprés estaba completamente podrido y el tejado de cedro era poco más que un lecho de musgo combado. Por alguna razón, el suelo de pino amarillo había sobrevivido, pero el resto del lugar era una ruina.

Aquel primer verano vivió con sus padres mientras unos trabajadores de Franklin colocaban un tejado nuevo: estructura, vigas, cubierta, tejas, todo. En cuanto estuvo terminado, Leah se instaló y se puso manos a la obra. Cuando Ray entró en el patio aquella tarde, no podía creerse lo que había hecho allí. Desde reconstruir el porche hasta sustituir el revestimiento, había acabado las reformas ella sola y la casa ahora parecía la de la foto del catálogo.

Aparcó el Scout en la parte trasera de la casa, al lado del coche patrulla de Leah. Una docena de gallinas de cuello pelado lo miraron con curiosidad y salieron disparadas hacia el corral en cuanto abrió la puerta. En el condado de Jackson nadie había

criado nunca unas gallinas tan feas y calvas, que parecían pequeños buitres correteando por el patio. Un verano, el padre de Leah empezó el linaje con una pareja de cría que le compró a un inglés en una subasta de ganado en Clyde. Les puso de nombre Richard Petty y Lynda.

Ray abrió la puerta con mosquitera, entró en el porche trasero y, antes de que pudiera limpiarse las botas en el felpudo, Leah lo invitó a entrar.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó—. La cena ya casi está lista, si tienes hambre. Estaré encantada de prepararte un bol. Hay de sobra.

La puerta trasera daba directamente a la cocina y Ray se sentó a una pequeña mesa blanca. Leah llevaba una camiseta negra sin mangas y un pantalón de chándal azul Klein con la palabra «Mustang» estampada en letras plateadas en una pernera. Se había recogido el pelo en una coleta encrespada que le caía por encima de un hombro. Iba descalza y los talones retumbaron en el suelo cuando se dirigió al fregadero.

—Ah, solo estaba holgazaneando un poco. No puedo quedarme. Tengo que ir a casa a darle de comer a la perra, pero huele muy bien, desde luego.

—Estofado de oso.

—¿De dónde lo has sacado?

—Trabajando en un accidente de tráfico esta primavera en Sapphire. Un tío de Fort Lauderdale tomó una curva demasiado rápido y atropelló a un oso grande cerca de casa de Mica. El coche quedó hecho una mierda, pero cuando reabrimos la carretera, le pregunté al policía qué pensaba hacer con el oso y no dijo nada, así que llamé a Ernie Messer para preguntarle si le interesaba. Él y Evan fueron hasta allí y lo cargaron en la plataforma de la camioneta. Lo enlataron y me dieron seis u ocho cuartos.

—¿Tú y Evan seguís viéndoos?

—De vez en cuando, pero no. —Leah se apartó del fregadero, levantó la tapa de una olla y, antes de probar una cucharada de sopa, sopló para no quemarse la lengua—. ¿Por qué? ¿Vas a soltarme un sermón sobre el matrimonio? ¿Me dirás que una mujer de mi edad debería sentar la cabeza y pensar en formar una familia?

—No, no pensaba decir nada de eso. —Ray negó con la cabeza —. Te conozco de toda la vida, chica, y no creo que necesites a un hombre para nada, a menos que decidas buscarte uno.

—Por lo visto, los demás no opinan lo mismo —dijo Leah—. ¿Estás seguro de que no quieres nada?

—Quizá un vaso de agua.

Leah sacó una taza del armario y fue a la nevera.

—¿Hielo?

Ray negó con la cabeza y Leah llenó la taza y se sentó a la mesa.

Ray volteó la taza lentamente para leer el logotipo estampado en un lateral, bebió un sorbo y se aclaró la garganta.

—Quería saber si tenías novedades sobre la pista que te di.

—No, la verdad. —Se recostó en la silla y entrelazó los dedos detrás de la cabeza—. Sigo en el turno de noche. Cuando yo llego se ha ido todo el mundo. Le pasé la información al teniente que se ocupa de esa zona del condado. Trabaja estrechamente con la tribu. Mantienen bastante buena relación, al menos mucho mejor que antes. Puedo enviarle un correo electrónico para preguntarle si ha oído algo, pero lo dudo. Ya te diré qué responde.

—¿De qué me sirvió contártelo si no van a hacer absolutamente nada?

—¿Qué quieres que hagamos, Ray? ¿Quieres que organicemos una patrulla y vayamos allí a echar la puerta abajo? Las cosas no funcionan así y lo sabes. Una investigación puede llevar meses. A veces se tardan años, si es que encuentran pistas incriminatorias.

Ray ladeó la cabeza y se rascó entre los omóplatos. Después apoyó las manos en la mesa y, cerrando los puños, miró por la ventana que estaba encima del fregadero.

—El otro día tuve que ir al Tractor Supply de Clyde a comprar un elevador nuevo y recoger un saco de comida de perro. —Ray se atusó la barba mientras hablaba—. Cuando llegué a la salida que queda delante de la casa de Lowe, vi un cartel que decía cuánta gente había muerto por sobredosis este año en el condado de Haywood. Fui a la tienda de tractores, compré lo que necesitaba y me fui a casa. Un par de salidas más adelante me di cuenta de que me estaba quedando sin gasolina, así que entré en la BP de Hazelwood. Fui corriendo al lavabo y en la pared, al lado del lavamanos, había un contenedor para jeringuillas. Imagínate cómo

están las cosas para que tengan que colgar algo así en los baños de una gasolinera. Te hablo de Hazelwood, a veinte minutos de aquí.

—Lo sé, Ray. Lo veo a diario. Estoy ahí fuera cada…

—Entonces explícame por qué coño no mueven un dedo cuando te he indicado uno de los lugares de los que sale la droga.

Ray apretó los dientes e intentó reprimirse, pero no podía soportarlo más. Estaba harto de guardárselo todo para no herir a los demás.

Leah parecía incapaz de mirarlo. Tenía la mano derecha sobre la mesa y estaba tan nerviosa que no paraba de rascarse el pulgar con el dedo índice.

—Cada día aumenta la cifra de ese cartel y, cada día, alguien como yo entierra a su hijo o su hija. Así que tendrás que perdonarme, pero no disponemos de unos meses, chica; y desde luego no disponemos de unos años.

—Ya lo sé —dijo Leah, que se negaba a mirarlo a los ojos.

—Al parecer, la gente de hoy en día no entiende por qué personas como tu padre y yo, la generación de nuestros padres, nunca se fio mucho de la policía. Ven cosas que antes eran habituales, como una desaparición o que a alguien le quemen la casa, y lo consideran anarquía. Pues no lo era. En realidad, era todo lo contrario. Estas montañas tenían un orden propio. —Ray se acabó el agua y deslizó la taza vacía al centro de la mesa—. Aquí, antes, cuidábamos de los nuestros. Cuando había que hacer algo, lo hacíamos nosotros mismos. Entonces permitimos que entrara la gente de fuera y nos dijera cómo teníamos que hacer las cosas, y mira dónde nos ha llevado.

Leah no dijo nada.

—Nos han metido en un buen lío —añadió Ray.

—Entonces, ¿qué dices, tío Raymond?

—No lo sé, chica. No sé qué estoy diciendo exactamente. Supongo que estoy cansado. Supongo que estoy viejo y cansado.

Cuando se fue de casa de Leah, el sol ya estaba detrás de los árboles. Aún hacía calor y Ray no podía soportar la idea de volver a casa. Imaginó que pasear por el bosque lo tranquilizaría un poco, así que, cuando llegó a la 107, giró a la izquierda y se dirigió al sur por Tuckasegee rumbo a Cashiers.

Al principio del camino que salía de la carretera de Buck Creek,

Ray miró la hora en su teléfono móvil y vio que eran casi la siete. En su plenitud, hubiera subido la montaña y hubiera vuelto a la camioneta en cuatro horas, pero ahora tenía las rodillas destrozadas. Incluso antes de apretarse los cordones de las botas sabía que tendría suerte si volvía a la zona de aparcamiento en seis. No importaba. Lo único que lo esperaba en casa era la perra, y Tommy Two-Ton nunca había tenido inconveniente en estar sola. Ray llevaba una mochila en la parte trasera del Scout y comprobó que hubiera agua antes de colgársela a los hombros.

El camino eran casi ocho kilómetros de ascensos y descensos escarpados. Subió una cresta y bajó de nuevo, subió otra y al llegar al otro lado perdió toda la elevación que había ganado. Se encontraba suficientemente al sur para que el cielo estuviera despejado. Solo faltaban unos días para la luna llena, así que no necesitaba una linterna frontal para iluminar el camino, que serpenteaba por un terreno pedregoso. El monte Cole llevaba al monte Shortoff, y luego a Goat Knob. Se sabía la ruta de memoria.

Cuando subió la última pendiente, la torre de vigilancia de incendios de Yellow Mountain desprendía un brillo azul bajo la luz de la luna y los tablones pintados de blanco reflejaban el color del cielo. Cuando Ray empezó a trabajar para el Servicio Forestal a mediados de los años setenta, la mayoría de las torres ya estaban en desuso. Los aviones podían abarcar más terreno, así que las viejas costumbres se aparcaron y acabaron muriendo. El abuelo de Ray había ayudado a construir aquella torre cuando trabajaba para el Cuerpo de Conservación Civil durante la era Roosevelt, así que, cuando la estructura fue abandonada en los años ochenta, Ray fue uno de los que lucharon por salvarla. Por todos esos motivos, aquel siempre había sido un lugar especial para él, un lugar al que podía ir para aclararse las ideas. En las semanas y meses posteriores a la muerte de Doris, dormía algunas noches allí.

Pasó las manos por las paredes de adoquín del primer piso. Habían construido una gran plataforma de madera sobre la piedra. Ray subió las escaleras y observó el paisaje. Desde aquella altura, y en medio de la oscuridad, las montañas parecían de agua. Las ondulaciones de la tierra parecían moverse, una especie de vibración, como si estuviera contemplando el mar desde el puesto de vigía de una embarcación en apuros. Ray cerró los ojos y respiró

hondo por la nariz. El olor lo transportó a aquello que lo había llevado hasta allí.

A lo lejos divisó el fuego propagándose en todas direcciones. Pudo ver el tenue brillo de Dicks Creek quemándose más al norte, un incendio que persistía después de casi un mes. Al oeste había demasiados fuegos para contarlos. En Rocky Knob ardían más de cuatrocientas hectáreas, más de mil doscientas en Camp Branch. El más grande era el de Tellico, donde los últimos cálculos rozaban las seis mil hectáreas. La sensación era que se le venían las paredes encima por los cuatro costados. Ray sintió claustrofobia, como si lo hubieran arrinconado y hubiera llegado un momento de finalidad inevitable.

Entonces afloró la ira y se agarró con fuerza a la barandilla hasta que le temblaron los brazos y todos los huesos de su cuerpo se agitaron con una rabia insaciable. El día del juicio final acechaba no muy lejos. Ya no había dónde esconderse, y él nunca había sido de los que huyen. Para un hombre sin intención alguna de abandonar aquel lugar, la única opción era mantenerse firme y apretar los dientes.

19

Holland era incapaz de comprender por qué las mulas siempre utilizaban coches de alquiler. A lo mejor creían que no ser propietarios del vehículo impediría que presentaran cargos contra ellos en un juicio. Por supuesto, eso no era cierto. Si te paran con dos kilos de heroína en polvo en el maletero, da igual que el coche sea tuyo o que se lo hayas alquilado a Enterprise aprovechando una oferta de cuarenta y cinco dólares al día.

Un confidente avisó de que algo estaba a punto de moverse, pero no era un buen momento para echar la puerta abajo. En lugar de eso, permitieron que se llevara a cabo la operación. Dejaron que las mulas salieran del narcopiso y no dieron el alto a los coches hasta que llevaban hora y media fuera de Atlanta, justo al norte de Ellijay y entrando en el Parque Nacional de Chattahoochee.

Las mulas llevaban dos coches. El segundo iba limpio y su función era impedir que la policía se situara detrás del que iba en cabeza. Cuando la policía local encendió la sirena, el conductor del segundo coche se detuvo y, tal como habían ensayado, les dijo que llevaba a su novia a pasar el fin de semana en la montaña. Lo que no sabía era que, un kilómetro y medio más adelante, dos interceptores de la policía habían dado el alto al otro vehículo y un pastor belga llamado Sparkles estaba olisqueándolo de arriba abajo. El perro tardó dos segundos en pararse en el maletero, y la policía otros cinco en sacar el paquete de debajo de la rueda de repuesto.

Los agentes tenían imágenes de ambos coches saliendo juntos del narcopiso. Por más que alegaran que no sabían cómo había llegado la mercancía hasta allí o que no se conocían de nada, se presentarían cargos contra los dos conductores. Ellos lo sabían igual que los agentes, así que solicitaron un abogado en cuanto los

esposaron.

La pasajera, en cambio, no se enteraba de nada.

Makayla Thompson estaba saliendo con el conductor del segundo coche y estudiaba primero de Hostelería en la universidad mientras su abuela cuidaba de su hija de tres años. Venía de una familia de clase trabajadora y ni siquiera le habían impuesto jamás una multa por exceso de velocidad. Lo que empezó como una divertida excursión con su novio podía arruinarle la vida. En pocos minutos había visto el futuro deslizándose entre sus dedos. Holland sabía que era la clase de persona que colaboraría.

El agente entró en la sala de interrogatorios y deslizó una caja de pañuelos de papel sobre la mesa. Makayla levantó la cabeza y Holland percibió la inocencia y la vulnerabilidad en sus ojos. Era una chica guapa, con la piel oscura y una melena rizada que le llegaba a los hombros. Llevaba una gargantilla y una blusa rojo oscuro con un escote pronunciado. El rímel surcaba sus mejillas como gotas de pintura. Estaba totalmente desubicada.

—Makayla, soy el agente Holland. Me gustaría hablar un poco de lo que ha ocurrido hoy.

La chica asintió, pero aquello bastó para desarmarla. Contrajo las facciones y empezaron a caerle lágrimas de las comisuras de los ojos.

Holland sacó un pañuelo de la caja y se lo ofreció.

—¿Conoces a la persona con la que ibas hoy en el coche?

—Es mi novio.

—¿Y cómo se llama?

—Marcus.

—Cuando te montaste en el coche con Marcus, ¿sabías dónde te llevaba?

—Sí.

—¿Dónde te dijo que ibais?

—Dijo que teníamos que seguir a alguien al norte del estado.

—¿Y sabías a quién estabais siguiendo?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Sean.

—¿Y sabías qué había en ese coche? —Makayla se tapó la cara con las manos y rompió a llorar—. Makayla, sé que no tuviste nada

que ver con lo que estaban haciendo esos dos. Tú solo los acompañaste, pero ahora mismo estás en un buen jaleo, y solo podré ayudarte si hablas conmigo. Tienes que responder a mis preguntas.

Holland detestaba el juego del poli bueno. Lo cierto era que la chica sabía lo que estaba haciendo cuando se montó en el coche. Puede que no fuera tan culpable como los dos que conducían, pero lo correcto era lo correcto y lo incorrecto era lo incorrecto, y nuestras vidas eran la suma de todas las decisiones que habíamos tomado. ¿Qué era un mundo sin consecuencias?

—¿Te dijo con quién ibais a reuniros?

—No.

—¿Mencionó qué estabais haciendo exactamente?

—No del todo.

—Makayla, necesito que pienses en esto. Si quieres que te ayude, tendrás que darme algo. Si quieres ver a tu hija crecer desde el porche de casa y no desde el otro lado de un cristal, tienes que contarme lo que te dijo. Si me das algo con lo que pueda trabajar, todo esto se acabará. Volverás a clase el lunes y esto no habrá sido más que un fin de semana para olvidar.

—Solo dijo que teníamos que seguir a Sean hasta la frontera del estado y que luego daríamos media vuelta y volveríamos a casa.

—¿Y con quién ibais a reuniros en la frontera?

—No íbamos a reunirnos con nadie.

—¿A qué te refieres?

—Supuestamente, solo teníamos que seguirlo hasta allí y dar la vuelta. Eso es todo. No sé dónde iba después.

—Entonces, ¿vosotros teníais que dar media vuelta y el otro coche supuestamente seguiría adelante?

—Eso es. No paraban de fanfarronear con que estarían a salvo una vez llegaran a la frontera. Dijeron que tendrían escolta policial. Hacen esos viajes cada dos semanas. Se reparten mil dólares y se turnan para conducir los coches. Una vez, Sean va delante, y la siguiente Marcus. Siempre decían que nadie los pararía cuando salieran de Georgia.

—¿Escoltas policiales?

—Eso decían.

—¿Y dónde iban exactamente?

—No tengo ni idea, pero la última vez que Marcus fue allí, sé que se alojó en un casino. Volvió a casa diciendo que había ganado mucho dinero. Sacó doscientos dólares en una máquina tragaperras. Por como hablaba, parecía que hubiera ganado la lotería. Me llevó a cenar al Red Lobster, y el muy tacaño envolvía galletas de cheddar en una servilleta y me hacía esconderlas en el bolso.

Holland intentó contener la risa, pero no pudo. Afortunadamente, aquello alivió un poco la tensión por unos momentos. Makayla se limpió las lágrimas con el dedo índice, negó con la cabeza y, durante una fracción de segundo, esbozó una leve sonrisa. Tenía los brazos extendidos y las manos entre las rodillas como si tuviera frío. Holland bebió un sorbo de café y pensó en lo que había dicho la chica.

La idea de los escoltas policiales era inquietante. Si las mulas iban a reunirse en la frontera con alguien que podía ofrecerles esa clase de protección, tenían que ser policías estatales o del condado, y ambas opciones hacían que formular una acusación fuera prácticamente imposible. La agencia estaba acostumbrada a echar mano de recursos locales cuando entraba en pequeñas comunidades. Unos cuantos policías corruptos pudrían a todo un departamento. La US74 subía por la montaña y cruzaba la frontera del condado de Cherokee. Un año antes habían abierto un nuevo casino en Murphy, en territorio tribal. Holland recordó aquella tarde en Asheville y lo que había dicho el chico: Cherokee.

En aquel momento estaba tan cabreado y cansado y tenía tantas ganas de volver a casa que no había vuelto a pensar en aquel hijo de puta arrogante. Días después, cuando Rodríguez llamó para exponer una descabellada teoría según la cual toda la droga se movía de oeste a este, dos rutas desde Atlanta hasta Carolina del Norte occidental que pasaban por tierras tribales, y la posibilidad de que se utilizaran los casinos para blanquear el dinero, Holland estuvo a punto de colgar el teléfono. De repente, ya no le parecía una idea tan delirante. Utilizar las protecciones jurisdiccionales de una nación soberana como santuario era brillante.

Se preguntaba si Rodríguez tendría pistas sobre alguno de los involucrados. Si, en efecto, se trataba de la policía tribal, para Holland sería un infierno intentar demostrarlo. Las décadas que llevaba trabajando lo habían convertido en un cínico. No confiaba

en sus reacciones viscerales. Aun así, había algo en todo aquello que parecía acertado. A veces, cuando todo el mundo señalaba en la misma dirección, lo más inteligente que podías hacer era mirar.

20

En los pasillos de Food Lion había un reguero de envoltorios de magdalena. Al final del reguero, Denny Rattler estaba conectado a un tensiómetro situado junto a la farmacia. Lamió el glaseado púrpura de la última de una docena de magdalenas y, mientras el brazalete ejercía presión, solo podía pensar en que sería capaz de comer más.

Por primera vez en una semana se encontraba bastante bien. El verdadero malestar —los sudores fríos, los vómitos, la diarrea, los calambres, el ansia— solo fue intenso los primeros tres o cuatro días. Pero, entre las náuseas y la ansiedad, no había podido retener muchos alimentos hasta esa mañana. Era el octavo día y Denny habría podido ganar un concurso de comer perritos calientes si esos hijos de puta cambiaran las salchichas por Ding Dongs.

La máquina soltó el aire del brazalete con un fuerte siseo y Denny miró los resultados: 134 y 84. Luego se frotó el bíceps y se acabó la magdalena. La gráfica indicaba prehipertensión.

Recordó una vez que estaba en el coche con unos chicos colocados de cristal que aseguraban saber dónde encontrar heroína. Estaban en el aparcamiento del Inglés de Sylva y un gordo bocazas llamado Woody estaba convencido de que iba a estallarle el corazón. Todos querían acabarse la bolsa, pero Woody no estaba seguro de poder conseguirlo. Entró corriendo a la tienda a mirarse la presión arterial, volvió al coche y esnifó cristal suficiente para poner un satélite en órbita. Denny se echó a reír y se levantó.

En la panadería, una mujer de pelo blanco con redecilla y unas gafas gruesas estaba colocando donuts frescos. Denny cogió una caja de la estantería y empezó a comer. Después se dirigió tranquilamente al pasillo de los lácteos, ya que pensaba que un

poco de leche lo ayudaría a bajar el glaseado y, con una botella de desnatada en la mano, fue hacia la puerta.

Estaba tan cerca de conseguirlo que notaba el sol en la cara, pero alguien lo agarró del brazo y la caja de donuts cayó al suelo. Al volverse vio un uniforme negro y una placa reluciente, y eso fue todo cuanto necesitaron su brazo para zafarse y sus piernas para salir corriendo. A unos seis metros de donde se encontraba había una máquina de Coca-Cola, y casi había llegado a ella cuando el fuego lo atravesó. Sus músculos se agarrotaron y cayó de bruces, rígido como un árbol recién talado.

De repente, el mundo estaba de costado, y en el aparcamiento había un niño con la cara regordeta saltando y gritando: «¡Le ha disparado con la Taser, mamá! ¡Le ha disparado con la puta Taser!». A Denny le crujieron los hombros cuando el agente le puso los brazos detrás de la espalda. Tenía la cara dolorida y le ardía la mejilla por el impacto contra el asfalto. Fuera, todos estaban mirando detrás de sus carros de la compra como en una naturaleza muerta. Las esposas se cerraron y notó el frío del metal en las muñecas. Así de rápido. Así de rápido acabó todo. Un minuto antes todo iba bien. Desde luego, la suerte de un hombre podía cambiar en un instante.

Un gran mapa de la Frontera Qualla cubría casi toda una pared. La sala era pequeña y había una cámara de vigilancia en la esquina. Los bloques de hormigón estaban pintados de un color tostado que recordaba a la arcilla. Denny observó la sala, se recostó y se pasó los dedos por el pelo grasiento. Prefería que se dieran prisa en ficharlo para poder ducharse y quitarse ese olor. Había estado durmiendo en el parque del río, y el desodorante Axe que había utilizado para asearse un poco en el Food Lion no podía enmascararlo todo.

Aunque había tenido encontronazos con casi todos los miembros del departamento, Denny nunca había visto al agente que lo arrestó. La placa del uniforme decía que se apellidaba Locust. Aparentaba unos veinticinco años, tenía la mandíbula cuadrada y llevaba un corte de pelo degradado. Locust no había dicho nada desde que lo llevó a la sala. Simplemente se quedó de brazos cruzados en una esquina junto a la ventana. Un agente llamado Donnie Owle era quien hablaba todo el tiempo; Denny lo conocía bien. Había seguido

su carrera desde patrullas hasta narcóticos. Ahora era un investigador en toda regla.

Fuera de Cherokee, Owle habría pasado por un hombre blanco. Tenía la piel pálida y una cabeza del tamaño de una pelota de baloncesto. Arriba no le quedaba pelo y los fluorescentes se reflejaban en su cráneo. Llevaba un traje barato que le venía grande y una corbata de bolo que corroboraba su condición de idiota.

—¿Por qué no me cuentas qué paso en el *camping* de Whittier? —dijo Owle, que bebió un sorbo de café de una taza de poliestireno.

Aquello cogió a Denny por sorpresa, porque hasta entonces solo le habían preguntado por nimiedades, e intentó no demostrar su desconcierto.

—No sé de qué carajo me hablas. ¿Qué *camping*?

—Denny, tú puedes hacerlo mejor. Un testigo vio un LeBaron de color meado quemando rueda al salir del aparcamiento. ¿Y quién tiene un coche que encaja con esa descripción? La cuestión es que a mí me da igual. Ni siquiera es nuestra jurisdicción. Lo preguntaba más como un favor para un amigo mío del condado de Jackson. Podríamos decir que le debo una.

A Denny empezaban a sudarle las manos. Desde que ocurrió, no podía quitarse de la cabeza la imagen del chico tumbado en el suelo de la cabaña con la aguja clavada en el cuello y la boca abierta como un pez.

—Ya ni siquiera tengo ese coche.

—¿Ya no lo tienes?

—¿No es eso lo que he dicho? —Denny se pasó la esquina de la uña del pulgar por debajo de la del dedo corazón y se restregó la suciedad en la pernera—. Me lo robaron hace un par de semanas. No lo he visto desde entonces.

—¿Y quién te lo robó?

—¿Cómo voy a saberlo?

—¿Pusiste denuncia?

—No.

—¿Y por qué no? Cuando a alguien le roban el coche, lo lógico es que llame a la policía. La mayoría probablemente intentaría recuperarlo o al menos reclamar compensación al seguro.

—Imaginé que no tendríais muchas ganas de hacerme favores.

Denny se masajeó las muñecas, que tenía irritadas de las

esposas.

—¿Y por qué piensas eso?

—Bueno… —respondió Denny sin acabar la frase.

En ese momento llegó una llamada por radio, y el agente joven que estaba en la esquina abandonó la sala. Ahora estaban los dos solos. Owle llevó la silla al otro lado de la mesa y se sentó muy cerca de Denny.

—Encontramos tu coche estampado contra un árbol a unos dos kilómetros de Bearclaw. Había sangre por todas partes y ni un alma a la vista.

Por primera vez en toda la conversación, Denny lo miró fijamente a los ojos. Quería averiguar si Owle iba de farol.

—Ahora que me fijo, Denny, no parece que hayas sufrido un accidente de tráfico recientemente. No me malinterpretes, da asco verte, pero no parece que hayas atravesado un parabrisas con la cabeza.

De repente, Denny tenía palpitaciones. Estaba pensando en el imbécil que le había golpeado en la cabeza con la pistola y en el descerebrado de la cara redonda.

Justo entonces recordó también los pies del muerto en aquel suelo mugriento; iba descalzo y tenía las plantas de los pies negras y rasguñadas de caminar.

—Resumiendo, si me dices que te robaron el coche, me lo creo. Pero de lo que quiero hablar realmente es del Almacén de Oportunidades. Me gustaría saber si puedes decirme quién lo dirige. ¿Qué se mueve en esas caravanas? ¿De dónde sale? Si me facilitas un poco de información, podré quitarte de encima este pequeño robo.

—No sé de qué me hablas.

—Ahora me dirás que no has tomado drogas en tu vida, que nunca te saltas una misa los domingos y que llevas el nombre de mi mujer tatuado en el culo.

—Creo que no tengo el culo tan grande para un nombre así.

—¿A qué viene eso?

—Yo no te diría que nunca he consumido.

Owle se puso en pie y apoyó los puños en la mesa como si estuviera a punto de hundirle las manos a Denny en la garganta.

—¿Cuánto hace que nos conocemos, Owle? ¿Siete, ocho años?

—Hace mucho.

—¿Y en todo ese tiempo he demostrado ser de los que se van de la lengua?

Cuando el agente se fue, Denny se pasó tres horas tarareando y cantando el disco de Johnny Cash en San Quentin desde *Big River* hasta el *medley* final. Conocía la letra de todas las canciones, todas las bromas, y había pasado tanto tiempo encerrado que encontrar maneras creativas de matar el tiempo se había convertido en algo automático. No había reloj en la pared, pero la luz exterior era amarilla e imaginó que se acercaba el anochecer.

Alguien llamó a la puerta y, al darse la vuelta, Denny vio a Cordell Crowe, a quien conocía de toda la vida. Cuando eran más jóvenes, Cordell y Denny tocaban la guitarra en la iglesia. Incluso había salido con la hermana de Denny en el instituto, pero acabó casándose con una Saunooke bastante más joven de Mingus Mill. Se quedó embarazada, se casaron y Cordell entró a trabajar en la policía tribal y ascendió en el departamento.

Tenía el pelo oscuro y una mirada afable, y le temblaba la cara cuando se reía. Nunca se mostraba tan serio como la mayoría de los que llevaban placa, y por eso había podido labrarse una carrera. Cualquier fanfarrón podía partir cráneos y practicar detenciones, pero los arrestos importantes se conseguían afianzando relaciones. Con Cordell siempre sabías lo que había, y esa confianza hacía que a veces patinaras y dijeras algo que no tenías intención de decir.

Cordell puso la mano en el hombro a Denny y apretó.

—¡Pero qué ven mis ojos, chaval! ¿Cómo va la cosa?

—He estado mejor —dijo Denny—, pero también mucho peor.

—Estaba en mi despacho y me ha parecido oír tu nombre. Tenía que levantarme a comprobar si hablaban del Denny Rattler que colaba *Thunderbird* en el autobús de la iglesia.

—El mismo.

Denny se rio, pero era incapaz de mirar a Cordell a los ojos. Estaba avergonzado, igual que le ocurría cuando se encontraba casualmente a su hermana en la ciudad, o a cualquier familiar, a alguien que lo recordara de antes.

Cordell se recostó en una silla al otro lado de la mesa y apoyó

las manos en la barriga.

—Comiendo magdalenas.

Cerró los ojos, se pellizcó la papada y negó con la cabeza en un gesto de incredulidad.

Denny no sabía qué decir.

—Para la mayoría no tendría sentido que un tío se paseara por el Food Lion zampando azúcar. Pero llevo en esto tiempo suficiente para saber que el ansia de dulce significa que has dejado la droga. —Denny asintió—. ¿Cuánto hace?

—Ocho días.

—Ocho días. ¿Crees que llegarás a diez?

—Es posible.

—Eso espero, Denny. Te lo aseguro. —Cordell se inclinó hacia delante y cruzó los brazos encima de la mesa—. Hay mucha gente dispuesta ayudarte si lo dejas. ¿Has ido al centro de recuperación?

—No.

—¿Sabes dónde está?

—No —respondió Denny, pero sí lo sabía.

—Detrás de la Oficina de Asuntos Indios, donde antes estaba la cooperativa de crédito. ¿Sabes dónde te digo?

—Creo que sí.

—¿Sabes que acaban de abrir un centro de reinserción en Whittier? Te buscarán trabajo y te ayudarán a recuperarte. A levantar cabeza.

—Me parece que vivir en una casa llena de borrachos y adictos en la que te hacen de niñera no es mi rollo. Creo que prefiero pasar un par de noches aquí y me lo quito de encima.

—Sabrás que este verano empezaron las obras en Kanvwotiyi —dijo Cordell. La palabra sonaba como *kah nuh woe tee yee*, que se traducía por «lugar donde sanas»—. Creen que estará en funcionamiento el próximo otoño. Un sitio de primera. Será algo verdaderamente especial.

—Estoy seguro de ello —dijo Denny.

Cordell se llevó la mano a la nuca y Denny notó que empezaba a frustrarse.

—El caso, Denny, es que como nativo tienes más recursos a tu disposición que cualquier hombre blanco de estas montañas y aun así sigues arruinándote la vida, igual que toda esta gente.

Construimos un centro de recuperación y no viene nadie. Nos pagan la universidad y nadie va. ¿Por qué coño pasa?

—No sé qué quieres que te diga.

—No quiero que me digas nada. Quiero que hagas algo, que hagas algo por ti mismo. Quiero que vuelvas a construir casas, a talar árboles, a tocar música, a hacer cualquier cosa que no sea desperdiciar tu vida. Quiero lo mismo que todos los que te conocen. Si no fuera así, no estaría aquí sentado diciéndotelo.

—Lo sé.

—Seguirás entrando y saliendo de aquí hasta que te metas en algo que no te permitirá salir. Eso o te encontraremos muerto en algún lavabo. Tienes pinta de que ese será tu final, y no quiero ser yo quien te encuentre. Sé perfectamente que tu hermana tampoco.

Denny notó una sensación desagradable en el estómago. Un corazón podía estar en el lugar correcto y aun así hacer que un hombre se sintiera inútil, y era esa inutilidad la que la mayoría de las veces lo empujaba a buscar algo rápido y sencillo. Pero últimamente se había precipitado a un lugar más oscuro. Solo había una cosa más rápida que la aguja, y no había retorno de ese viaje.

—He llamado al director de Food Lion. Solo espero que me dejes llevarte a ese centro de recuperación mañana por la mañana. Allí hay gente a la que conozco desde hace mucho, Denny. Buena gente.

—Creo que pasaré en el calabozo el tiempo que sea necesario y me iré.

—No tienes que ir al calabozo. —Cordell contrajo la parte izquierda de la cara y se frotó la nuca—. Como te decía, he hablado con el director y está todo solucionado. Te he hecho un favor y pensaba que tú me harías uno a mí.

—Yo no he pedido ningún favor.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿eso significa que puedo irme?

—Supongo que sí —dijo Cordell—. Pero ¿adónde vas exactamente?

—A casa de Carla —respondió Denny—. Me dejará pasar unos días allí.

—¿Cómo está?

—Bien.

—¿Sigue trabajando en el casino?

—Que yo sepa, sí —dijo Denny.

La verdad era que no hablaba con su hermana desde hacía meses. Después de perder su casa, lo dejó instalarse con ella una temporada, pero acabaron discutiendo. Denny ya había empeñado casi todo lo que tenía. Cuando no le quedaba nada, vendió una Epiphone acústica destartalada que había pertenecido a su tío. Denny cambió la guitarra por un billete de diez dólares que no le alcanzaría para pasar la noche y, para Carla, aquello fue la gota que colmó el vaso.

Aún tenía algunas cosas en su garaje: ropa, baratijas y un pequeño ciclomotor Suzuki que por alguna razón había sobrevivido al despilfarro. No hablaba en serio cuando pronunció su nombre, pero, cuanto más pensaba en ello, menos mala le parecía la idea de ir a casa de Carla. Si le dejaba quedarse allí, podría ducharse y ponerse ropa limpia. Trasteando un poco, incluso podría poner la moto en marcha.

—Tengo que acabar un poco de papeleo y enviar un par de correos electrónicos, pero no debería llevarme mucho rato. Puedo acercarte si quieres.

—Vale, de acuerdo —dijo Denny.

Cualquier lugar con techo era mejor que dormir al raso.

21

Durante años, Carla Rattler grabó todos los episodios de *Jeopardy!* hasta que se incendió el reproductor de vídeo durante una maratón y estuvo a punto de arder toda la casa. Cada noche se sentaba en su LaZBoy con una cena precocinada en el regazo mientras veía el programa. Utilizaba un bolígrafo a modo de pulsador, intentando entrenar los músculos de la mano para cuando finalmente tuviera su oportunidad. Cuando Denny vivía con ella, le pedía que le hiciera preguntas de *Ken Jennings's Trivia Almanac*. Él siempre intentaba convertirlo en un juego con alcohol, pero ella no bebía, así que normalmente acababa borracho como una cuba y solo.

Denny oyó el bolígrafo en el salón cuando abrió la puerta del lavabo. Se quedó en la ducha hasta que se acabó el agua caliente y se enjabonó con media docena de geles y champús que bordeaban la bañera de su hermana. El vapor llegaba hasta el pasillo y cubría las paredes laminadas. Carla le había dejado ropa en el suelo. Los vaqueros le iban un poco grandes, pero no estaban mal, y se puso una camiseta Tommy Hilfiger de imitación que estaba tan arrugada que la tela parecía un mosaico.

Sobre los fogones había comida de Hungry-Man. Ningún miembro de la familia Rattler sabía cocinar, así que la comida preparada siempre había sido un plato casero. Denny quitó el envoltorio de plástico de la bandeja y lo tiró en una papelera situada al final de la encimera. El pollo frito, el maíz, el puré de patatas y el brownie estaban separados en pequeños compartimentos. Sacó un vaso del armario y sirvió té de un viejo tarro de conservas que su hermana utilizaba a modo de jarra.

La categoría del concurso era música *country* y la pista era

sencilla. Cualquiera con medio cerebro conocía *Red Headed Stranger*, pero eso no impidió que un lerdo con sobrepeso le diera al pulsador y gritara «¿Quién es Reba McEntire?» como si se hubiera pasado los últimos cuarenta años durmiendo.

—¡Willie Nelson, retrasado! —gritó Carla, y de su boca salió disparado un trozo de maíz—. La respuesta es Willie Nelson. ¿Quién es Willie Nelson?

Estaba pulsando el bolígrafo y chillando, pero ningún otro participante intentó responder.

—Hasta yo lo sabía —dijo Denny entre risas.

—Esos tres son tontos del culo.

Aunque eran gemelos nacidos con tan solo seis minutos de diferencia, no se parecían en nada. Denny parecía indio, esto es, era como los blancos querían que parecieran los indios: piel oscura, cabello oscuro y ojos oscuros como en los vaqueros y los indios, un indio de brazos cruzados, diciendo «jau» y con su hacha de guerra y su tipi. Todas las mujeres blancas se habían criado pensando que su tatarabuela había sido una princesa cheroqui. Todos los hombres blancos creían que los indios podían hablar con los pájaros. En cuanto al color de la piel y el cabello, lo cierto era que había tanta diversidad en la tribu como en un muestrario de pinturas. Tanto era así que los turistas entraban en las tiendas de la calle comercial y preguntaban a la persona que estuviera sentada detrás de la caja registradora dónde se habían metido los indios, y normalmente les respondían: «Tiene uno delante». Carla tenía la piel clara, el pelo caoba y los ojos verde oscuro. Se parecía a su madre. Mientras que Denny siempre había sido largo y esbelto, Carla tenía la constitución de un bulldog. Judía Verde y Tapón. Así los llamaba siempre un anciano en la iglesia, y tenía razón. Carla llevaba el pelo recogido en un moño descuidado y le caían mechones por la frente. Tenía una cara redonda como un plato, pero siempre había irradiado belleza. Tal vez era por su sonrisa o por su manera de reírse, o tal vez era porque nunca le había importado una mierda lo que pensaran los demás.

Después de dejar la bandeja vacía en una mesita, Carla dobló las piernas bajo el cuerpo y apoyó el codo en el reposabrazos y la cabeza en el puño. La camiseta de color turquesa le quedaba como un uniforme de *hockey* y los pantalones le venían tan cortos que al

estar sentada parecía que no llevara nada. En la televisión hubo una pausa para los anuncios y apagó el volumen con el mando a distancia. Denny la miró y luego volvió la cabeza hacia el televisor.

—He metido en la lavadora la ropa que llevabas y algunas cosas que tenías en el garaje —dijo—. Cuando termine, puedes quitarte eso y ponerte ropa limpia. Sé que huele un poco a húmedo, pero es porque estaba en el garaje. No huele bien, pero está limpia. Recuerdo que la lavé antes de guardarla allí.

—Gracias —dijo Denny.

Estaba viendo un anuncio de medicamentos. Un anciano de pelo gris sonreía de oreja a oreja mientras empujaba a un niño en un columpio.

—Cordell dijo que llevabas algo más de una semana limpio.

—Algo así.

Denny sostuvo delante de los labios un tenedor lleno de maíz. Le temblaba la mano y cayeron unos cuantos granos en la bandeja. Últimamente, apenas miraba a la gente a los ojos, sobre todo a la gente que le importaba.

—Bueno, una semana es mejor que nada —afirmó ella—. Tendrías que sentirte orgulloso, Denny. Una semana está bien.

Denny no medió palabra.

Una semana no era para enorgullecerse. La mitad del tiempo se lo había pasado retorciéndose como un perro, y habría degollado a alguien por una bolsa. Más que estar limpio, se había quedado seco. No había tomado la decisión de dejar la aguja. Se le había acabado el dinero. Un tío la palmó y la droga desapareció. Eso no era sobriedad. Eso era mala suerte.

Un verano, Denny había pasado casi tres meses limpio. Incluso encontró trabajo instalando pladur para una empresa de Andrews. Cobraba un sueldo fijo y por fin tenía dinero en el bolsillo y, aparentemente, las cosas iban bien. Pero la mente de un adicto era como una mecedora. Podías saber perfectamente que la moderación no estaba hecha para gente como tú y al mismo tiempo convencerte de que podías consumir un poco sin ir a más. Era como si las drogas hablaran cuando las cosas se ponían así, como si la voz que oías en tu cabeza ni siquiera fuera la tuya, aunque sonaba y razonaba como tú. Querías recompensarte por lo bien que ibas las cosas. Te lo merecías. Después de todo lo que habías hecho, te merecías una

noche. Y, nueve de cada diez veces, recaías así, creyendo que una noche no sería el comienzo de un para siempre.

Era una fe injustificada en el autocontrol.

Denny sabía qué era desintoxicarse y sabía qué era recaer. Pero en aquel momento no estaba batallando con nada de eso. Solo quería colocarse para sentir algo. Era tan sencillo y egoísta como eso. Nunca había tenido intención de dejarlo. Aquello simplemente era mala suerte.

—Cordell dijo que estabas pensando en ir al centro de recuperación e incluso intentar entrar en esa casa de transición que han abierto.

—No —respondió Denny—. Yo nunca he dicho eso.

Se produjo un cambio físico en la habitación. Denny notó que se agudizaba la tensión entre ellos, pero Carla no dijo nada.

—No sé por qué te contó eso —añadió Denny, pero sabía exactamente por qué.

Cordell le dijo a Carla lo que necesitaba oír para abrir la puerta y, conociéndolo, no era tanto una cuestión de deshonestidad como una especie de esperanza ingenua. Cordell sabía que Carla mencionaría el centro de recuperación y la casa de transición, y quizá eso haría que Denny y ella entablaran una conversación. Si había alguien en el mundo que podía llegar a él, era su hermana. Por desgracia, Cordell no sabía ni la mitad de lo que habían pasado ambos.

Denny dio un mordisco al pollo frito y toda la piel se separó del muslo. Luego ladeó la cabeza hacia el televisor con grasa chorreándole por la barbilla.

—Ya ha empezado tu programa.

Carla cogió el mando y se dio unos golpecitos con él en el regazo. Estaba mirando al suelo como si cavilara profundamente sobre algo. El silencio era insoportable. Denny pasó el tenedor por los bordes del brownie para separarlo de la bandeja y se lo metió entero en la boca.

—Bastante tengo con mis problemas de salud —dijo Carla—. Podrías pensar que eso es lo que me quita el sueño, pero no. Paso la mitad del tiempo preocupada por ti, Denny. Dónde estarás, qué estarás haciendo. Si estarás muerto en alguna cuneta.

—¿De qué coño hablas?

—Tú no sabes nada de nadie porque solo piensas en ti, Denny. Incluso cuando éramos niños.

—No me vengas con gilipolleces. Bastante tengo con lo mío.

—Con lo tuyo, Denny. A eso me refería precisamente. Siempre es lo tuyo. Creo que ni siquiera se te pasa por la cabeza que en este planeta todos tenemos lo nuestro. Algunos tenemos mucho más que otros, pero toda la gente con la que te cruzas está pasando por algo.

Denny fijó su atención en la cena. Estaba engullendo todo lo que había en la bandeja para no tener que mirarla.

Carla frunció el ceño con expresión amarga, giró la cabeza y miró al techo. Justo a su izquierda había una ventana con una gruesa cortina marrón. Denny sabía que estaba haciendo todo lo posible por no llorar.

Bebió un buen trago de té para poder hablar.

—¿Qué te pasa?

—Me han encontrado un bulto en el pecho.

Carla se volvió hacia él. Tenía las mejillas coloradas y los ojos llorosos.

—¿De qué estás hablando, Carla?

—Exactamente lo que acabo de decir.

—¿Es cáncer? —farfulló Denny.

Aquella palabra resultaba demasiado grande para su boca. De repente se sintió vacío, como si estuviera flotando en aquella habitación, y le pareció que iba a vomitar.

—Todavía no lo saben.

—¿A qué te refieres con que no lo saben?

—Tienen que hacerme más pruebas, pero, teniendo en cuenta nuestro historial, ¿qué posibilidades crees que hay de que no lo sea? Es lo que mató a mamá. Se le extendió al ganglio linfático y se acabó.

Carla se levantó y recogió la cena de la mesita. Luego miró a Denny y le hizo un gesto para que le diera su bandeja vacía. Denny notaba sus pasos en el suelo de la cocina como un martillo contra el pecho, y oyó el repiqueteo de los tenedores en el fregadero y la bolsa arrugándose cuando Carla tiró las bandejas a la papelera. De repente había mucho ruido.

Cuando volvió a la habitación, se sentó de nuevo con las piernas dobladas y el codo apoyado en el reposabrazos, de manera que su

cuerpo formaba un ángulo pronunciado. Denny la veía por el rabillo del ojo, pero estaba mirando inexpresivamente el televisor. El programa había terminado y Alex estaba paseándose por el estudio charlando con los ganadores y los perdedores.

—Denny. —Su mente estaba en otro sitio—. Denny, necesito que me mires.

Estaba inclinado hacia delante y volvió la cabeza, mirando a su hermana por encima del hombro.

—Lo que estoy a punto de decir lo digo solo porque te quiero. Lo creas o no, es por eso.

Carla cogió una cajetilla de tabaco de la mesita y se encendió el USA Gold de después de cenar. Denny quería decir algo, pero quién era él para intentar decirle nada.

—No puedo permitir que te quedes aquí si no estás dispuesto a empezar la recuperación —dijo—. Esto no puede ser un techo sobre tu cabeza mientras te matas. No puedo hacerlo. No puedo hacerlo. No puedo hacerme esto a mí misma otra vez.

Denny notó una inmensa presión detrás de los ojos. Se frotó las sienes con las yemas de los dedos y entrecerró los ojos hasta que vio una luz roja en los párpados. No sabía adonde iría, pero sabía lo que haría cuando llegara allí, lo cual hizo que la decisión fuera pan comido.

—En cuanto acabe la lavadora, te dejaré en paz.

—No te estoy diciendo eso, Denny. Lo sabes.

Denny se levantó y se fue. Carla volvió a llamarlo, pero él no hizo el esfuerzo de mirarla.

Una de las puertas de la cocina daba al garaje. El motor del desvencijado Ford Festiva de Carla aún estaba enfriándose, ya que había ido a la tienda a comprar tabaco mientras su hermano se duchaba. En una esquina había una cinta caminadora cubierta de cajas de licor llenas de trastos de Denny, pero sabía que no contenían nada que pudiera vender. En las paredes había estanterías con latas de pintura, envases Rubbermaid, toallas andrajosas y una vieja colección de Beany Babies perfectamente alineados y con la etiqueta colgando de las orejas.

Denny bordeó el parachoques trasero del coche de Carla y levantó la funda de la moto. Compró la Suzuki de color cereza cuando le retiraron el carné por conducir ebrio y necesitaba un

medio de transporte para ir a trabajar. Por alguna razón, no la había empeñado. La llave estaba puesta en el contacto y, al dar media vuelta, se encendió la luz e iluminó la pared. La batería tenía líquido suficiente para activar los indicadores.

No quedaba mucha gasolina y no sabía si aún funcionaban las bujías, pero ver las luces bastó para infundirle un pequeño atisbo de esperanza. Puso un pie en la plataforma y, cuando se sentó, salió aire por debajo del asiento de vinilo, que había remendado con cinta aislante. Al dar la vuelta a la llave, cerró los ojos y rezó para que el motor funcionara. Se iría de allí como fuese. Encontraría la manera de comprar droga como fuese.

22

En llano, la Suzuki alcanzaba a lo sumo unos sesenta y cinco kilómetros por hora, pero en bajada ganaba mucha velocidad. El cabello de Denny aleteaba frenéticamente por debajo del casco y el olor a humo le hizo pensar que la moto estaba a punto de incendiarse, que ardería todo mientras el faro descendía por la montaña como un cometa.

Cuando se hubo decidido, escondió el ciclomotor en un arbusto de zumaque cerca de Whitewater Drive. Había pasado cuatro veces por delante de la Exxon para estudiar el lugar. El plan era dar un palo en la gasolinera, huir por el bosque y llegar a la Suzuki en menos de un minuto. El sonido del río ahogaría el estridente zumbido del motor. Había enfilado Whitewater, doblado a la izquierda por el zoo de osos y puesto rumbo al parque. Había una gran arboleda de bambú en la que podría pasarse una hora escondido hasta que las cosas se calmaran y pudiera ir a Big Cove.

Al entrar sonó la campanilla de la puerta. Detrás del mostrador había una anciana de raza blanca, que levantó la cabeza y se recolocó las gafas con el dedo. Después de mirarlo de arriba abajo, siguió con el crucigrama.

Aún faltaban unas semanas para Acción de Gracias, pero en los altavoces del techo sonaba música navideña. La mujer estaba tarareando *Noche de paz* con ese hermoso vibrato que solo los ancianos parecían capaces de reproducir.

Denny dobló a la izquierda junto a varios palés llenos de paquetes de doce cervezas y pasó por delante del aceite de motor y los aditivos para carburantes, asegurándose de que estaba de espaldas a ella. Con la cabeza gacha para que las cámaras no pudieran captar bien su rostro, dio la vuelta y enfiló el pasillo de los

dulces. Solo se había visto una vez en una situación como aquella, y entonces llevaba una camiseta tan desgastada que la empleada pudo leer la etiqueta de la chocolatina a través de la tela. Él le juró que era una pistola, pero la dependienta se echó a reír mientras rebuscaba en el bolso y sacaba un *spray* de pimienta con el que estuvo a punto de derretirle la cara.

La camiseta Tommy de imitación era azul marino, y las posibilidades de que aquella anciana hubiera superado una prueba oftalmológica en las últimas décadas eran nulas. Denny cogió una barra de Snickers y se la puso en la mano de modo que la forma imitara la corredera de una pistola. Después se metió la chocolatina debajo de la camiseta y fue hacia el mostrador.

La empleada apartó la vista del crucigrama y lo miró a través de unas gafas bifocales empañadas. Le colgaba una gota de baba de las paletas cuando sonrió al saludarlo. Denny caminaba rápido y estaba a punto de ponerse a gritar que le diera todo el dinero cuando de repente pensó que podía aterrorizarla, que podía provocarle un infarto y hacer que se desplomara allí mismo. Se sacó la chocolatina Snickers de debajo de la camiseta y la dejó encima del mostrador con un fuerte golpe.

Intentó hablar, pero sus palabras al principio eran un batiburrillo indescifrable. Parecía que le faltara la respiración.

—¿Puede decirme cuánto cuesta?

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó ella al coger la chocolatina. Llevaba la mano izquierda enyesada hasta la mitad del antebrazo y su mirada de preocupación era sincera. Aquella mujer debería haber estado sentada en una mecedora haciendo una manta de ganchillo. Parecía la abuela de alguien.

—Sí —dijo Denny—. Sí, estoy bien.

—Serán noventa y seis céntimos, cariño.

—Creo que no llevo suficiente.

—De acuerdo. —Hizo una mueca de confusión—. ¿Seguro que está bien?

—Sí —respondió Denny—. Estoy bien. Que pase buena noche.

Al salir tuvo la sensación de que iba a desmayarse. Tenía sudor en la frente y notó el aire frío de la noche. Cuando se dio la vuelta y miró por el escaparate, vio a la anciana observándolo con curiosidad. Una mujer de mediana edad detuvo un Jeep Wrangler

junto a los surtidores. En el asiento trasero iban un niño y una niña que, por su edad, podían ser gemelos y bajaron a la vez del coche, peleándose por quién llenaría el depósito. La madre dio dinero al niño y pasó al lado de Denny como una exhalación. La hermana sacó la manguera del surtidor.

Delante de la máquina de hielo situada en la esquina del edificio había un Oldsmobile Eighty-Eight azul. Del espejo retrovisor colgaba un collar de conchas. Denny se alejó del escaparate y apoyó la espalda en la pared entre una máquina expendedora de periódicos y un bidón de leña excesivamente cara. El niño salió corriendo de la tienda, su hermana llenó el depósito y un minuto después se habían ido.

Cuando el terreno estuvo despejado, se acercó al asiento del acompañante del Oldsmobile. La propietaria ni se había molestado en cerrar las puertas y el interior olía a crema de manos y tabaco. Primero buscó en los lugares más obvios: la guantera, las viseras y los bolsillos de las puertas. Aparte de unas cuantas monedas en un posavasos, el coche estaba vacío. En el salpicadero había una cajetilla de Kool 100 con un encendedor metido en el papel de celofán. Denny cogió el tabaco y al salir del coche vio una bolsa de una farmacia CVS en el asiento trasero.

Denny cogió la bolsa y cerró la puerta sin molestarse en leer la receta hasta que se encontraba a medio camino de la moto. Algún gilipollas había recetado a la anciana Roxis para el dolor, cinco miligramos cada cuatro horas un máximo de tres veces al día. La dosis era baja, pero la bolsa aún estaba grapada y contenía treinta pastillas.

Arrodillado bajo la luz de la luna a orillas del Oconaluftee, Denny Rattler se llevó a la boca cinco Roxis y las masticó como si fueran caramelos Pez. Después se vació el resto en la mano, lanzó la bolsa y el frasco al río, quitó el plástico a la cajetilla de tabaco y guardó las otras veinticinco dentro. Si lo paraba la policía, no quería que el nombre de la anciana figurara en ningún sitio, ya que eso constituiría un delito más. Después, encendió un pitillo, enrolló el plástico y lo calentó con el encendedor para cerrarlo. Cuando el plástico se enfrió, se metió las pastillas en el calcetín y apuró el cigarrillo hasta el filtro.

Aunque el plan era salir corriendo, ya no era necesario, y

tampoco tenía donde ir. Tiró la colilla al río, cogió una piedra de la orilla y la lanzó sobre la superficie como si fuera un chaval matando el tiempo. Tenía la esperanza de que aquellas Roxis no tardaran en hacer efecto.

23

En los tres primeros viajes al Almacén de Oportunidades, Rudolph pidió a Rodríguez que esperara en el coche. A veces era porque un adicto estaba jugando sus cartas y no quería dar a conocer su contacto. Otras veces, el traficante era reacio a abrir la puerta a un desconocido. En una ocasión, Rodríguez trabajó en un caso en el que el traficante de cristal era tan paranoico que obligaba a todo el mundo a desnudarse en el vestíbulo para asegurarse de que nadie llevaba un micrófono. Si nada era sospechoso, probablemente no era real. Nunca tuvo dudas de que aquel lugar era exactamente lo que Rudolph decía que era.

Había cuatro caravanas juntas, pero solo parecía haber actividad en tres de ellas. En la otra, las luces estaban apagadas y, de vez en cuando, Rodríguez veía a un tipo corpulento paseándose por delante como si el lugar fuera utilizado como almacén. En cada visita, Rudolph entró en una caravana cuyo porche estaba cubierto por un plástico verde desteñido por el sol. Los temporeros entraban y salían de otra caravana como avispas con ojos desorbitados y relucientes.

Rodríguez reclinó el asiento del Geo Metro bermellón y, mientras esperaba, fumó un cigarrillo con la ventanilla bajada. Una chica delgada cuyas facciones se veían endurecidas por las sombras no paraba de ofrecer una paja a los que salían de una caravana naranja, pero de momento nadie picaba. De vez en cuando oía a gente discutiendo dentro, pero, en general, todo estaba tranquilo dadas las circunstancias. Todo iba bien. Se oían puertas cerrándose y motores poniéndose en marcha. Unos llegaban y otros se iban. Las caras cambiaban. Las bolsas no dejaban de circular.

Al cabo de un par de minutos, Rudolph bajó las escaleras, fue

corriendo hacia el coche y se montó en el asiento del acompañante. Chocó la mano a Rodríguez y este notó la papelina, un intercambio rápido mientras los dedos se separaban como si hubiera alguien vigilando. Pasándose las manos por el pelo, Rudolph le preguntó si podía darle un cigarrillo y Rodríguez le tiró el paquete en el regazo.

—Dice que la próxima vez puedes entrar.

Rodríguez cerró el puño y metió la bolsa en el pliegue del asiento como si estuviera escondiéndolo de la policía.

—Larguémonos de aquí —dijo con el cerebro a mil mientras exteriormente interpretaba su papel.

Los químicos estaban a años luz con respecto a diez años atrás, pero aún no podía analizarse la droga y averiguar con absoluta certeza de dónde provenía qué, o al menos rara vez podía trazarse una línea de suministro a proveedor y de traficante a adicto. Si un adicto sufría una sobredosis y todavía quedaba polvo en la bolsa, un laboratorio podía cotejarlo con una muestra de un traficante conocido y decir sin temor a equivocarse si coincidía o no, porque los adictos nunca cortaban la mercancía que compraban. Pero con los laboratorios no podías seguir la cadena de suministro. Todos los implicados cortaban la droga con una cosa u otra, ya fuera para aumentar el margen de beneficios o como seña de identidad. Lo que en México era A, en Atlanta era B o C; en Carolina del Norte D; cuando llegaba a Asheville E, F o G y, cuando llegaba a la aguja, Z. La manera más fácil de saber lo cerca que estabas de la fuente era analizar la pureza, y la mercancía salida de Cherokee era la más pura que habían encontrado en toda Carolina del Norte.

Dos días después, Rodríguez estaba en la caravana contando billetes de veinte sobre una mesita mientras un tipo desgarbado llamado Jonah inclinaba una papelina y observaba cómo la droga se inclinaba hacia un lado de la bolsa. Aquel lugar olía a desodorante Axe, sudor y tabaco. Todas las luces estaban encendidas y el brillo resultaba incómodo. Parecía que estuviera a punto de succionarlos una nave espacial. Sobre la mesa había un revólver, un Ruger SP101 cromado con empuñadura grabada, que relucía como un espejo bajo la luz de la caravana.

Rudolph caminaba de un lado para otro delante de la puerta. No le había gustado la idea de que Rodríguez entrara sin ninguna garantía de que conseguiría algo. Llevaba una semana despierto a

causa del cristal. Al cabo de un minuto, Jonah advirtió a Rudolph que, si no se sentaba, le pegaría un tiro, así que Rudolph se sentó a una pequeña mesa situada a la izquierda de la puerta.

Jonah era un cheroqui de piel aceitunada y pelo castaño, y tenía un marcado acento que a Rodríguez le sonaba distinto del que había oído en las montañas.

—¿Dices que quieres un lote?

—¿Cuánto cuesta? ¿Cien?

—Ciento cincuenta.

—Rudolph me dijo que ciento veinticinco.

—Entonces, ¿por qué has dicho cien? Además, Rudolph no sabe una mierda.

—Solo llevo cien.

—Te doy siete por cien dólares.

Rodríguez se frotó los ojos. Estaba sentado en una butaca reclinable de imitación de ante que notaba húmeda bajo los antebrazos. Se hundió más en los cojines, fingiendo decidir si merecía la pena mantenerse firme o no.

—Puedes usar una calculadora si quieres, pero ciento cincuenta son quince la papelina, y he estado vendiéndolas a veinte. Siete por cien dólares es una oferta generosa.

—De acuerdo.

Jonah sacó tres papelinas y estiró las piernas para poder guardárselas en el bolsillo. Luego tiró las otras siete, atadas con una goma, al lado de los pies de Rodríguez.

—¿Puedes conseguir grandes cantidades?

Jonah miró a Rodríguez sorprendido y escéptico.

—¿El tío que no tiene dinero suficiente para un lote, que ha estado quejándose de lo que se lleva por cien pavos, quiere hablar de grandes cantidades?

—Algunos compañeros de trabajo andan buscando proveedor. Antes les pillaba a ellos, pero su mercancía ni se parece a esta. Nos trasladan continuamente y acabamos trabajando en moteles de cualquier sitio. No os pisaría el negocio en absoluto. Pensé que si podía ayudarlos, ellos me darían algo de material.

—Sí, no sé. Centrémonos en lo que tenemos entre manos. Odiaría arruinar algo bueno —dijo Jonah con una sonrisa de suficiencia.

—¿Te importaría darme tu número de móvil?

Rodríguez sacó del bolsillo un Samsung Galaxy con la pantalla rota.

—Aquí arriba no hay cobertura. —Jonah agitó un teléfono inalámbrico y lo lanzó al sofá—. Tengo fijo. Es el 497-3673 — Rodríguez repitió los últimos cuatro dígitos mientras tecleaba.

—Tres, seis… siete… ¿Tres?

—Sí. Y no digas ni mu cuando llames. Solo pregunta si puedes pasarte por aquí o si estoy bien, algo así.

—Sí, entendido —dijo Rodríguez, y ese fue el principio del fin.

A pesar del retrato que hacía Hollywood, pinchar un móvil no era un asombroso hito tecnológico. Después de la Ley Patriótica, podían activar un micrófono y escuchar mientras llevabas el teléfono en el bolsillo. Con la tecnología 3G y 4G podían conocer tu ubicación exacta en cualquier momento del día. La guerra contra el terrorismo se había follado la Cuarta Enmienda por el culo. Pero el hecho de que hubiera línea fija hizo pensar a Rodríguez que casi todas las caravanas la tendrían. Y resultó que así era.

De repente, conocer a uno de los ocupantes les permitió oír todo lo que sucedía en la propiedad, tanto en las cuatro caravanas como en la casa del fondo. Las líneas telefónicas estaban vinculadas a sus paquetes de televisión por cable, así que era tan fácil como conseguir una orden judicial y llamar al proveedor; todas las conversaciones serían copiadas en el servidor digital y remitidas como archivos electrónicos al departamento. Tras unas semanas de vigilancia, Rodríguez estaba asombrado de la cantidad de información recabada y de todo lo que sabían.

El Almacén de Oportunidades no era el centro de operaciones, pero estaba directamente relacionado con la gente que dirigía el cotarro. Mientras que en otros lugares el gran número de intermediarios hacía imposible llegar hasta la fuente, allí habían eliminado por completo esos intermediarios. Se sentían tan protegidos que la avaricia pudo con ellos. Hablaban abiertamente. Algunos de los implicados coparían titulares. El caso empezaba a cobrar forma y sería una bomba cuando saliera a la luz.

Rodríguez no quería precipitarse. Las prisas dejaban pequeñas lagunas que se agrandaban en los tribunales, pero desde arriba estaban presionando para que ocurriera algo más pronto que tarde.

Un traficante de Hot Springs había cortado una remesa con quinina y envenenado a dieciséis personas, entre ellas dos chicos que aún iban al instituto. La comunidad estaba indignada. En un momento dado, el Servicio de Emergencias del condado de Madison anunció en Facebook que habían respondido a ocho llamadas por sobredosis en las últimas tres horas, pero nadie hizo caso. Nadie hacía caso nunca.

Si había droga, había agujas. Si había agujas, había muerte. Rodríguez intentaba no pensar en ello. Podías pasarte la noche en vela y llevar la cuenta en la pared de tu habitación, pero al final te quedabas sin espacio. Era mejor no poner caras a los nombres ni poner nombres a las cifras. Podías quedar enterrado bajo los cadáveres. Ya era bastante fácil perder el sueño. Rod estaba agotado.

24

Prelo Pressley no era veterano de guerra en realidad. Nunca había estado en ejército. Pero antes de que el condado de Jackson aprobara la venta de licor al por menor, el Centro para Veteranos de Guerra era uno de los pocos lugares en los que un hombre podía sentarse a voltear un vaso. Llevaba décadas observando la puerta desde el fondo de la barra y tomando Heaven Hill Old Style con hielo. Ray sabía que lo encontraría allí.

Cuando era un veinteañero, Prelo vivía en un tipi de lona en el extremo de Sugar Creek, consumiendo ácido en unas tierras que pertenecían al gobierno federal. Entre semana se ganaba la vida honradamente detonando explosivos en todas las canteras cercanas. Una vez, a finales de los años setenta, se había pasado cuatro días enterrando dinamita en Sapphire y la hizo estallar un domingo por la mañana. En una iglesia de Toxaway situada a trece kilómetros de distancia, dijeron que todos los cantorales del santuario se habían elevado treinta centímetros por encima de los bancos y que uno de los diáconos se había cagado en los pantalones. Fue la última explosión que se produjo en sabbat. Siempre había sido un loco.

El aparcamiento estaba prácticamente vacío, pero la camioneta de Prelo se encontraba donde siempre, pegada a la derecha del edificio. Tenía una inconfundible minicaravana Toyota Dolphin de los años ochenta a la que quitó el habitáculo para construir una plataforma sobre el chasis doble. Ray estacionó el Scout al lado de la caravana de Prelo y fue a buscarlo.

La sala estaba cargada de humo. Solo había dos personas, Prelo y un tipo acodado en la barra al que Ray no reconoció. Se encargaba de las botellas un hombre de mediana edad que llevaba una gorra con el nombre de un acorazado de la Armada y, cuando

la puerta se cerró, paró de limpiar el mostrador con una bayeta empapada en cerveza.

—Ray, Ray, ven aquí. Ven aquí un momento —gritó Prelo con voz quebradiza.

Su tono siempre era agudo, como si alguien estuviera tapándole la nariz, y agitó la mano teatralmente para indicar a Ray que se acercara.

Ray fue al otro lado de la barra y el hombre al que no conocía lo miró por encima del hombro y asintió.

—¿Conoces a este tío?

—Creo que no.

—Te presento a Randall Montgomery, de Mobile, Alabama. Novena de infantería. Dông Tâm, Vietnam.

Ray no tenía ni idea de qué estaba hablando Prelo, pero era lo habitual desde hacía tiempo.

—Un placer conocerte.

El hombre apuró su bebida y murmuró algo ininteligible.

—Cuando conocí a Randall yo estaba cazando ardillas en Pilot Knob. Ahí es donde vive Randall, en Pilot Knob, cerca de Big Ridge. —Prelo señaló hacia atrás—. Estaba bajando una loma y había visto una o dos, pero no me quedaban cartuchos, y aquí el amigo estaba sentado en una roca con una cuerda llena de ardillas que le caían por la pierna.

Prelo se giró encima del taburete y miró a Ray. Medía poco más de metro y medio y allí sentado parecía un niño. Seguía siendo ágil y fuerte como la mayoría de los veinteañeros, a pesar de que les llevaba casi medio siglo. Los años de alcohol habían convertido su nariz rechoncha en un tomate cherry. Una barba blanca desaliñada formaba un arbusto en el perfil de su mandíbula. En la cabeza tenía apoyada una gorra que parecía el sombrero de una seta. Prelo se dio una palmada en las rodillas y continuó su historia.

—Cuando me acerqué a él vi aquellas ardillas tan bonitas y le dije: «Señor, ¿de dónde las ha sacado?». Randall me miró y dijo: «Las estoy cazando». Me fijé y no vi ningún arma. «¿Cazándolas? ¿Cómo es posible, señor? Ni siquiera lleva rifle». Me dijo que no necesitaba un rifle. «Las he matado con mi fealdad». En ese momento apareció una ardilla dando vueltas alrededor de un roble grande. Estaba cogiendo bellotas y apareció en una rama con la cola

asomando por encima de la cabeza, y Randall puso la cara más horrorosa que hayas visto en tu vida.

Prelo interrumpió su relato y arrugó la cara como si fuera una uva pasa. No llevaba la dentadura puesta y la boca parecía una cavidad ocular vacía. De repente, aplaudió estruendosamente y el camarero retrocedió como si hubiera pisado una mina.

—¡BUM! —gritó Prelo—. Randall puso esa cara y la ardilla frenó en seco.

Prelo cogió el vaso y bebió un buen trago para humedecerse la lengua. Después se aclaró la garganta y continuó.

—Te digo una cosa, Ray. En todos los años que llevo cazando nunca he visto nada igual. ¿Y tú? Cuando puso esa cara, la ardilla paró en seco. Le dije: «¡Menudo truco, señor! Estoy seguro de que es el único hombre en la Tierra que puede matar a una ardilla así. Es increíble». Quiero que sepas que el viejo Randall me miró y dijo: «No, mi mujer también sabe hacerlo».

Prelo hizo una pausa y Ray sabía que el chiste estaba al caer igual que todas las bromas de montaña penden de una frase.

—¡El problema es que jode tanto la carne que no hay quien se la coma!

Con el dorso de la mano, Prelo dio una palmada a Ray en la barriga, agarró al camarero de la muñeca y le sacudió el brazo violentamente. Estaba riéndose y gritando como un loco. Pese a sus preocupaciones, Ray no pudo reprimir las carcajadas.

El camarero apartó el brazo.

—Cualquier día de estos te corto el cuello para no tener que oírte.

Prelo bajó del taburete, se situó detrás de él y, riéndose, le masajeó los hombros.

—Será mejor que afiles bien el cuchillo si quieres clavárselo a un lagarto como yo.

El hombre negó con la cabeza y sonrió.

—Espero que se te cierre el agujero del culo —dijo.

Prelo fue al otro extremo del bar e introdujo unas monedas en una máquina de tabaco situada a la entrada. Cogió la cajetilla cuando cayó y apoyó la espalda en la puerta.

—¡Matarlas con su fealdad! —exclamó otra vez antes de salir.

Cuando estaban fuera, Prelo se encendió un cigarrillo y se sentó

en la plataforma de la camioneta balanceando las piernas.

—¿Cómo estás, Ray? Hacía mucho que no te veía.

—Podría estar mejor —respondió Ray, que abrió la cremallera del bolsillo delantero del mono y sacó los puros. No soplaba brisa y a su alrededor se formó una nube de humo mientras se ponían al día.

—¿Por qué querías verme?

—Bueno —dijo Ray, que dio una patada a la gravilla con la punta de la bota—, quería saber si podías conseguir un poco de nitroglicerina.

—No sé si sentirme insultado por la pregunta o emocionado por poder hacer explotar algo. —Prelo se metió la mano en el bolsillo y sacó una dentadura postiza amarillenta—. Pues claro que tengo un poco de polvo. El tema es cuánto necesitaremos.

25

Cuando Ray llegó a Big Cove para inspeccionar el lugar, se dio cuenta de que la cobertura era pésima, lo cual suponía un obstáculo para el plan de Prelo Pressley. Si conectabas un teléfono móvil de prepago para utilizarlo como detonador, podías hacer una llamada desde donde quisieras y provocar una explosión capaz de derribar el Taj Mahal, pero para eso hacía falta una buena cobertura. Ray estaba preocupado cuando llamó a Prelo para decirle que la opción del teléfono era inviable, pero este se echó a reír y dijo que había otras maneras de hacer que un oso se subiera a un árbol. Aunque no podrían hacerlo a tanta distancia, una simple radio serviría.

Estudiando los mapas topográficos, Ray llegó a la conclusión de que lo mejor era entrar por Bunches Branch utilizando una vieja carretera de una empresa de explotación forestal. Dado que las caravanas estaban situadas en la parte delantera de la propiedad, atacar directamente era una misión suicida. Desde atrás, podían subir la colina a pie y bajar sin tener que acercarse a la carretera principal.

A la mañana siguiente, después de hablar con Prelo, Ray aparcó en una de las entradas del Servicio Forestal y dio una vuelta de reconocimiento. El humo cubría las montañas en todo el condado de Cherokee y le quemaba los ojos y la nariz. Cerca de la cumbre todo estaba cubierto de laurel, pero más al norte encontró un sendero de caza que llevaba a un collado en el que osos y ciervos habían abierto un túnel a través de la maleza. En el claro, pegó un cuadrado de cinta reflectante en el tronco de una cicuta muerta, sabiendo que podría distinguir el esqueleto del árbol perfilándose contra el horizonte y luego iluminar la cinta con una linterna para verificar su rumbo. Era un truco que utilizaban los cazadores desde

hacía años para encontrar la plataforma de caza en la oscuridad.

Al otro lado de la colina tendrían que serpentear hacia el sur para compensar la diferencia, pero allí había separación entre los árboles y podrían avanzar. Ray sabía que las luces de las caravanas bastarían para orientarse, así que solo marcó los árboles para salir. Por una vez, el humo sería ventajoso, y le serviría para ocultarse cuando se dirigiera al objetivo. Después de pasar casi una hora sentado detrás de la casa memorizando todos los detalles, pegó un cuadrado de cinta reflectante a un árbol cada veinte metros. Con una linterna frontal, podría subir la ladera de la montaña siguiendo un camino iluminado como una pista de aterrizaje.

Recorrió la ruta una vez más antes de irse y cronometró lo que tardaba en llegar desde la ladera situada detrás de la casa. Debido a lo seco que estaba el terreno, las hojas crujían bajo sus botas como patatas chips, así que caminaba lentamente para atenuar el ruido. Llegó al Scout en menos de treinta minutos. Ray pensaba que arrastrar a aquel blanquito larguirucho por la coleta aumentaría el tiempo, pero podría llevarlo a la furgoneta en menos de una hora, lo cual era bastante rápido.

El mundo era extraño. A veces todo se iba a la mierda, y otras veces los astros se alineaban como si un hombre hubiera nacido con una herradura en el culo. Todo iba a pedir de boca, desde encontrar la entrada trasera y aquel sendero hasta la luna llena de aquella noche. El viento del norte mantenía a raya el humo que se elevaba desde Chimney Tops, y no había una sola nube en el cielo que atenuara su brillo. Era como si el mismísimo Dios estuviera sosteniéndoles la linterna mientras subían la montaña.

Ray estaba sentado en la base de un tulipero y llevaba un mono de camuflaje como si fuera a cazar pavos. Se subió la manga y encendió la luz de su reloj digital. Prelo se estaba demorando un poco.

Justo cuando pensaba en ello, una luz iluminó el valle. Una bola de fuego se elevó y formó un hongo en el cielo. Ray se puso de puntillas y se preparó para el momento en que tuviera que ponerse en marcha. A partir de entonces, todo transcurriría muy rápido. Oyó las puertas de las caravanas abriéndose y a la gente gritando, pero no apartó la vista de la entrada de la casa. En la montaña resonó una segunda explosión. El sonido lo cogió por sorpresa, y se volvió

el tiempo justo para ver llamas cayendo entre los árboles como si se hubieran desprendido de una antorcha.

Ahora se oían voces a los pies de la colina. De la casa salieron corriendo tres figuras iluminadas por detrás, y desde su ubicación parecían poco más que sombras. Una de las figuras volvió a entrar en la casa y salió segundos después con lo que parecían dos rifles. Entregó uno de los rifles al tipo más corpulento y los otros dos enfilaron la carretera. Ray sabía que el hombre que se había quedado solo era el que estaba buscando. A pesar del caos, las cosas iban según lo planeado. Agitarlos como si fuera la guarida de unas hormigas rojas y deslizarse en medio de la confusión.

Más abajo, los árboles de hoja caduca daban paso a un claro cubierto de pinaza. Ahora solo había espacio vacío entre ellos, unos treinta metros de hierba sin cortar, y sus pasos no hacían ruido sobre las acículas caídas. Detrás de la casa había un perro ladrando y gruñendo. Ray llevaba prendido al cinturón un Ka-Bar de hoja fija y lo desenvainó al dejar los árboles atrás. Agarró con fuerza la empuñadura de piel y se agazapó dando largas zancadas hasta reducir la distancia a la mitad. Inclinándose hacia delante, Ray agarró al hombre de la coleta con tanta violencia que se le curvó el cuello hacia la luna. Después le puso el filo en la garganta y apretó su cuerpo contra el de él.

—Una puta palabra y te hundo este cuchillo en la garganta hasta que toque hueso —susurró Ray entre dientes—. ¿Lo entiendes, hijo?

—No sabe lo que está haciendo —dijo el hombre.

Igual que la noche que estuvieron frente a frente, no había rastro alguno de temor.

—¿Recuerdas mi voz?

—Es el padre de ese yonqui.

—Eso es —dijo Ray—. ¿Y recuerdas la promesa que hice?

—No sé de qué me habla.

—Bueno, hijo. Pues estás a punto de descubrirlo.

Ray le pasó el brazo por delante del pecho y lo llevó hacia las sombras que proyectaban los pinos. La puerta delantera golpeó la pared de la casa y Prelo Pressley bajó del porche con un morral al hombro. Cuando llegó hasta ellos, le faltaba el aire y hablaba entrecortadamente.

—¿Es ese, Ray?

—Es él —respondió Ray.

—Había un perro y casi me arranca la pierna.

—No tienen ni idea de lo que han hecho.

Prelo sonrió como si estuviera pasándolo en grande y desenfundó una 1911 lista para disparar.

—Arrodíllate, melenudo de mierda —le ordenó y, cuando el hombre se agachó, Prelo le golpeó en la base del cráneo con la parte inferior del cargador y quitó el seguro.

En cuanto el hombre cayó al suelo, Ray sacó un trozo de cordaje grueso del bolsillo, le puso las manos a la espalda y le ató las muñecas como si estuviera inmovilizando un ternero. Prelo se situó delante del hombre y le apuntó entre los ojos hasta que Ray hubo terminado.

—Hablo en serio. —El hombre negó con la cabeza y escupió entre las botas de Prelo. Después miró el cañón y sonrió como el demonio que era—. No tienen ni idea de dónde se han metido.

—Yo diría que ya nos has contado suficiente —dijo Ray. Ya tenía la cinta adhesiva en las manos y rodeó la cara del hombre varias veces para hacerlo callar. Luego lo agarró del cuello de la camisa y lo puso de pie como si estuviera haciendo pesas con una mancuerna—. Ahora camina —ordenó, y el hombre echó a andar.

En lo alto de la colina, Ray pudo ver el alcance de la destrucción. La segunda explosión lo había cogido desprevenido, y pensó que la carga debía de encontrarse cerca de una lata de gasolina o disolvente. Alrededor de las caravanas había varios incendios. Las llamas rozaban la colina y seguramente se propagarían. La gente corría cerca del fuego dibujando unas sombras alargadas que parecían monstruos en las laderas de la montaña. No había tiempo para pensar qué sería de ellos.

Prelo encendió la linterna frontal y, al mirar montaña arriba, vio unos puntos de luz que se reflejaban desde los árboles. Siguieron el camino que Ray había marcado como marineros orientándose en la oscuridad gracias a las estrellas. Cuando atravesaron los matorrales de laurel y llegaron a la cima, la conmoción que estaba produciéndose al otro lado de la montaña quedó silenciada. Ahora solo oían sus propios pasos y no quedaba mucho camino por delante.

26

Los neumáticos del Scout chirriaban cuando Prelo entraba rápido en las curvas. En una de ellas estuvo a punto de volcar al dar un volantazo para esquivar a un borracho en ciclomotor.

—Ya puedes aminorar —dijo Ray, y Prelo levantó el pie del acelerador sin mediar palabra. Había tenido que acercar el asiento al volante para llegar a los pedales. Ray estaba justo detrás de él.

Entre los huecos de las ruedas traseras había un asiento estrecho y Ray tenía al hombre contra el lateral. Como llevaba las manos atadas, iba apoyado de costado. La cinta adhesiva le tensaba la cara y, cuando pasaron por delante del instituto, las luces le iluminaron unos ojos muy abiertos y blancos.

Al salir del collado, Ray decidió comprobar qué había encontrado Prelo en la casa, así que volcó el contenido del morral en el asiento. Debía de haber unos treinta de los grandes, tal vez más. Había también un paquete del mismo tamaño y forma que un libro de tapa dura y cerrado con cinta adhesiva marrón. Cuatro pesadas bolsas de plástico con cierre hermético estaban llenas de cristales que parecían caramelos. Ray no sabía qué era todo aquello, tan solo que se parecía a lo que había visto en las películas.

Tenía la pistola de Prelo en la mano izquierda y apoyada en la rodilla, y sacó el cuchillo de la funda que llevaba prendida al cinturón. Después se deslizó en el asiento, le volvió la cabeza al hombre empujándole la mejilla con el cuchillo e introdujo la hoja entre la cinta adhesiva y la piel de detrás de la oreja. El cuchillo estaba muy afilado y cortó la cinta sin dificultad. Ray envainó de nuevo el cuchillo y, al arrancarle la cinta, el hombre gruñó y se relamió los labios. Llevaba el pelo hacia atrás y el ceño fruncido.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ray.

—¿Y eso qué más da? —respondió el hombre.

Ray lo agarró de la coleta y le golpeó la cara contra el asiento del acompañante. Ahora que estaba encorvado, Ray extendió el brazo, le cogió la cartera del bolsillo de los vaqueros y leyó el nombre impreso en el carné de conducir.

—Walter Freeman —dijo Ray.

—Watty —precisó el hombre. Parecía molestarle el sonido de su nombre de pila. Le cayó una gota de sangre de la nariz y le manchó los labios, y giró el cuello para limpiarse con la camiseta. Iba bien afeitado, pero tenía las mejillas llenas de cicatrices de acné y unos pómulos altos que las sombras hacían más pronunciados—. Me llaman Watty —añadió.

—Me gustaría preguntarte una cosa.

—Pues pregunte.

—Quiero saber cómo llegó a deberte mi hijo diez mil dólares.

—Vamos, señor Mathis. No perdamos el tiempo con preguntas como esa. Lo sabe de sobra.

—Me contó que conducía una camioneta para ti.

—¿Que dijo qué?

—Me dijo que le habías pedido que llevara una camioneta a Georgia y que acabó persiguiéndolo la policía y tuvo un accidente, que perdió la camioneta y eso era lo que debía.

—¿Y qué sentido tendría eso? ¿Cree que yo le encargaría un trabajo a un yonqui? Nunca me ha parecido una persona tan ingenua. Entiendo que es su hijo, pero sabe que no es cierto. ¿La paternidad le ha nublado tanto la percepción que se traga una historia como esa? Y lo pregunto honestamente. ¿En serio?

Las últimas palabras civilizadas que mantuvieron Ray y su hijo ahora carecían de significado. Cuando Ricky introdujo al perro en la historia, fue una señal de alerta. Su hijo tenía la costumbre de aderezar sus mentiras con un perro porque conocía la debilidad de su padre. Era el as de Ricky, y había jugado su última carta como era habitual en él. Ray había tenido un presentimiento. En el fondo, sabía que la historia era falsa, pero eso no mitigaba el dolor de la certeza.

—Quiero que me digas exactamente cómo llegó a deber tanto dinero.

—¡Por el amor de Dios, es yonqui! ¿Tan difícil es de creer? Se

chuta gramos enteros. Consume doscientos putos dólares al día.

—En cualquier caso, es una línea de crédito muy generosa.

—Yo no le ofrecí ningún crédito. Había acumulado deudas desde aquí hasta Canton, y es demasiado gilipollas para saber que todos trabajamos para la misma gente. Su hijo cambió por sí solo nuestra manera de trabajar. No volverá a ocurrir algo parecido, así que, quién sabe, a lo mejor mereció la pena. A veces tienes que pisar mierda para vigilar por donde andas.

—¿Recuerdas lo que te dije aquella noche? —preguntó Ray.

—No lo sé. Sinceramente, no presté mucha atención —respondió el hombre.

—Pues te lo recordaré. Te dije que si alguna vez volvías a venderle droga a ese chico, te mataría yo mismo. ¿Te suena?

—La verdad es que no.

—Imagino que no importa si lo recuerdas o no. Es lo que te dije, y por eso estoy aquí.

—Así que su hijo volvió a colocarse. —El hombre se echó a reír y negó con la cabeza, mirando a Ray con unos ojos oscuros y vacíos —. Parece que no lo entiende, señor. Yo no soy quien se la pone en la mano, y desde luego no soy yo quien se la inyecta en el brazo. Las únicas veces que me meto en algo insignificante como esto es cuando alguien como su hijo acumula una factura que no puede pagar y yo tengo que cobrar lo que me debe. Aparte de eso, no me meto en esos asuntos. Su hijo es un don nadie. Todos lo son. Tratar con yonquis es un dolor de cabeza.

—Tendrás que vigilar cómo hablas de mi hijo. Esta vez lo dejaré pasar, pero solo esta vez. —Ray se puso bien el sombrero y se atusó la barba con la palma de la mano—. ¿Conoces un *camping* que está cerca de la 441 al que llaman el Fuerte?

—¿Qué le pasa?

—Encontraron a mi hijo muerto en una cabaña. —Ray miró por el parabrisas lo que tenían por delante—. Hace una semana y media.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Yo diría que lo que tiene que ver contigo está a tu lado en ese asiento. —Ray señaló con la cabeza el montón de drogas y dinero que había entre ambos—. Fueras tú quien se la puso en la mano o no, tú yo teníamos un trato. Había una deuda y la saldé. Yo cumplí

mi parte.

—¿Es una cuestión de dinero?

—No, no es una cuestión de dinero —dijo Ray—. Debía lo que debía y lo pagué.

—Si no es una cuestión de dinero, ¿de qué se trata?

—De consecuencias. Trata de un acuerdo que teníamos, y tú no cumpliste tu parte —explicó Ray—. Yo diría que ese *camping* está a quince kilómetros en línea recta desde la puerta de tu casa. Tal como están las cosas en estas montañas, ¿qué posibilidades crees que hay de que la droga que mató a mi hijo proviniera de otro lugar?

—Usted es el único ciudadano del condado de Jackson que habló con la policía.

—¿Qué?

—No hay una sola conversación que se produzca fuera de la Frontera Qualla que no llegue a mis oídos. Ahora lo entiendo. Imaginé que era un yonqui intentando salvarse de la cárcel, pero ni siquiera ellos son tan imbéciles. Esto tiene más lógica. Su hijo muere y usted intenta rendir cuentas diciéndole a la policía lo que sabe. Una vez más, señor Mathis, que el yonqui de su hijo consiguiera la droga en…

Ray extendió el brazo derecho y agarró al hombre del cuello, apretándole la garganta hasta que se le salieron los ojos de las cuencas.

—Estoy necesitando todo mi autocontrol para no estrangularte, chaval. Te lo he dicho una vez, te lo he dicho dos veces, y no te lo volveré a repetir. O eliges cuidadosamente tus palabras o lo próximo que digas será lo último que salga de tu boca.

Ray le golpeó la cabeza contra la ventanilla y el hombre intentó recobrar el aliento. Tosió y escupió hasta que pudo respirar.

—Hablo en serio, señor. Ustedes dos han abarcado más de lo que podían.

Tenía la cabeza agachada y le colgaba un hilo de saliva de la comisura de los labios.

—Estoy muy tranquilo con lo que he hecho. ¿Y tú, Prelo? ¿Todo bien por ahí?

Prelo volvió la cabeza y miró de nuevo hacia la carretera.

—Estoy bien —dijo.

Estaban atravesando el pueblo. Había coches haciendo cola en el Dairy Queen, un local de comida para llevar. Delante había una familia sentada a una mesa de pícnic comiendo perritos calientes con chili y regándolos con Misty Slush. Uno de los niños se metió debajo de la mesa a arrancar un helado Dilly Bar del cemento. Una vez pasado el restaurante, un gran cartel de Smoky Mountain Gold y Ruby Mine sobresalía por encima de la carretera. Había una imagen de un montañés con barba blanca, un diente de oro y un pico en la mano. Ver aquel cartel extrañó a Ray, ya que la manera en la que se había vendido la cultura de la montaña para atraer turistas probablemente había sido el comienzo de todo. Todos seguían el juego, y Ray era tan culpable como los demás. Cuando tenías dinero en la mano, hacías la vista gorda, y tus orígenes pronto dejaban de preocuparte lo suficiente como para alzar la voz. Miró la droga que había en el asiento. Quizá aquello era la estocada final.

—Consecuencias —dijo Ray—. En este mundo, todo tiene consecuencias. —Cogió el cristal y el dinero y los guardó de nuevo en el morral. Luego sostuvo en alto el fardo de heroína para que el hombre lo viera—. Esta mierda es veneno. Y tú no te consideras responsable porque no eres quien se lo mete en las venas. Tú crees que es una cuestión de oferta y demanda, ¿no es así?

Ray metió la droga en la bolsa.

—Si no lo hiciera yo, lo haría otro. Le guste o no, el mundo funciona así. He visto a gente de todas las edades seguir ese camino, pero su hijo era adulto, señor Mathis, así que no creo que pueda aducir que lo presionaba su entorno. Los adictos son adictos, y ni yo, ni usted, ni nadie puede hacer nada al respecto.

—Ahí es donde te equivocas —dijo Ray—. ¿Por qué crees que estamos aquí? ¿Qué crees que ha ocurrido esta noche? Estoy harto de quedarme de brazos cruzados mientras vosotros matáis a la gente y os vais de rositas. Así que puede que tengas razón. Puede que la consigan en otro sitio, pero no de ti. Si sirve para sacar un poco de droga de estas montañas, me parece bien.

—¿Y qué conseguirá con eso? Está cambiando un asesinato por otro. ¿Cree que si me mata esto se acabará? Porque si piensa eso, se equivoca, señor. Eso de ahí es más grande que usted, que yo y que su hijo. Lo que hay en esa bolsa da de comer a mucha gente. Está

quitándole el pan a mucha más gente de la que imagina, y eso es algo que intentarán enmendar. Yo respondo ante gente importante. Yo no soy nadie. Los enterrarán a los dos en algún lugar del parque y volverán a su negocio. Da igual que me mate o no.

—No voy a matarte —dijo Ray, que miró a Prelo a los ojos por el retrovisor. Después bajó la barbilla, miró la pistola que tenía en la mano y puso y quitó el seguro como si estuviera accionando un bolígrafo—. De joven te habría degollado como a un cordero, pero soy demasiado viejo —dijo—. Soy demasiado viejo y estoy demasiado cerca de la muerte para cargar con algo más en mi conciencia, Walter.

—Watty —le espetó el hombre—. Ya se lo he dicho. Me llamo Watty.

—No pienso llamarte así. —Ray se dio unos golpecitos en la rodilla con la corredera de la pistola—. Es el puto nombre más absurdo que he oído en mi vida.

27

La noche de la explosión, Denny Rattler estaba en la caravana del Almacén de Oportunidades intentando cambiar veinte Roxis por cincuenta dólares de heroína. Jonah Rathbone llevaba unos pantalones de baloncesto granates e iba sin camiseta. Tenía el pecho salido, con un pequeño mechón de pelo en medio y las letras CWY YE tatuadas sobre el corazón. Con un pie apoyado en la mesita, estaba cortándose las uñas de los pies sobre un periódico doblado. En la espinilla tenía una cicatriz de color rosa oscuro que se había hecho en una pista de skate y, por alguna razón, Denny no podía parar de mirarla.

Aquella noche, Jonah estaba con dos chicos a los que Denny no conocía. Los tres parecían ir hasta las cejas de *crack*. En un equipo de música instalado en la barra que separaba el comedor de la cocina sonaba *Burn. Flicker. Die* de American Aquarium.

Los dos chicos sentados a la mesa del comedor estaban jugando al juego del cuchillo con una navaja de hoja gruesa. El que sostenía la navaja parecía mexicano, y tenía la otra mano extendida sobre la mesa. Con unos ojos como platos y aguantando la respiración, fue clavando la navaja en el espacio que quedaba entre los dedos lo más rápido que podía. El que miraba era un hombre blanco con el pelo de punta, y juntó las manos delante de la cara como si estuviera rezando. Observó sin pestañear y, cuando su compañero hubo terminado, se puso a reír y lanzó un dólar arrugado sobre un montón de billetes situado en el centro de la mesa.

—Ahí hay veinte Roxis —dijo Denny—. Eso son al menos cincuenta dólares.

—Esto es como lo de la escopeta Iver Johnson, ¿no? Son cinco putos miligramos, Denny. ¿Qué coño voy a sacar con eso? ¿Dos

dólares por cada una?

—Pues cuarenta. Dame cuatro papelinas y estaremos en paz.

—Denny. —Jonah cerró el cortaúñas y dio unos golpecitos con él al periódico para mayor énfasis. Después cruzó los pies y se recostó en el sofá hasta quedar prácticamente tumbado—. Mi negocio no es estar en paz. Te daré dos, y tendrías que estarme agradecido.

De repente, el tipo del pelo de punta sentado a la mesa se puso a gritar. Al darse la vuelta, Denny lo vio con las manos ahuecadas delante del pecho como si estuviera acunando a un polluelo. Le caía sangre de las manos y goteaba en el suelo.

—Has perdido —dijo el otro con un acento extraño. Tenía los ojos envueltos en sombras. Barrió los billetes con el brazo y los dejó caer en el regazo. Algunos acabaron en el suelo y se agachó inmediatamente a recogerlos.

—¡Joder, Rudolph, estás poniendo la alfombra perdida de sangre! —gritó Jonah—. ¡Vete al lavabo y coge una toalla o algo!

El del pelo de punta fue cojeando hacia la parte trasera de la caravana.

—Y apaga eso. No me oigo a mí mismo pensar.

Jonah indicó al otro que se moviera, pero no le prestó atención. Estaba demasiado ensimismado poniendo billetes encima de la mesa y gritando números como si fuera la cuenta atrás del nuevo año.

De repente se oyó una fuerte explosión que hizo temblar las ventanas de la caravana. Denny notó el estallido a través de las suelas de los zapatos y todos miraron hacia la puerta. Jonah metió la mano derecha entre los cojines del sofá y sacó un revólver reluciente. Le temblaba el brazo cuando levantó el cañón apuntando a la entrada como si alguien estuviera a punto de entrar. Pelo de Punta irrumpió en la habitación con la mano envuelta en una toalla de playa. Llevaba el puño vendado delante de la cara y parecía la cabeza de una cerilla. En la caravana todos lo miraron boquiabiertos mientras abría la puerta y salía al porche.

Hubo una segunda explosión, y Pelo de Punta se tapó la cara. Esta vez, el sonido era distinto. Mientras que la primera fue abrupta y violenta y dejó un pitido en los oídos a Denny, la segunda la notó más en el pecho, un rumor grave como si hubieran lanzado un cubo de gasolina a una hoguera hecha con palés. Pelo de Punta tenía un

brillo naranja en la cara y la boca abierta en un gesto de incredulidad. Fuera había gente gritando, y finalmente Jonah se dirigió al porche.

—¡Esto está ardiendo! —gritó, pero la música estaba tan fuerte dentro de la caravana que a Denny le costó entender lo que decía.

En ese momento pasó el otro hombre que estaba sentado a la mesa. En medio de la conmoción, Denny había olvidado que estaba allí. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que se había quedado solo. La droga seguía encima de la mesita. Denny se levantó la pernera de los pantalones bombachos y volvió a guardarse en el calcetín la bolsa de pastillas con la que había intentado negociar. Después cogió la droga y se la metió en la goma de los calzoncillos.

Fuera reinaba el caos. Un coche abandonado estaba ardiendo en la intersección entre el camino de gravilla y un patio de tierra situado entre las caravanas. Algunos tramos de hierba desaparecían formando volutas de humo. Los techos de las caravanas estaban cubiertos de escombros en llamas, y el fuego ya había alcanzado la hierba alta. Un ligero viento amenazaba la montaña. Los bosques y sembrados estaban secos. Había adictos corriendo y gritando semidesnudos sin otra razón que correr y gritar, porque hacía mucho que la droga les había consumido el sentido común que pudieran tener.

Jonah estaba desenrollando una manguera de jardín en la base de la caravana y el chico de las ojeras se metió debajo para abrir la llave de paso. Algunos se habrían ofrecido a echar una mano, pero a Pelo de Punta solo le quedaba una útil, y Denny Rattler ya estaba en el camino a lomos de la Suzuki. Los neumáticos traquetearon al pasar sobre una vieja rejilla para el ganado y, cuando ya casi había llegado a los árboles, puso en marcha el ciclomotor.

Denny circuló a toda velocidad durante unos dos kilómetros y se detuvo en el aparcamiento de una iglesia a echar un vistazo ahora que todo estaba despejado. Una intensa luz eléctrica instalada en un lateral del edificio proyectaba un círculo azul sobre el asfalto y fue hasta allí con la moto para ver mejor. Cuando perdió el coche, también perdió su parafernalia: la cuchara, las agujas limpias, todo. Denny se sacó la mercancía de los calzoncillos, cogió una papelina y la abrió. Luego quitó la llave del contacto y utilizó la punta para esnifar una pizca de droga.

De inmediato, empezó a arderle la nariz y le lloraron los ojos. Segundos después, notó aquel sabor amargo del vinagre en la garganta. Al principio, la sensación era leve, pero sabía que el colocón aumentaría gradualmente durante diez o quince minutos, un comienzo lento, como una pelota rodando por unas escaleras. Cogió un poco más de polvo con la llave para acelerar el ritmo.

A lo lejos oyó un fuerte aullido, y al principio creyó que solo estaba en su cabeza, pero entonces, unas luces rojas iluminaron las montañas y pasó un camión de bomberos a toda velocidad. Denny puso en marcha el escúter y salió de allí cuando la primera oleada le inundaba el cuerpo como un rayo de sol.

28

Hasta las cuatro de la madrugada, Rodríguez no volvió al motel de mala muerte en el que se hospedaba. Le sería totalmente imposible dormir. Se había pasado las últimas tres horas dando vueltas con Rudolph porque Rudy era demasiado paranoico para atravesar la ciudad. Juró que conocía una ruta para salir de Big Cove que llegaba hasta la autovía de Blue Ridge, pero si lo conocía nunca encontraron la carretera correcta y acabaron saliendo por el mismo sitio por el que habían entrado.

Cuando se produjo la segunda explosión, las llamas abrasaron a una chica llamada Sheila. Rod sabía que se llamaba así porque Jonah no dejaba de gritar como un loro «¡Sheila está ardiendo! ¡La gilipollas de Sheila está ardiendo!». Por lo visto, había sufrido quemaduras de segundo y tercer grado de cintura para arriba. Lo peor eran los antebrazos y las manos, ya que se había protegido la cara con ellos. Se echó a rodar por el suelo, dando patadas y aleteando los brazos segundos después de que ocurriera. Alguien salió de una caravana y empezó a azotarla con un felpudo, pero cuando apagaron las llamas, se había desmayado a causa del dolor.

La manguera enrollada junto a la caravana de Jonah no valía ni para limpiar una nevera de cervezas. Además, el terreno estaba demasiado seco. Cuando el fuego alcanzó la hierba, el viento que llegaba desde la montaña empujó las llamas hacia los árboles. En ese momento, aparecieron corriendo por el camino dos chicos armados con rifles de asalto. Rod estaba a punto de sacar una pistola de la funda que llevaba en el tobillo cuando Rudolph lo agarró de la camisa y lo llevó al coche. La explosión traería camiones de bomberos, y los camiones de bomberos traerían coches patrulla, y Rudolph quería estar bien lejos de Big Cove cuando la

policía empezara a hacer preguntas.

Rod le lanzó las llaves a Rudolph para que condujera él, lo cual, bien mirado, era una de las estupideces más grandes que había cometido nunca. Después de una semana entera consumiendo cristal, Rudy se balanceaba al volante como si estuviera conduciendo una máquina recreativa. Cuando tomaron una curva cerrada y los neumáticos traseros patinaron, Rod estaba absolutamente convencido de que iba a morir.

Cuando llegó al hotel, tuvo que llamar a Holland dos veces para que lo cogiera.

—Ya puede ser grave —dijo Holland.

—Tenemos que entrar en el Almacén de Oportunidades ya.

—¿Ahora mismo? ¿A las cuatro y media de la madrugada? ¿Esta llamada no podía esperar un par de horas?

—Ha habido una explosión y una mujer ha sufrido quemaduras graves. El fuego se ha propagado por la montaña. Aparecieron dos chicos corriendo con rifles de asalto y no sé qué coño ha pasado después.

—¿Qué clase de explosión?

—De las que hacen saltar un coche por los aires.

—Pero ¿estamos hablando de explosivos o de un laboratorio de cristal?

—No olía a laboratorio.

—Entonces, ¿a qué olía, Rod? ¿De repente eres un perro policía…?

Holland se pasó cinco minutos machacando a Rodríguez. A los treinta segundos, este dejó el teléfono en el regazo. Llevaba meses trabajando de infiltrado y no paraban de apretarle las clavijas. En todo ese tiempo no había recibido ni un triste «bien hecho». Por alguna razón, la gente que trepaba en la jerarquía siempre parecía olvidar sus orígenes. Era como si Holland no hubiera trabajado en la calle en toda su vida. Rodríguez estaba harto.

El murmullo del altavoz cesó y cogió el teléfono.

—¿Estás ahí?

—Sí, estoy aquí —dijo Rod.

—Entonces contéstame.

—No he oído la última parte.

—Te preguntaba si había muerto alguien.

—Que yo sepa no —respondió Rod.

—Pues sigue con el caso, Rodríguez, y déjame hacer mi puto trabajo. Seré yo quien diga cuándo actuamos. Este podría ser uno de los casos interestatales más importantes que hemos tenido en años, y la esencia de ese caso es gracias al trabajo que has hecho. Dicho esto, no permitiré que lo mandes todo a la mierda porque estés impaciente.

—No es cuestión de paciencia, señor. Hay gente que ha salido herida y nosotros estamos permitiendo que ocurra. Hace una semana, cuando murieron esos chicos en el condado de Madison, me dijo que hiciera algo.

—Si actuamos ahora, cambiarán de canales y en esas montañas seguirá muriendo gente con una aguja clavada en el brazo. Los peces gordos huyen. Pero si quieres perseguir a traficantes de poca monta, perfecto. Hay un millón de departamentos de policía en este país a los que les encantaría contar con alguien como tú. Pero no es lo que hacemos aquí. Nosotros nos tomamos nuestro tiempo y organizamos investigaciones de primer orden. Si no estás de acuerdo, puedo buscarte otras tareas. Puedo hacer esto contigo o sin ti, Rod, pero no puedo tomar esa decisión por ti.

Rodríguez no sabía qué decir.

—Duerme un rato —añadió Holland antes de colgar.

29

Dos días después, Denny Rattler estaba durmiendo en una mesa de Subway. Conocía al encargado y había pasado las dos últimas noches en su sofá. Chance era lo que algunos denominaban un adicto funcional. Se pinchaba por la noche, se levantaba al día siguiente y se iba a trabajar. Todos sus ayudantes habían llamado para avisar de que estaban enfermos, así que Chance estaba preparando perritos calientes de cinco dólares él solo. Trabajaba allí desde que iba al instituto y ahora estaba atendiendo a unos fumetas adolescentes que le recordaban a él mismo cuando tenía su edad. Se había cerrado el círculo.

Denny había llevado a Chance al trabajo aquella mañana. El Altima de Chance tenía una rueda pinchada y su mujer necesitaba su coche para llevar a los niños a casa de su madre antes de ir a trabajar a la crepería. El otoño finalmente había empezado a dar paso al invierno. Había escarcha en el asiento de la Suzuki cuando se montaron aquella mañana y, con todo aquel peso, la rueda trasera rozaba el guardabarros cada vez que Denny pasaba por un bache. Aun así, agarró con fuerza el manillar y, con el motor a toda potencia, logró no salirse de la carretera. Ahora casi no podía mantener los ojos abiertos.

El mundo se había convertido en una sucesión de fragmentos, como viñetas que no formaban nada con significado.

A Denny se le cayó la cabeza y abrió los ojos de golpe. Junto al mostrador había un gordo sin pelo en la coronilla, con una pequeña coleta atada con una goma y la panza asomándole por debajo de la camiseta. Tenía picaduras de insecto por todas las piernas y llevaba unas chanclas desgastadas. No dejaba de pedir más mayonesa, y Denny oyó a Chance presionar el dispensador una y otra vez como

si la película hubiera entrado en bucle. Denny cerró los ojos.

Algo frío le rozó el brazo y le caía la baba por la comisura de los labios. Chance estaba limpiando la mesa con un trapo húmedo. Estaba a media frase y Denny no tenía ni idea de qué hablaba.

—Sí, sí, estoy bien —dijo Denny.

Luego pegó las rodillas al pecho y se hizo un ovillo en el asiento, ladeó la cabeza y se apoyó en la pared.

Cuando abrió los ojos fue por una punzada en el estómago justo por debajo del esternón, un dolor tan fuerte que le cortó la respiración. Entonces vio la cara de Jonah Rathbone a escasos centímetros de la suya. Tenía restos de comida entre los dientes y Denny pudo oler su aliento agrio.

—Levántate, joder —dijo Jonah.

Denny bajó la cabeza. Tenía aquel gran revólver plateado tan hundido en la barriga que no se veía el cañón.

—Eh, ¿qué estás haciendo? —gritó Chance desde detrás de la caja registradora.

Después bordeó el mostrador y fue hacia el pequeño comedor. Llevaba un delantal verde bosque manchado de harina, unos guantes de plástico que le iban grandes y una redecilla en la cabeza que sujetaba con una gorra de béisbol. En los altavoces del techo sonaba Celine Dion. No había nadie más en el restaurante.

—Vuelva ahí y prepáreme un bocadillo —dijo Jonah.

Llevaba el revólver en la mano derecha y el cañón seguía hundido en la barriga de Denny cuando lo tapó con el brazo izquierdo y se volvió hacia Chance.

Por un instante, Denny pensó en hacer un movimiento aprovechando que Jonah no miraba, pero sabía que aquel chiflado podía disparar allí como en cualquier otro lugar.

—¿Qué te parece si te largas de aquí? —dijo Chance, señalando la puerta. Se quitó los guantes, hizo una bola con ellos y los tiró a una papelera situada al lado del surtidor de refrescos.

—Señor, tendré que pedirle una vez más que vuelva detrás del mostrador.

Chance se encontraba a menos de un metro de la mesa y Denny notó la tensión acumulándose en el cuerpo de Jonah. Denny iba a decir algo, pero Chance ya estaba moviéndose.

—¡Y yo tendré que pedirte otra vez que te largues de aquí!

En cuanto hubo acabado la frase, Jonah le golpeó en la sien con el revólver. El cuerpo de Chance impactó en el suelo y adoptó una posición fetal, protegiéndose la cabeza con los brazos como si un tornado se hubiera llevado su casa. Jonah dio una larga zancada y le pateó los riñones lo más fuerte que pudo. Chance jadeó como si estuviera ahogándose bajo el agua.

Denny se levantó con un rudimentario plan para saltar sobre la espalda de Jonah y ahogarlo, pero sus movimientos eran torpes. En cuanto sus pies tocaron el suelo, Jonah se dio la vuelta y le puso la pistola debajo de la barbilla. De repente, Denny estaba mirando al techo con la cabeza totalmente echada hacia atrás mientras Celine cantaba que su corazón seguiría adelante.

—Tú y yo vamos a dar un paseo —dijo Jonah, y al momento salieron por la puerta.

El sol era tan intenso que Denny tuvo que cerrar los ojos para no quedarse ciego.

La camioneta chirriaba y la cabeza de Denny se bamboleaba de un lado a otro hasta que golpeó la ventanilla del acompañante. Al parpadear vio que estaban atravesando unos campos negros y grises que aún ardían en algunas zonas. Tardó un segundo en darse cuenta de dónde estaba y adónde iban.

Una de las caravanas aparcadas en lo alto de la colina estaba medio quemada y parecía una colilla. El coche abandonado que siempre estaba delante del Almacén de Oportunidades no era más que metal retorcido y negro como el hierro forjado, y del chasis aún salía humo. Había gente fuera de las caravanas rebuscando en el descampado, pero, desde abajo, Denny no sabía si los conocía. Parecían zombis. Aquel lugar parecía una escena salida de *The Walking Dead*.

Al volver la cabeza vio a Jonah con el revólver apoyado en la barriga. Tenía la mano derecha en la parte superior del volante de modo que el cuerpo protegiera el arma, que apuntaba directamente a las costillas de Denny.

—Buenos días, cariño.

Jonah esbozó una sonrisa de idiota. Denny no dijo nada, pero de repente estaba totalmente despierto. Le dolían las rodillas y le sudaban las manos.

—Me he pasado estos dos últimos días intentando entender en

qué cojones estabas pensando, Denny. ¿Creías que podías largarte y que no me acordaría de que tenía la mercancía en la mesa? Fue lo primero que pensé cuando oí esa mierda de escúter arrancando al final de la colina: «Ese hijo de puta me ha robado la droga». Y vaya si tenía razón.

Jonah siempre hablaba muy rápido y a Denny le costaba descifrar lo que decía. Por alguna razón, el viaje en coche le revolvió el estómago. Tenía ganas de vomitar y, moviendo lentamente la mano, describió un círculo sobre el estómago para intentar atenuar la sensación.

—Lo que no entiendo es qué pensabas hacer a partir de entonces. Si me robabas a mí, sabías que no podrías aparecer por aquí nunca más. ¿Qué cojones ibas a hacer? Siempre te pasa lo mismo, Denny. Eres incapaz de ver más allá de tus narices.

La camioneta pasó por un túnel de pinos altos y el interior quedó envuelto en sombras. Denny pudo verla casa más adelante, y en aquel preciso instante supo que aquello no se limitaría a una mera paliza. Conocía al hombre que manejaba los hilos, conocía a Watty Freeman desde hacía años y sabía que, si acababas delante de él, probablemente habías llegado al borde del precipicio.

Jonah dio marcha atrás y aparcó la camioneta pegada a unos neumáticos viejos amontonados al lado de un establo. Era una casita en forma de caja con un revestimiento de vinilo amarillo pálido cubierto de moho. Había un pequeño porche de cemento completamente vacío y una deslustrada puerta de aluminio con un triángulo de mosquitera colgando de una esquina. La pistola se balanceaba en el costado de Jonah, que se mantenía dos o tres pasos por detrás.

—Entra —dijo cuando llegaron al porche—. Ve hasta el final del pasillo.

La puerta daba a un estrecho pasillo que discurría por el centro de la casa como una columna vertebral. Había habitaciones a derecha e izquierda, pero Denny oyó el televisor en la que había al fondo. En la casa no había ninguna luz encendida, pero entraba suficiente luz desde la habitación y podía ver la alfombra roñosa bajo sus pies y las paredes de pladur desnudas a ambos lados.

Cuando entró en la habitación, un pastor australiano blanco y negro gruñó a escasos metros de distancia. Watty Freeman estaba

inclinado hacia delante en un sillón reclinable de piel negra. Agarró el collar del perro con una mano y con la otra un mando a distancia que había en una mesita de cristal situada frente a él. Había un televisor de pantalla plana a todo volumen en un mueble abarrotado de cajas de DVD y juegos de PlayStation. La pantalla se apagó y en la habitación solo se oían los sonidos que emitía el perro.

—Denny Rattler —dijo Watty. Tenía un marcado acento de Big Cove y alargaba las vocales, pero hablaba de manera lenta y decidida y pronunciaba cada palabra como si estuviera dando un discurso—. Pasa y siéntate.

Watty tenía un bulto en la parte superior derecha de la cabeza, como si estuviera creciéndole un cuerno. En el tabique nasal se apreciaba también una fisura roja que formaba unos arcos amoratados debajo de los ojos. Watty señaló con la cabeza un sofá de piel negra pegado a la pared del fondo. Encima había un gran ventanal y a la derecha una puerta corredera que daba a un porche.

Denny cruzó el salón y se sentó en la punta del sofá junto a la puerta. Watty soltó el collar del perro y el pastor australiano fue corriendo a olisquearle las piernas a Denny.

—¿Por qué no lo dejas salir? —dijo Watty.

Cuando Denny iba a levantarse, Watty lo detuvo.

—Tú no —dijo.

Jonah Rathbone se metió el revólver en los Dickies azul oscuro con la culata asomando por la cintura. Luego recorrió la habitación como si fuera John Wayne y abrió la puerta para dejar salir al perro.

Watty llevaba una taza en una mano y con la otra cogió el cordel de una bolsita de té y la dejó al borde de la mesa, se recostó y cruzó las piernas. Llevaba unos vaqueros negros de tiro bajo y una camisa de franela a cuadros rojos remangada hasta los codos. No había absolutamente nada imponente en él, pero era una de las personas más aterradoras que Denny había conocido. Por lo visto, había sufrido un accidente de tráfico o había participado en una pelea, pero ello no le había infundido una pizca de vulnerabilidad. La luz entraba por la ventana y parecía evaporarse en sus ojos.

—Supongo que ya sabes por qué estás aquí, así que nos lo saltaremos. Tú y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo,

Denny, y eso significa algo, al menos para mí. Si me hubieras robado hace un mes, probablemente le habría pedido a Jonah que dejara de venderte y la cosa habría quedado ahí —dijo Watty—. Pero me tocaste los huevos en el peor momento posible, así que una deuda de cien dólares para mí vale mucho más que hace unos días. Ahora mismo, esos cien dólares son el precio de la vida de un hombre.

Detrás del sillón de Watty había una escopeta de corredera apoyada contra la pared. Denny se quedó mirando la mesa de cristal que tenía delante para tratar de no pensar en la escopeta y en lo que estaba diciendo Watty. Su reflejo le devolvió la mirada y no pudo soportar su propia imagen.

—Necesito que me hagas un favor. Si haces lo que te pido, estaremos en paz. —Watty se encorvó y dio un puñetazo en el reposabrazos—. De hecho, cuando quieras meterte la próxima bolsa, ya sabes dónde venir. Corre de mi cuenta. Vete a ver a Jonah y él lo arreglará. ¿No es así, Jonah?

—Si es lo que quieres… —respondió este.

—Es lo que quiero.

Denny miró a Watty, que se llevó la taza a los labios. La luz hacía que las marcas de acné que tenía en las mejillas parecieran gravilla.

—¿Qué quieres que haga?

Watty dejó la taza encima de la mesa y sacó una cajetilla de tabaco del bolsillo de la camisa. Se encendió un cigarrillo y ofreció el paquete a Denny, que cogió uno y buscó un encendedor en los bolsillos. Watty encendió un Zippo y se lo tendió.

—No hay manera de suavizarlo, Denny, así que llamaré a las cosas por su nombre. Quiero que mates a una persona.

Las palabras brotaron con tanta naturalidad que Denny pensó que estaba bromeando. Riéndose y negando con la cabeza, se tiró la ceniza del cigarrillo en la palma de la mano. El rostro de Watty era inexpresivo como una roca. No había emoción alguna, y ese estoicismo dejó helado a Denny.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto que hablo en serio.

—¿A quién? —preguntó Denny.

—Eso no importa.

—¿Cómo que eso no importa? —Denny dio una larga calada al pitillo y retuvo el humo mientras hablaba—. Pues claro que importa.

—No es nadie cercano a ti, si es lo que estás pensando —dijo Watty—. Dudo que lo conozcas, así que ahora mismo no tiene ninguna importancia. Lo único que importa es que me digas que lo harás.

—No. —Denny negó con la cabeza. No podía imaginarse nada que pudiera llevarlo a matar a una persona, y menos aún por Watty Freeman—. ¿Qué pasa si digo que no?

—Dudo que lo hagas.

—¿Y eso? —preguntó Denny—. ¿Me matarás si no lo hago?

Jonah Rathbone se balanceó sobre sus talones. Estaba en la entrada, volvió a sacar el revólver de los pantalones y se cruzó de brazos.

—No te amenazaría con matarte, Denny. Una amenaza así no significaría nada. —Watty se echó a reír y apagó el cigarrillo a medio terminar en un cenicero que había en el suelo—. No hay nada en juego cuando a un hombre le da igual vivir o morir. Creo que lo has dejado bastante claro durante mucho tiempo.

El perro rascó la parte baja de la puerta y el sonido acabó con la tensión. Jonah fue hacia allí para dejarlo entrar. El pastor australiano caminó pesadamente y se tumbó junto al sillón de Watty con las patas traseras estiradas y la cabeza apoyada en las pezuñas.

—¿Sabes qué me gusta hacer para aclararme las ideas, Denny? Es curioso, la verdad.

—No tengo ni idea.

—Las tragaperras —dijo Watty—. Me gusta ir al casino con veinte dólares en el bolsillo y sentarme delante de una máquina. Las luces, el sonido y el caos me inundan y se llevan todo lo que tengo en la cabeza. Normalmente solo estoy con asiáticos y ancianas, Denny, sin una sola preocupación.

El cigarrillo se había consumido hasta el filtro entre los dedos de Denny y metió la colilla en una lata de Coca-Cola que yacía de lado encima de la mesa.

—El motivo por el que te cuento esto es que la última vez que fui me encontré con una persona. ¿Sabes de quién te hablo?

—Ahora mismo no.

—Tu hermana Carla. Estaba paseándose con su uniforme, muy formal ella. Parecía que había hecho algo con su vida. Hablé con ella y nos pusimos al día. Sigue viviendo en la casa donde os criasteis, ¿verdad? La casa de tu tío, donde nos dejaba el autobús de la escuela cuando éramos niños. La casa con la barraca Quonset detrás.

Denny intentó tragar saliva, pero no pudo.

—Creo que ya sabes adónde quiero llegar, Denny, y creo que por eso harás lo que te pido. Puede que a ti no te importe sufrir una sobredosis en un hotel de carretera, pero yo diría que hay cosas en este mundo que todavía valoras.

Entre la fatiga que le provocaba droga y los pensamientos agolpándose en su cerebro, Denny estaba mareado. Notó el sudor en la frente. Se golpeaba las rodillas a causa de los nervios y tenía los puños cerrados a la altura del pecho. El pastor australiano se levantó y fue hacia él para observarlo. Sus ojos parecían dos monedas de cobre, un pago al barquero y, mientras Denny Rattler lo miraba, del fondo de la garganta del animal salió un gruñido. Denny volvió la cabeza y el perro movió las patas delanteras con el collar holgado alrededor del cuello.

—No lo entiendo —dijo Denny—. Que me lo pidas a mí no tiene sentido.

—Claro que lo tiene, Denny. Hay un par de razones. Para empezar, sé que no eres de los que van corriendo a la policía. Un ejemplo es ese pequeño incidente del otro día. Te hicieron un montón de preguntas sobre este lugar y un hombre más indigno les habría contado todo lo que sabía para salvar el pellejo. Pero tú no dijiste nada, ¿verdad? No abriste la boca.

Denny se preguntaba a quién habían sobornado. Tal vez era el joven agente que lo detuvo, el que se quedó en una esquina de la sala mientras Owle lo interrogaba.

—Si solo buscas eso, yo diría que hay mucha gente a la que puedes llamar.

—Ya, pero no todo el mundo me debe dinero, Denny, y tú sí —dijo Watty—. El otro día, una persona me dijo una cosa muy acertada. Me dijo que en este mundo todo tiene consecuencias. Y creo que tiene razón, ¿no te parece? Creo que yo no lo habría

expresado mejor.

30

Cuando estaba en el condado de Jackson, Denny Rattler no se enteraba de nada. Sabía llegar al Walmart, porque siempre había sido el más cercano a Cherokee, y también al Instituto Smoky Mountain, porque había jugado contra ellos a *rugby*. Pero, aparte de eso, lo poco que conocía eran los mercadillos, las tiendas de empeños, los moteles y los *campings* que salpicaban la autopista que discurría en paralelo a la Frontera Qualla. Lo cierto era que uno podía pasarse la vida en aquellas montañas sin recorrer más de treinta kilómetros.

Al sur de Sylva, la universidad había convertido Cullowhee en su propia ciudad. La última vez que Denny estuvo allí fue en su segundo año de instituto, cuando él y otros jugadores de *rugby* fueron a disputar un partido de béisbol callejero el Día del Patrimonio Montañés. De eso hacía ya veinte años y el lugar estaba irreconocible.

Cuando Denny era pequeño, su tío odiaba la universidad. Le contaba que allí había un túmulo nativo antes de que construyeran el campus y que lo aplanaron para colocar los cimientos de un edificio. Decía que habían encontrado esqueletos durante las excavaciones y que un profesor usaba de pisapapeles el cráneo de un niño que habían encontrado en el túmulo. Denny no sabía si era cierto o no, pero se le habían quedado grabadas aquellas historias.

Según recordaba, había una sola carretera que atravesaba el centro del campus, pero si alguna vez había sido así, ya no existía. Al llegar a la entrada principal tomó una rotonda y vio que lo seguía de cerca un Jeep con la suspensión levantada. Denny estaba moqueando y le sudaba la cabeza dentro del casco. Unas jóvenes vestidas como si fuera el mes de julio cruzaron la calle y tuvo que

esquivarlas sin soltar gas en ningún momento. La carretera se elevaba hasta llegar a una montaña llena de pinos y volvía a descender en la parte trasera del campus situada junto a la librería, donde Denny giró a la izquierda en dirección al río.

La presa de Cullowhee convertía el Tuckasegee en una cascada, y en la orilla había unos ancianos bebiendo latas de medio litro metidas en bolsas de papel y sosteniendo cañas de pescar baratas con hilos muy delgados. La calle Wayehutta se encontraba al otro lado del puente. Llevaba las indicaciones anotadas en la palma de la mano con bolígrafo azul, pero al leerlas se dio cuenta de que el sudor las había borrado. Watty Freeman había abierto el mapa en un ordenador portátil. Denny sabía que era la calle correcta y que la propiedad se encontraba pasada una iglesia pero, como las casas no tenían numeración, esperaba que hubiera nombres en los buzones.

Una iglesia blanca con tejado de zinc verde y cimientos de piedra de río estaba tan cerca de la carretera que podías escupir por la ventanilla y alcanzarla al pasar. Un poco más adelante, un camino de tierra que necesitaba urgentemente una capa de gravilla torcía a la izquierda y describía una pronunciada pendiente entre los árboles pelados. El poste que sostenía el buzón estaba muy doblado y faltaba una letra en el estaño, así que podía leerse MAT IS. Denny se detuvo en la cuneta y levantó la tapa. El buzón estaba lleno de correo comercial para Doris Mathis o el residente actual, y había una factura de luz a nombre de la persona que estaba buscando.

No tenía ninguna estrategia, lo cual le resultaba aterrador, porque siempre había pensado mucho las cosas y trabajado siguiendo un plan. Ir a ciegas era infalible si querías ser descubierto y, habiendo tanto en juego, que le pusieran unas esposas era la menor de sus preocupaciones. «Solo tienes que entrar en una casa», se dijo a sí mismo. «Esta no es diferente a las demás». Pero no era cierto. En el fondo sabía que estaba engañándose, que si las cosas se torcían, probablemente sería el final y, a pesar de lo que dijera Watty Freeman, Denny Rattler no tenía ningún interés en morir. No era que a los adictos les diera igual vivir o morir, sino que la sensación que perseguías se hallaba al borde del abismo y a veces te caías.

A la Suzuki le costaba remontar el camino, y Denny procuró

seguir una franja despejada por los neumáticos que habían pasado antes por allí. A ratos tenía que empujarse con los pies para no volcar. Si había alguien en casa, echaría un vistazo rápido y daría media vuelta como si se hubiera perdido. Al final del camino no vio camionetas ni coches. Al otro lado del patio, al borde del bosque, había una vieja caseta de perro podrida, y en lo que quedaba de un jardín de verano estaba brotando la maleza.

La casa no era gran cosa, una granja de tablones de madera oscuros como el alquitrán y un tejado de tablillas enterrado en musgo. En la parte delantera sobresalía un tejado que cubría un porche con el suelo de tierra. Al lado de un par de mecedoras había unas botas manchadas de barro y un cuenco metálico lleno de agua. Buscó un perro, pero no lo encontró. Luego se volvió hacia la puerta y supuso que, de haber uno, probablemente estaría dentro.

El hecho de que el anciano no estuviera en casa era una buena oportunidad. Denny no tenía demasiada información. Lo único que sabía era que vivía solo, que llevaba una barba larga y un sombrero raro y que era demasiado corpulento para meterse con él. Watty le aseguró que, hiciera lo que hiciera, debería actuar con rapidez.

—Me refiero a que es mejor que no te enzarces en una pelea con él —le había dicho.

Watty también había exigido una fotografía que demostrara que lo había hecho, pero Denny no sabía cómo demonios tomaría una foto sin teléfono móvil. No acostumbraba a pasearse por ahí con una cámara Polaroid colgada al cuello.

Denny empujó la Suzuki hasta la parte trasera y la escondió al lado de un cobertizo con tejado de zinc que habían construido en la pendiente para almacenar leña.

Dentro de la casa se oían los aullidos de un perro, y Denny tuvo que subirse a un bloque de cemento para mirar por la ventana. Había un viejo beagle sentado en el suelo de baldosas, aullando con la cola tiesa y la cabeza erguida. Ver al perro tranquilizó a Denny, porque había entrado en suficientes casas para saber qué razas eran problemáticas. Nueve de cada diez veces, los beagle ladraban más que mordían, y esa otra vez no importaba, porque una regla divina aseguraba que los sabuesos pensaban más con el estómago que con el cerebro.

La casa no tenía entrada trasera y no intentó abrir la ventana.

Muchos ancianos dejaban la puerta abierta, así que fue a la parte delantera y, en efecto, fue tan sencillo como girar el pomo. Había una sala de estar en penumbra y con las paredes forradas de machihembrado de pino. El perro se quedó gruñendo en el pasillo, pero no parecía querer acercarse.

Denny escrutó la estancia y vio la cocina a la derecha. En la nevera solo había unas rodajas de mortadela y un trozo de queso amarillo. Quitó el borde de plástico rojo que rodeaba la carne, cogió un trozo de queso y dobló ambas cosas formando un triángulo. El perro seguía donde lo había dejado. Denny se agachó con el premio en la mano. El perro levantó la cabeza y lo miró con unos ojos blanquecinos. Cuando le llegó el olor, se acercó moviendo sus patas rígidas y engulló lo que le ofrecía Denny. Después le olisqueó la mano como si el deber lo obligara a realizar una última inspección. Cuando lo hubo comprobado todo, se pasó la lengua por los carrillos y al momento empezó a menear el rabo y le lamió los dedos.

Denny le preparó otro premio y lo llevó a una habitación situada al fondo de la casa. Tiró la mortadela encima de una alfombra ovalada que había a los pies de la cama y cerró la puerta. Cuando enfiló el pasillo aún oía al perro relamiéndose. Como siempre, entrar fue fácil. Por desgracia, esa no era la razón por la que estaba allí.

Para Denny Rattler, la idea de matar a un hombre era tan desconocida como la sobriedad. Cada vez que pensaba en ello un buen rato, sus emociones se apoderaban de él, así que, en lugar de centrarse en el acto en sí, se centraba en su hermana. Había participado en suficientes peleas para saber que era decente con los puños, pero ni siquiera había disparado a un ciervo. Recordaba que de niño había visto matar a un cerdo y que su padre le había golpeado la cabeza con la parte roma de un hacha y luego lo había degollado con un solo movimiento. Empezó a brotar la sangre como si cayera de una lata de pintura, pero la muerte llegó sorprendentemente rápido. Toda la tarde, Denny recordó las patadas que daba aquel cerdo, levantando polvo del suelo como si fuera humo. Esperaba que fuera fácil.

En la cocina, se acercó a un taco de madera y cogió el cuchillo de carnicero más grande que encontró. Luego se sentó a una mesa a

esperar. No sabía cuándo llegaría el hombre, pero supuso que lo oiría cuando entrara en el patio. Sobre la mesa había un viejo álbum de fotos y hojeó las páginas plastificadas para intentar hacerse una idea de la corpulencia del tipo al que se enfrentaba.

La primera foto que vio Denny era una vieja Polaroid amarillenta de un hombre agarrando un pavo por las patas delante de Bryson Farm Supply. A su lado había un niño sosteniendo la carúncula del pavo como si fuera una brocha, haciendo una mueca, sacando la lengua y poniéndose bizco. El hombre llevaba mono, una gorra apenas calada y unas gafas con lentes progresivas que le oscurecían los ojos. En una esquina había un hombre descargando comida para perros de un palé.

Denny pasó la página y vio una fotografía del mismo niño años después, con una rodilla en el suelo y vestido con uniforme de béisbol. Estaba sonriendo, tenía los dientes salidos y sostenía un bate con el extremo apoyado en el suelo. Aquella cara le sonaba, como si hubiera visto antes a aquel niño. «Probablemente jugué contra él en el instituto» pensó.

Un recorte de periódico contenía una foto de lo que parecía una entrega de premios. En ella aparecían tres hombres, uno al lado del otro, sosteniendo una caja conmemorativa a la altura del pecho. Llevaban todos el uniforme del Servicio Forestal —pantalones oscuros y camisa más clara—, y el que estaba situado en medio era el más alto. Les sacaba a ambos una cabeza y era ancho como un cuarto de caballo. La foto era en blanco y negro, pero tenía una barba entreverada de canas que le llegaba hasta el pecho. Si aquel era el hombre al que había ido a buscar, Denny sabía que tenía una ardua misión por delante.

Cerró el álbum de fotos y pasó el pulgar por la hoja del Old Hickory. El afilado cuchillo era de acero al carbono, con una pátina de color pizarra y el borde de un plateado reluciente. El mango de madera se adaptaba bien a su mano, pero sabía que resbalaría cuando estuviera cubierto de sangre. Tenía que agarrarlo con firmeza e intentar que no se le deslizara la mano por la empuñadura o acabaría cortándose a sí mismo.

«Asegúrate de que el primer corte es bueno y no tardarás mucho», pensó.

En cuanto lo hubiera degollado, le bajaría la presión arterial en

picado y, una vez ocurría eso, daba igual lo corpulento que fueras. Había dos cosas que te mantenían en pie, y esas dos cosas eran inseparables. Si interrumpías la entrada de aire o la circulación de la sangre, en treinta segundos se apagaban las luces. Denny cerró los ojos y pensó en su hermana. Ahora, lo único que podía hacer era esperar.

31

Cuando Holland llegó a la oficina del *sheriff* del condado de Jackson, Andy Griffith ya había dejado al hombre en libertad. Según Rodríguez, Walter Freeman no estaba directamente relacionado con el responsable de cada gramo de heroína que se movía por Carolina del Norte occidental. El plan de la DEA probablemente era intervenir en cuestión de un mes, y la policía local lo soltó como a un borracho del pueblo que había recuperado la sobriedad.

Freeman había solicitado un abogado al momento, así que igualmente sabían que no tendrían demasiadas opciones de encerrarlo. Pero el mayor interrogante era cómo habían arrestado a un hombre que llevaba encima un kilo de heroína en polvo y cristal, suficiente para abrir una tienda de minerales, como si fuera una cesta de huevos de Pascua. Estaba la justicia rural y luego estaba aquello. En todos sus años de profesión, Holland nunca había visto nada igual, pero allí estaba, recogiendo los pedazos.

Una recepcionista acompañó a Holland por el pasillo, y los agentes dejaron de hablar cuando pasó. Holland no sabía si su silencio era por miedo o por remordimientos. A veces les asustaba que fueras la mano que blandía el hacha, y otras era para hacerte saber que estabas invadiendo su territorio y no les gustaba. A Holland le daba igual. Mantuvo contacto visual hasta que apartaron la vista o agacharon la cabeza, y sus caras de holgazanes quedaron atrás como indicadores en la autopista.

El repiqueteo de sus botas contra el linóleo quedó ahogado repentinamente por un chirrido estridente que sonaba como unas uñas arañando una pizarra. La recepcionista torció el gesto y se tapó los oídos mientras señalaba con la cabeza una puerta abierta

para indicarle que solo lo acompañaría hasta allí.

Parecía que el *sheriff* John Coggins estuviera a punto de caerse. Estaba recostado en un sillón de oficina de cuero negro con los pies sobre la mesa. Llevaba el pelo cortado al rape y un bigote poblado que rodeaba sus orificios nasales cuando fruncía los labios. A diferencia de la mayoría de los *sheriffs*, que optaban por traje y corbata, él lucía un uniforme negro como si todavía se dedicara a patrullar. Tenía una especie de caja de madera sobre la barriga y la pestaña de la tapa entre dos dedos. El *sheriff* hizo un leve gesto con la mano y el mismo sonido penetrante que Holland había oído desde el pasillo inundó la sala hasta que tuvo la sensación de que iban a partírsele los tímpanos en dos.

Holland abrió la boca para destaparse los oídos.

—Es nogal sobre nogal blanco.

—¿Qué?

—Lo que produce ese sonido áspero. Con el álamo no pasa. Me gusta el nogal blanco o la limba para que la caja emita ese ruido de gallina vieja. ¿Usted caza pavos?

—No.

—Es usted de Georgia, ¿no?

—Sí.

—¿Y no caza pavos? —El *sheriff* Coggins bajó los pies, se acercó a la mesa y dejó el reclamo para pájaros encima de un gran calendario repleto de marcas de bolígrafo y garabatos—. Ese pájaro de ahí pesaba doce kilos.

Holland se volvió hacia donde señalaba el *sheriff*. En una pared colgaba un pájaro gigantesco con un ala hacia abajo y la otra apuntando al techo como si se hubiera quedado congelado en pleno vuelo. A Holland le llegó un olor a polvos de talco. Cuando le llamaron aquella mañana, estaba cortándose el pelo y ni siquiera sabía si el barbero había terminado.

—Cacé ese pájaro en Chadeen Creek. Chastine más bien. Se escribe así. Está justo encima de la antigua casa de Shuler. Estaba durmiendo en el árbol, a diez metros del nido, y yo estaba sentado debajo y ni me había dado cuenta. Simplemente oí un aleteo y allí estaba. Ni siquiera tuve que utilizar el reclamo.

El *sheriff* se quedó mirando a Holland como si esperara que dijese algo, pero Holland no tenía ni idea de qué le hablaba.

—La vida es así de rara.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que puedes estar sentado a lo tuyo y de repente el mundo te pone un regalo en las manos.

—¿Así lo interpreta, como un regalo?

—Bueno, no sabría cómo describirlo.

—Yo diría que es un puto caos.

—Una zapatiesta.

—¿Una qué?

—Una zapatiesta —repitió el *sheriff* Coggins—. Así lo llamaría yo.

—Puede llamarlo como le dé la gana. Yo lo único que sé es que alguien acaba de ponerme las cosas mucho más difíciles de lo que lo eran ayer.

—Ni siquiera sabía que estuviera trabajando en un caso aquí.

—¿De eso se trata? ¿Cree que estamos cagándonos en su puerta? No he venido hasta aquí a entrometerme, *sheriff*, pero tampoco pienso pedir disculpas.

—Mire, ya sé que me considera un estúpido y paleto *sheriff* de pueblo, y puede que tenga razón, pero ese montón de droga ha sido maná del cielo para este departamento. Probablemente haya ocho de los grandes solo en heroína. Entre eso, el cristal y el dinero en efectivo, esto parece un salario bastante decente. ¿Sabe cómo afecta algo así al presupuesto? Si el estado nos devuelve ese dinero, de repente mis fondos no serán tan ajustados como ayer.

El *sheriff* abrió un cajón de la mesa y sacó un pequeño marco de fotos rectangular, desplegó el soporte de la parte trasera y colocó la fotografía de manera que Holland pudiera verla. En ella aparecía un sabueso de aspecto majestuoso con el pecho hacia fuera y las orejas caídas.

—Esa es Lucy, y permítame decirle que probablemente fuera el perro más listo que he visto en mi vida. Esa perra sacó más droga de este condado en los diez años que la tuvimos que todos nuestros agentes juntos. Murió hará cosa de un año. Insuficiencia renal. Te hace preguntarte qué sale de esa fuente de agua que hay en el pasillo. Pero ¿sabe lo que cuesta sustituir a un perro como ese? Entre el perro, el entrenamiento y enviar a un adiestrador al este durante ocho semanas, las cosas se encarecen rápidamente. No es

como criar un cachorro de la calle. En fin, adonde yo quería llegar es que, entre esa droga que ha salido de la calle y toda la que encontraremos gracias a ella, lo que fue un mal día para usted fue un día excelente para mí. —El *sheriff* cogió una carpeta marrón y se la tendió a Holland—. Le he dicho a un agente que grabe las imágenes de vigilancia en un CD. Si no tiene un ordenador que lea CD, dígamelo y le pediré que se lo envíe por correo electrónico.

—¿La cámara captó algo?

—La verdad es que no. Bueno, se ve a dos personas arrastrando al chico por el aparcamiento y atándolo a una farola, pero está demasiado borroso para distinguir nada. A lo mejor ustedes pueden limpiarlo y sacar algo. Mis recursos no son precisamente de lo mejorcito. Esto no es el Pentágono.

—Tal vez podamos hacer algo.

—Voy a presentarle al agente, pero yo diría que ahora mismo sabe usted tanto como nosotros. Probablemente más. En realidad, lo único que sabemos es que ese tal Walter Freeman es de Cherokee. El teniente Fox tiene una llamada con la tribu en unos minutos y está usted más que invitado a oírla si quiere.

—Por el momento preferiría llevar las cosas con discreción.

—¿Por qué?

—Mis agentes tienen motivos para pensar que podría haber gente dentro.

—¿En mi departamento?

—En la policía tribal.

—De acuerdo. Lo haremos como usted diga.

—De momento, me gustaría que no trascendiera que hemos estado vigilándole desde este departamento. No pasa nada por que la tribu sepa que estamos aquí. Si ocurre algo así, saben que apareceremos, pero necesito que el hecho de que ya conociéramos a Walter Freeman quede entre las paredes de este edificio. ¿Es posible?

—Sí, yo diría que sí. —El *sheriff* se levantó, se apoyó las manos en la cintura y estiró la espalda—. Si necesita cualquier cosa, pídala. Lo digo en serio. Cualquier cosa que necesite, si la tenemos, es suya.

—Se lo agradezco. —El *sheriff* puso una cara rara que Holland no supo interpretar—. ¿Qué pasa?

—Parece que su barbero le ha dejado un mechón suelto encima de la oreja derecha. —El *sheriff* Coggins se metió la mano en el bolsillo, abrió una decrépita navaja y presionó la hoja contra el dedo pulgar como si estuviera pelando una manzana—. Agáchese un poco, hijo. Se lo arreglaré en un momento.

El motel en el que se hospedaba Rodríguez se encontraba a menos de dos kilómetros de la oficina del *sheriff*. Los viejos juzgados estaban en una colina con vistas al centro de Sylva y, cerca del río, un pequeño edificio de una planta ofrecía tarifas semanales a quien tuviera dinero para pagarlas.

Cada noche a la hora del cierre, la pasarela de cemento que había delante de las habitaciones se llenaba de trabajadores inmigrantes bebiendo Estrella Jalisco de medio litro. Trabajaban en el campo y en la construcción, en jardinería y asfaltado de carreteras. Cuando se acababa el trabajo en un sitio, iban al siguiente, y todos vivían de la manera más frugal posible para enviar a casa lo poco que ganaban.

La habitación de Rodríguez olía a humo rancio. La cama estaba impoluta y Holland no sabía si era por el pasado militar de Rod o porque había dormido encima del edredón por miedo a lo que pudiera ocultarse bajo las sábanas.

—Si alguien quisiera que lo devoraran las chinches, yo diría que este es el lugar adecuado.

—Sí, nos cuidan bien, ¿eh? Alojamiento de primera —dijo Rodríguez.

Estaba sentado en una butaca, inclinado hacia delante y con las manos colgando entre las rodillas. Todas las luces estaban apagadas, pero se colaban algunos rayos de sol por las ventanas situadas detrás de Holland y podía distinguir su rostro.

—No tienes buen aspecto.

—No me encuentro muy bien.

—Llevas mucho tiempo con esto —comentó Holland—. Si no estuvieras cansado, juraría que vas colocado.

—Es algo más que cansancio.

Rodríguez se frotó la cara, abrió bien los ojos y se llevó la mano al cuello. Entre los pies tenía un paquete de tabaco. Se encendió un

pitillo y exhaló el humo hacia el techo. Después se levantó y fue hacia una pequeña encimera en la que había una cafetera enchufada a la pared.

—¿Quieres una taza de café?

—Creo que no —dijo Holland.

Sabía que Rodríguez necesitaba un descanso, pero también sabía que no podía ofrecerle unas vacaciones. Habían avanzado demasiado. Estaban demasiado cerca del final como para que saliera a la superficie a coger aire.

Rodríguez estaba en el umbral del cuarto de baño, puso en marcha el extractor y exhaló el humo hacia la ducha.

Holland siempre había sido un jefe estricto y práctico, y sabía que eso podía pasar factura. También sabía lo que era encontrarse en la situación de Rodríguez: varios meses infiltrado sin manera de escapar de la oscuridad que habías creado y sin un final a la vista. Había trabajado en casos similares para hombres similares. Ahora llevaba años atrapado en un despacho, pero ese tipo de recuerdos parecían no desvanecerse nunca. Recordó que en su momento creía que las cosas mejorarían cuando ascendiera, pero ahora no estaba tan seguro de ello.

—Has hecho un trabajo excelente, Rod. No lo olvides.

—Y gran parte de él acaba de irse al garete.

—Yo no diría eso.

—Cuéntame cómo Coño ha ocurrido. ¿Qué cuento de superhéroe de Hollywood es ese? No paro de mirar por la ventana esperando a que el puto Batmóvil atraviese la ciudad.

Holland negó con la cabeza y soltó una carcajada. Luego fue a servirse un poco de café. Lo que fuera que Rodríguez tuviera en aquella cafetera sabía a asfalto.

—La cuestión, Rod, es que incluso Walter Freeman era un segundón. Él era la entrada al acuario, pero esas grabaciones que nos conseguiste, las conversaciones que hemos grabado a partir de esa única fuente, nos han llevado hasta un pez gordo de la hostia.

—Sí, ¿y qué posibilidades crees que hay ahora de que vuelvan a hablar de esa manera?

—Yo diría que bastantes. —Holland asintió—. Por como hablaban, era como si se sintieran absolutamente intocables. Tenemos a uno de los agentes de mayor rango del departamento de

policía de Cherokee diciéndole por teléfono a Walter Freeman cuándo empezarán a moverse las cosas. No lo olvides. No olvides todo el trabajo que has hecho. Yo veo el final de la partida, amigo, y solo puede acabar de una manera.

Holland le dio una palmada en el hombro que pareció sacarlo de su trance de agotamiento. Rodríguez se secó la nariz con el dorso de la mano, bebió un trago de café y dio una larga calada al cigarrillo.

Holland estaba totalmente convencido de que solo les faltaban dos o tres movimientos para el jaque mate. Rod era incapaz de verlo, pero ya casi habían llegado a la meta. Un desliz más y las paredes se derrumbarían.

32

Desde aquella noche con Watty Freeman, Ray se había acostumbrado a llevar pistola. Volvía a casa de Harold's Supermarket con dos gruesas chuletas de cerdo en el asiento del acompañante y medio refresco de uva en la mano. El revólver chato que normalmente guardaba en la caja fuerte ahora estaba en el bolsillo de su abrigo de lona.

Al cruzar el centro de Sylva, contó las matrículas de fuera del estado que bordeaban las calles. Los turistas paseaban por las aceras mirando los escaparates. Aquel lugar conservaba una atmósfera típicamente estadounidense: unos juzgados blancos históricos en una colina que coronaba edificios de ladrillo con marquesinas en las tiendas, cornisas neoclásicas y tejados en los segundos pisos. Algunos edificios aún llevaban los nombres desgastados de personas y lugares que recordaba, pero todos aquellos negocios y empresarios habían sido reemplazados hacía mucho tiempo por chocolaterías y tiendas de camisetas. Cuando la vieja ferretería cerró finalmente, no quedaba nada en aquella calle que Ray fuera a querer o necesitar jamás. Ya solo visitaba el centro por la librería.

Un coche patrulla se situó detrás de él cuando pasaba por Spring Street. Miró por el retrovisor, pero no le dio importancia. Estaban delante de la cafetería cuando el agente encendió las luces de la sirena. El permiso de Ray para llevar una arma oculta estaba caducado, así que sacó el revólver del bolsillo y lo dejó encima del paquete de chuletas de cerdo para que quedara a la vista. Al cruzar el puente de Scotts Creek aminoró la marcha y entró en el aparcamiento de la tienda de artículos de fontanería.

En lugar de detenerse justo detrás, el coche patrulla se situó en el lado del acompañante. Leah Green apagó las luces azules y salió

hecha una furia. Cerró la puerta del coche y tiró de la maneta del Scout.

—Abre la puerta —dijo.

Llevaba el pelo recogido como siempre que estaba de servicio. Raymond extendió el brazo para quitar el seguro y Leah se montó en el coche y cerró la puerta con tanta fuerza que a Ray le sorprendió que no se rompiera la ventanilla.

—Por el amor de Dios, chica, ¿qué mosca te ha picado?

—No me vengas con esas, Raymond. Sabes perfectamente de qué va esto.

—Me temo que tendrás que explicármelo.

Leah estaba temblando.

—Dos años, Ray. Ese es el tiempo que la DEA dijo que llevaba trabajando en el caso que te acabas de cargar con ese ardid tuyo. Dos años de trabajo por el retrete. —Se tapó la nariz y la boca con ambas manos y respiró como si estuviera hiperventilando—. Estamos hablando de un caso interestatal que es responsable de toda la droga que circula por Asheville, y puede que por otros lugares. Y ya lo tenían. Es más, habían atado cabos hasta Atlanta. ¿Sabes por qué sé todo esto? Lo sé porque el *sheriff* nos ha reunido esta mañana y nos lo ha dicho. Lo sé porque, ahora mismo, esos agentes están con los de la Agencia Estatal de Investigación en nuestra oficina intentando averiguar cómo coño es posible que el hombre al que estaban vigilando acabara delante de la oficina del *sheriff* con cien mil dólares en drogas y cincuenta de los grandes en efectivo. ¿Por qué no me cuentas cómo ha ocurrido, Raymond?

Ray volteó el refresco de uva y dejó que las últimas gotas le cayeran en la lengua. Después tragó con fuerza y suspiró como si ese último trago fuera algo totalmente satisfactorio.

—No tengo ni idea, chica, pero a mí me parece que tú y esos agentes tendríais que estar agradecidos de que esa mierda esté fuera de las calles.

—¡Pero él no está fuera de las calles! —gritó Leah—. Y eso significa que lo cambiarán todo y ahora tendremos que trabajar diez veces más para volver a seguirle la pista. No has conseguido una mierda. Lo único que has conseguido es echar por tierra dos años de trabajo de una tacada.

—Para empezar, no sé por qué estás tan segura de que tuve algo

que ver con todo eso. —A Raymond empezaban a sudarle las manos y se las restregó por las perneras del mono—. Pero ¿me estás diciendo que descubren a un tío con droga suficiente para envenenar a todos los adictos de Carolina del Norte occidental y lo dejan suelto?

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo. —Leah estaba sentada de costado y apoyó la coronilla en el cristal. Su mirada hizo sentir a Ray la persona más tonta del mundo—. Cuando apareció la DEA, ese chico tenía a un equipo de abogados en el vestíbulo amenazando con presentar una petición de *habeas corpus* al final del día. Los investigadores le hicieron un par de preguntas y les dijo que no tenía ni idea de dónde habían salido esas drogas, que alguien lo había secuestrado. Los abogados le ordenaron callar antes de que dijera una palabra más y se fue a su casa. Una investigación de dos años se fue a la mierda porque un viejo quería jugar al puto Barney Fife. Pues tengo noticias para ti, Raymond: la ley no funciona de esa manera. Así no se lleva una investigación.

Raymond abrió la cremallera del bolsillo delantero del mono, sacó los puros y se encendió uno con una cerilla de una caja que había en el salpicadero. Luego bajó la ventanilla para que el coche no se llenara de humo.

—¿Quién iba contigo? ¿Ese tío bajito? Imagino que era Prelo Pressley.

Ray volvió la cabeza, pero se mantuvo impertérrito para no mostrar sus cartas.

—Eso pensaba. Me alegro mucho de que mi padre no esté vivo, porque seguramente habría estado allí contigo. —Leah negó con la cabeza y se masajeó los párpados inferiores con las yemas de los dedos—. Al menos hay que agradecerte que fueras lo bastante inteligente como para no entrar en el aparcamiento. Lo que captaron las cámaras era demasiado borroso para distinguir nada a menos que supieras qué estabas viendo. La pregunta es por dónde volviste a casa. Yo diría que tomaste Grindstaff Road y te fuiste por donde habías venido. —Leah volvió la cabeza hacia el centro de la ciudad—. ¿Qué te apuestas a que si sacara las cintas de aquella noche del disco duro del *Sylva Herald* vería tu Scout bajando por la calle principal diez o quince minutos después de que dejaran a ese tipo en la puerta de la comisaría?

—A mí me parece que es mucho suponer. —Ray dio una larga calada y retuvo el humo en la boca hasta que le quemó los carrillos. Después sacó una nube densa por la ventanilla y exhaló el resto del humo por la nariz, tiró ceniza al suelo y entrecerró los ojos al hablar—. Aunque consiguieras esas cintas, aunque vieras esta camioneta circulando por la ciudad, ¿quién te dice que Tommy y yo no estábamos dando una vuelta por la noche?

—Lo que digo, Raymond, es que deberías rezar para que en ese departamento no haya nadie que llegue a la misma conclusión que yo. Ahora mismo, la única persona de nuestra oficina que sabe que facilitaste información sobre esa casa y lo que estaba pasando allí es el teniente Fox y, por suerte para ti, es tonto del culo. Pero no sé con qué miembros de la tribu habló, y este asunto no es de los que se olvidan como si tal cosa. El *Smoky Mountain News*, el *Sylva Herald* y la WLOS se nos echarán encima; y tarde o temprano alguien tendrá que darles una explicación.

—Me da la sensación de que esos chicos van a tener que trabajar duro.

—Es posible —dijo Leah, que miró el revólver que había entre ambos—. Mientras tanto, yo de ti tendría cerca esa pistola. Cuando alguien pierde ciento cincuenta mil dólares, no suele pasarlo por alto.

Leah abrió la puerta y salió. Después se montó en el coche patrulla y salió a toda velocidad del aparcamiento sin tan siquiera despedirse.

Ray miró por el parabrisas, incapaz de comprender lo que acababa de ocurrir. Luego miró el revólver y apretó lo suficiente el gatillo para que levantara el martillo. Se guardó la pistola en el bolsillo y puso en marcha la camioneta. Llevaba el puro colgando de los labios y el humo le quemaba los ojos. En algún momento, un hombre tenía que descansar.

33

Hubo una época en que podías hacer excepciones. La ley siempre había estado plagada de burocracias y papeleos. No era nada nuevo. Pero, en los viejos tiempos, si no había una línea recta hacia la justicia, te abrías paso entre aquellas sandeces para hacer el trabajo, y la gente que estaba al mando hacía la vista gorda porque sabía que el fin justificaba los medios. Las cosas ya no funcionaban así. Raymond Mathis debería haberlo sabido.

Se sentía fatal por haber puesto a Leah en un aprieto, pero en aquel momento solo podía ver las cosas de una manera. Si la gente con placa estaba demasiado atareada mirándose el ombligo, un hombre no tenía más opción que tomarse la justicia por su mano. Treinta años atrás, los agentes que encontraron a aquel chico sentado fuera habrían sustituido la cuerda por unas esposas y habrían dicho que vieron a ese gilipollas caminando por el arcén de la 107 con una mochila al hombro como si fuera al colegio. El tipo malo va a la cárcel, los agentes reciben un ascenso y el *sheriff* da buena imagen sonriendo detrás de una mesa llena de droga en la portada de todos los periódicos.

En el fondo sabía que Leah no lo delataría jamás. Puede que perteneciera a otra generación, pero sus padres le habían explicado cómo eran las cosas antaño. Si Odell siguiera vivo, habría estado en la camioneta con Ray y Prelo tal como ella dijo. Además, Ray era familia, y la gente de las montañas nunca daba la espalda a su familia. Por otro lado, Leah se había dejado la piel para estar donde estaba, y Ray detestaba pensar que pudo haber puesto en peligro su integridad. Cuando alguien trabaja tanto, no debería sentirse mal por culpa de otra persona. Nunca fue su intención ponerle más peso sobre los hombros, pero eso era lo que había ocurrido.

Estaba en el camino mirando la puerta de su casa, pero aún no había apagado el motor de la camioneta. No sabía si ir a contarle lo que estaba pensando y pedirle disculpas o si eso le complicaría aún más la vida. Estaba muy cabreada, y con razón. «Probablemente sea mejor dejarla en paz», pensó mientras giraba la llave y bajaba de la camioneta. Le dolían mucho las rodillas por todo lo que había caminado durante la última semana.

Cuando llegó al porche de tierra, notó una incómoda sensación en el estómago y se le erizó el vello de los brazos. Era como si alguien estuviera observándole. A veces le ocurrían esas cosas, y parte de él creía que Doris lo vigilaba, y puede que ahora también Ricky. Abrió la puerta y le sorprendió que, después de haberse pasado todo el día encerrada, Tommy Two-Ton no hubiera salido a recibirlo.

Al entrar en el salón vio una sombra de soslayo y, en cuanto se dio la vuelta, a alguien sentado de espaldas a él en la cocina. Ray dejó caer las chuletas al suelo y rebuscó el revólver en el bolsillo del abrigo. Unos cabellos fibrosos le caían entre los hombros y, desde donde se encontraba, Ray no sabía si era una mujer o un hombre.

—¿Qué haces en mi casa?

Ray separó los pies y apuntó manteniendo los codos rígidos. Le temblaban las manos. Parpadeó con fuerza, entornó los ojos y respiró hondo para tranquilizarse. El miedo dio paso a la ira y volvió a repetir sus palabras, más alto y más firme, hasta que dejaron de ser una pregunta para convertirse en una orden.

—Dime qué coño haces en mi casa.

El hombre no se movió, y Ray vio que tenía las manos sobre la mesa. No sabía si acercarse, ya que el espacio que los separaba le otorgaba ventaja.

—¿Este es su hijo? —susurró el hombre.

Ray apenas lo oyó, pues la perra estaba ladrando en la parte trasera de la casa.

—¿Qué?

—¿Este es su hijo?

—¿De qué estás hablando? —Ray bajó y subió el cañón unos milímetros a causa de los nervios. No entendía la pregunta—. ¿A quién te refieres?

—Al chico de la foto.

—¿Qué foto?

—Esta foto.

El hombre giró levemente los hombros.

—No te muevas —gritó Ray—. Quédate donde estás o te juro por la tumba de mi mujer que pinto esa mesa con lo que tienes dentro de la cabeza.

La cocina era un pequeño anexo al salón de unos tres metros por cuatro, y el hombre estaba sentado en la mesa situada junto a la pared izquierda. Al lado había una puerta estrecha que daba a una pequeña despensa y la nevera estaba en una esquina. El resto de las paredes estaban cubiertas de encimeras y armarios, con el fregadero enfrente y los fogones y el horno a la derecha.

Había espacio en el lado derecho de la habitación, pero Ray no quería recortar la distancia y quitó el seguro al revólver. Tommy Two-Ton estaba aullando y, al mirar hacia el pasillo, Ray vio su sombra caminando de un lado para otro a través de la luz que se colaba por debajo de la puerta del dormitorio. Empezó a avanzar de lado para no perder ángulo y describió un amplio arco en la cocina sin bajar en ningún momento el arma. Ahora que estaba al lado del hombre pudo ver el álbum de fotos abierto frente a él. Debajo de la mano derecha tenía un largo cuchillo de carnicero.

—Empuja ese cuchillo al otro lado de la mesa —dijo Ray.

El hombre agarró el mango de madera. Tenía la cabeza agachada y los ojos clavados en la fotografía.

—Quiero que empujes ese cuchillo al otro lado de la mesa —dijo Ray—. No pienso repetírtelo.

Ray vio que el hombre abría la mano y, con la palma hacia abajo, empujaba el cuchillo, que cayó por el otro lado y emitió un sonido metálico al impactar contra el suelo.

—¿Este es su hijo? —preguntó el hombre de nuevo, y en el tiempo que tardaron esas cuatro palabras en salir de su boca, Ray se había pasado el revólver a la mano izquierda y reducido la distancia entre ambos.

Su puño golpeó la cabeza del hombre como un meteorito y salió despedido contra la pared. La silla en la que estaba sentado se separó de la mesa y, gimiendo, el hombre se hizo un ovillo en el suelo. Poco a poco extendió los brazos y las piernas, y Ray apartó la silla para poder situarse encima de él.

Ray atacó una vez más, y la afilada culata del revólver golpeó cinco centímetros detrás de la oreja derecha de aquel hombre. Eso fue todo. Su cuerpo quedó inmóvil y solo se oía a Tommy Two-Ton olisqueando la puerta de la habitación y a su dueño intentando recobrar el aliento en la cocina.

El álbum de fotos seguía donde el hombre lo había dejado. Ray estaba sentado al otro lado de la mesa tamborileando con la uña sobre el filo del cuchillo de carnicero. Había sacado unas bridas del cajón de los trastos para inmovilizarle las manos y los pies, y luego fue corriendo a la camioneta a buscar cuerda para atarlo. Tenía siete u ocho vueltas alrededor del torso, y Ray había pasado la cuerda entre los barrotes de la silla. El revólver estaba encima de la mesa apuntando al hombre en el pecho. Tenía la cabeza agachada y los ojos cerrados.

Ricky tenía diecisiete años cuando le hicieron la foto. Se había graduado en el Instituto Smoky Mountain en 1993. Era uno de esos retratos de Oían Mills con un fondo azul brumoso, y Ricky aparecía con los hombros encogidos y un esmoquin blanco y negro. Iba peinado hacia atrás con cera y apenas abría los ojos. El acné le había dejado marcas rojas en la frente y la barbilla. Sonreía enseñando toda la dentadura como si estuviera masticando clavos y, aunque Ray no se dio cuenta en su momento, imaginaba que el chico iba drogado hasta las cejas.

Ray miró el reloj que había sobre los fogones. El hombre llevaba casi quince minutos inconsciente. Normalmente eso no ocurría durante más de treinta o cuarenta segundos. Cinco minutos era lo máximo que Ray había visto a alguien inconsciente, y fue un engreído de la llanura con una mandíbula frágil que se envalentonó más de la cuenta en un bar llamado Burrell's. Siempre se preguntó si se había hecho el muerto para que las cosas no fueran a peor.

Tommy Two-Ton rascó la puerta y Ray fue al salón para dejarla entrar. Cuando cerró, el hombre soltó un largo suspiro, movió la cabeza ambos lados y pestañeó lentamente. Frunció los labios como si estuviera a punto de silbar y respiró hondo dos veces. Ray volvió a la mesa y cogió el revólver con la mano derecha, lo levantó y cerró un ojo. Enfocando en la mira delantera, vio al hombre observándolo a través de la neblina.

Ray abrió ambos ojos y estudió su rostro. Tenía la nariz ancha y

un bigote poblado que no se unía en el centro. Su piel era oscura y llevaba el pelo con raya en medio, de modo que el flequillo le formaba un corazón en la frente, y la parte de atrás larga. Tenía la barbilla pegada al pecho y estaba mirando a Ray con la boca abierta como si no fuera más que un producto de su imaginación.

—¿Ves la lucha libre alguna vez?

—¿Eh?

—Que si ves la lucha libre alguna vez.

—No lo sé —farfulló el hombre—. Supongo. Es posible. Cuando era niño.

—Te pareces a Eddie Guerrero, pero más delgado.

—¿A quién?

—Da igual —dijo Ray—. No importa.

El hombre miró la cuerda que lo mantenía atado a la silla, pero no se resistió. En lugar de eso, abrió más los ojos como si intentara despertar de un sueño. Haciendo girar la cabeza lentamente, puso cara de dolor al doblar el cuello hacia atrás.

—¿Con qué me ha pegado?

—He buscado una cartera en los bolsillos, pero no había nada.

—¿Qué?

—¿Cómo te llamas?

—Denny —dijo el hombre.

—¿Como el restaurante?

—Como el restaurante.

—¿Denny qué?

—Rattler.

—Rattler. —Ray se puso pensativo—. Creo que no conozco a ningún Rattler. De hecho, creo que nunca he conocido a ningún Denny. —Golpeó la mesa con el extremo del cañón—. ¿Y qué hacías exactamente en mi casa, Denny Rattler?

Sin decir nada, Denny resopló y dejó caer la cabeza. Tenía los ojos clavados en el álbum de fotos.

—Ese es mi hijo —dijo Ray.

—¿Qué?

—El de la foto que estás mirando. Es mi hijo. ¿No era lo que preguntabas? —Denny asintió—. Pues ahora que he contestado a tu pregunta, ¿por qué no me explicas qué estás haciendo en mi casa?

—¿Su hijo se llama Ricky?

—Sí.

Ray pensó de qué podía conocerlo. El motivo más obvio estaba escrito en los brazos de aquel hombre. Vio las marcas de pinchazos cuando lo ató, pero aun así no tenía sentido. Si había ido a robar siguiendo alguna indicación que le hubiera facilitado Ricky, sabría a quién pertenecía la casa cuando entró por la puerta. Y si no había ido siguiendo alguna indicación, ¿cómo acabó en una casa en medio de la nada? Aquello no tenía sentido a menos que lo enviara Freeman.

—¿De qué conocías a mi hijo?

—No lo conocía —dijo Denny—. No mucho.

—¿Qué haces aquí, Denny Rattler?

—Estaba con su hijo cuando murió —dijo Denny, que miró la fotografía con unos ojos vacíos—. Estaba en la habitación con él. Lo vi clavarse la aguja y quedarse frito. Se cayó al suelo como si le hubieran fallado las piernas. Vi cómo ocurría. Vi cómo ocurría e intenté salvarlo.

Raymond recordó que Leah le había hablado del inyector de naloxona que habían encontrado, que por eso sabían que había otra persona en la habitación, que alguien había intentado salvarle la vida a Ricky.

—Entonces, tú eres el que llamó desde la gasolinera.

—Sí, señor.

En aquel momento, a Ray lo invadió una sensación extraña. No era capaz de ponerle nombre. Estaba enfadado y confuso, pero agradecido, una compleja disonancia emocional que le impedía hilvanar las palabras. Lo que acababa de decir aquel hombre era lo último que se esperaba de aquella conversación, y no sabía qué pensar ni cómo actuar. Pero todavía quedaba un interrogante por resolver.

—¿Qué estás haciendo en mi casa?

—¿Cree usted en Dios, señor Mathis?

La pregunta golpeó a Raymond como una pedrada.

—¿Qué?

Denny levantó la cabeza y lo miró con ojos llorosos.

—Le he preguntado si cree en Dios.

—Sí —dijo Ray—. Por supuesto que sí.

—Yo no voy a la iglesia. —La perra entró en la cocina y Denny

se volvió hacia ella—. Bueno, cuando era pequeño sí. Mi tío incluso nos hacía cantar góspel a mí y a mi hermana cuando éramos niños. Algunos domingos tocaba la guitarra con el coro, pero no sé si alguna vez fui creyente. Quiero decir que nunca me creí nada de eso.

Ray dejó la pistola en la mesa. Tenía la sensación de que se le habían derretido todos los huesos del cuerpo. Estaba paralizado por el giro repentino que había dado la situación y por lo que estaba diciendo aquel hombre. No tenía ningún sentido, y tal vez esa era la belleza de un momento como aquel, la naturaleza confusa de todo ello. El sobrecogimiento emanaba de la incapacidad para averiguar qué estaban captando los sentidos, y eso era exactamente lo que estaba sucediendo en aquel instante. Un sobrecogimiento absoluto.

—No entiendo adonde quieres llegar —dijo Ray—. ¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque es la única respuesta que se me ocurre.

—¿Para qué?

—Para estar aquí. Por qué estoy en su casa. Si Dios no existiera, no habríamos acabado sentados a esta mesa. —Tenía las mejillas surcadas de lágrimas, pero no estaba sollozando ni mostraba histeria alguna. Mantenía la cordura y hablaba con serenidad—. Al ver cómo ardían estas montañas, supe que se acercaba un final, pero no podía verlo. He venido aquí a matarlo, señor Mathis. —Denny miró a Raymond a los ojos y este notó una sensación incómoda en la garganta—. Una persona me ha enviado aquí a matarlo.

Ray no dijo nada.

—Cuando entré en la casa, me senté a la mesa y vi este álbum abierto por una foto suya y de su hijo —continuó Denny—. Al pasar la página, vi la misma cara que no puedo dejar de ver. ¿Qué posibilidades hay de que pase algo así? ¿Cree que es una coincidencia, que esas cosas pasan porque sí?

—No lo sé —contestó Raymond. Las palabras le salieron a borbotones.

—Si no es obra de Dios, señor Mathis, entonces nunca ha existido.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—¿Por qué no he hecho qué?

—Matarme.

—Por esa foto de ahí. Por su hijo. Por quien es usted. No puedo dormir pensando en él allí tirado en el suelo, en cómo se cayó. No me quito su cara de la cabeza. No he podido dejar de pensar que era una especie de señal.

Una pregunta corroía a Ray por dentro desde que estuvo en aquella cabaña diminuta intentando imaginarse a Ricky tirado en aquel suelo cochambroso. Hasta ese momento no había tenido valor para formularla, o tan siquiera para pensar en ella más de unos instantes, pues era demasiado doloroso. Le dolía demasiado pensar en los motivos por los que ocurrió.

—¿Crees que mi hijo lo hizo a propósito?

Denny lo miró confuso momentáneamente, tratando de procesar la pregunta.

—No, no lo creo —dijo—. Por como sucedió, no. Dudo que uno decida hacer algo así en una habitación llena de desconocidos.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Lo mismo que podría pasarme a mí. Yo diría que él creía saber lo que toleraba su cuerpo y lo que contenía aquella bolsa, y acabó inyectándose más de lo que imaginaba. En realidad nunca lo sabes. —Denny bajó las cejas y negó con la cabeza—. La gente siempre piensa que los adictos tienen ganas de morir, pero yo no creo que sea cierto. Al menos no es mi caso. Yo no quiero morir, señor Mathis. No quiero morir más de lo que lo desea usted.

—No creo que sepas lo que desea un hombre como yo.

—Supongo que tiene razón. En eso tiene razón. —Denny hizo una pausa—. Pero algo nos ha traído aquí, y es algo más grande de lo que usted, yo o cualquier otro pueda comprender.

—No tengo ni idea —respondió Ray—. Ya no sé qué pensar.

—¿Y ahora qué hacemos?

Ray se levantó y fue hacia el armario. Sacó un tarro de gelatina, lo llenó de hielo y vertió *whisky* casi hasta el borde. Después de beberse la mitad del tarro de un trago, se limpió el bigote con el dorso de la mano y volvió a sentarse. Tommy Two-Ton le tocó la pierna con la pata y Ray se quedó mirando largo rato la neblina que le cubría los ojos. En su mente se agolpaban interrogantes que no tenían respuesta fácil. Lo único que sabía con certeza era que el camino recto se había perdido hacía mucho tiempo.

34

Cuando Leah Green acabó su turno y llegó a casa de Ray, este se había bebido media botella. Era un gigante y nunca había dado señales de ebriedad hasta justo antes de quedarse dormido. No balbuceaba ni sufría ningún tropiezo que sirviera de advertencia. No es que fuera a caerse, pero el *whisky* lo había dejado atolondrado.

Ray tenía las piernas estiradas y los tacones de las botas estaban anclados al suelo, de modo que la mecedora se apoyaba en los extremos de los balancines. Le colgaban las manos por delante de los reposabrazos y la colilla del puro brillaba en la comisura de sus labios. Con la cabeza hacia atrás e inmóvil, la observó mientras cruzaba el jardín.

—Pareces un muerto ahí sentado.

Ray se incorporó para levantarse. Luego cogió la colilla del Backwoods, la tiró al suelo y la apagó con la bota. Leah parecía sorprendida por su silencio, pero salió detrás de él cuando dio media vuelta y entró en la casa.

Denny Rattler estaba igual que cuando Ray lo había dejado, y Leah Green adoptó un semblante de confusión. Denny se la quedó mirando y ella se lo quedó mirando a él. Durante varios minutos, Ray le explicó lo ocurrido y Denny aportó detalles que Ray había olvidado. Cuando terminaron, estaba pálida y dijo que necesitaba sentarse. Ray le trajo agua fría y Leah pegó las muñecas al vaso, pero no bebió.

—Entonces, ¿nos ayudarás?

—Estoy más cerca de esposaros a los dos.

—No sé de qué podrías acusarnos.

Ray se sacó la navaja del bolsillo y la abrió. Luego dio un paso

adelante, cortó la cuerda por la parte posterior de la silla y los extremos cayeron en el regazo de Denny Rattler como si fueran un montón de serpientes. Todavía tenía las manos y los pies inmovilizados con bridas, pero al cabo de un segundo era libre.

—Yo diría que ambos tendríamos que contar la misma historia para poder acusarnos de algo —añadió Ray—. Yo tendría que acusarlo de conspiración y él a mí de secuestro, y dudo que vaya a contar esa historia. ¿Y tú, Denny Rattler? ¿Esa es la historia que quieres contar?

Ray le puso una mano en el hombro.

—No, señor. No lo creo.

—Entonces, ¿qué historia pretendéis contar?

—Por lo que recuerdo, Denny llamó a mi puerta y me contó que alguien quería pagarle por matarme. Tenía las mismas ganas de hacerlo que tú, chica, así que llamamos a la policía.

—Lo que se te pasa por alto es el porqué.

—¿Cómo?

—El porqué, Raymond. ¿Por qué le pidieron que te matara? ¿Un tío abrió una guía telefónica con los ojos cerrados y deslizó el dedo por la página? Dudo que alguien se lo crea. No tardarán en averiguar que si Walter Freeman envió a este hombre a matarte, es probable que fueras tú quien lo dejó delante de la oficina del *sheriff* la otra noche. ¿Y qué ocurrirá entonces?

—No tengo la menor idea de por qué pudo enviar ese tal Walter Freeman a alguien a matarme. Que yo sepa, no lo conozco de nada. Supongo que tenía algo que ver con mi hijo. A lo mejor Ricky le debía dinero y esto era una especie de venganza. Es lo único que se me ocurre. ¿Fue por eso, Denny?

—Sí, así es.

—¿Y si no cuela?

—Entonces me tragaré el orgullo y aceptaré las consecuencias. Pero, hasta que eso ocurra, chica, esta es la historia que contaré.

—Necesito salir. —Leah se levantó y regresó al cabo de unos minutos. Se había quitado la parte de arriba del uniforme y ahora llevaba una camiseta blanca que le venía grande. Llevaba el pelo suelto y Ray vio que estaba a punto de perder los nervios—. Voy a llamar a un investigador.

—¿Es de confianza?

—Como haga la llamada equivocada, todo habrá terminado —terció Denny—. Sería lo mismo que firmar mi certificado de defunción.

Leah se quedó pensativa un segundo y luego se llevó la mano al bolsillo trasero como si fuera a sacar una billetera. En la mano tenía una tarjeta de visita.

—Ayer por la mañana vino a la oficina un agente de Atlanta. Me dijo que si tenía cualquier información sobre Freeman o lo ocurrido, le llamara. Pero debéis saber que, una vez que haga esa llamada, esto solo podrá seguir un camino, y cuando empiece no habrá marcha atrás. Tendréis que llegar hasta el final, signifique lo que signifique.

—Alguien tiene que vigilar a mi hermana —dijo Denny—. Solo aceptaré si es así. Si pasa algo y se enteran, la matarán en menos de una hora. Y no lo digo con mala intención, pero no voy a dejar su vida en manos de un hombre blanco al que no conozco de nada.

—Entonces, ¿qué propones exactamente? Porque tú y yo sabemos que no puedo llamar a nadie de la tribu.

Denny se quedó allí sentado un par de segundos pasándose la mano por la muñeca izquierda, donde las bridas se le habían clavado en la piel, y frunció el ceño como si se le hubiera ocurrido algo.

—Hay una persona a la que podemos llamar.

—De acuerdo —dijo Leah—. Entonces, haré esa llamada.

Después fue hacia la puerta y Ray salió detrás de ella. Notaba el peso del revólver en el bolsillo, igual que Leah notaba el peso de la situación.

—Quiero que sepas que lo siento. No pretendía ponerte más peso sobre los hombros.

—Pues es donde está. ¿No es así, tío Raymond?

—Supongo que sí.

—Y si hubieras tenido paciencia y nos hubieras dejado hacer nuestro trabajo, nada de esto habría ocurrido. Pero te tomas la justicia por tu mano y eso nos lleva hasta aquí. Hay una manera correcta de hacer las cosas y otra incorrecta, y tú eras demasiado testarudo para pensar que alguien podía saber más que tú.

—Ahora intento hacer lo correcto.

—¿Lo dices en serio? —Leah esbozó una sonrisa de suficiencia

—. Porque a mí me engañaste, desde luego.

—Si lo hubiera hecho a mi manera, habría cavado dos agujeros.

—Pues será mejor que empieces, tío Raymond, porque en breve necesitaremos una tumba lo bastante grande para todos nosotros.

35

Raymond Mathis yacía boca abajo en la cocina con el cuello rajado de oreja a oreja. Tenía la cabeza vuelta hacia un lado y de la garganta brotaba un charco de sangre con forma de trucha. Tenía los ojos abiertos, de un azul claro que contrastaba con el rojo que se extendía a su alrededor. Se le había caído el sombrero y el delgado mechón de pelo que le pasaba por encima de la cabeza se mecía como una hoja.

Habían esparcido sangre por toda la estancia para que pareciera que se había producido una pelea. Era imposible que un hombre como Denny Rattler le hubiera puesto las manos encima a alguien tan corpulento como Ray y hubiera salido airoso. La casa estaba llena de gente y todos aquellos movimientos y ruidos pusieron histérico a Denny. Observó la habitación para contarlos. Había cuatro agentes, un *sheriff*, su ayudante y Cordell Crowe. Denny estaba llegando a ese punto del mono en el que el pánico dominaba todo lo demás.

Cordell estaba de brazos cruzados en una esquina del comedor y no paraba de balancearse nervioso sobre los talones. Denny intentó establecer contacto visual, pero Cordell no quería saber nada.

Denny estaba en el sofá con el síndrome de abstinencia. Tenía el estómago revuelto y le dolían las articulaciones. Le aterraba que aquello no saliera bien y que al final pagara las consecuencias Carla.

Le pareció reconocer a uno de los agentes y de repente cayó en la cuenta. El mexicano que iba vestido de civil se encontraba en la casa la noche que empezó todo. Estaba sentado a la mesa cuando el chaval del pelo de punta estuvo a punto de cortarse un dedo. Él fue el que se metió debajo de la caravana cuando se declaró el

incendio.

—Eh —dijo para intentar llamar su atención—. Eh, yo a ti te conozco:

El agente lo miró durante una milésima de segundo y salió de la casa sin mediar palabra. Denny estaba sudando. Se pasó los dedos por el pelo y se restregó las palmas de las manos por el muslo. Le habían manchado la ropa de sangre y con el ajetreo lo había olvidado. Tenía palpitaciones y podía oler su propio sudor en el aire.

—Yo conozco a ese tío que acaba de salir. Lo he visto antes.

—De acuerdo, Denny. Vamos a darte este teléfono.

Nadie los había presentado, y Denny no conocía al hombre que de repente tenía en frente, pero imaginó que era el que llevaba las riendas. Todos le hacían preguntas constantemente y él no paraba de responder.

—Nadie me escucha.

—Yo sí. Y ese hombre que acaba de salir es uno de nuestros agentes. Es muy posible que lo hayas visto alguna vez, pero ahora mismo tienes que escuchar. Vas a coger este teléfono.

—Yo no tengo teléfono.

—Eso no importa. Vamos a darte este.

—Sabrán que algo no cuadra.

Denny estaba balanceándose adelante y atrás y no podía parar de restregarse las manos por los laterales de las piernas.

—Todos los teléfonos que he tenido los robé. Si tuviera teléfono, lo hubiera cambiado por una bolsa. Yo me desprendo de todo, y ellos lo saben. Sabrán que algo no anda bien.

—Pues acabas de conseguir un teléfono nuevo. Alguien te lo ha regalado. Te lo ha regalado tu hermana para tenerte controlado. Di lo que tengas que decir, pero este teléfono se queda contigo. —El agente pulsó la pantalla, abrió las fotos y le dio la vuelta al teléfono para que Denny pudiera verlo—. Les enseñarás esta foto.

Los agentes habían hecho unas cuantas fotos rápidas de Raymond Mathis tumbado en el suelo de la cocina. Ahora, Ray estaba sentado a la mesa con el *sheriff* y su ayudante y Denny podía oírlos hablar, pero no entendía nada de lo que decían. El anciano llevaba un trapo húmedo en la mano y estaba limpiándose la sangre del cuello. Había demasiada gente hablando a la vez.

—Denny, ¿me estás escuchando?

—Sí.

—Le enseñarás esta foto para demostrarle que lo has hecho.

—No es necesario que lo demuestre.

—Por el amor de Dios, Denny, fuiste tú quien nos dijo que quería una foto. Es la única razón por la que hemos hecho todo esto. Parece que hayamos recreado una escena de *Titus Andronicus* en esa cocina.

—¿Quién?

—No importa quién. La cuestión es que todo está patas arriba y la única razón es que dijiste claramente que quería una foto. Y ahora dices que no la necesita. Coge este teléfono y enséñale esta foto.

—Haciendo un par de llamadas lo averiguará. Si hubo gente que sabía lo que le había contado a la poli, seguro que tienen gente que les confirme si alguien que yo digo que está muerto lo está realmente. —Elevó el tono de voz—. Díselo, Ray. Diles que tienen gente infiltrada. Tienen gente que sabía que había acudido a la policía. ¿No cree que pueden hacer una o dos llamadas y saber si han encontrado un cadáver aquí?

—¿Y quién dice que han descubierto el cuerpo, Denny? ¿Quién dice que ha venido alguien a esta casa? Hablamos de dentro de un par de horas. Podría pasarse semanas aquí tirado hasta que lo encontraran.

—Ya, pero si lo hacen…

—No te preocupes por eso, Denny. —El agente lo interrumpió. Luego extendió el brazo y lo agarró del hombro, y Denny no recordaba la última vez que alguien lo había tocado si no estaba a punto de partirle las piernas. Aquello le dejó una sensación desagradable en medio del pecho—. Tú concéntrate en lo que te digo. Nosotros nos ocuparemos de todo.

—Sí. —Denny miró la mano que le había apoyado en el hombro y luego su cara. El agente desprendía frialdad, y Denny no sabía si era por la situación o por su carácter, pero en aquel momento no importaba. Era un pensamiento más que se le pasó por la cabeza como una exhalación y desapareció antes de que encontrara respuesta—. Sí, de acuerdo.

—Ocurra lo que ocurra, lleva este teléfono en el bolsillo.

—El teléfono sí, pero no pienso llevar un micrófono. Si entro ahí, me cachean y encuentran la grabadora pegada a la barriga, da igual quién haya esperando fuera. Soy hombre muerto. No pienso llevar micro.

Otro agente, un hombre bajo y fornido con una perilla bien perfilada, se acercó y le tendió una gorra de béisbol al policía que dirigía todo aquello.

—Esto no es como en las películas, Denny. No vamos a pegarte una grabadora a las costillas. Llevarás la gorra, y este botón que tiene encima es un micrófono. Ese micrófono se comunicará con el teléfono que llevas en el bolsillo.

—Yo nunca me pongo gorra.

—Pues esta sí te la pondrás.

—No pienso ponérmela. Yo nunca llevo gorra. Usted no lo entiende, señor. Esa gente me conoce. Esa gente me conoce de toda la vida. Saben que no llevo gorra. No me han visto con gorra en su vida. Y ahora quieren que repente entre ahí con una gorra. ¿Qué se supone que pensarán? «Ah, Denny Rattler hoy ha decidido ponerse gorra». ¿Eso es lo que pensarán? No me la pienso poner.

—Todd, ¿tienes otra cosa en el coche?

El agente se volvió hacia el hombre fornido que le había traído la gorra.

—No lo sé.

—Pues vete a mirar.

Al cabo de un minuto, el agente entró de nuevo con una cazadora vaquera colgando del antebrazo.

—Esto es todo lo que tenemos.

—¿Te parece bien llevar esta chaqueta, Denny?

—No tengo ninguna que se parezca a esa.

El agente negó con la cabeza y se echó a reír.

—¿Tú crees que esa gente controla tu armario? O la chaqueta o la gorra, una de dos.

—Pero ya le he dicho que yo no llevo gorra.

—Pues entonces la chaqueta. Diles que te la pusiste para tapar la sangre que llevabas en la camisa.

A Denny le pareció la primera cosa lógica que decía aquel hombre.

—Eso tiene sentido.

El agente le dio la chaqueta para que se la probara. Las mangas le iban cortas y le quedaba ajustada a la altura de los hombros. Además, ya llevaba una sudadera gris que había encontrado en una cuneta, así que el calor era insoportable en aquella habitación. Denny estaba volviéndose loco y no sabía cuánto aguantaría allí encerrado.

—No toquetees ese botón, ¿de acuerdo? Hagas lo que hagas, no toques el botón.

—Parezco idiota con esta chaqueta.

—A ellos no les importa una mierda la pinta que lleves, Denny.

Cordell Crowe cruzó el salón y se situó con los puños cerrados al lado del agente. Aunque Denny no confiaba en ninguno de aquellos policías, sabía que Cordell probablemente era el único hombre sobre la faz de la Tierra al que debía escuchar en aquel momento.

—Sí, sí, de acuerdo.

El agente se fue y Cordell se sentó a su lado en el sofá.

—Todo saldrá bien. Tú haz lo que te han dicho y todo saldrá bien.

—No puedo permitir que le pase nada a Carla. Eso es lo que no entiende esa gente. Si la cago, lo pagará ella. No puedo…

—A tu hermana no le ocurrirá nada. Yo me ocupo de eso. Tienes mi palabra, Denny. Tú haz lo que te han dicho, ¿de acuerdo?

—Sí —respondió Denny, pero nada de lo que oyó ayudaba.

No había estado tan asustado en su vida. Cuando un hombre llegaba al final de algo, una cosa era mirarte las manos y ver tu vida hecha pedazos y otra bien distinta volver la vista atrás y ver todo lo que había quedado destruido. La vida solo podía seguir una dirección, y lo que había atrás era algo poderoso y permanente. Durante mucho tiempo se había negado a volver la cabeza. Ahora no podía soportar la idea de seguir adelante.

36

La Suzuki maldijo y escupió a un paisaje que parecía estar riéndose, pero Denny no podía dejar de imaginarse a Jesús colgado en la cruz. Un hombre era lo bastante altruista para dar su vida por todas las personas de la Tierra y allí estaba Denny, que no había hecho otra cosa que coger. Estaba llorando y le caían las lágrimas por las comisuras de los ojos. Algunas le mojaron las patillas y las orejas, mientras que otras saltaban de su cara como gotas de lluvia.

Hizo un alto en el Quality Plus de la 441 para tranquilizarse. Al lado de los expositores de periódicos había un anciano malhumorado con un gancho por brazo fumando un cigarrillo con la mano buena. Denny le pidió uno y el hombre se lo dio. No hablaron, pero Denny no paraba de mirarlo y, cuanto más lo hacía, más le recordaba a Jesús, pero bien afeitado, con el pelo corto y un gancho, si es que Jesús alguna vez tuvo ese aspecto. El hombre se montó en un Mercury abollado en el que esperaba una mujer con un tatuaje en el cuello.

—¡Gracias por el cigarrillo, señor! —gritó Denny antes de que se cerrara la puerta, pero el hombre no lo oyó o no le hizo caso, y ahora estaba allí solo.

El aire estaba tan muerto que el humo se había posado sobre las montañas como una sábana encima de una mesa en un mercadillo. La ceniza que caía del cielo le salpicaba el pelo y los hombros de la cazadora vaquera. En la esquina del edificio había un todoterreno aparcado, y Denny vio al agente observándolo por detrás del volante y tapándose la cara con la mano.

Solo quedaban unos quince kilómetros. Dentro de un rato estaría en aquella casa con sus últimas cartas sobre la mesa y esperando a ver qué ocurría. Pensó en su hermana y en qué se le pasaría por la

cabeza cuando apareciera Cordell en su casa. Se preguntaba si saber que había puesto su vida en peligro levantaría el muro definitivo entre ellos.

Las decisiones tienden a acumularse. Se te escapan las cifras. Cuanto más tiempo pasa, más difícil es entender las cosas. A veces no hay manera de contabilizar los errores que has cometido a lo largo de tu vida, y Denny sabía que había rebasado ese punto hacía mucho, que durante años, la relación con su hermana había sido más de compasión que de perdón.

Cuando se montó en la Suzuki y salió de la gasolinera, el todoterreno esperó a que pasaran unos cuantos coches y lo siguió, pero Denny no lo veía porque le sacaba cierta ventaja. Era casi medianoche cuando llegó a la casa. Estaba solo. No había lunas o estrellas que penetraran en la neblina, pero la luz del porche iluminaba el patio y captó el brillo de su casco turquesa cuando lo apoyó en el asiento de la moto.

En el porche había un hombre grueso de piel pálida.

Iba descalzo y tenía las perneras del chándal llenas de barro y metidas por debajo de los talones. Llevaba una camiseta roja con las mangas cortadas y tatuajes en los brazos. En la piel de los hombros se apreciaban pequeñas estrías blancas de levantar pesas. Ya no llevaba el mismo peinado que en el instituto para no parecerse a las fotos que publicaban en el periódico, pero Denny lo reconoció de todos modos.

Había jugado de defensa, y a punto estuvo de conseguir el primer campeonato estatal de *rugby* para Cherokee. Llevaba la cabeza afeitada, pero aún conservaba aquella cara de calabaza que le elevaba las mejillas hasta los ojos.

—¿Watty está dentro?

—Sí, está ahí.

Cuando Denny se disponía a subir las escaleras, el hombre corpulento le presionó el pecho con la mano.

—Tú espera aquí.

Denny levantó las manos y miró donde lo había tocado aquel hombre. Luego estudió el cuello levantado de la cazadora vaquera y el botón que los agentes le habían dicho que no tocara y se preguntó si ya se olía algo raro cuando cerró la puerta.

Había una polilla gigantesca revoloteando alrededor de la luz

del porche y Denny la vio posarse encima. La polilla abrió las alas. Era de color marrón y tenía unos ojos grandes como los de un búho. Denny se los quedó mirando como si estuviera viendo el futuro en ellos, y la polilla osciló de un modo que parecía que estuviera parpadeando. Denny estaba intentando dilucidar qué significaba todo aquello cuando se abrió la puerta y el tipo corpulento lo invitó a entrar. Por un segundo, Denny no se movió. Se quedó al borde del porche contemplando aquella polilla, pero no había nada que entender. En este mundo ya no había nada que entender.

El pastor australiano de Watty gruñó desde el umbral situado al fondo del pasillo, y sus colmillos reflejaron la luz que salía de la habitación. Denny siguió al hombre en medio de la oscuridad y el suelo crujió bajo sus pies. El perro le olisqueó las piernas y los zapatos cuando entró en el salón, pero luego se tranquilizó y fue corriendo a reclamar su sitio en el sofá. Watty Freeman estaba en su sillón de piel negra y entrecerró los ojos cuando el humo del cigarrillo le subió por la cara. Sostenía una cerveza fría contra el bulto que tenía en la frente.

Watty llevaba una sudadera negra con capucha y unos pantalones Dickies marrones con la parte delantera desteñida a la altura de los muslos. Tenía el pelo mojado como si acabara de salir de la ducha y con la mano que le quedaba libre estaba echándoselo hacia atrás con un peine de dientes finos. Denny volvió la cabeza y vio al hombre corpulento llenando todo el umbral. No había manera de irse por donde había venido. Luego miró la cristalera que tenía delante y después al perro. El pastor australiano se le habría echado encima antes de que llegara al lateral de la casa.

Entonces lo invadió una calma inesperada, ya que, si no había escapatoria, no podía hacer otra cosa que rendirse. Recordó cuando era niño y fue a Oklahoma con su tío para asistir a una asamblea de indígenas. Tenía mucho miedo de subirse a aquel avión y en la pista de aterrizaje estaba aterrado, pero en cuanto empezaron a rugir los motores y el morro se elevó hacia el cielo, aquellos temores se desvanecieron. Podías vivir o podías morir, y no podías hacer una mierda al respecto.

—Siéntate, Denny Rattler.

—¿Dónde?

—En ese sofá.

—¿Y el perro?

—¿Te dan miedo los perros?

—No, no me dan miedo los perros.

—Pues entonces siéntate.

Denny fue hacia el sofá tambaleándose y se sentó lo más cerca posible de la puerta. El pastor australiano estaba tumbado con la cabeza apoyada en las patas delanteras, pero se acercó a Denny cuando se sentó. Sus pezuñas se clavaban en los cojines como la punta de un cuchillo. De repente, empezó a lamerle la cara y Denny se echó a un lado entrecerrando los ojos. Luego extendió el brazo para rascar al perro detrás de la oreja y a punto estuvo de perder la mano.

—¡Bruce! —Watty chasqueó los dedos—. ¡Baja de ahí!

El perro miró a Watty y después a Denny, bajó las patas del sofá y estiró el lomo perezosamente.

—Ese perro vive según sus propias reglas.

Bruce se acomodó debajo de los pies de Watty.

—No pasa nada —dijo Denny limpiándose las manos en las perneras. El síndrome de abstinencia iba a más y los sudores fríos empezaban a penetrar en él. Tenía los huesos como témpanos y la piel al rojo vivo.

—No esperaba verte tan pronto.

—Hice lo que me pediste. —Denny apoyó su peso en la cadera izquierda y sacó el teléfono del bolsillo—. Hice una foto tal como me dijiste.

Desbloqueó la pantalla y buscó en las fotos. Había una imagen de Raymond Mathis en el suelo de la cocina. Estaba desenfocada y la habían hecho a unos metros de distancia mirando hacia abajo. Los agentes dijeron que resultaría más natural, pero Denny no estaba muy convencido. Se deslizó por el sofá y tendió el teléfono a Watty, que miró la pantalla inexpresivo.

—Déjame verte las manos.

—¿Para qué?

—Extiende los brazos y déjame mirártelas.

Denny extendió las manos delante de él como si estuviera apoyándolas en una barra imaginaria. Le temblaban los dedos.

—Ahora las palmas.

Denny volteó las manos y Watty estudió las líneas como si

intentara leerle el futuro.

—Ni un rasguño —dijo—. Cuando un hombre hace lo que has hecho tú, suele tener cortes en las manos. Es inevitable. Te manchas de sangre, se te resbala el cuchillo y te cortas en el forcejeo. Pero tú no tienes ni un solo arañazo en las manos ni sangre debajo de las uñas. Parece que te acaben de hacer la manicura. ¿Cómo es posible?

—No lo sé.

—¿Que no lo sabes?

—Me lavé muy bien las manos.

—¿Y cómo ocurrió? ¿Cómo se desarrolló todo?

—Lo degollé con el cuchillo y estuvo como un minuto tambaleándose hasta que se desplomó como un borracho.

—Como un borracho, dice. —Watty sonrió y miró al hombre corpulento que había en el umbral—. O estás mintiendo o eres un asesino despiadado.

—Yo no he dicho eso.

—Entonces, ¿qué has dicho?

—Estás poniendo palabras en mi boca que yo no he dicho.

—Pues cuéntamelo.

—No quiero.

—¿Por qué?

—Porque no fue nada fácil. Nada es fácil.

—Supongo que tienes razón. Supongo que en eso tienes razón. Nada es fácil. —Watty hizo una pausa y miró de nuevo la fotografía —. Menudo estropicio, eso sí. ¿No se te ocurrió utilizar una pistola? Te habría sido mucho más fácil.

—No tengo pistola.

—Si está muerto, está muerto, supongo. Pero lo has dejado todo hecho un desastre. Ábrete la chaqueta.

Denny llevaba la sudadera manchada de sangre.

—Ni te has molestado en cambiarte de ropa.

—He venido directo.

—Exacto. Y, como decía, ni siquiera te has molestado en cambiarte de ropa.

—No tengo más ropa.

—Ni ropa, ni pistola ni nada. —Watty negó con la cabeza y sonrió con aires de superioridad—. Da pena verte, amigo. ¿Qué habría ocurrido si te hubieran parado de camino hacia aquí? ¿Qué

habrías dicho si un agente te hubiera preguntado por qué ibas lleno de sangre?

—No lo sé.

—Ese es el problema, Denny.

—¿Qué problema?

—Que no tengas respuestas.

—Bueno, si me lo preguntas así, no se me ocurre nada. Pero pensaría en algo si tuviera que hacerlo.

—¿Y estás totalmente seguro de que no hay nada en la casa del viejo que lleve a la policía hasta ti cuando empiece a investigar? Porque investigarán, Denny, y más te vale no haberte dejado nada allí. Si lo hiciste, ya puedes ir pensando una respuesta más decente que «no lo sé».

—Fui cuidadoso.

—Sí, ya se ve que fuiste muy cuidadoso. Borra esa foto. Es más, deshazte del teléfono. Ahora pueden conseguir información de los teléfonos móviles y saber exactamente dónde estás. —Watty le devolvió el móvil y apagó el cigarrillo en un cenicero de porcelana que había encima de la mesita situada delante de él—. Deshazte también de esa ropa. Quémala. Me da igual si tienes que ir desnudo. ¿Lo entiendes?

—Sí —dijo Denny—. Lo entiendo.

—Y si esto tiene consecuencias para ti, se acabará ahí. Pero si esa línea va más allá de ti en algún momento, habrá lo mismo en juego entonces que ahora mismo. ¿Entiendes lo que te digo?

—Nunca tendrá consecuencias para mí.

—Pero, si las tiene… ¿Entiendes lo que te digo? —Watty arqueó las cejas, pero no esperó a que contestara—. Mataré a tu hermana con mis propias manos solo para poder ir a visitarte a la cárcel y ver cómo se apaga la luz de tus ojos. La destriparé como si fuera un puto experimento científico.

Denny notó que estaba apretando los puños. Frunció el ceño y tensó tanto la mandíbula que tuvo la sensación de que iban a rompérsele los dientes. Era todo cuanto podía hacer para no levantarse del sofá y retorcerle el cuello a Watty Freeman como si fuera una bayeta.

—No me mires así, Denny.

—¿Así cómo?

—Como si ya hubiera pasado. Como si ya lo hubiera hecho.

Denny no dijo nada.

—Me robaste, y ahí empezó todo. No lo olvides. Tú me rascas la espalda a mí y yo te la rasco a ti.

—Ya, vale.

—Y para demostrarte que no te guardo rencor, tengo un regalo para ti. —Watty metió la mano debajo de la mesa y sacó un paquete de plástico blanco con forma de puro—. Teniendo en cuenta todo lo que ha pasado, no podré servirte en una buena temporada, así que, mientras tanto, esto es para ti.

—¿Qué es?

Watty retorció el paquete y el plástico se rompió. Dentro había un palo corto con una especie de bala blanca al final.

—Una piruleta de morfina. Un colega mío las consiguió a través de un amigo que trabaja en un hospital para enfermos terminales.

—Estoy bien.

—¿Qué estás bien? ¿Quieres decir que ya vas colocado?

—No.

—Pues guárdatela en el bolsillo. Llévatela. A mí me da igual.

—No la quiero.

—¿No la quieres?

—Lo estoy dejando.

Watty soltó una carcajada y dejó la piruleta de morfina encima de la mesa, donde rodó describiendo medio círculo como si fuera la maneta de un reloj. Después cogió un paquete de tabaco y se encendió un cigarrillo mientras se levantaba. Ahora se encontraba delante de Denny y este no sabía qué pensar sobre lo que estaba sucediendo. Hubo un cambio en el ambiente, un cambio de tensión físico, como cuando llega una tormenta de verano y las hojas de los álamos se vuelven plateadas. A Denny se le erizó todo el vello del cuerpo.

—Acércate un momento, Billy.

El hombre corpulento que estaba en el umbral cruzó la habitación y disipó el humo que se había acumulado a la altura de su pecho.

—Aguántamelo.

—¿Qué? —dijo Denny, pero antes de que pudiera pensar más, el hombre corpulento lo agarró de las muñecas y lo puso boca arriba

en el sofá. Denny agitó los codos como si fueran alas, pero tenía las muñecas inmovilizadas e intentó zafarse. Watty sacó una pistola del pantalón y Denny empezó a mover las piernas frenéticamente.

—Si me das una patada, Denny, te arranco los dientes uno a uno —dijo, apartándose.

No tenía sentido resistirse. El perro ladraba tan fuerte que a Denny le dolían los oídos. Dejó caer las piernas. Watty le puso la pistola debajo de la barbilla hasta que Denny tuvo que echar la cabeza hacia atrás. Estaba mirando la parte inferior de una lámpara, cuya bombilla en espiral emitía una luz cegadora. Solo podía ver aquella luz, pero olió a Watty encima de él, un olor a champú anticaspa, desodorante de un dólar, tabaco y perro.

—Hay un par de cosas que has dicho que me preocupan —dijo Watty con gravedad—. Vuelves de hacer lo que dices que has hecho y no tienes ni un rasguño en las manos. Ni siquiera pareces inquieto. Si alguien hace algo desde lejos, puede que me convenza de que había que hacer las cosas de una manera. Pero ¿así de cerca? Cuando un hombre mata a otro como tú dices, no se va de allí tan tranquilo. Y ahora dices que quieres dejarlo. No hace ni un día ibas tan colocado que no parabas de cabecear en ese sofá y ahora hablas con tanta lucidez como un predicador. No tiene sentido, Denny. Algo no cuadra.

—Hice exactamente lo que me pediste.

Denny respiró hondo.

—Sí, eso dices, y lo sabré muy pronto. Haré un par de llamadas y averiguaremos muy rápido si la historia que cuentas se sostiene.

Denny notó como si la sudadera le apretara el cuello y tuviera unas manos frías dentro del estómago. Watty le deslizó los dedos entre las costillas y subió hasta el pecho cacheándolo y registrándole los bolsillos de la cazadora y los vaqueros.

—¿Qué cojones haces?

—¿Dónde está el micrófono?

—¡No llevo un puto micrófono!

—No me mientas, Denny.

El extremo del cinturón de Denny golpeó el antebrazo de Watty cuando este le desabrochó los pantalones. De repente, Denny llevaba los vaqueros por los tobillos e intentó mover los pies, pero se hallaba inmovilizado y no sabía qué podía ocurrir. Estaba

totalmente convencido de que aquel era su final, con aquel tipo corpulento agarrándolo y Watty Freeman sacándole las tripas y, así de rápido, mientras esos pensamientos se arremolinaban en su cabeza como un ciclón, todo habría acabado.

Watty se irguió e inspeccionó el cuerpo de Denny de la cabeza a los pies. Le caía el pelo por la cara y se lo echó hacia atrás con un movimiento de cuello. Después se pasó los dedos por el cabello, se lo recogió con la mano, se quitó una goma de la muñeca y se hizo una coleta.

—Déjalo.

El hombre corpulento soltó a Denny.

—¿Qué coño te pasa? —Denny se levantó con el culo al aire e intentó subirse los pantalones. Se le habían pegado las piernas al cuero barato de los cojines. Cuando consiguió subirse los pantalones hasta la cintura, se ciñó el cinturón—. Ya te he dicho que no llevaba micrófono. Hice lo que me pediste. Me dijiste que matara a ese hombre y eso es lo que he hecho. Si querías hacerlo de una manera determinada, tendrías que habérmelo dicho, pero no lo hiciste.

—Sí, supongo que tienes razón.

Denny se levantó del sofá y se agachó a coger la piruleta de morfina de la mesita. Se la guardó en el bolsillo y, sin pedir permiso, sacó un cigarrillo del paquete que Watty había dejado en el reposabrazos del sillón. Watty se puso a reír y negó con la cabeza.

—Se acabó —dijo Denny—. Esto se acaba aquí mismo.

Watty dio un paso adelante y se sacó un Zippo del bolsillo de los Dickies, lo encendió y lo sostuvo entre ambos. Denny se inclinó y volvió a apartarse cuando el tabaco prendió. Dio una larga calada al cigarrillo, exhaló por la nariz y el humo le cayó por delante del pecho como una cascada. Luego echó a andar, y ya casi había llegado al pasillo cuando Watty habló.

—Te olvidas de algo.

Denny se dio la vuelta y vio que Watty tenía el teléfono móvil. Durante el forcejeo, se le había caído del bolsillo y acabó en el sofá sin que se diera cuenta. Denny extendió el brazo y le arrebató el móvil de la mano.

—Quema esa ropa, Denny.

Denny miró hacia abajo y observó la parte delantera de la

sudadera. Parecía que hubiera estado pintando un establo. Se guardó el teléfono en el bolsillo y miró al perro por última vez. Cuando estaba fuera, buscó la polilla en la lámpara del porche, pero ya no estaba. Hacía frío y el humo de los incendios reducía la visibilidad. No tenía adónde ir. Nada era fácil.

37

Cuando Denny pasó frente a las caravanas de la colina, dos haces de luz lo iluminaron lateralmente y proyectaron su silueta sobre los árboles, un cuerpo encorvado sobre el manillar de un escúter, como una figura arrojada contra la pared por la luz de una lámpara carrusel. El coche se situó detrás de él y, cuando llegó a la entrada, se apartó hacia un pequeño claro en los arbustos de laurel para dejarlo pasar.

—¡Quítate de en medio, Evel Knievel! —gritó un paleto por la ventanilla del acompañante de un Corsica destartalado. En el asiento trasero iban dos chicas colocadas riéndose a carcajadas, y Denny vio sus pómulos y sus dientes prominentes cuando el conductor pisó el acelerador a fondo y le cayó encima un reguero de gravilla como si fuera un arcoíris.

Le pitaban los oídos y miró hacia atrás por última vez para cerciorarse de que no lo seguía nadie. El casco que llevaba era enorme, y parecía una especie de buzo o astronauta rumbo al más allá.

Unos dos kilómetros más adelante estaba el todoterreno negro aparcado junto a la iglesia. Los agentes estaban esperándolo tal como habían dicho, y Denny se preguntó cuánto habrían tardado en entrar por la puerta si las cosas se hubieran puesto feas, porque desde luego parecía que las cosas iban por mal camino. Denny se detuvo en el arcén, pero no entró en el aparcamiento. Una farola dibujaba un amplio círculo azul sobre el asfalto y pudo verlos observándolo desde el borde exterior.

A su lado había un buzón de hojalata. Denny se quitó la cazadora vaquera y sacó el teléfono del bolsillo. Sostuvo ambas cosas en alto para que los agentes las vieran, las metió en el buzón

y cerró la tapa. No sabía si lo seguirían, pero ya no importaba. Tenía la sensación de que el mundo se le venía encima y necesitaba espacio para respirar.

Cuando llegó al pueblo se dio cuenta de que no había nadie detrás. La ansiedad dio paso a otra sensación, una nostalgia triste mientras recoma la misma carretera que había recorrido toda su vida, los aparcamientos vacíos, la noche en silencio salvo por el sonido de su motor.

La población más importante de Cherokee era una extraña combinación: una ciudad turística venida a menos y llena de nuevas construcciones. Cuando era pequeño, antes de que existiera el casino, solo existía la vieja ciudad, y una parte de Denny siempre se había avergonzado de cómo se habían vendido: tiendas que ofrecían hachas de cuero con plumas de colores llamativos colgando de la empuñadura; cuentas horteras de peces y pájaros cosidas a monederos fabricados en Vietnam, y carteles de neón y trípticos anunciando tipis como si fueran una tribu de las llanuras que no pertenecieran a aquellas montañas. En algún lugar de Indonesia había una máquina escupiendo puntas de flecha de cinco centavos que los comerciantes podían comprar a miles y vender por dos dólares cada una.

Debido al humo de los incendios, parecía que estuviera conduciendo en sueños. A la derecha había un refugio al aire libre con tejado de cedro que llevaba allí toda la vida, y Denny se detuvo en la cuneta rememorando sin cesar. Recordó el verano que fue a vivir con su tío. El anciano no tenía dinero para un campamento de verano o un centro de día, así que Denny y Carla pasaban el rato dibujando con tiza en el asfalto agrietado o jugando a la rayuela y al tres en raya en el aparcamiento mientras su tío bailaba para los turistas.

El tío Griff era un hombre bajo con unas pantorrillas gruesas como jarras de cinco litros, y el tocado de plumas se arrastraba por el suelo mientras se movía y cantaba al son de un tambor. Era de lo más cutre. Su gente nunca había llevado tocados y era solo para adaptarse a la imagen que los turistas querían creer. Denny y Carla se turnaban para mofarse de su tío mientras bailaba, dos niños mugrientos con ropa de segunda mano saltando sobre una pierna y ululando a la sombra de minifurgonetas con matrículas de fuera del

estado. A veces, Denny rezaba para que a su tío se le enredaran los pies en el tocado y cayera de bruces delante de toda aquella gente para que supiera lo bochornoso que era para ellos, pero, por supuesto, nunca ocurrió. Su tío bailaba con los ojos cerrados. Cada movimiento era un paso adelante bien ensayado y las plumas se deslizaban por el suelo como una cola de colores chillones.

Ahora, Cherokee era un lugar distinto. El casino lo había cambiado todo. Los pequeños comercios que vendían puntas de proyectiles y atrapasueños estaban desapareciendo. Los niños aprendían y hablaban un idioma que antaño se lavaba con jabón de la boca de sus abuelos. Había palabras nativas en todos los edificios y carteles nuevos, palabras que veinte años antes se hallaban al borde de la extinción. Estaba produciéndose un renacimiento y eso debería haber colmado de orgullo a Denny, pero en cambio le hacía sentirse vacío y avergonzado. Él era uno de los marginados a los que señalaban con el dedo, el indio borracho, el indio drogadicto esperando un cheque de los casinos para pincharse en el brazo. En su mente aún podía oír el sonido del tambor y ver a su tío bailando sin camiseta, sudoroso, rodeado de un aroma húmedo a madreselva, y deseaba ardientemente volver atrás.

El síndrome de abstinencia le retorcía por dentro cuando pasó por delante de moteles mal iluminados y relucientes vallas publicitarias. Estaban los dolores y las náuseas, claro, pero la sensación que lo superaba siempre era difícil de explicar a quien no la hubiera experimentado. Era como si existiera un yo interior y un yo exterior, la conciencia y el cuerpo y, cuanto peor se encontraba, más le parecía que la parte interior se había separado y marchitado como un gusano secado por el sol. Aquella parte interior se encogía hasta convertirse en algo frío y quebradizo, y su cuerpo no era más que un cascarón, como si estuviera tambaleándose dentro de un disfraz que le iba grande. Había una brecha literal y física entre ambas partes. Notaba la separación entre ellas, dos centímetros tal vez, en ocasiones más, y lo único que podía volver a unirlas era la droga. Cuando se pinchaba notaba un calor que llenaba esa parte interior como si fuera un globo, y ahora anhelaba sentir aquello.

En casa de Carla todas las luces estaban apagadas. No sabía si estaba dentro durmiendo o si Cordell Crowe la había llevado a un lugar seguro. Por supuesto, nada de eso importaba. Horas antes,

Denny tenía un plan en mente, pero el plan de ver a su hermana y entrar en rehabilitación para desintoxicarse desapareció cuando Watty le puso una pistola debajo de la barbilla. Los buenos pensamientos siempre parecían centellear y consumirse como fuegos artificiales. Al final siempre estaba la oscuridad.

Denny imaginó a su hermana dormida, con los brazos doblados debajo de la cabeza y una almohada entre las rodillas. La imaginó así, durmiendo, moviendo los ojos detrás de los párpados, soñando con algo mejor que su vida. Parte de él quería llamar a la puerta y despedirse de ella, pero no tuvo valor para despertarla.

Llenó el depósito bombeando gasolina de un Jeep Wrangler con unos neumáticos anchos y un cartel de «se vende» colocado entre el salpicadero y el parabrisas y siguió subiendo por la carretera. Siempre le invadía la inquietud cuando se aproximaba a la frontera. Para empezar, las fronteras eran algo extraño —qué pertenecía a quién y quién pertenecía dónde—, todas aquellas cosas imaginarias tratadas como algo concreto para que nuestras vidas estuvieran gobernadas por el absurdo. Le costaba comprender aquel sinsentido, pero cada vez que cruzaba aquella línea se ponía ansioso. La frontera era una bendición y una maldición, un lugar en el que se sentía a un tiempo seguro y atrapado, pero sabía que no podía quedarse allí.

Denny Rattler no tenía ni idea de lo que había en Atlanta, tan solo una imagen de una cúpula dorada brillando bajo la luz del centro de la ciudad al pasar por la autopista cuando era niño. No conocía a nadie allí, y esa era la idea. Empezaba a pensar que la naturaleza cíclica de las cosas tal vez iba ligada a las cosas que nunca cambiaban, que su vida pasaba y se agarraba a personas y lugares como si fueran el tope de una ruleta.

En la autopista, tomó la 74 oeste hacia Bryson City, y cuando llegó al puente en el que el río Little Tennessee River se adentraba en Fontana, vio las montañas ardiendo unos kilómetros más al sur. El incendio de Tellico había devorado ya casi seis mil hectáreas. Denny Rattler se detuvo en el arcén y sacó la piruleta de morfina del bolsillo.

Había una pelusa pegada al caramelo y la quitó antes de llevárselo a la boca. No tenía sabor, tan solo una leve dulzura como de azúcar aguado. Puso el caballete al escúter y se sentó en el polvo

de la cuneta con la cabeza apoyada en el guardarraíl. El resplandor del incendio ondeaba en tonos rojos y negros como una masa de agua que baila con la puesta de sol, y se quedó allí sentado notando el frío del metal en la nuca, cautivado por las olas de fuego.

Pegó las rodillas al pecho y movió la piruleta con la lengua. Le sorprendió lo rápido que surtió efecto. Una sensación cálida y fluida se propagó por todo su cuerpo, y la parte interior que había quedado reducida a la nada empezó a crecer poco a poco. Cerró los ojos y degustó aquella sensación.

Cuando parpadeaba solo veía el incendio a lo lejos y notaba el calor y su cuerpo acogiendo aquel ritmo para que retumbara en su interior, recorriéndole los brazos y las piernas e irradiándose desde las puntas de los dedos de las manos y los pies. Extendió los brazos y notó la temperatura presionándole las palmas de las manos.

Durante meses estuvo convencido de que el mundo iba directo hacia un final de alguna clase, pero ahora ese final dio lugar a algo nuevo. Denny se quitó la ropa y la tiró al río como si estuviera mudando de piel. Solo llevaba unos calzoncillos y unas zapatillas de deporte rotas y alargó los brazos como si fuera Jesucristo. El fuego le tocó la piel. Su mente regresó a una tarde que estaba trabajando en la construcción y se tumbó encima de unas tejas oscuras sin camiseta y notó el calor del tejado en la espalda y el sol de julio sobre el pecho mientras sostenía una cerveza fría. Era lo más parecido a la sensación que llevaba persiguiendo mucho tiempo y, sobrecogido, se echó a reír sabiendo que no duraría mucho, que nunca duraba mucho.

Le quedaban doscientos cincuenta kilómetros por delante y tendría suerte si llegaba al amanecer. Se sacudió el pelo de ambos hombros y se puso el casco. La Suzuki rompió el silencio de la noche con su fuerte aullido de cortacésped y, mientras conducía, el mundo respiraba contra él, el humo se disipaba y lo que quedaba de la morfina chasqueaba entre sus dientes. Observó la oscuridad por el retrovisor y luego volvió los ojos a la carretera y ya no miró atrás. Poco a poco, las montañas cedieron paso a una llanura. El faro de la moto se proyectaba tenue hacia delante.

38

Transcurrió una semana sin ningún indicio de que el dique fuera a romperse. Era primera hora de una mañana de finales de noviembre cuando la inundación reemplazó a la calma. La DEA y la Agencia Estatal de Investigación contaron con recursos de cinco condados, incluyendo equipos tácticos de Haywood, Macon y Jackson. Más tarde, los informativos lo calificarían como la operación más grande de la historia de Carolina del Norte occidental, trece redadas simultáneas sincronizadas al segundo.

Holland era el director de orquesta. El día de las redadas dejó su mejor traje, uno negro que reservaba para los entierros y las fotografías, en el asiento trasero de su coche. Tenía miedo de gafarlo si se lo ponía, así que se enfundó unos pantalones chinos y un polo como casi todos los días. Si todo iba bien, se cambiaría en el cuarto de baño para aparecer medio adecentado ante las cámaras.

Era difícil no ser supersticioso cuando te jugabas la vida con tu trabajo. Si tomas el café de cierta manera, si comes dos huevos estrellados con tostadas, sobrevives. El hecho de que sigas vivo al final de la jornada significa que algo ha funcionado, de modo que a la mañana siguiente te despiertas y lo haces una y otra vez. Casi nunca salía a la calle, y solía pasarse el día sentado en una mesa, así que corría más riesgo de padecer síndrome del túnel carpiano que de recibir un balazo, pero era difícil romper con las viejas costumbres.

Cordell Crowe le había rogado a Holland ser él quien esposara a aquel hijo de puta, así que Holland se reunió con él y el jefe de policía en la comisaría cuando el sol empezaba a asomar por detrás de las montañas. Durante meses, Holland había escuchado grabaciones de un hombre que al parecer se consideraba intocable,

y por fin había llegado el momento de ponerle cara a aquella voz.

El agente Donnie Owle entró en su despacho a las ocho y media con la comida en una bolsa de papel y un café comprado en la gasolinera. Delante de su mesa había dos sillas. Holland estaba sentado en una de ellas con el tobillo derecho apoyado en la rodilla izquierda. El jefe de policía ocupaba la otra con los codos apoyados en los muslos. Al mirar a Owle costaba creer que él fuera el cerebro o el músculo. Era de mediana estatura y gordo. Le colgaba la barriga por encima del cinturón y tenía la cabeza tan lisa como un melón. Una espesa perilla gris formaba un cuadrado alrededor de la boca y llevaba una de las cuerdas de la corbata de bolo metida en el bolsillo de la camisa.

Por un instante adoptó una expresión de desconcierto al entrar por la puerta, pero no dijo nada cuando Holland se levantó. El jefe le indicó que pusiera las manos detrás de la espalda y lo hizo sin mediar palabra. Holland vio lo mucho que deseaba Cordell Crowe que aquel cabrón achaparrado dijera o hiciera algo que le diera una excusa para propinarle un puñetazo en la nariz, pero las cosas se desarrollaron con tranquilidad.

Lo cierto era que las cosas rara vez eran como en las películas. Los tiroteos y la sangre quedaban bien en la pantalla, pero cualquiera con dos dedos de frente sabía cerrar la boca, pedir un abogado y dejar que la partida se jugara en los tribunales. Solo los culpables o los desesperados intentaban huir, y Owle se negaba a parecer ninguna de las dos cosas. Adoptó una expresión petulante cuando el jefe le quitó el arma y la placa del cinturón. Los imperios eran construidos y destruidos por la arrogancia. El ego bastaba para cegar a los hombres.

Para ser tan discretos fuera de Cherokee, la operación era sorprendentemente notoria dentro de la frontera. Lo único que podía imaginar Rodríguez era que debían sentirse aislados. Y, en la mayoría de los casos, lo estaban.

Había ojos y oídos atentos a todo cuanto ocurría en el exterior, y la violencia disuadía a los adictos de hablar cuando acababan delante de un policía honesto. Había tres agentes corruptos, y se programaban los envíos coincidiendo con sus tumos. En cuanto la

droga cruzaba la frontera de Georgia, estaba a salvo. Policías tribales fuera de servicio que se encargaban de la seguridad del casino de Murphy la llevaban a la frontera en el maletero de sus coches patrulla. Un par de peces gordos del consejo tribal blanqueaban el dinero. Siempre había contratos nuevos en el casino, así que movían el dinero a través de constructoras fantasma y empresas de servicios de limpieza.

Gracias a los pinchazos telefónicos, Rodríguez supo que el próximo envío sería casi el doble de grande de lo normal, y por eso esperaron una semana más antes de actuar. Entre lo que se perdió la noche que dejaron a Walter Freeman delante de la oficina del *sheriff* del condado de Jackson, el hecho de que los cheques de los casinos llegaban a mediados de diciembre y que la Navidad estaba a la vuelta de la esquina, Owle incrementó la oferta para satisfacer la demanda. Al final, los cargos por conspiración a los que contribuyó Denny Rattler serían la guinda del pastel durante el juicio. Es más difícil pedir clemencia cuando tienes las manos manchadas de sangre.

Había una casa prefabricada con laterales de vinilo al principio de Grassy Branch. Esa casa franca había pertenecido a la tía de Donnie Owle y él la heredó tras su muerte. Mantenía las luces encendidas y el césped cortado, y a los que preguntaban les decía que se embolsaba un dinero extra alquilándola. Los vecinos vivían a cuatrocientos metros y conocían a Donnie de toda la vida. Sabían que era policía, así que no era extraño que entraran y salieran coches patrulla para controlar la casa.

Rodríguez sabía que no había nadie dentro cuando el equipo táctico se reunió en el porche con la espalda pegada a la pared, pero eso no les impidió divertirse echando la puerta abajo con un ariete y destrozar la casa como una panda de vándalos adolescentes. La puerta principal daba al salón, y Rodríguez inspeccionó la estancia mientras los agentes registraban el resto de la vivienda. En el respaldo de un sofá beis había una manta verde y blanca pulcramente doblada. Sobre la mesita de cristal había un pequeño plato de porcelana con caramelos de menta y dulces de azúcar y mantequilla. Una de las paredes estaba totalmente cubierta de fotos familiares. El ambiente estaba cargado y olía a húmedo, y le pareció el lugar más extraño en el que había hecho una redada para buscar

drogas.

De repente, un agente se puso a gritar en la parte trasera de la casa y Rodríguez recorrió un estrecho pasillo para ver qué ocurría. Entró en un dormitorio en el que dos policías estaban atónitos ante dos maletas abiertas encima de una cama de matrimonio. Por más veces que lo viera, siempre tenía la misma sensación cuando contemplaba un montón de dinero o de drogas. Tenía la boca seca e intentó tragar, pero no pudo. Después se acercó un poco para verlo mejor y parecía que se le fuera a salir el corazón del pecho.

Había diez kilos colocados de lado formando dos hileras como libros en una estantería. Debajo de la heroína había bolsas de cuatro kilos llenas de cristal. La segunda maleta contenía exactamente lo mismo. A simple vista, había veinte kilos de heroína en polvo y otros diez de cristal. Aquello habría sido un gran golpe en cualquier lugar del país, pero para un agente que trabajaba con narcóticos en mitad de la nada, era una redada que podía cambiar el rumbo de su carrera profesional.

Rodríguez sonrió y miró a los agentes. No tenía palabras y se quedó allí, riéndose, con los ojos cansados y fuera de sí.

39

Durante la última semana, Raymond Mathis había tenido mucho tiempo para pensar. En lugar de salir de la ciudad e ir a algún lugar desconocido, había optado por instalarse en casa de Leah Green mientras ocurría todo. Los muertos no podían pasearse por la ciudad y, hasta que los federales actuaran, eso era exactamente lo que él era. En casa de Leah no había nada que hacer salvo pasar el rato tomando café y leyendo libros, lo cual estaba bien, pero él no estaba hecho para holgazanear. Al segundo día se sentía inquieto y, cuanto más se esforzaba en tranquilizarse, más pensamientos y recuerdos daban vueltas en su cabeza.

Por eso siempre trataba de mantenerse ocupado. Salir al huerto, ir a pasear por el bosque, arreglar la camioneta, cortar el césped de la iglesia o hacer lo que fuese para evitar que su mente deambulara hacia las sombras. Ya fuera recordar a su mujer o culparse a sí mismo por lo que le ocurrió a Ricky, la mente de Ray tenía muchos anzuelos, muchas cadenas para arrastrarlo a la oscuridad. Pero los últimos días, sin embargo, habían sido completamente distintos.

La DEA no había proporcionado un cronograma y, si Leah sabía lo que estaba sucediendo, no desveló los detalles. Por supuesto, al final las cosas podrían haber sido peores. Tommy Two-Ton estaba pasándolo en grande. Estaba casi todo el día tumbada en una pequeña cama que Leah le había montado en un rincón con cojines viejos, y perseguía a las gallinas por el patio cada vez que Ray abría la puerta. Entre los restos de comida y los premios que le daba Leah, aquella vieja sabuesa no había disfrutado tanto en su vida.

Ray estaba sentado en la mesa de la cocina con la espalda apoyada en la pared acabándose una cafetera y leyendo el final de su libro sobre los coyotes cuando Leah aparcó el coche detrás de

casa. Tommy Two-Ton fue renqueando hacia la puerta y esperó pacientemente meneando la cola sobre el suelo de madera.

La puerta se abrió y estuvo a punto de golpear a la perra en el morro, y Leah fue corriendo a la cocina como si se estuviera quemando la cena. No llevaba el uniforme habitual, sino unos pantalones verdes con bolsillos a ambos lados y una camiseta negra ajustada con la insignia del *sheriff* estampada a la izquierda. Llevaba un codo vendado y, cuando Ray la miró, se dio cuenta de que tenía la ropa manchada como si hubiera estado rodando por la hierba.

—¿Qué narices te ha pasado?

—¿Es que no ves las noticias?

—No, estaba leyendo un libro.

—¡Pues pon las noticias!

—¿Para qué?

Leah atravesó la cocina a toda prisa y, cuando Ray la siguió hasta el salón, ya tenía el televisor encendido a tal volumen que Tommy se fue. En el canal 13 acababa de terminar la pausa publicitaria y estaban emitiendo el informativo de las seis. La noticia principal era la campaña de Clinton participando en un recuento en Wisconsin, diez segundos en los que el presidente electo declaró que todo era un ardid de una «panda de fracasados». No había transcurrido ni un mes desde las elecciones y Ray ya tenía ganas de saltar desde el monte Rushmore o hacer las maletas e irse a otro sitio.

—Joder, no me apetece oír a ese soplapollas, Leah. Estaba a gusto en la cocina.

—Ten un poco de paciencia.

Ray metió los pulgares en los bolsillos y entonces anunciaron una noticia de última hora desde Cherokee.

—¡Ahora! Es esto.

Leah pulsó un botón del mando a distancia y subió el volumen al máximo.

Detrás de un montón de droga que formaba una pirámide había un grupo de policías uniformados y hombres con traje. La mesa estaba cubierta con una tela negra con el sello de la Eastern Band y su estrella de siete puntas, que representaba a los siete clanes, ocupando un lugar destacado. El titular que aparecía en la parte baja de la pantalla decía: 1,5 MILLONES DE DÓLARES, EL MAYOR DECOMISO

—¿Estás viendo eso?

—Sí, ya lo veo.

—Un millón y medio de dólares, Raymond. Un millón y medio.

Según el periodista, había veinte kilos de heroína valorados en setenta mil dólares cada uno y diez de metanfetamina que se venderían por diez de los grandes cada uno. Trece redadas se habían saldado con treinta y dos detenciones, incluidos varios agentes locales de alto rango cuyos nombres aún no se habían hecho públicos.

La noticia era muy reciente y los detalles no estaban claros, pero lo que se amontonaba en esa mesa no requería demasiadas explicaciones. El periodista afirmó que dispondrían de más información a las once y dieron paso a una noticia de hacía meses. Una comunidad situada a las afueras de Asheville no podía beber agua del grifo porque los charcos de cenizas de carbón habían contaminado el terreno.

—Extiende la mano —dijo Leah.

—¿Para qué?

—Tú hazlo.

Ray alargó el brazo.

—Cierra los ojos.

Ray hizo lo que le pedía y notó que Leah le ponía algo pesado en la palma de la mano.

—Vale, ábrelos.

Ray miró lo que le había dado.

—Una piedra.

—No es una piedra cualquiera. Hay una historia detrás y por eso te la doy.

—De acuerdo.

—¿Te enteraste de que habían pedido recursos a cinco condados? Utilizaron a nuestro equipo táctico y yo participé en una de las redadas. Adivina dónde fuimos.

—No tengo ni idea.

—Fuimos a la entrada de Big Cove y echamos abajo la puerta de aquella casa. Walter Freeman, Ray. Yo misma le puse las esposas a ese cabronazo de pelo grasiento.

—No jodas —dijo Ray, que se quedó mirando la piedra de

cuarzo blanco manchada de barro y del tamaño de una pelota de béisbol—. ¿Y qué tiene que ver la piedra con eso?

—Cuando entraron, otro agente y yo estábamos detrás de la casa, y entonces se abrió la puerta trasera y salió corriendo del porche tan deprisa como le permitían las piernas. Le apuntamos con el arma gritando que se echara al suelo y se metió en el bosque.

Cuando Leah se alteraba, se le llenaba la boca de saliva al hablar y tenía que sorberla cada dos frases para no ahogarse.

—Salí corriendo detrás de él y cuando llegó a la pendiente, tropezó con unos arbustos y lo agarré del tobillo, lo tiré al suelo y nos pasamos un minuto o dos rodando por el suelo. Intenté sacar la Taser del cinturón, pero se me puso encima y agarró mi arma reglamentaria. Me tenía boca arriba y oí al otro agente acercándose, pero metí las manos entre las hojas intentando buscar algo con que golpearlo y noté esa piedra, la cogí y golpeé al muy hijo de puta en la cabeza. Cayó hacia un lado y le aticé otra vez justo encima de los labios. Escupía sangre como si le hubiera arrancado toda la dentadura. Ni siquiera podía contestar a las preguntas que le hicieron. Solo podía asentir.

—¿Estás bien?

Ray señaló la venda que llevaba en el codo.

—Sí, estoy bien. Es solo un rasguño. Ni siquiera me han cosido.

Ray negó con la cabeza y se puso a reír.

—Eres como tu padre, pero multiplicada por dos.

—¿Tú crees?

—Estáis los dos como una cabra.

—No lo sé.

—Yo sí.

Ray lanzó la piedra hacia arriba y la cogió de nuevo. Tenía ganas de decirle que lamentaba lo ocurrido y que estaba orgulloso de lo que ella había hecho y en lo que se había convertido, pero no era de los que decían ese tipo de cosas y, cuando empezó a hablar, sus palabras trastabillaron entre los dientes como borrachos saliendo de un bar.

—Quiero… Quiero que sepas… Supongo que lo que intento decir es que…

—No tienes que decirlo. —Leah le puso una mano en el hombro y Ray la atrajo contra su pecho. Ella le tiró de la barba—. Ahora no

te me pongas cursi.

Ray gruñó y negó con la cabeza. Odiaba estar tan dispuesto a decirle a la gente lo que pensaba hasta que llegaba el momento de decirles las cosas más importantes. Podía demostrar a alguien que le quería, pero siempre tenía problemas para expresarlo con palabras.

—Supongo que eso significa que Tommy y yo podemos volver a casa en breve.

—¿Ya te has hartado de mí?

—No es eso. Solo quiero volver a casa. Además, si malcrías mucho más a esa perra volverá trotando por la 107 y se quedará aquí para siempre.

—No estaría mal.

—No creo que tus gallinas se lo tomaran muy bien.

—Esas gallinas no se toman bien nada.

Ray volvió a la cocina y Tommy Two-Ton rascó la puerta con la pata. Después cogió el abrigo de la silla y se metió el libro en el bolsillo trasero como si fuera una cartera.

—Viajas con poco equipaje, desde luego.

—Y nunca me ha faltado de nada.

Fuera, las gallinas estaban hurgando en el patio y Tommy Two-Ton las persiguió haciendo zigzags hasta que estuvieron acorraladas y cloqueando. Las plumas caían como gruesos copos de nieve y se posaban en la hierba amarillenta.

—Imagino que tendrás que llevamos a mí y a Tommy a casa.

—Imagino que sí.

Ray miró lo que quedaba del sol y sacó los puros del bolsillo delantero del mono. Aún no sabía qué pensar de lo ocurrido, pero se contentaba con creer que lo peor ya había pasado.

40

Aquella noche, los coyotes aullaban en la colina situada detrás de la casa de Ray. No podía dormir, así que hacia las doce se levantó de la cama y salió a escuchar sus aullidos.

Las temperaturas habían subido durante el fin de semana y el aire nocturno rondaba los doce grados. A falta de pocos días para diciembre, parecía más bien comienzos de otoño que de invierno. Ray salió al jardín y miró en línea recta. El viento arreció y las nubes desfilaron por delante de las estrellas. La luna en cuarto creciente era poco más que una pestaña que por ahora permanecía inmóvil, pero empezaría a descender lentamente hacia las montañas y desaparecería por la mañana.

Ray se sentó en la mecedora y se impulsó con los talones. Iba descalzo y notó el frío del suelo en las plantas de los pies. Los coyotes parecían cantar y Tommy Two-Ton rascó la puerta, pero no la dejó salir, ya que por ahora quería quedarse allí sentado escuchando.

De camino a casa había olvidado pedir a Leah que se pasara por la tienda y ahora no le apetecía ir a la ciudad. Solo le quedaba un puro y ya se había llamado la mitad, que apagó en el reposabrazos de la silla horas antes. Sacó lo que quedaba de la bolsita que guardaba en el bolsillo, lo encendió y esperó a que sus ojos se habituaran de nuevo a la oscuridad.

Un coyote empezó a aullar justo detrás de la casa. El animal estaba cerca, tal vez setenta y cinco metros colina arriba, y Raymond casi podía notar el sonido rebotando en la nuca. El aullido fue respondido por otro, y luego otro; una serie de llamadas unidas por intervalos de distancia. Parecía que lo que había comenzado en un único punto podía dispersarse en todas

direcciones y abarcar el mundo entero.

Las llamadas se aceleraron hasta componer una aguda sinfonía, una inquietante y hermosa ola de disonancia, como si Dios estuviera pasando las manos por encima de un theremin. Raymond cerró los ojos y dejó que lo invadiera el sonido y se enterrara en algún lugar profundo que durante mucho tiempo nada había podido tocar. De repente, el gran director aplanó las manos y el bosque quedó en silencio. Ray esperó y escuchó, pero aquello desapareció tan rápido como había llegado; así funcionaba el mundo.

Al instante rememoró sus preocupaciones de la última semana. Estaba llorando la pérdida de un lugar y un pueblo. Enterrar a tus seres queridos ya resultaba suficientemente duro, pero presenciar la muerte de una cultura era otro tipo de tristeza. Existía lo que había desaparecido y lo que estaba desapareciendo, y existía el después. Le costaba imaginar qué sería de aquel lugar, y aún más ser testigo de su transformación.

Durante años había intentado comprender el momento en que las cosas empezaron a desmoronarse. Por absurdo que pareciera, a veces lo achacaba a la llegada de la televisión. Cuando la gente vio lo que tenían los de fuera, empezó a desear aquellas cosas. Oían a la gente de fuera de las montañas hablando y pronto cambiaban su forma de hablar. Algunas cosas que en su momento parecían triviales e inofensivas, en realidad fueron un comienzo. Pero, incluso antes de eso, antes de que el exterior empezara a presionar, las comunidades se rompían y la gente se marchaba.

Cuando desaparecieron los árboles y las montañas quedaron tan desnudas como la luna, las familias hicieron las maletas y pusieron rumbo al oeste, a lugares como Oregón y Washington, donde los árboles seguían intactos. Sesenta años después ocurrió lo mismo cuando cerraron las empresas papeleras, cuando se fue la vieja fábrica de plástico del sur, cuando Dayco despidió a todo el mundo en Waynesville o cuando Ecusta desapareció de Brevard. Los trabajos eran promesas vacías de forasteros que conducían coches elegantes y llevaban trajes elegantes, y volvían a irse doblados en sus carteras de piel de avestruz cuando habían cogido todo lo que podían llevarse. La gente corría desesperada detrás de ellos agitando las manos entre el polvo y el humo de los tubos de escape, cubierta de polvo y agotada, sin aliento, abatida y arruinada y,

cuando finalmente desfallecía y tenía que detenerse, miraba a su alrededor y se daba cuenta de que se encontraba en un lugar desconocido, de que estaba tan perdida como un perro extraviado.

Los que se quedaban educaban a sus hijos para que todo les fuera mejor. Les decían que fueran a la universidad. Les decían que recibieran una educación para encontrar un buen trabajo que no les dejara callos en las manos, la piel agrietada y los huesos rotos y vueltos a soldar. No queremos que trabajes como tuvimos que hacerlo nosotros. Eso decían, y era una idea noble con un final fatídico. En lugar de permanecer arraigados en el lugar que llevaba su nombre, se llevaron sus nombres con ellos cuando se fueron. El tejido mismo que antaño definía las montañas se fragmentó y fue sustituido por forasteros que construyeron segundas y terceras residencias en las crestas de las montañas y dispararon tanto el valor de las propiedades que los pocos lugareños que quedaban no podían pagar los impuestos de sus tierras.

Por supuesto, había drogas. Hubo la década del cristal y la transición a los analgésicos y las agujas, y no era tanto un problema de las montañas como un problema de Estados Unidos. Era la cura escapista para una pobreza sistémica, el resultado de anteponer los márgenes de beneficios a la gente durante doscientos años. Y, en resumidas cuentas, esa era la causa de todo.

No era solo una cuestión de economía. No fueron las drogas. Era una pérdida de valores. Era cambiar esfuerzo por comodidad. Era señalar el Starbucks más cercano como un lugar más importante que el porche de tu casa.

Ray recordó los viejos tiempos, recordó cuando era niño y que, cuando Dottie Dills necesitaba un tejado nuevo, la comunidad se reunía y lo construían ellos mismos durante el fin de semana con una sonrisa en la cara, comida en la barriga y carcajadas en la garganta. Lo hacían por la sencilla razón de que eran vecinos y porque era algo que había que hacer. Hoy en día, la gente ni siquiera conoce el nombre de sus vecinos y, peor aún, no quiere conocerlo. Vendían su legado y lo compraban de nuevo en forma de pegatinas para el coche. Se paseaban por ahí con camisetas con tarros de conserva estampados en el pecho, luciendo las palabras encanto sureño con un orgullo desilusionado, creyendo a pie juntillas que esas dos palabras y esa imagen representaban sus

orígenes.

Todos habían huido de sí mismos.

Habían huido y olvidado lo mejor de ellos mismos.

Ahora todo el mundo estaba viendo los últimos vestigios titilando como una puesta de sol con los ojos ciegos y unas mentes mudas ante el hecho de que, cuando llegara finalmente la noche, no volvería a aparecer la luz. La propia naturaleza de las cosas exigía que llegara un momento de la historia en que la esperanza equivaliera a ingenuidad, en el que la situación fuera demasiado funesta para salvarla. Raymond lo sabía, y ese era el último pensamiento que dejó su corazón en ruinas.

Pero, curiosamente, durante las últimas horas le había asaltado una sensación desconocida. Pensando en lo sucedido, no creía que el mundo hubiera llegado aún a ese lugar. ¿Cómo podía creer que había terminado cuando miró a Leah Green a los ojos y vio a su padre, su mejor amigo, devolviéndole la mirada? ¿Cómo podía creer que había llegado el final cuando todavía había comunidades dispuestas a unirse por un bien mayor? A veces solo hacían falta unos centímetros de terreno despejado para contener un incendio. Un metro de tierra desnuda bastaba para frenar las llamas.

El puro se había consumido entre sus dedos y Raymond se levantó y lo tiró al suelo. Luego le echó tierra por encima con el pie y el viento sopló desde las montañas, colándose entre las ramas de los árboles y del laurel con un rugido como el sonido del océano. Cuando entró, Tommy Two-Ton estaba tumbada en el felpudo persiguiendo conejos en las zanjas de sus sueños. Raymond todavía no tenía ganas de dormir y se sirvió un vaso de *whisky* para culminar la noche.

En la televisión, Gatlinburg estaba ardiendo. Casi una semana antes se había declarado un incendio en la cara norte de Chimney Tops, ocho kilómetros al norte de Clingmans Dome. Cuando el viento arreció durante el fin de semana, varios fuegos aislados empezaron a rebasar la zona de contención y en las últimas veinticuatro horas se habían propagado a Cliff Branch, Wiley Oakley, Park Vista y Turkey Nest. Ahora, las llamas llegaban al centro de la ciudad. Toda una comunidad se vio devorada. Había coches atascados en la carretera con llamas a ambos lados. La gente se hacinaba en refugios tras huir de casa sin un lugar en el que

cobijarse. Retransmitieron imágenes de la Capilla del Amor de Cupido calcinada, con su cartel en forma de corazón aún en pie mientras el edificio se convertía en cenizas.

Ray pensó en todas las veces que había visitado Gatlinburg y Pigeon Forge a lo largo de los años y en que Doris siempre quería hacer un viaje en octubre. Recorrían las carreteras secundarias de Cherokee y cruzaban las montañas hasta Tennessee, eligiendo siempre la ruta más larga para poder ver los árboles cambiando de color. Doris siempre quería ver las hojas en otoño. Siempre quería ver las flores en primavera y los pájaros en cualquier momento en que cantaran.

Recordó un verano que Ricky tenía unos ocho años y llevó un montón de monedas de centavos a Dollywood para jugar a las máquinas de prensado. Se pasaron el día intentando encontrarlas todas —una en *Country* Fair, tres en Craftsman's Valley, una en Timber Canyon, otra en Rivertown y dos en Showstreet— porque quería tener toda la colección. Ricky tenía pensado colgar centavos rotos por toda su habitación, pero acabó pegándolos en los bordes de un marco de fotos. Aquella Navidad, cuando Ray y Doris abrieron el regalo de su hijo, había una fotografía que les había hecho un transeúnte en el puente peatonal del centro de Gatlinburg. Ricky la había puesto en aquel marco y desde entonces estaba en la repisa de la chimenea.

El presentador del informativo dijo que, cuando todo hubiera acabado, probablemente no quedaría nada, y aunque esa idea le pareció fría, Ray creía que tal vez sería mejor. Tal vez sería mejor que ardiera el mundo entero hasta que no quedara nada. A veces era más fácil empezar de cero que seguir construyendo sobre algo irreparable.

Durante mucho tiempo, eso era lo que había intentado hacer. Estaba reconstruyendo una vida sobre vigas calcinadas y mirando boquiabierto y sin palabras cuando lo que construyó se derrumbó a su alrededor. Si alguna vez quería seguir adelante, si alguna vez quería ser verdaderamente feliz, no podía seguir viviendo en el pasado. La felicidad no era algo pasivo. La alegría a menudo había que perseguirla.

Cuando enterró a Doris, se quedó bajo tierra con ella. Temía que seguir adelante fuera olvidar y, si la olvidaba, sería como si nunca

hubiera vivido. Pero ahora sabía que jamás llegaría un momento en su vida en que no la recordaría. Lo que sí había olvidado era la simplicidad que había convertido su vida juntos en algo tan hermoso.

La primera vez que Raymond salió con Doris, cuando iban al instituto, fueron a la entrada de Moses Creek y escucharon a un urogallo. Ninguno de los dos dijo nada. Se quedaron allí escuchando junto al tembloroso riachuelo hasta que el bosque oscureció a su alrededor. De vuelta a la camioneta aquella noche, mientras las ranas croaban, se cogieron de la mano. En cuarenta y cinco años de matrimonio, ninguno la soltó.

Iban al bosque a finales de marzo y buscaban los primeros lirios de agua brotando entre las hojas del invierno. Paseaban por senderos entre los árboles después de las lluvias primaverales y buscaban colmenillas y se besaban con cosquilleos en los labios y risas en la lengua. Pescaban en el gran meandro situado al sur del Wayehutta, donde el padre de Doris la llevaba cuando era niña, y rociaban las truchas con harina de maíz y las freían ligeramente en la sartén. Incluso al final, se sentaba con ella en el porche y observaban a los pájaros correteando por el jardín. Le llevaba flores y se las acercaba a la nariz para una última inhalación mágica. ¿Cómo iba a recorrer aquellas colinas y no recordar? ¿Cómo iba a saborear de nuevo este mundo sin verse consumido por el recuerdo de Doris?

Había un para siempre que nacía del recuerdo, y ese pensamiento le pareció lo más bello que su mente había conjurado nunca.

Cuando los días se acortan, solo quedan los recuerdos, las historias que permanecen esparcidas como semillas, las historias que nos unen a este mundo. Podemos volver a contarlas, reunir los restos de las almas que han estallado en el infinito, reconstruir los pedazos destrozados e insuflar vida a los que amamos y perdimos. Cuando contemplemos el olvido y nos alejemos lentamente de lo conocido, esas historias serán los rostros que nos rodeen y las voces que oiremos cuando nosotros también nos vayamos.

Raymond sabía que, en el momento de su muerte y en los años posteriores, se convertiría en un mero recuerdo para los que quedaran. Cada ataúd se cerrará. Cada vida será devuelta a la

tierra. No hay manera de escapar a la mortalidad del mundo, una vida limitada que no solo toca a los que respiran, sino también a las piedras del lecho del río y a las estrellas que cubren el cielo.

Sin embargo, en esos destellos a través del resplandor a media luz de la memoria hay partes de nosotros que perviven, fragmentos enterrados a demasiada profundidad como para verter una lágrima. Y allí, titilando en la oscuridad para quienes permanecen quietos y aguardan, hay fragmentos de lo que fuimos, de lo que somos y de lo que siempre seremos.

Cuando llegara el final, estarían Raymond, su mujer y su hijo reunidos para siempre bajo ese algarrobo al fondo del terreno familiar; pero, por ahora, lo más cerca que podía estar de aquello era el recuerdo. La vida era para los vivos y la muerte para los muertos, y había belleza y gracilidad suficiente en ambas para sanar a los más tiernos y frágiles.

AGRADECIMIENTOS

A Charles Thomas —alias Charlie, Chaz, Cuckleburr, Charlie Britches, Chuck, Stinkpot, Chuckwagon, *et al*—. por ser el mejor perro que haya existido nunca. A Ash por traer velas y bocadillos cuando estaba perdido en la oscuridad de la cueva. A Matt Yelen por su determinación. A la ardilla que saltó en mi regazo cuando estaba apoyado en el tronco de un cornejo. A los dos pájaros carpinteros amarillos que se posaron en la rama situada encima de mí cuando había trepado seis metros por un pino. A la bandada de pinzones que llenaron aquel nogal americano cual fuegos artificiales cuando el resto del bosque se había vuelto gris hacía mucho tiempo. A Zeno Ponder por traer la jarra. A mi yerno Florida Joe, Burt, Carole, Walkabout Billy, Jax, Willy, los chicos de Carolina del Sur, Screwy Lewy, Emory, Nancy, Diana, Randall y Lowell por pasar esa jarra alrededor de la hoguera. A Bunn por cloquear como la gallina barbuda que es. Y, sobre todo, a mi agente, Julia Kenny; mi editora, Sara Minnich; mi publicista, Elena Hershey, y todo el equipo de Putnam, a los que quiero como si fueran de la familia y por quienes me ensangrentaría los nudillos.

DAVID JOY (Diciembre de 1983, Charlotte, Carolina del Norte, Estados Unidos). Es un autor sureño hasta la médula que ha vinculado íntimamente su narrativa a las zonas rurales de la América profunda. Licenciado en Humanidades por la Universidad de Carolina Occidental, decidió especializarse en estudios de escritura profesional, para los que se benefició de una beca del Consejo Artístico de Carolina del Norte. Ha publicado tres novelas, la última de las cuales es *Ojo por ojo*, que han recibido diversos galardones (entre los que destaca una nominación al premio Edgar) y le han revelado como una de las voces más personales de la narrativa estadounidense actual.